NINGÚN CADÁVER ES SEPULTADO PARA SIEMPRE

TOVE ALSTERDAL

HUNDIDO EN EL PASADO



MOTUS

HUNDIDO EN EL PASADO

Tove Alsterdal

Traducción: Julieta Brizzi

MOTUS

Título original: *Djuphamn*
Edición original: Lind & Co.
Publicado en colaboración con Ahlander Agency

© 2023 Tove Alsterdal

© 2023 Lind & Co

© 2025 Trini Vergara Ediciones
www.trinivergaraediciones.com

© 2025 Motus Thriller
www.motus-thriller.com

España · México · Argentina
ISBN: 978-84-19767-37-0

Índice de contenido

Portadilla
Legales
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49

Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela...
Tove Alsterdal
Manifiesto Motus


Kiruna
Malmberget
Gällivare
SUECIA
Umeå
Kramfors
Lunde
Hassela
Halsingland
Gävle
Uppsala
ESTOCOLMO
Gotemburgo
Helsingborg
Malmö


VÄSTERNORRLAND
Umeå
Junsele
Río Ångerman
Näsåker
Nolaskogs
Sollefteå
Skuleberget
Sandslån
Nyland
Kungsgården
Marieberg
Lockne
Kramfors
Lugnvik
Lunde
Sprängsviken
Härnösand
Sundsvall

CAPÍTULO 1

Los últimos bancos de hielo ya se habían derretido o los había arrastrado el mar. Soplaba un viento suave del sudeste cuando dijeron las últimas palabras antes de sumergirse.

—Mantengámonos cerca cuando descendamos; si algo anda mal, hazme una señal, ¿de acuerdo?

—Claro, de acuerdo.

Su compañero se movía con tanta naturalidad con las aletas como lo haría con sus zapatos. Ylva lo había conocido la noche anterior en la residencia, después de llegar a Lunde en autobús. Estaba muy muy agradecida por tener la oportunidad de salir a bucear con ellos y poder vivir una primavera diferente a la anterior.

Sí, era consciente de los peligros; sí, tenía certificado para bucear hasta dieciocho metros de profundidad y suficientes horas de inmersión en su haber. No, no tenía ni idea del frío que podía hacer a las cinco de la mañana a finales de abril, pero eso no lo dijo.

Se ajustó el chaleco y los tubos que salían de la bombona, se colocó la máscara y la boquilla, controló que funcionara correctamente la presión e inmediatamente comenzó la rutina sin palabras que tanto le gustaba. La señal de que todo estaba en orden, de que ya estaba lista. "Voy a descender, puedes seguirme, confiamos el uno en el otro, estoy aquí para lo que necesites".

Debajo de la superficie, la visión era borrosa. Soltó lentamente el aire del chaleco para sumergirse poco a poco. Respiraba hondo y con calma. El agua tenía un color parecido al mosto de la cerveza, llena de sedimentos arrastrados por la corriente. A pesar de tener puesto el traje seco, sentía el frío.

Todo era muy diferente a las historias exóticas que subía la gente en las redes sociales, llenas de extraños peces multicolores, como salidos de una película de Disney.

Dos años antes, durante la inmersión final de su curso, tuvo la certeza de que el mundo era inabarcable. Había tantas cosas por descubrir, tantas dimensiones del futuro con las que no había contado.

Claro que todo había comenzado con un hombre. Habían salido solo durante un par de meses y habían compartido los sueños que tenían para el resto de sus vidas. Ylva le contó que quería trabajar menos horas y quizá comprarse una casa de veraneo, mientras que él, cuyo nombre hubiera preferido olvidar, le dijo que deseaba bucear en el mar de Tahití y navegar por las islas del Gran Arrecife de Coral; conocía sitios adonde aún no había llegado el turismo masivo. Cuando Ylva se quedaba sola, buscaba información en Google sobre cursos de buceo, porque temía no ser capaz de hacer algo así con él, tener un ataque de pánico o quedarse sin aire. No podía permitir que le ocurriera algo así durante una travesía por Australia, de modo que todos los jueves, durante ese invierno, había asistido en secreto a las clases en la piscina municipal.

Ocho metros, nueve, aún faltaba un poco más para llegar al fondo. Ylva ya no distinguía el rojo de sus guantes; a esa profundidad, desaparecían los colores.

Continuó descendiendo un poco más profundo.

Para cuando hizo la última inmersión del curso, ya había terminado la relación con ese hombre. Cuando por fin él se dignó responderle sus innumerables mensajes, le escribió que todo había ido demasiado rápido, que ella era una chica muy agradable, pero que él necesitaba más tiempo. Aún no había superado por completo lo de su ex.

Así que ahí estaban, otra vez, la soledad y la sensación de no poder conservar una pareja. Había pagado miles de coronas, que no podría recuperar, para aprender a respirar bajo el agua y se había estropeado el pelo con el cloro.

Había decidido que, de todas maneras, obtendría su certificado. Así, podría publicarlo en las redes y decirle a todo el mundo: "¡Mirad lo que he logrado!". Entonces, llegó aquella última inmersión en aguas abiertas, donde descubrió un mundo nuevo que solo le pertenecía a ella y ya no tenía nada que ver con él. Después, no dejó pasar una sola oportunidad para salir a bucear por el archipiélago de Estocolmo, y allí fue donde se enteró de los numerosos naufragios inexplorados en el río Ångerman, hacia el norte.

Ylva vislumbró algo al borde del círculo luminoso. Estacas, enormes trozos de madera que parecían señalar hacia ella. Cuando verificó que la profundidad era de catorce metros, comprendió lo que era.

El puente hundido.

Tenían frente a ellos los pilares rotos del puente derrumbado, que habían sido

impulsados hacia arriba y formaban un arco de punto, como la fachada de una catedral.

Los buzos lo llamaban “la iglesia”.

Ylva giró para mirar a su compañero, que estaba filmando en un extremo de su campo visual. Le hizo una seña: “Voy hacia allá, ¿vale?”. Él levantó una mano y ella interpretó el gesto como una respuesta afirmativa.

Cuando cruzó el arco, percibió de inmediato una sensación de profundo respeto. Y el silencio. La extensión de oscuridad que la rodeaba y reducía el mundo a un rayo de luz. Pensar que el viejo puente de Sandö, el mismo que se había derrumbado durante su construcción hacía tantos años, yacía allí en la profundidad del olvido a medida que avanzaba el nuevo siglo. Ylva rozó con el guante la construcción destruida y siguió su contorno en un tramo del otro extremo. El pasado no había desaparecido; era real.

Cuando quiso volver, se desorientó. La oscuridad era absoluta y la linterna solo iluminaba algunos metros hacia delante. Se había alejado demasiado y ya no veía el puente. No estaba segura de si estaba sudando o, por el contrario, se congelaba; la percepción era diferente allí abajo.

Según la regla, tenía dos minutos para buscar a su compañero y subir a la superficie, pero no podía saber con certeza cuánto tiempo había pasado. Comenzó a ascender cuando, de pronto, tuvo la sensación de que había algo muy grande a su lado, en medio de la oscuridad, y se detuvo. Lo primero que sintió fue miedo, pero enseguida se dijo que era una estupidez, pues en esas profundidades no había nada que temer. Cuando alumbró con la linterna, pudo distinguir el lateral de una embarcación. Nadó para acercarse dando patadas amplias hacia los lados, para agitar lo menos posible el lodo y la arena.

Era imposible determinar cuánto tiempo había estado allí ese barco hundido. En las aguas salobres del Báltico, los gusanos de los barcos no se reproducen como en los mares más salados y la madera se mantiene casi intacta. Ylva intentó recordar lo que había leído sobre los otros naufragios que habían ocurrido en el lugar. El que estaba situado en ese lado del puente Sandö se había documentado justo el verano anterior, de modo que quizás estaba viendo algo que nadie más había visto en más de cien años, y la idea la hizo jadear de emoción. Husmeó a través de una escotilla del casco: se veían una silla caída, un trozo de porcelana rota en el suelo, una cama abatible pegada a la pared. Siguió lentamente hacia la proa del barco. Había un objeto en el fondo; nadó

para rodearlo y sintió una repentina falta de aire, como si alguien le bloqueara la manguera del tubo de oxígeno.

Aferró la boquilla, respiró y respiró.

Era un cráneo. El esqueleto de una persona, medio hundido en la arena. Sintió un mareo cuando pensó en los objetos que había allí dentro: un libro que alguien había leído, un cuenco que se había roto cuando se hundió el barco, y de alguna manera todo se hizo realidad. La vida y la muerte se fusionaban entre sí. Sintió que le zumbaban los oídos, pero tal vez se lo estaba imaginando. Espiró y tragó para compensar la presión, pero no logró que desapareciera. ¿Por qué sentía que no podía respirar cuando el aire debía durar varias horas más? Buscó la válvula para inflar el chaleco y comenzar el ascenso con cuidado, sin demasiada prisa para no dañar los pulmones, pero no podía distinguir el botón rojo del gris, cuál era para subir, cuál para descender. Pataleó lo más fuerte que pudo y el sedimento se arremolinó a su alrededor, una neblina sin dirección ni fin.

CAPÍTULO 2

Allan Westin echaba de menos el aroma a alquitrán a medida que se aproximaba al barrio del puerto. Aún podía oír el silbato de aquellos tiempos, que sonaba todas las mañanas justo antes de las siete, cuando los trabajadores se precipitaban en cascada con sus bicicletas por las laderas de Lunde hacia el astillero.

Aguarrás y diésel, los golpes y el ajetreo, el ruido de las olas cuando atracaban los barcos remolcadores para recibir una mano de pintura después del trabajo del invierno. Aún podía verlos con claridad: allí estaban el *Stufvaren* y los viejos balleneros *Björn* y *Backe*, que fueron reconstruidos para acarrear madera. Estaba también el *Dynäs* II, un poco más llamativo que los demás, con los sofás de la sala del capitán tapizados en terciopelo, tal como en el Expreso de Oriente. En ese barco había viajado el mismísimo rey Gustavo vi Adolfo. Todavía se respiraba un aire entusiasta, vivo, en la frescura primaveral, a pesar de que ya hacía tiempo que no había actividad en el lugar y el río fluía vacío y silencioso.

Veía fantasmas y sombras por doquier. Ya no existía la mansión de los ingenieros al otro lado de la colina, ni las niñas que se sentaban a recortar muñecas de papel en el porche, ni la cabaña central donde se reunían los viejos a jugar a las cartas, y el niño que Allan había sido se ganaba cinco céntimos por ir a llevar a las esposas el recado de que sus maridos debían quedarse a trabajar hasta tarde.

Las colinas le dejaban las rodillas extenuadas y hacía que le doliera la cadera, en especial la barranca que iba hasta el río, donde Canalla comenzaba a tirarle de la correa. No era un perro para nada educado, pero de todas maneras era un rasgo que compartían.

Tenían la misma necesidad de libertad, de poder ir adonde se les antojara.

No tener que obedecer a los directores ejecutivos, como se hacían llamar los jefes del aserradero cuando decidían que un nombre u otro no era lo suficientemente bueno. Eran hombres que se compraban títulos pretenciosos,

como el de vicecónsul de Venezuela, para simular ser más importantes de lo que eran.

Soltó al perro y se sentó en el banco de siempre para sentir el aroma levemente salado del río, que fluía libremente otra vez. Durante el invierno todo había estado congelado y silencioso, pero ahora volvía a cobrar vida con la primavera. La semana anterior se habían empezado a oír los sonidos del hielo al derretirse: comenzaba a resquebrajarse y a abrirse sin resistencia, totalmente diferente a la violenta fuerza natural que recordaba de su juventud, cuando el hielo caía con enorme estruendo y se amontonaba formando torres a lo largo de las costas.

Canalla se mojaba las patas en el frío arroyo que fluía desde la montaña, ladraba y arremetía contra los palos de madera que pasaban flotando.

¿Era un barco lo que se distinguía?

No. Una pequeña embarcación a motor se aproximaba hacia el cabo meridional del Sandö y, según parecía, seguía rumbo hacia Lunde.

Allan entornó los ojos, aunque no le fue de mucha ayuda para mejorar su visión deteriorada por la edad. Solo cuando la mancha entró en el sector del antiguo puerto, distinguió algunas figuras sobre la cubierta.

Se levantó de mala gana y sujetó al perro.

Un hombre joven y ágil bajó de un salto por la borda. Podía tener tanto veinte como cincuenta años, considerando cómo se entrena la gente hoy en día para mantenerse en forma. Había otro hombre un poco mayor, pero igual de atlético, y una mujer sentada inmóvil en la popa. No era muy joven, pero tampoco anciana. Aún tenía puesto el traje de buceo, aunque se lo había bajado hasta la cintura y llevaba una chaqueta que le cubría los hombros. Allan vio que había tubos de oxígeno y otros objetos sobre la cubierta.

—¡Buen clima para bucear! —les dijo.

Los dos hombres saludaron cortésmente y le dieron la mano. Le dijeron sus nombres, pero Allan no pudo retener la información; ese año había demasiada información que retener en la mente, no podía llevar un registro de todo. Creyó haber escuchado que eran biólogos marinos, pero lo corrigieron. Eran arqueólogos marinos. Realizaban una misión para explorar naufragios y habían rastreado más de trescientos desde Sandslån hasta el puente de Costa Alta.

—Increíble —dijo Allan—. ¿Trescientos?

Bien sabía él que había una gran cantidad de basura en las profundidades,

pero no se le había ocurrido pensar que pudiera ser de interés para los científicos. Buscar trozos de madera vieja siempre había sido una labor de los más pobres, que construían sus canoas con los restos.

—Y bien —dijo de pronto—, ¿encontrasteis algo de valor?

El joven dirigió una mirada a sus compañeros, como si no pudiera hablar sin su permiso. Allan creyó percibir que ocultaban algo, como si los hubiera descubierto *in fraganti* contrabandeando con alcohol. La mujer se quedó sentada sobre la cubierta, con la cabeza apoyada en las manos, y parecía un poco mareada.

—No sé si sería prudente decirlo en voz alta —dijo el hombre mayor—, para evitar que alguien más vaya al lugar, quiero decir, antes de que llegue la policía. Nosotros sabemos que no debemos tocar nada, pero con los buzos aficionados puede ser un riesgo.

—¿Riesgo de qué?

Allan miró a su alrededor. ¿En serio creían que había más gente ansiosa por sumergirse en el río a finales de abril para divertirse? Durante los últimos días, solo había visto a unos pocos locos que solían nadar en el río en invierno —una costumbre que habían adoptado durante la pandemia de coronavirus—, pero entraban al agua y salían a los pocos segundos, con los gorros de lana puestos.

—¿Qué habéis encontrado?

Solo oyó un murmullo. No quería quedar como un tonto pidiéndoles que le repitieran lo que acababan de decir. Al menos, oyó que habían encontrado un cuerpo.

—Oh, mierda. ¿De una persona?

Asintieron.

Un cráneo, medio sepultado en el sedimento del fondo del río, escondido detrás de la quilla de lo que pensaban que era un barco de principios del siglo xx.

—Entonces, el cuerpo ¿puede ser también de aquella época? —dijo Allan.

—Es imposible saberlo a simple vista —respondió uno de ellos—, no podemos sacar ninguna conclusión antes de investigarlo; somos científicos.

Pensaban poner una denuncia, pero no decidían si debían contactar a la guardia costera o llamar al 112. Al fin y al cabo, no se trataba de una emergencia. Si estuvieran más al sur, podrían llamar a la policía marítima, pero no tenía jurisdicción al norte de Estocolmo.

—El 112 está en Umeå, a 250 kilómetros —agregó Allan—; es por la maldita centralización.

Sintió una punzada en el estómago cuando miró el río; eran muchos los que habían muerto en esas profundidades.

—Pero tenemos una comisaría de policía aquí —dijo.

CAPÍTULO 3

Eira Sjödin se quitó rápidamente los pantalones de deporte, se cambió las bragas y buscó un atuendo más apropiado para una investigadora de Delitos Violentos. El suéter estaba manchado y olía un poco a sudor; eran cosas en las que no pensaba mucho cuando se quedaba sola en la casa frente al ordenador durante lo que habían dado en llamar "labores administrativas".

Preparó café y sacó un trozo de pan del congelador.

—Han encontrado a una persona en el río —le había dicho su vecino por teléfono.

—¿Han llamado a urgencias? —Eira ya estaba en el vestíbulo, con los zapatos puestos, cuando Allan Westin le confirmó que la persona estaba muerta hacía tiempo.

—De acuerdo —dijo ella—; tráelos aquí.

Un viento fresco corrió por la cocina cuando abrió la puerta para ventilar. En sentido estricto, mientras no se sospechara de un asesinato, el hallazgo de un cadáver en el río no era asunto de Delitos Violentos, sino de la policía local, y ella ya no trabajaba allí. Solo pensar en su antiguo empleo la hacía echar de menos las carreteras, las interminables distancias, no saber nunca lo que la esperaba detrás de cada curva.

Cerró el ordenador y recogió el material de investigación que estaba extendido sobre la mesa de la cocina. Anotaciones de cuentas bancarias, nombres de sospechosos, números de teléfono y cosas por el estilo. Las pistas de una red de narcotráfico en expansión. Un trabajo policial importante, fundamental para concretar la acusación contra el principal sospechoso, que estaba en Sundsvall, pero Eira no había elegido ser policía para estar sentada frente a un ordenador. Le daba sueño y la hacía sentirse inquieta, tanto si estaba en su pequeño cubículo de la Unidad de Delitos Violentos de Sundsvall como sentada a la mesa de la cocina en su casa; este último escenario se había vuelto habitual tras la pandemia.

Una mujer embarazada podía salir ocasionalmente a hablar con algún testigo no muy peligroso de los barrios residenciales, pero a veces era difícil determinar

qué situación era verdaderamente peligrosa y sus jefes se tomaban su seguridad muy en serio. Eso significó que le asignaran tareas para hacer en casa desde el día uno, pues ya estaba embarazada cuando le ofrecieron el cargo. La noticia la había conmocionado cuando se enteró, entre finales del otoño e inicios del invierno; aún no se le notaba mucho, pero, de todas maneras, había tenido que informar a sus jefes.

En sus momentos de duda sentía que los había engañado, aprovechándose de un párrafo de la ley que prohibía la discriminación, aunque ellos insistían en que era a ella a quien querían, que no iba a estar embarazada para siempre. La representante sindical tenía tres hijos y podía dar fe de ello.

—Hola —habló una voz desde el recibidor.

Era Allan Westin, quien, como siempre, entró sin llamar; después de todo eran vecinos. Canalla pasó dando saltos detrás de él, dejando un rastro de lodo y huellas húmedas por el suelo.

Los seguían tres personas que le estrecharon la mano, dos hombres y una mujer. Jesper, Lars e Ylva; anotaría sus nombres más tarde.

Eira los invitó a sentarse, pero Allan se quedó de pie junto a la cocina. El aroma a pan tostado y café llenaba la habitación cuando la mujer comenzó a contar cómo se había dejado llevar por la tentación de bucear debajo del puente de Sandö, y de pronto había perdido la orientación. Tenía unos cincuenta años y llevaba el cabello gris con reflejos rubios.

—La niebla lo cubría todo, como en un sueño. —No había tocado el pan y había dejado enfriarse el café en la taza—. Vi el cráneo y me olvidé de todo lo demás. El tiempo se percibe de otra manera allí abajo, no puedo decir cuántos minutos estuve.

—Nueve —dijo Jesper, que era el más joven de los tres y hablaba en el dialecto de Värmland—. Estaba filmando los restos del puente y la perdí de vista. No es raro que haya ocurrido. Estaba oscuro, la visión era de unos pocos metros. Si nos perdíamos, debíamos buscar durante dos minutos y regresar a la superficie. Cuando no la vimos allí, volvimos a bajar.

—Fue mi culpa —dijo Ylva—. Me quedé absorta con lo que vi allá abajo y me olvidé de todo, pensé que tal vez era la primera persona en descubrirlo. —Dejó vagar la mirada y perdió el hilo.

—Cuénteme lo que vio —dijo Eira.

Le llevó un tiempo; la mujer mezclaba los hechos con las sensaciones que le había provocado ver a una persona muerta.

—No es normal encontrar restos humanos en los naufragios —completó el hombre que se llamaba Lars—. Es menos habitual de lo que pueda creerse. A menudo la gente se arroja antes por la borda. O, si no, los cuerpos son arrastrados por las olas y las corrientes. Si encontramos algún cadáver, generalmente está en la parte más profunda de las embarcaciones, porque la persona estaba durmiendo en el momento del naufragio.

Mientras hablaban, aparecían en la mente de Eira las imágenes de la película *Titanic*: los pasajeros de tercera clase que quedaron encerrados, Leonardo DiCaprio esposado bajo cubierta. También recordó la vieja canción de Evert Taube "Blue Bird de Hull", la historia de un grumete que es olvidado a bordo, amarrado al timón, y se hunde sin tener la posibilidad de salvarse.

Cuando encontraron a Ylva y constataron que estaba bien, uno de ellos se sumergió nuevamente para filmar. Eira se acercó a la cámara para ver la filmación. Solo se veían indicios borrosos de algo luminoso en la arena o el material que formaba el suelo del río. Por un hallazgo anterior, sabía que la arcilla azul, al igual que la baja salinidad del mar interior, tenía un efecto de conservación.

—¿Saben de qué embarcación se trata?

—No, nunca habíamos buceado en esa zona —dijo Jesper—, pero es grande, más grande que la mayoría de las que están allí abajo.

Tal vez fuese un barco a vapor, un ferry, un remolcador. La mayoría de los hallazgos del río Ångerman aún no habían sido cartografiados. Solo hacía un par de años que habían comenzado a rastrearlos con radares; desde la superficie, las ondas ultrasónicas podían revelar las imágenes de objetos a treinta metros de profundidad. Sacó un portátil para mostrárselo a Eira. Las imágenes se parecían más a obras de arte que a objetos reales. Tonos oscuros, casi de color sepia, sombras y siluetas de embarcaciones dispersas.

Se trataba casi de un récord mundial haber descubierto trescientos naufragios en tan poco tiempo. Eira pensó que parecía como si alguien hubiera arrojado una baraja de cartas al agua; alrededor de la orilla del río, se amontonaban las barcazas rectangulares que se habían utilizado tiempo atrás para trasladar madera hasta los ferries. Cuando se construyeron los embarcaderos, habían dejado de cumplir su función y lo más sencillo había sido hundirlas.

Parte de los hallazgos se habían rotulado como "presuntos objetos de naufragio" y requerían más investigación. A juzgar por el tamaño y la forma,

algunos hasta podrían remontarse al siglo XVII. Durante la guerra de los Treinta Años, a lo largo del río había habido astilleros donde se construyeron navíos.

Eira señaló una línea amarillenta que atravesaba el río, desde Lunde hasta Sandö; parecía una cerilla rota por la mitad.

—¿Es el puente?

—Es el puente.

Eira nunca había considerado que la construcción todavía estuviera allí. El trágico derrumbe del puente era una de las heridas que nunca habían sanado en la región. Trazó una línea con el dedo hasta el lugar donde se había encontrado el cuerpo.

—Puede haber corrientes bastante fuertes allí. —Eira había pasado su infancia escuchando las advertencias de los adultos: nada siempre cerca de la costa, nunca vayas sola.

—Sí, el cuerpo pudo haber sido arrastrado un buen trecho, si es lo que está pensando.

Intercambió una mirada con Allan, que estaba apoyado en la cocina a leña con una taza de café en la mano; parecía que estaba pensando en lo mismo que ella. Los desaparecidos.

Aquellos cuyos nombres no estaban tallados en ninguna lápida, que habían muerto en accidentes, arrastrados por el río, incluso los que habían sido arrojados allí. Nombres que formaban una lista en su mente.

Eira le dio un empujón a Canalla, que se retorcía a su lado para que lo acariciara y apestaba a suciedad a medida que se le iba descongelando el hielo del pelaje. Tomó nota de las coordenadas exactas del hallazgo. Dieciséis metros de profundidad no era demasiado; había sitios donde el río llegaba hasta los cien metros.

—Perdón que pregunte, pero ¿cuándo podremos volver allí? —dijo Jesper—. Sé que parece insensible de mi parte, pero no queremos perder tanto tiempo.

La arqueología marina es una actividad sin financiación, por eso salían temprano en la madrugada para aprovechar al máximo el tiempo del comienzo del verano, cuando la luz duraba incluso hasta entrada la noche, que muy pronto no se diferenciaría mucho del día.

—No hay problema, mientras se mantengan un poco alejados. —Eira dibujó con el dedo un círculo bien amplio en el mapa que ellos habían desplegado sobre la mesa. El sitio del naufragio cubría la franja del río que iba desde Sandö hasta Lunde—. Pueden considerar que esta es la escena del crimen.

Se encontró con la mirada atónita de la mujer.

—Es solo un procedimiento de rutina —agregó Eira—, por seguridad, hasta que sepamos algo más.

Mientras los demás se preparaban para salir, Ylva pidió permiso para ir al baño.

—¿Cuándo creen que sabrán algo? —preguntó.

La cantidad de trabajo del Centro Nacional Forense era exorbitante y podían tardar varias semanas en obtener un resultado de ADN, incluso para casos sencillos, como los que implicaban armas de fuego.

—No lo sé —dijo Eira con toda sinceridad—. En realidad, depende de lo que podamos conseguir. Si no encontramos ninguna prenda de ropa, por ejemplo, u otros objetos que puedan indicar siquiera de qué siglo se trata, puede pasar mucho tiempo.

—No voy a dejar de preguntarme quién puede ser esa persona —dijo Ylva. Su mirada volvió a perderse en el recuerdo del río—. Y pensar que aún puede haber algún familiar que eche de menos a ese hombre.

"O a esa mujer", pensó Eira.

CAPÍTULO 4

Los buzos de la policía llegaron tres días después. La actividad junto a la costa atrajo inmediatamente a muchas personas, pues rara vez ocurría algo tan interesante en Lunde.

Algo que podría parecer idílico para quien no tuviera la más remota idea de todo lo que esas personas ocultaban y mantenían sepultado dentro de su alma.

Mientras observaba el río, Eira sentía que la rodeaban las voces que se superponían una con la otra.

—Entonces, ¿qué han encontrado?

—A una persona, al parecer. En el fondo.

—¿Puede tratarse de…?

—Es muy pronto para saberlo. Aún no han sacado nada.

—Pero podría ser…

—Sí, claro. Podría ser.

Los silencios que interrumpían el murmullo dejaban implícitas las cosas que no se atrevían a mencionar. A Eira le pareció oír que una de las mujeres comenzaba a rezar al estilo de "los abstemios", tal como solía llamar su abuela a quienes profesaban la fe de la Iglesia Libre.

—Concédeles tu paz a los desdichados, calma nuestras angustias…

Cada vez que se acercaba alguien nuevo, repetían lo que ya se había dicho: explicaban por qué había tantos coches desconocidos en la zona del puerto, quiénes eran las personas que llevaban monos y por qué había una mesa y una tienda de campaña blanca al borde del muelle.

Nadie replicó nada cuando Eira se ofreció a organizar las labores de rescate. En la región de Norrland había pocos recursos y las distancias eran muy largas. Las personas se ayudaban entre sí, sin preocuparse mucho por la jurisdicción. En Kramfors, la policía, desbordada por la cantidad de trabajo, recibía agradecida la ayuda, y el jefe de Eira en la unidad de Sundsvall se la prestó encantado durante medio día, aprovechando que ella ya estaba allí. Tal vez demasiado encantado.

A Eira no se le ocurría un caso menos arriesgado que ese, pero, al menos, le

ofrecía la posibilidad de salir y moverse un poco. Oyó un ruido de motor que se aproximaba a la costa: era el bote que habían pedido prestado a la guardia costera a cambio de que el personal pudiera entrenarse en las pistas de tiro de la policía. Cosas que solo ocurrían en Norrland.

—¿Pueden retroceder, por favor? —les gritó a las personas que se agolpaban —. Y si son tan amables, por favor, guarden sus móviles; demostremos un poco de respeto.

Eira notó el movimiento avergonzado de algunas manos que guardaban los teléfonos en los bolsillos. La mayoría de los que estaban reunidos eran jubilados y no tenían nada más que hacer un lunes al mediodía; seguramente se habían conectado a Facebook o a los grupos de chat que tenían con sus nietos.

El río estaba tranquilo y no soplaba brisa cuando los buzos colocaron su carga en tierra. El agua se escurría por los orificios de drenaje de los sacos de elevación mientras los curiosos guardaban silencio y estiraban el cuello para poder ver. Un anciano se quitó la gorra y la sostuvo junto al pecho. A Eira no le habría extrañado que alguna de las ancianas entonara una canción religiosa, pero todos permanecieron en silencio.

Los técnicos forenses cargaron las bolsas y las llevaron hacia la tienda de campaña. Eira había solicitado especialmente la presencia de Shirin ben Hassen, que había estado presente en Lockne unos años antes, cuando habían desenterrado un esqueleto. Shirin había estudiado Arqueología hasta que se dio cuenta de que quería convertirse en investigadora criminal, ir a la Academia de Policía y continuar su formación en los Estados Unidos; además, era una experta osteóloga, una experta en huesos. Con toda esa formación, era difícil de creer que solo tuviera veintisiete años.

Shirin abrió con cuidado la primera bolsa y miró por dentro del cráneo hueco, en los agujeros donde antes había habido un par de ojos.

—¿Qué ha ocurrido contigo, amigo?

A Eira le agradaba que Shirin se relacionara inmediatamente con el muerto. Una vez le había dicho que su misión era devolverle la voz a alguien que había sido silenciado y revelarle al mundo: “Esto es lo que ocurrió conmigo”.

—¿Habéis podido recuperar todo lo que había en el lugar?

—En realidad, no lo sabemos —dijo Mira, una de los buzos de la policía, que había conducido hasta allí desde Umeå—. Los restos estaban diseminados, así que probablemente haya más partes hundidas en el sedimento o que fueron arrastradas del lugar.

El otro buzo se llamaba Valentin y provenía del distrito local de Sundsvall; ambos eran agentes de policía con conocimientos de buceo, a quienes convocaban cada vez que surgía la necesidad. Le habían dado una taza de café y un bocadillo de queso a cada uno.

—Tenemos la mayor parte del torso —dijo Valentin señalando hacia las bolsas que aún no habían abierto—. Posiblemente, también un brazo y la pelvis.

—¿Algo de ropa?

—Por desgracia, no.

Eira recordó la bota Doc Martens que habían sacado del agua en Lockne: como aún tenía los cordones, por la forma en que estaban atados habían podido deducir dónde la habían comprado. De esa manera, habían acelerado varias semanas el proceso de identificación. Con un poco de suerte, podrían utilizar la dentadura para hallar algún registro, pues parecía estar relativamente intacta.

Shirin acarició el hueso de la frente casi con ternura.

—¿Qué creéis que ocurrió allí abajo? —preguntó—. ¿Creéis que este hombre se hundió con la embarcación?

—¿Hombre?

Shirin asintió y señaló la elevación pronunciada del hueso alrededor de los ojos; después, giró lentamente el cráneo para exponer la inclinación de la coronilla.

Sin duda, se trataba de un hombre.

—Si fue arrojado por la borda durante el naufragio —dijo Mira—, su cuerpo pudo terminar adonde lo encontramos. O podría haber llegado desde otro lugar; tal vez fue arrastrado por la corriente y quedó atascado en los restos del barco.

Shirin colocó con cuidado cada una de las partes del esqueleto recogidas del río dentro de la bolsa para cadáveres; mientras lo hacía, examinaba cada hueso. El sol primaveral era luminoso y cálido; el aire bajo la tienda de campaña se volvió sofocante. Todo transcurría con una interminable lentitud.

—Tened en cuenta que es una suposición —dijo con la mirada puesta en los restos de lo que había del torso, los omóplatos, un hombro—. Creo que era adulto, aunque relativamente joven.

Señaló el esternón con forma de espada y explicó que era "un hueso engañoso, pues se pasa por alto fácilmente"; por otra parte, el codo aún estaba

en crecimiento, lo cual indicaba una edad de alrededor de veinte años. Además, la clavícula aún no se había terminado de desarrollar; por lo tanto, aún no había llegado a los treinta.

Eira echó un vistazo al enorme arco del puente de Sandö, de casi cincuenta metros de alto. Cuando era pequeña, creía que llegaba hasta el cielo, porque se trataba del puente de arco más grande de Europa, una obra maestra moderna que sustituiría a los ferries y uniría todo el país. Sabía que era demasiado pronto para formular preguntas, pero aun así debía hacerlas.

—Si hubiera caído del puente, quizás con mucha fuerza, ¿podría haber llegado al lugar donde lo encontramos? —dijo.

—Supongo que te refieres a un hecho en particular.

—El derrumbe del puente.

—¿Qué derrumbe? —preguntó Valentin, que tal vez era demasiado joven.

No, no mucho más que Eira, pero no era del lugar, así que no había escuchado durante toda su infancia los relatos de los mayores, esas cosas que no se mencionan en los libros de historia. No se había erigido un monumento en memoria de los muertos.

—Fue el último día de agosto de 1939, por la tarde; habían terminado la estructura de madera, que estaba lista para echar el cemento. Nadie sabe por qué colapsó.

Los ancianos recordaban el estruendo y los gritos de los que pasaban por el lugar y el caos, las partes del puente que volaban por los aires junto con la gente que estaba allí, el agua embravecida del río que se arremolinaba en el sitio de la caída, la ola de veinte metros de alto que golpeó sobre Sandö. Todos los que tenían alguna embarcación habían salido al rescate arriesgando su propia vida entre las corrientes y los escombros, para llegar hasta los que luchaban por salir a flote y se hundían.

Al día siguiente, el primero de septiembre, Alemania invadió Polonia y el peor accidente de trabajo de la historia del país fue historia.

Dieciocho personas murieron ese día. Dos de ellas nunca fueron encontradas.

—Uno de ellos era muy joven —continuó Eira—, creo que tenía alrededor de veinte años. —Esperó hasta asegurarse de que todos comprendían lo que estaba pensando—. El padre del chico también trabajaba allí, pero esa tarde ya había terminado su turno. Cuando retomaron la construcción del puente, colaboró para terminar la obra que se había llevado la vida de su hijo.

—Cielos —dijo Valentin, que se había sentado en una de las sillas plegables

con un refresco en la mano—. Es imposible imaginar cómo se sentiría.

—Tal vez le dio sentido de esa manera. —Eira recordó la voz de su padre cuando le hablaba acerca del valor del trabajo, de no rendirse y terminar aquello con lo que uno se había comprometido.

—Es muy pronto para confirmar nada —dijo Shirin, y todos comprendieron muy bien que aún no se podía saber si las partes del esqueleto tenían veinte, ochenta o incluso cien años. Cerró la última bolsa justo cuando apareció el coche que venía a recoger el cadáver—. Enviad lo más pronto posible las imágenes que tengáis de las profundidades.

CAPÍTULO 5

Alguien se las había ingeniado para hacerle una fotografía con el móvil, difundirla por las redes sociales o venderla de inmediato a los periódicos locales, que la publicaron en las primeras páginas solo dos días después.

Eira tomó el *Periódico de Sundsvall* de la sala de espera del consultorio. Miró la imagen mientras comía una galleta y tomaba agua de una botella. La foto no era especialmente llamativa ni reveladora, no mostraba ninguna parte del cuerpo; sin embargo, se la veía claramente. Se la habían hecho justo en el momento en que se había dado la vuelta, tal vez cuando les pidió a los curiosos que guardaran sus móviles.

"La asistente policial Eira Sjödin supervisó el rescate del cuerpo", decía el epígrafe. Siempre le provocaba cierto malestar ser vista en público de esa manera, pero el titular de la nota la hizo atragantarse con un trozo de galleta.

HALLAZGO DE UN CADÁVER EN LUNDE:
¿ES EL DE LINA, LA CHICA DESAPARECIDA?

Eira comenzó a toser hasta que notó que las miradas de las otras mujeres que estaban en la sala de espera pasaban de la irritación a la furia; tuvo que aclarar que no tenía covid y que ni siquiera estaba resfriada, sino que solo se había atragantado con la galleta.

La adolescente Lina Stavred, de dieciséis años, sonreía con dulzura en una fotografía del instituto, la última que le habían hecho antes de su desaparición una noche a principios de julio de 1996. Había sido asesinada, según descubrió la policía después de interminables interrogatorios a un chico de catorce años que fue hallado culpable. Por supuesto, los medios de comunicación habían enfatizado esa conclusión.

Eira miró el texto que resumía la historia conocida: la teoría de que un chico llamado Olof había arrojado el cuerpo de Lina al río, crimen que él mismo había confesado. Después, había abandonado el lugar; tres años antes, había

reaparecido y las viejas heridas del caso habían vuelto a abrirse: nunca se había encontrado el cuerpo.

Eira tuvo que inclinarse de pronto para respirar hondo; no sabía si era una contracción o la angustia que le provocaba la historia de Lina Stavred, la complejidad de la historia y el ocultamiento de la verdad, que nunca se había investigado.

Deseó haber sido más firme con la gente que se había reunido en el embarcadero de Lunde. O, en vez de pedirles que se alejaran, tendría que haberles permitido escuchar lo que había dicho Shirin. El portavoz de la policía que entrevistaron en el artículo indicaba con sensatez que debían esperar los resultados forenses para poder dar alguna respuesta. Se debían respetar los procedimientos, pues era importante mantener la integridad de la investigación, pero eso significaba que la información de que se trataba de un hombre aún no se había dado a conocer.

Bastaba con que un periodista hiciera alguna deducción propia o recibiera alguna noticia infundada para que todo el circo volviera a empezar. Solo tenían que escribir las palabras "desaparición, violación, homicidio, Marieberg, 1996" para conocer más sobre el caso Lina y el artículo prácticamente se habría escrito solo. Todos los habitantes de la zona entrarían en el enlace del artículo, de modo que ese día la redacción del periódico estaría de fiesta.

—¿Eira Sjödin?

Puso el periódico dentro del bolso y entró a la consulta.

Sonaba como una secadora. Ruidos ensordecedores, disonantes. Se imaginó también en el túnel de una autopista, mientras la enfermera movía el transductor del ecógrafo sobre la piel estirada de su vientre hasta que, de pronto, se detuvo.

Allí estaba.

Un golpeteo, rápido y tenaz como el de un pájaro carpintero incansable.

Más allá de toda duda, la vida.

Hasta entonces, todo se había sentido como una abstracción. Las náuseas, los cambios en su cuerpo, incluso el ultrasonido que mostraba los contornos del embrión. Pero oír un corazón que latía a su propio ritmo, no, eso era otra cosa. Las complicaciones de su trabajo y los problemas que debía solucionar, nada de eso importaba ahora. Ese latido era lo único importante, el galope frenético de su bebé hacia la libertad.

Estaba vivo.

—Todo parece estar muy bien por aquí.

Los latidos desaparecieron y la enfermera le midió la circunferencia del vientre con una cinta métrica.

Eira quería pedirle que le colocara otra vez el transductor; necesitaba descifrar sus sentimientos, pero aceptó el puñado de servilletas de papel que le dio la enfermera para quitarse el gel que le cubría el abdomen.

Era la semana 23, pronto entraría en el séptimo mes.

—No encuentro ningún dato sobre el padre —dijo la enfermera mientras repasaba la historia clínica y Eira bajaba de la camilla para colocarse las bragas.

Habían cambiado otra vez el personal de guardia; no era la primera vez que le hacían esa pregunta. La escasez de trabajadores de la salud en el sector de maternidad y obstetricia anunciaba una catástrofe para la llegada del verano, una situación terrible en todo el país y aún peor en Västernorrland.

—Oh, perdóneme, ¿no hay padre? —La mujer sonrió nerviosa. Como si todos los embarazos incluyeran necesariamente la presencia de un padre, como si no hubiera muchas otras maneras de lidiar con ese asunto.

—Sí, hay padre —dijo Eira—, solo que no estoy segura de quién es.

Había elegido esa clínica porque estaba a diez minutos de la comisaría de policía.

Cuando llegó, Eira cerró la puerta de su oficina. Tenía el móvil en la mano porque tenía que llamar a August. Quería contarle que había oído el latido del bebé por primera vez, que sonaba fuerte y saludable, pero seguramente estaba de servicio en alguna emergencia; lo mejor sería esperar. Eira suponía que estaba enfadado por no haber estado presente, pero para ser justa debería haber invitado también al otro posible padre, y Ricken aún no sabía nada de la existencia del bebé.

Guardó el teléfono y, en cambio, prefirió dedicarse a buscar información en el archivo sobre el hombre hallado en el río. Era un desconocido, no había registros de la dentadura y tampoco estaba listo el informe del forense. Pensaba si sería apropiado contarle a su jefe sobre las falsas especulaciones de la gente acerca de Lina Stavred, cuando, de pronto, alguien llamó a la puerta con un breve repiqueteo.

—¿Tienes tiempo?

GG estaba allí de pie, con su camisa azul marino desabotonada en el cuello.

Casi nunca llevaba chaqueta desde que había renunciado al puesto de jefe de investigaciones.

—Sí —dijo Eira, y movió la silla para hacerle sitio.

La ventilación del edificio había dejado de funcionar en algún momento del siglo pasado y circulaba el mismo aire desde hacía décadas. Eira sentía algo extraño en el estómago cuando estaba cerca de él.

—¿Todo en orden? —preguntó él.

—Sip.

Eira no sabía si se refería al embarazo o a la investigación de la red de narcotráfico; de todas maneras, cogió la lista que había preparado.

—Son transacciones de sumas pequeñas, como pagos a través de monederos electrónicos. He cotejado los nombres de las personas en los registros y no tienen antecedentes criminales.

GG observó la lista de nombres que Eira había encontrado en los extractos bancarios: personas que posiblemente habían comprado drogas a través de la red del traficante principal. En las bases del narcotráfico, había varios padres de familia que gozaban de un buen nivel económico como para mantener en marcha el negocio. A Eira le recordó un registro que habían hecho en un burdel cuando trabajaba en Estocolmo, los mensajes que habían encontrado en el móvil de una mujer de Europa del Este: "Hola. Cachondo, libre de enfermedades, sueco puro, economista. Me encantaría una buena mamada hoy, 17.30. Besos".

Algunas personas de la lista vivían en mansiones y tenían puestos directivos. Uno era un exitoso empresario; otro, un estudiante de ingeniería. Era gente que tenía mucho que perder y a la que tal vez podían hacer hablar.

—Perfecto —dijo GG—. ¿Vienes?

—¿Quieres que vaya?

—Si no tienes otra cosa que hacer…

—Se supone que estoy haciendo tareas administrativas —dijo Eira.

—Es verdad, así es. —Observó de reojo su tripa y le sonrió de una manera que le hizo sentir su calidez.

Eira se inclinó y buscó algo en el bolso, no tenía idea de qué. Tenía los labios secos por el invierno, así que sería bálsamo labial, tal vez, mientras GG volvía a repasar la lista.

—No creo que haya riesgo inminente de violencia física en el banco.

A Eira no le importaba que el viento soplara tan fuerte. Cogió una punta de su bufanda y le dio una vuelta más alrededor del cuello. Mientras cruzaban la plaza, se arremolinaban trozos de papel y arena en el aire. Siempre era un error creer que había llegado la primavera.

—Bueno, ¿cómo estás? —dijo GG.

—Muy bien.

—Me alegro.

—¿Y tú?

—Muy bien.

Para Eira era desconcertante caminar junto a él porque comprendía muy bien el significado de cada cosa que decía o que dejaba implícita. Tal vez por eso se había quedado un paso por detrás, o tal vez simplemente él daba zancadas más largas.

Durante aquella noche de otoño en que lo encontró encerrado en un sótano junto al mar, entre la vida y la muerte, Eira lo había abrigado con su cuerpo para mantenerlo con vida hasta que llegara el rescate, mientras le susurraba palabras que nunca antes le había dicho a nadie. Eran cosas que no se decían en su familia. Nunca había escuchado que sus padres alguna vez se dijeran "te quiero", ni tampoco a sus hijos. Era necesario que alguien estuviera inconsciente, casi al borde de la muerte, para que Eira se atreviera a hacerlo. Cuando GG se recuperó, se lo había agradecido, pero le había dicho que no recordaba nada. Era algo que siempre existiría entre ellos y, al mismo tiempo, no lo haría.

—¿Has visto lo que han publicado hoy? —dijo ella, y sacó del bolso el artículo sobre Lina Stavred mientras caminaban. GG se detuvo. Le cogió la mano unos segundos para poder sujetar el periódico y que no se lo llevara el viento.

—¡Vaya! —dijo—. ¡Cuánta inspiración!

—La investigación forense aún no está lista, pero ya sabemos que se trata de un hombre —dijo Eira—. ¿No deberíamos hacer algún comunicado?

GG leyó el escueto comentario del portavoz policial, que no tenía toda la información.

Había ciertos datos que la institución no debía revelar acerca de las investigaciones que aún no habían llegado a juicio y, por lo tanto, no eran de público conocimiento, pues se trataba de verdades que se mantenían reservadas a un círculo reducido de personas.

Por ejemplo, el hecho de que Lina Stavred en realidad estaba viva, es decir, que no había muerto aquella noche hacía veintiséis años, sino que había huido y desde aquel momento vivía en Estocolmo, de incógnito, cambiando varias veces de identidad y a expensas de varios hombres.

GG era uno de los pocos que lo sabían. Eso también era algo que compartían.

—¿Sus padres están vivos? —preguntó él.

—No lo sé. Se mudaron con unos familiares a Finlandia porque no querían seguir viviendo aquí. Un año después de la desaparición de Lina, solicitaron el certificado de defunción porque, según la investigación policial, no quedaba ninguna duda de que estaba muerta.

GG dobló el periódico y se lo dio.

—Que sigan escribiendo —dijo—. Si informamos que se trata de un hombre, buscarán a cualquier pobre diablo en los archivos y todo volverá a empezar.

Llegaron a la enorme fachada de columnas con una cabeza de león en piedra que era de uno de los bancos más importantes.

—¿Cuándo se volvieron tan esnobs los antros de drogas? —murmuró GG.

La ciudad de Kramfors era conocida desde hacía bastante tiempo como "la ciudad del polvo", por el elevado número de consumidores de drogas que había allí, pero no era nada comparado con el alcance que tenían las drogas ahora. El narcotráfico había llegado a todas partes, más allá de los oscuros callejones, sin distinción de edades ni clases sociales. En los últimos años, el servicio de correos se había convertido en el mayor proveedor de narcóticos del país, pues las drogas se pedían por internet o por teléfono y el pedido podía llegar directo al buzón del cliente dentro de un sobre acolchado.

Una persona los condujo hacia una oficina donde se negociaban los préstamos a los clientes. El hombre de traje blanco se llamaba Rasmus.

—Esos deben de ser los patines que les compré a los niños —dijo cuando lo interrogaron acerca de la transacción que había realizado—. Fue a través de un anuncio, no recuerdo quién era el vendedor.

—Unos patines bastante caros —dijo GG.

—Sí, en realidad era todo el equipo de hockey.

—¿Para un niño de cuatro años? —dijo Eira.

—Deben comenzar de pequeños. No se imaginan la presión que tienen los

niños con esas cosas. —El empleado del banco se soltó un poco el nudo de la corbata—. No soy fanático de ningún equipo, pero aun así quiero que mis hijos tengan una oportunidad.

—¿Dónde vio el anuncio?

—No lo recuerdo, debió haber sido en Blocket o en Marketplace; la verdad, no tengo idea. Los niños crecen tan rápido que me paso la vida comprando y vendiendo cosas todo el tiempo.

—¿Consume cocaína también durante las horas de trabajo?

Eira notó cómo cambió el humor en la habitación cuando GG se puso más agresivo. Era más alto y más fuerte que ese hombre más joven.

—¿O solo los viernes por la noche, cuando es hora de relajarse y pasarlo bien? —continuó con un tono más calmado—. ¿Qué opina acerca de apoyar a las bandas de delincuentes? ¿Y qué opinión tiene su jefe sobre eso?

La reacción del hombre era difícil de interpretar; tenía el rostro rígido como las estrellas de televisión que se inyectan bótox y lo miraba de reojo.

—Tal vez haya visto por televisión que las pandillas reclutan niños para dispararles a otros niños —continuó GG—. ¿No cree que las personas que les dan las armas deben ir a la cárcel?

—Sí, por supuesto.

—Entonces, ¿está dispuesto a presentarse como testigo? Contar qué compró y a quién. Y ya no me estoy refiriendo a los patines.

El empleado del banco miró rápidamente el reloj que tenía en la muñeca. Era caro, muy similar a los que la policía les confiscaba a los pandilleros.

—¿Soy sospechoso de algo? Creo que debo llamar a mi abogado.

Una hora después, también habían logrado doblegar al estudiante de ingeniería, que se había puesto a llorar implorándoles que comprendieran la presión bajo la que se encontraba. ¿Cómo aprobaría los exámenes si no podía mantenerse despierto durante las noches? Porque, además de estudiar, dirigía una *start up* especializada en informática. Les decía todo eso sentado en un amplio sofá.

—Pero, joder, no soy drogadicto —dijo—. En realidad, se trata de algo mucho menos peligroso que el alcohol; la causa de todo esto es la hipocresía de la sociedad.

—¿Puede dar testimonio de eso en el juicio?

—¿De qué? ¿De la hipocresía?

—De que el dinero que gana con su empresa va directo al crimen organizado.

Cuando salieron, GG encendió un cigarrillo frente a la puerta principal, justo delante del letrero de "prohibido fumar".

—¿Qué le está ocurriendo a la gente? —dijo y exhaló el humo lejos de Eira. Pero dio la vuelta en el aire y la envolvió con su exhalación—. ¿Cuándo dejamos los individuos de vernos como parte de una sociedad? Se trata de niños que se tirotean entre sí, por el amor de Dios.

CAPÍTULO 6

Shirin la llamó cuando Eira estaba volviendo a casa, después de una parada en Älandsbro para satisfacer el imperioso antojo de un plato de salchichas con puré y pepinillos de la parrilla Sibylla.

—Tengo novedades acerca de nuestro amigo del río.

—¿Qué novedades?

—Estoy en Umeå; el médico forense quería comentarme algunos detalles.

—¿Condujiste 350 kilómetros por un hombre desconocido?

—Tenía que hacer otras cosas también —dijo Shirin—. ¿Tienes a mano a un ordenador?

—Dame veinte minutos.

Eira pisó el acelerador en los últimos diez kilómetros hasta llegar a Lunde. La llamó lo más pronto que pudo, una vez que estuvo sentada a la mesa de la cocina con un paquete de galletas de vainilla, mientras bajaba en el ordenador las imágenes que Shirin le había enviado.

Vio unas costillas y partes de la columna vertebral.

—Es probable que no haya sido un accidente; tampoco se tiró al río —dijo Shirin.

—¿Qué es lo que me has enviado?

Eira pasaba las imágenes mientras Shirin le describía una vértebra cervical destrozada que le había llamado la atención al médico forense. Existía una herida muy pequeña que habían podido confirmar bajo el microscopio.

Cayeron algunas migas sobre el teclado cuando Eira amplió la imagen y notó un punto que parecía una pequeña hendidura.

—Estamos de acuerdo en que pudo haber sido una bala —dijo Shirin—. Incluso parece haber tocado el esternón al salir. El ángulo coincide.

Eira sentía el latido veloz del corazón del bebé. O tal vez el del suyo, que latía a la par.

—¿Un tiro en la nuca?

CAPÍTULO 7

Se habían reunido algunas personas frente a la Casa del Pueblo, al borde de la carretera, junto al monumento del tiroteo de Ådalen, que representa al caballo sobre las patas traseras, justo antes de que los militares abrieran fuego contra los manifestantes. Allan conocía a algunos de los que estaban allí y quería detenerse para saludarlos. Estaba Bettan Ljung, la mujer a la que le había tocado la lotería y nunca se había sabido qué había hecho con el dinero, aunque quedaba claro que no lo había usado para comprarse ropas caras, pues llevaba el mismo abrigo que siempre le había visto por las calles de Lunde; también estaba Kalle Molin, con quien Allan había discutido mucho de joven acerca de traiciones políticas y abusos de poder, y un par de visitantes tempranos. Trabajadores nómadas, según había oído Allan; esas personas que podían vivir tanto allí como en Estocolmo; uno de ellos estaba apoyado contra la pared del Café 31 mirando fijamente el móvil.

—Me pregunto si será esa chica, Lina; no puedo pensar en otra cosa —dijo Bettan.

—¿No te ha dicho nada tu vecina, la hija de Veine Sjödin? —le preguntó Kalle Molin a Allan—. La policía debe hacerlo público cuando lo sepa, ¿verdad?

Allan carraspeó pensando que sería tonto decir siquiera una palabra. Con el tiempo, Eira se había vuelto casi como una hija para él. A menudo pensaba que, si moría en su cama, sería ella la primera en descubrirlo, se daría cuenta cuando no recogiese el periódico o al perro. Pero según había oído, iban a reducir las ediciones a tres a la semana, así que probablemente pasaría bastante tiempo muerto antes de que ella se diera cuenta.

—Lo que dicen en el artículo es pura basura —comentó para no dar la impresión de que no sabía nada acerca del tema—. No es Lina Stavred, de eso están seguros.

Eira se lo había mencionado cuando fue a buscar al perro y le hizo algunas preguntas al respecto; estaba enfadada con los medios porque habían publicado cosas sobre las que no sabían nada.

—Ojalá fuese ella, así sus padres estarían en paz —dijo Kalle—. Si es que aún están vivos.

—¿Quién será esa persona, entonces? —dijo uno de los recién llegados.

—Lo sabremos en su debido momento.

—A menos que el pobre diablo haya estado allí durante mucho tiempo. En ese caso, será imposible saberlo.

—Pero recuerda a esa mujer de la Edad de Piedra que expusieron en Härnösand: ¡la han reconstruido tal como era!

—¡Qué tontería! Nadie puede saber cómo era exactamente.

—Leí un hilo de comentarios en Flashback —dijo el recién llegado—. Alguien escribió que se trata de un hombre y que lo asesinaron.

—¿Cómo pueden saberlo?

—Siempre hay alguien que sabe.

Canalla estaba husmeando con mucho gusto a la perrita de Kalle y no quería alejarse de allí, a pesar de que Allan tiraba discretamente de la correa. Las habladurías lo incomodaban; había nacido y se había criado en ese lugar, y sabía muy bien qué consecuencias podían tener. Un día, la gente chillaba y vociferaba sobre algún tema y al día siguiente apartaban la mirada y dejaban de hablar.

Durante ese tiempo había intentado mantenerse ocupado, por ejemplo, limpiando el garaje, para olvidar las imágenes del muerto tal como lo había visto el lunes pasado cuando sacaron los restos del río. Trozos de huesos destruidos, pero, aun así, distinguibles. Como esos dos huecos vacíos donde habían estado sus ojos.

—¿Y cómo está Maarit?

Eran otra vez Kalle y su curiosidad sobre temas que le eran completamente ajenos.

—Está muy bien.

—¿Vendrá para el verano?

Allan murmuró algo que no pretendía ser ni un sí ni un no. Tomó a Canalla, saludó con un "nos vemos" y continuó caminando hacia el río.

Más adelante, se encontró con más vecinos que se habían reunido junto al viejo edificio de la aduana, pero los vio de lejos y se desvió en la dirección contraria por la colina frente a la cafetería Wästerlund, que aún no había abierto tras el invierno.

Canalla tiraba con fuerza de la correa; quería ir por los mismos caminos por

los que iban siempre. Tenía sus propios arbustos, sus sitios habituales.

—¡Ven aquí! ¡Sentado! —gritó Allan, a pesar de que sabía que el pobre vagabundo nunca había aprendido a hacer eso. Cuando se alejaron un poco del camino principal, soltó la correa y lo dejó libre.

La iglesia que estaba en lo alto de la colina también estaba cerrada. Según había oído Allan, la habían vendido, seguramente a alguien que la transformaría en un edificio residencial, a pesar de que se veía tan bella allí en lo alto. La capilla Bethania había sido construida por voluntarios cuando Lunde era un lugar de reunión para alcohólicos y pecadores que creían en la salvación según la fe bautista. Se decía que los más alcohólicos habían ayudado a colocar las maderas durante la construcción para expiar el mal que habían hecho, por si acaso llegaba el día del juicio final.

Delante de la capilla había un banco donde la gente podía descansar las piernas y pasear la mirada por el sendero sinuoso del río que atravesaba el paisaje. "Los anocheceres azules de marzo de Ådalen", como escribió Birger Norman, el poeta de Svanö.

Habían pasado cinco años desde que Maarit se había ido de allí y durante ese tiempo Allan les respondía a todos los que preguntaban que sí, que seguramente él también se iría, pero aún tenía muchas cosas que organizar en la casa y todo eso.

La soledad se había apoderado de su alma, y si tuviera que poner en palabras lo que sentía, diría que era como un dolor dentro del pecho, justo detrás de las costillas.

Ella había tomado la decisión y no hubo nada que discutir. Había hecho la maleta y se había mudado a Estocolmo como si fuera una jovencita, a pesar de que ya no tenía que ir a estudiar ni trabajar, pues a los 75 años el motivo eran los nietos. Tenían cuatro, lo cual ya era un verdadero milagro, además de dos bisnietos, y todos vivían en diferentes partes de Estocolmo. Allan había ido a visitarlos, pero se había sentido tan desorientado en las diferentes partes de la ciudad que no distinguía Hökarängen de Helenelund.

Le había dicho a Maarit que él se mudaría después.

Aún llevaba el anillo en el dedo, después de 54 años de matrimonio, pero en lo más profundo, sabía que ella había terminado con él. No había nada que él pudiera hacer.

Canalla desapareció entre la maleza, detrás de la vieja estación eléctrica donde

Allan solía reunirse con su hermano, ya fallecido, para jugar al fútbol y encontrarse con chicas durante su adolescencia.

A decir verdad, Maarit siempre se había sentido de visita allí. Si hubiera sido por ella, no habrían vivido en Lunde, ni siquiera en Ångermanland. Nunca se habrían mudado a la finca de los abuelos de Allan, y los niños no habrían jugado en los mismos prados cubiertos de césped en los que había jugado él. La familia de Maarit, sus hermanas y sus padres, eran de Luleå y ella no quería otra cosa más que vivir cerca de ellos. Por supuesto que él consideró mudarse allí con ella, pero el problema era el trabajo. Necesitaba trabajar y había recibido una rotunda negativa en Luleå.

Por lo tanto, había sido ella la que tuvo que partir.

—Estas montañas, no puedo ver más allá de ellas —le decía a veces cuando estaba triste, casi siempre cuando comenzaba la primavera y la tristeza era abrumadora—. Son como paredes que me acorralan y no me dejan respirar.

Allan no se lo había dicho directamente, pero dedujo que ella lo sabía. Se notaba en los silencios que se hacían cada vez más largos durante sus conversaciones.

La distancia entre ellos crecía.

Se quedó allí sentado observando cómo el azul oscuro del cielo se fundía con el de las montañas, a las que veía más borrosas. La verdad era que nunca podría irse de ese lugar.

Se sentía unido a él de una manera imposible de explicar.

CAPÍTULO 8

Eira eligió un CD de Monica Zetterlund, jazz tranquilo a bajo volumen. Había aceptado la realidad de las visitas a su madre en la residencia de ancianos; le daba paz esa sensación de atemporalidad donde el recuerdo no tenía por qué interponerse. Era solo cuestión de adaptarse.

Debía aceptar las cosas tal como eran sin preocuparse por cómo habían sido, pues en ese tiempo iba a necesitar mucho de su madre para compartir con ella las noticias felices, para que la ayudara, para que se convirtiera en abuela.

Le sirvió un poco de jerez a Kerstin y un café para ella.

—Salud, salud —dijo Kerstin antes de brindar y vaciar la copa de un trago.

Durante el tiempo que estuvo viviendo con ella, Eira no se atrevía a guardar alcohol en los armarios, porque su madre, a pesar de que no tenía problemas con la bebida, podía olvidar qué hora era y correr el riesgo de extralimitarse por haber comenzado a beber desde la mañana. Este, en cambio, era un entorno seguro, a pesar de que bebía tan rápido por la voracidad que le provocaba la demencia.

—¿Y tú no vas a tomar una copa? No tienes que conducir, puedes quedarte a pasar la noche. —Kerstin miró a su alrededor buscando la cama de huéspedes, como si su vida no se hubiera reducido a esa pequeña habitación de dieciocho metros cuadrados.

—Pero, mamá, estoy embarazada. Lo sabes, ya te lo he contado antes. —Eira acercó más su silla, le cogió la mano y se la colocó sobre la tripa—. Siéntelo, mamá, es algo que conoces bien y no lo olvidas fácilmente. He entrado en el séptimo mes ahora, en mayo.

Kerstin alejó la mano y meneó la cabeza.

—Nunca hubiera creído que te meterías en algo así. Un hijo, a tu edad. Pero supongo que ya es demasiado tarde.

—Mamá, voy a cumplir treinta y cinco años; no soy una niña, sé lo que estoy haciendo.

—¿Puedo beber otra copa?

Eira se levantó para coger la botella de jerez y permaneció un momento de

pie dándole la espalda. En ese momento, sintió de inmediato la certeza de querer tener a ese bebé, no solo por ella misma, sino por la posibilidad de hacer feliz a su madre y estar más cerca de ella. Una última oportunidad.

Llenó la copa y fue a buscar los álbumes de fotos de los años sesenta y setenta, de cuando el pasado era más fácil de controlar. Había fotos de la luna de miel de sus padres en Florencia y de una joven Kerstin que posaba en el Ponte Vecchio imitando a la Venus de Botticelli, la diosa de la belleza y del amor, cubriéndose con una mano la entrepierna y con la otra, los pechos. El viento le alborotaba el pelo.

—Mira qué hermosa eras, mamá.

En la siguiente foto, posaba delante de la escultura de un hombre desnudo en un restaurante al aire libre, delante del enorme portón de una iglesia. No había escrito ningún comentario debajo, solo estaban las fotos, descoloridas después de tanto tiempo. Si fuera una investigación policial, Eira habría podido buscar en Google e identificar los lugares para seguir el rastro de sus padres, pero no lo era.

En la página siguiente había fotos de la playa: Kerstin saltaba entre las olas. Siempre era el padre de Eira el que estaba detrás de la cámara.

De pronto, los viajes fueron sustituidos por las primeras imágenes de Magnus recién nacido en brazos de su madre.

—Qué hermoso y gordito era —dijo Eira.

—Cuatro mil doscientos kilos —dijo Kerstin.

—Gramos, querrás decir.

—Sí, Dios mío, je, je. —Kerstin se rio, pero Eira no estaba segura de que hubiera entendido el error—. El parto duró siete horas, mis partes privadas quedaron destrozadas.

A veces, los recuerdos exactos llegaban con una repentina claridad, o tal vez se debía a que había contado tantas veces las cosas que las repetía de memoria. Siguió pasando las páginas: Magnus cuando aprendió a gatear, luego a caminar, cuando le regalaron un gato.

—¡Mira! Es Tusse, ¿o Nicke? El que murió atropellado, ¿recuerdas?

Eira no le mencionó que ese gato había muerto antes de que ella naciera. Cambió de álbum para no tener que hablar de Magnus. Kerstin casi nunca recordaba que estaba en prisión en Umeå, cumpliendo condena por homicidio involuntario, y Eira ya había dejado de contárselo. Era más fácil disuadirla con

mentiras diciéndole que estaba ocupado, que había viajado y que iría a visitarla la semana próxima. Para ese entonces, ya lo habría olvidado.

El relato dio un salto atrás en el tiempo hacia los años cincuenta, cuando Kerstin era una niña, como una película antigua sobre su juventud y los campamentos de vacaciones. Kerstin y sus amigos, aparentemente durante el bachillerato, sentados sobre el césped, con vaqueros acampanados y los cabellos despeinados. A Eira le gustaba ver esa versión de su madre joven y rebelde. Aún era así por dentro.

—Mira, ¡aquí estás fumando! No sabía que fumabas. ¿Cuántos años tenías aquí, mamá? ¿Diecisiete, dieciocho? ¿Era a finales de los sesenta? Parece que estáis en Babelsberg, ¿era allí donde solíais reuniros?

—¡Míralo! —Kerstin colocó un dedo manchado de tarta sobre un chico de cabello largo y negro que miraba a la cámara—. Era un verdadero galán, ¿no?

—¡Y qué pintas llevabas, mamá! Con gafas de sol, te pareces a Yoko Ono en esta foto.

Las risas sonaban como pequeñas chispas de misericordia.

Eira siguió pasando las hojas hasta que llegaron las fotos de un viaje por Estocolmo con amigos, frente al castillo y sobre los puentes. Otras fotos eran de su graduación del bachillerato; los abuelos estaban muy elegantes y parecían orgullosos. Kerstin era la primera en la familia que iría a la universidad; representaba el futuro, la esperanza.

Kerstin tenía la cabeza inclinada; se había quedado dormida en el sillón.

Cuando un empleado vino a comunicar que estaba servida la cena, Eira se quedó en la habitación. Lavó las copas y controló si su madre tenía ropa limpia o si necesitaba algo nuevo. Siempre le desaparecían cosas y ya había dejado de preguntárselo.

Sacó el ordenador para leer el informe del forense, que había llegado después de cuatro días. La edad del hombre estaba marcada con un círculo. Cuando murió tenía entre veinte y veinticinco años. Se había roto la muñeca un par de años antes de morir y la fractura había sanado por completo; eso significaba que había vivido en un lugar y una época en que había tenido acceso a cuidados médicos. El buen estado de la dentadura indicaba que había llevado una vida saludable, y además eso podía facilitar la identificación. En Suecia, los registros dentales se guardaban durante setenta años, a veces aún más tiempo en el caso de los archivos personales de los odontólogos, pero era necesario saber previamente a quién se buscaba.

Habían podido obtener pequeñas cantidades de ADN del interior de los dientes e incluso de un fémur, pero el resultado podría tardar bastante tiempo.

La búsqueda en los registros de personas desaparecidas no había sido de mucha ayuda, de modo que se inició además una búsqueda internacional. La huella de la bala determinaba que debía considerarse una investigación por homicidio.

Eira desplazó hacia abajo la pantalla para saber quién estaba a cargo y se sorprendió al ver su propio nombre. El nuevo jefe de grupo no se lo había mencionado.

—Pero ¿cómo? ¿Ya has llegado?

Kerstin estaba de nuevo en la puerta; habían pasado solo diez minutos. Los pantalones le quedaban holgados, ¿estaba comiendo lo suficiente?

—¿Y Magnus? ¿Llegará tarde otra vez?

CAPÍTULO 9

El invierno parecía haber vuelto a asomar la cabeza durante esa mañana de mayo, en la que Eira finalmente pudo reunirse con los buzos de la policía. Esta vez los siguió hasta el lugar del hallazgo. De pie en la cubierta, con el rostro helado y los dedos que se le iban poniendo rígidos, observó a los buzos colocarse los trajes, luego los guantes, las aletas, hasta que al final no quedó ningún rastro de piel al descubierto. La temperatura del agua, según supo, era de siete grados.

Junto a la playa de Sandö, entre las ramas congeladas de los abedules, se vislumbraban algunos edificios apartados: eran los recintos de la escuela de rescatistas, donde se formaban quienes socorrían a las personas que quedaban atrapadas en edificios en llamas.

Los buzos se hicieron señas y se zambulleron desde la barandilla del barco; segundos después, el agua volvió a quedar inmóvil.

El río estaba helado y gris.

Eira se refugió en el camarote del capitán; se sentó frente a la pantalla y esperó a que los buzos llegaran a la profundidad adecuada. Según le habían dicho, la visibilidad en los primeros metros era borrosa, pero más abajo el agua se hacía más clara. Esta vez habían tenido acceso a un equipamiento más avanzado. El capitán de la guardia costera le dio a Eira una taza de café justo cuando se encendió la pantalla: tenían contacto con los buzos. No había sonido, solo se veía una imagen oscilante. El que sostenía la cámara se movió lentamente hacia un lado del barco hundido en el fondo. No iban a hacer una excavación, sino simplemente una inspección ocular más minuciosa, ahora que sabían que se trataba de un crimen.

La cámara se detuvo a un lado de la embarcación frente a un letrero que el buzo limpió con la mano para quitarle el fango y hacer más nítida la imagen. Inmediatamente se vislumbró algo que parecía un ave, como un águila real de un escudo de armas.

Un escalofrío les recorrió el cuerpo. El capitán estaba inclinado junto a Eira observándolo todo; él fue quien lo vio primero.

—El águila bicéfala —dijo—; apuesto lo que sea a que ese barco es ruso.

El otro buzo apareció en la imagen, hizo una seña y luego ambos continuaron avanzando lentamente. Un viaje ondulante a través del fondo irregular, que se vio interrumpido por un cúmulo de maderas que se habían hundido a lo largo del tiempo, hasta que se vio nuevamente el barco. Habían llegado a la proa. La cámara se agitó un momento y luego siguió acercándose hasta entrar en la embarcación que descansaba en las profundidades.

Mientras avanzaban con cautela para revelar detalles del hallazgo, Eira distinguió el contorno de los huesos de un pie. Luego, otra cosa. ¿Tal vez una vara o un gancho?

—¿Qué es eso?

—No estoy seguro, pero mire en este ángulo —dijo el capitán, y señaló la esquina inferior de la pantalla. Líneas paralelas que se curvaban formando un arco, no de madera, sino de metal.

—¿Un ancla?

El ascenso fue lento. Eira sostuvo la bolsa mientras los buzos se quitaban las máscaras. Era una pausa breve antes de volver a descender.

Creían que podrían subir el ancla solos, pues estimaban que pesaba alrededor de noventa kilos.

—No es mucho —dijo el capitán—. Considerando lo grande que es la embarcación, debería pesar unos ciento cincuenta kilos.

También observaron las fotografías del lugar. Valentin conectó su ordenador para verlas más grandes. La nitidez era mejor que en la grabación, debido a que la lente de la cámara había llegado más cerca.

Se hizo a un lado para hacerle un sitio a Eira.

Allí estaba el pie, cubierto de fango hasta la mitad, y el ancla que parecía rodearlo.

—Tuvimos que levantarla para poder liberar la pierna —explicó.

—¿No estaba encadenado? —dijo el capitán.

—No.

—¿Una cuerda, un cable?

Ambos buzos negaron con la cabeza. El silencio insinuaba algo que Eira no podía interpretar. A pesar de que había crecido junto al río en una zona costera, no estaba especialmente familiarizada con el mundo de los barcos. Los jóvenes usaban camionetas trucadas y anhelaban tener coches en buenas

condiciones para poder llegar hasta Kramfors o Härnösand, pero ¿para qué querrían un barco? ¿Para ir a Lugnvik o Klockestrand, al otro lado del río? Eran comunidades aburridas, no muy diferentes de la suya.

—¿Qué os dice eso?

—Si fue utilizada para anclar una embarcación, debería estar unida a una cadena de cincuenta y hasta cien metros de largo —dijo Mira, y miró a Eira de reojo—. Es lo que hace que el ancla quede fija en el fondo.

Volvió atrás algunas fotos.

—Mira esto; una parte del objeto estaba debajo de la pierna. Por supuesto que puede ser casualidad, pero…

—¿Te refieres a que el ancla pudo haber sido utilizada para hundir el cuerpo?

Eira se inclinó aún más, intentando imaginar una cuerda enrollada, ropa que podría haberse desintegrado con el tiempo. Un tiro en la nuca, un cuerpo que había debido ocultarse a cualquier precio.

Llamó a Shirin mientras los buzos volvían a descender; la investigadora le dijo que saldría de Sundsvall en una hora o dos.

Para cuando llegó, los buzos ya habían subido el ancla a la cubierta; el capitán encendió el motor para dirigirse a tierra.

En la distancia, Eira vio que se había reunido un grupo de curiosos en el puerto. Cogió los prismáticos y pudo ver varios coches aparcados justo frente a la cerca que aún muchos llamaban "la playa de la prisión", por las antiguas celdas que alojaban a los borrachos. El nombre había sobrevivido a las construcciones, que ya habían desaparecido; las palabras eran más fuertes que las cosas que describían.

Distinguió un coche con el logotipo del canal de noticias local y otro con el de TV4; seguramente tenían alguna otra cosa que hacer en la zona para haber llegado tan pronto.

—Sigamos el curso del río —gritó—. Quisiera evitar las cámaras hasta que sepamos más.

Las especulaciones sobre Lina Stavred habían cesado de inmediato cuando se inició la investigación por homicidio y se dio a conocer que el cadáver hallado era de un hombre, pero muchos periódicos de Norrland ya habían recogido la historia y también querían informar sobre las novedades del caso.

Los titulares hablaban de un asesinato brutal, se preguntaban quién era el hombre del río y cosas por el estilo.

—¿Adónde vamos? —gritó el capitán mientras pasaban por debajo del

puente de Sandö.

Eira miró el cielo, las grandes nubes grises sobre la arcada de cemento. Tenía las manos tiesas del frío cuando buscó el número. No estaba acostumbrada a tomar decisiones importantes como hablar con la prensa, dirigir y distribuir las tareas; tal vez por eso pensó en su antiguo colega.

Había una cabaña frente al río, con embarcadero propio y un pórtico donde podrían trabajar lejos de las miradas de los medios y de la población, además de que pertenecía a alguien que comprendía bien de qué se trataba el asunto.

—Dadme un minuto.

Dudaba mientras sonaba el teléfono, pero no se le ocurría ninguna idea mejor.

—¿Puedes pasar bajo el puente que une Sandö y Svanö? —dijo después de cortar.

—No hay problema.

—Hay un embarcadero privado que podemos utilizar en Klockestrand.

CAPÍTULO 10

Eilert Granlund había cuidado de Eira como un padre cuando ella era una novata en la comisaría de policía de Kramfors. Nunca dejaba pasar la oportunidad de compartir su extensa experiencia, siempre animándola y creyendo en ella.

Durante un minuto de incertidumbre mientras esperaba que Eilert atendiera el teléfono, Eira pensó que tal vez habría muerto y se enfadó consigo misma por haber faltado al funeral, pero ahora Eilert estaba allí, vivo, de pie en el embarcadero de su casa de verano y les indicaba con ademanes exagerados hacia dónde conducir el barco.

—No creas que uno desaparece simplemente por haberse jubilado —dijo él, y se rio con fuerza mientras el capitán amarraba la embarcación en un poste desvencijado—. Si los delincuentes no lo encuentran a uno, lo hace la policía.

Cuando entraron en la casa, ardía el fuego en la salamandra. Eira vio una foto rodeada de velas sobre un mueble.

—No sabía…

—Falleció justo antes de Navidad; estaba sufriendo mucho, fue un alivio.

—Lo siento.

Shirin entró por el camino de acceso para coches y aparcó frente al porche, mientras que el capitán de la guardia costera emprendió el regreso a su puerto en Härnösand.

Eilert comenzó a preparar café.

—Me quedé casi sin aire cuando leí que el cuerpo que hallaron posiblemente fuera el de Lina —dijo—. Esperaba que esta vez los medios tuvieran razón.

—Ya sabíamos que no era ella —respondió Eira.

Por la ventana vio que el jardín, que antes estaba siempre bien cuidado, se había llenado de maleza como la que había en sus propios parterres.

Antes podía hablar abiertamente con Eilert; en cambio, ahora se sentía como si anduviera de puntillas sobre arenas movedizas. Él había estado a cargo de la investigación sobre la desaparición de Lina en los años noventa y había interrogado al adolescente sospechoso de haberla asesinado. Eira había visto en

las filmaciones cómo había presionado al chico a lo largo de varios días, para que finalmente se derrumbara y confesara el crimen.

"Lo recuerdas, Olof, sabemos que lo recuerdas".

—¿Tienes leche? —le preguntó.

Lo ayudó a poner el café en el termo y sacó el pan, la mantequilla y el queso de la nevera mientras le contaba lo poco que sabía sobre el hombre cuyo esqueleto estaban examinando en el porche.

—¿Hay alguna teoría de cómo murió?

—Parece que de un tiro en la nuca —dijo Eira.

—Oh, vaya. ¿Y la fecha? ¿Alguien puede estimar cuándo ocurrió?

—Aún no, y considerando lo ocupados que están en el laboratorio, tardará un tiempo.

Del otro lado de las puertas de cristal, Shirin había extendido el cobertor de plástico sobre el suelo de madera recién encerado. Todos observaban sus movimientos mientras levantaba y observaba partes de un pie o de una pierna.

—Es posible que hayan hundido el cuerpo deliberadamente, pero no tenemos certeza aún —dijo Eira después de un momento.

—Bueno —dijo Eilert—. No parece una simple pelea de borrachos, en especial si se trata de un tiro en la nuca. ¿Estaríamos hablando de una ejecución? —La miró de reojo cuando ella no respondió—. No creerás que no sé mantener el secreto profesional, ¿no?

—Por supuesto que no.

Eira oía la respiración pesada de su antiguo mentor cuando abrió la puerta para salir al porche y sintió un vago aroma a whisky que la acompañó hasta afuera.

Shirin estaba ocupada limpiando el ancla. Era de hierro fundido y pertenecía al clásico modelo de anclas de la marina. Le estaba quitando con cuidado los restos de fango del orificio donde debió de haber estado la cadena.

—Si habían atado de alguna forma el cuerpo a ella, la cuerda pudo haberse desatado con el tiempo —dijo, y se incorporó para coger la taza de café.

"Estaba muerto cuando cayó al agua", pensó Eira. "Con un tiro en la nuca, no debió de sentir nada cuando lo hundieron".

—No soy ninguna experta en antigüedades náuticas —continuó Shirin—, pero creo que el ancla es del siglo pasado, como mínimo. Aunque eso no dice mucho, claro, porque puede seguir usándose hoy en día.

Eira le permitió a Eilert tomar la iniciativa y hacerle algunas preguntas sobre

la dentadura del hombre, el lugar del hallazgo y el sedimento del fondo. No importaba que ella fuese una profesional experimentada; para él, aún seguía siendo una novata. Además, le gustaba volver a verlo comportarse como policía.

—O nadie echaba de menos al sujeto o no fue nunca al dentista.

Resonaron las carcajadas con esa broma, que Eira ya había escuchado otras veces.

Luego, Eilert comenzó a hablar con Shirin sobre los últimos avances en las tecnologías relacionadas con la obtención de ADN, tema que seguía desde lejos, pero con gran interés. Sobre lo notable que era que los genetistas hubieran resuelto un doble homicidio rastreando al asesino en el tiempo a través de sus descendientes, remontándose hasta el siglo XVIII, o que se pudiera crear la imagen del rostro de una persona a partir de su ADN, una técnica desarrollada en los Estados Unidos.

—Leí que la policía del sur de Suecia intentó identificar una víctima de homicidio de esa manera. ¿Qué seguridad puede ofrecer eso?

—Va a pasar mucho tiempo hasta que pueda utilizarse como prueba, y aún les debemos pedir ayuda a los estadounidenses para poder hacerlo —dijo Shirin—. El hecho de que exista la tecnología no significa que todos podamos emplearla; no solo tiene que ser menos costosa, sino también legalmente más segura.

Cerró la bolsa que contenía los restos de los huesos justo antes de que la lluvia comenzara a golpear sobre el techo de chapa.

—Joder, por momentos echo mucho de menos todo esto —dijo Eilert.

CAPÍTULO 11

La primavera aún no había llegado a Strinne, que todavía parecía estar cubierto por manchas de nieve. Pero después de bajar del coche, Eira se dio cuenta de que había visto mal. ¿Era espuma? ¿Ricken limpiaba el depósito de chatarra?

El último resplandor de la noche iluminaba la pintura reluciente de un Cadillac rojo modelo Eldorado en muy buenas condiciones. A diferencia de los demás coches, aún parecía estar funcionando.

Encontró a Ricken sentado en la parte trasera, envuelto en una manta para mantenerse abrigado, frente a las brasas de la parrilla.

—Puedo poner algo al fuego si tienes hambre.

—No, no es necesario.

—Siéntate.

Eira aún llevaba la chaqueta de invierno, no tanto por el clima, sino porque le ocultaba el vientre, que era cada vez más grande. Por un instante vio el reflejo del atardecer sobre el río; las nubes ya se habían alejado para dar lugar a ese anhelo constante que era la primavera.

—¿A quién has encerrado hoy? —dijo Ricken con su sonrisa irresistible.

—A nadie, pero aún estoy a tiempo —dijo Eira.

—¿Quieres que delate a alguna persona? —Le ofreció una cerveza que ella no quiso aceptar, porque esa vez no se quedaría a dormir.

Se sentó en una silla plegable raquítica y él le colocó la manta sobre las piernas. No hacía más de seis o siete grados, pero tenía que estar al aire libre, en libertad.

—Solo pasaba por aquí, ya no estoy en horario de trabajo —explicó ella.

—Eres policía, ¿alguna vez no estás en horario de trabajo? ¿No eres policía de alma, fiel a la fuerza que sirves?

—Ya basta, no tengo ganas de discutir. —Eira vio el libro que tenía al lado, sobre el césped sucio y pisoteado. *El príncipe* de Maquiavelo, una edición de bolsillo desgastada. Ella nunca había leído los mismos libros que él, ni siquiera cuando era joven y estaba perdidamente enamorada.

—No creas que te escaparás tan solo porque eres buena —continuó él—. Incluso los buenos se transforman en una herramienta del poder al que sirven; de lo contrario, te vuelves una traidora, lo cual no quieres que ocurra, porque tus privilegios y tu bienestar dependen de la lealtad que le guardas a ese poder.

—Tengo algo que contarte —dijo Eira.

—No lo tomes a mal, solo hablo en términos generales. Si no hacemos nada para evitarlo, el poder domina nuestras vidas. Desde que el rey creó el ducado de Ångermanland nos han estado controlando, luego lo hicieron la Policía Especial y los espías del Servicio de Información. Los nombres cambian, pero es siempre lo mismo. Y en este momento, solo les hace falta eso —dijo, y señaló el móvil que ella tenía en la mano, tal vez percibiendo que estaba nerviosa—. Ya no tienen que enviar a los espías para que nos observen, nosotros mismos les resolvemos el trabajo.

Eira lo dejó hablar mientras buscaba en su mente las palabras adecuadas. Había pensado muchas veces en ellas, probando diferentes maneras de decirlo.

No había muchas cosas que le dieran miedo, pero estaba aterrada por darle esa noticia y por lo que él pudiera responder. Tal como había ocurrido aquella vez hacía casi veinte años, cuando Ricken terminó la relación y ella no tuvo la regla durante varias semanas.

¿Qué solía decir él en aquel entonces, cuando eran jóvenes? Que estaba mal traer niños a este mundo, que él quería tener otra vida, en libertad, sin el lastre de vínculos que lo encadenaran, sin ejercer poder sobre nadie.

Esa vez Eira había abortado en secreto, solo lo supieron su amiga más cercana y su madre, que seguramente ya lo había olvidado. Kerstin no la había cuestionado ni juzgado, sino más bien todo lo contrario. Confiaba en que la decisión de su hija era la correcta, porque le esperaban otras cosas en la vida.

"Cuando yo tenía tu edad, no teníamos alternativa", le había dicho.

Eira no lo miró cuando se lo dijo.

—Estoy embarazada.

Más que oírlo, percibió el momento en que se sobresaltó como un ciervo cuando presiente el peligro, con las orejas aguzadas y el pelo erizado, luego un brinco hacia el bosque, lejos, en busca de protección.

—No debes hacerte cargo —siguió antes de que él recuperara el aliento—. Ni siquiera estoy segura de que sea tuyo.

—¿Un bebé? —La tomó de la mano y la obligó a mirarlo a la cara. Esa sonrisa y el brillo de sus ojos, sentía debilidad por su forma de reír—. ¿Voy a

ser padre? —Se levantó del asiento de coche en el que estaba sentado y dio un salto ridículo sobre el césped—. ¿Lo dices en serio? ¿Estás segura? ¿Puedo verlo?

Eira quiso resistirse a que la levantara de la silla plegable, pero tuvo que dejar que le abriera la chaqueta y le pusiera una mano en el abdomen.

—Mierda, ya se te nota. Puedo sentirla. ¿Es una niña inquieta?

—¿Por qué crees que es una niña?

—Porque será parecida a ti.

¿Qué otra cosa podía hacer más que reír?

—¿Y quién es el otro tipo? —continuó Ricken cuando se volvió a sentar—. ¿Lo conozco?

No sonaba para nada enfadado, y ¿por qué habría de estarlo? No había ningún acuerdo de fidelidad ni nada similar entre ellos, no tenían nada que pudiera considerarse una relación, solo algo esporádico cada vez que Eira tenía ganas de conducir hasta allí. Él no la llamaba nunca.

—Un colega, no tienes por qué saberlo —respondió—. Como te dije, me haré cargo sola.

La sostuvo con ambas manos, serio, obligándola a que lo mirara.

—No me importan lo más mínimo la genética y esas cosas —dijo él—. La cuidaremos juntos más allá de todo, ¿me escuchas? Sabes cómo soy, me conoces. No soy un experto en convivencia y nunca creí que tendría un hijo.

Entonces la traicionó el recuerdo, como si aún tuviera diecisiete años.

—No sabía que querías tener hijos —dijo.

—Nunca me lo preguntaste —replicó Ricken.

Eira se levantó.

—Debo irme.

Él la acompañó hasta el coche y luego la abrazó un buen rato mientras le desordenaba el cabello con una mano. Nada la hacía sentir tan pequeña y tan segura al mismo tiempo, a pesar de que sabía que este no era un sitio para encontrar seguridad.

Cuando Eira salió de allí, medio congelada por haber estado sentada al aire libre durante todo ese tiempo, tuvo una sensación de claustrofobia. Bajó la velocidad en una de las curvas pronunciadas de Gålån; la llamaban “la curva de la muerte” a causa de un accidente terrible ocurrido en los años sesenta, el día después de que Suecia cambiara el sentido del tránsito al lado derecho: el conductor del vehículo que iba del lado contrario se había olvidado de la nueva norma y habían muerto varios jóvenes.

Los acantilados eran muy pronunciados en esa parte de la carretera. Le recordaban su juventud, marcada por el deseo de huir y el miedo a quedar atrapada allí y perder de vista las posibilidades que le ofrecía el mundo. Recordó la voz de su madre en aquellos tiempos: "No olvides que puedes hacer lo que quieras, pero ten cuidado de no quedar atrapada en una relación con un hombre solo porque él quiere".

Aun así, hubo momentos en los que realmente deseaba haber tenido a aquel bebé. No para ser madre a los diecisiete, sino por un extraño anhelo de que tal vez, a pesar de todo, podría haber hecho que él se quedara a su lado.

CAPÍTULO 12

Canalla se había acurrucado a sus pies; su pelaje olía a humedad y le apestaba el aliento. Allan había tomado por costumbre dejárselo por las noches sin decirle una sola palabra, pero Eira sabía perfectamente que lo hacía porque estaba embarazada, pues para él una mujer en su estado no debía quedarse sola, al menos no durante la noche.

La cuidaba en silencio sin demandar a cambio ningún agradecimiento o consideración, aunque tampoco le preguntaba si estaba de acuerdo en dejar que el perro se subiera a la cama; Canalla se subía de un salto, de improviso, y le hacía cosquillas con el hocico detrás de las piernas.

Eira trataba de dormirse, pero en cuanto cerraba los ojos, el caso de Lina Stavred comenzaba a darle vueltas en la cabeza.

Por eso había decidido sentarse en la cama con el ordenador sobre las rodillas. No había encendido ninguna luz, solo la iluminaban la claridad de la noche y el brillo de la pantalla. Ya había contenido bastante tiempo la compulsión de entrar en los archivos. No era ilegal que ella accediera a las investigaciones policiales de otra jurisdicción, pero todos los accesos quedaban registrados y si a alguien se le ocurría entrar a mirar, podría descubrirla. Sin embargo, no pudo resistirlo más.

A simple vista, el informe describía una pelea de borrachos, desagradable, pero nada llamativa. Noviembre del año anterior. Un hombre de cincuenta y dos años, jefe de una empresa de telecomunicaciones, había sido hallado sin vida en su casa de Täby, en las afueras de Estocolmo, asesinado a puñaladas. Había botellas vacías y desorden a su alrededor; además, le habían detectado alcohol en sangre. No había testigos; sin embargo, los vecinos creían que vivía con una mujer. Nadie la conocía ni sabía su nombre, pero la oficina forense halló las huellas digitales de una persona que había sido declarada muerta, cuyo cuerpo nunca se había hallado: Lina Stavred.

Se habían conservado bastantes pruebas vinculadas con la antigua investigación de su desaparición, de manera que se podía confirmar la identidad con ayuda del ADN.

Eira observó un largo rato la fotografía de la mujer de 42 años que la policía de Estocolmo había podido encontrar en los dispositivos electrónicos de la víctima. Sus ojos tenían el mismo color azul claro que el río durante una mañana de deshielo, igual de fríos, igual de peligrosos. Tal vez lo imaginaba así porque conocía la verdad. La versión adulta de Lina lucía más robusta; se había teñido el cabello de un tono más oscuro y lo llevaba corto, sin ningún peinado en particular. Nadie la reconocería de su adolescencia si la viera por la calle.

La información no se difundió fuera de la policía, lo cual era comprensible; nadie podía confirmar aún si la mujer era la asesina u otra víctima que había huido del lugar, o incluso si podría aparecer muerta en otra parte. En el registro se habían encontrado fotos recientes; no obstante, se había decidido ocultar su verdadera identidad. Tal vez se consideró que provocar un circo mediático no sería de ayuda para la investigación. Se pidió asistencia a las autoridades de Finlandia para buscar a los padres de Lina; informaron que el padre aún estaba con vida, pero había sufrido un grave accidente cerebrovascular que lo había dejado incapacitado.

Eira se había enterado de que Lina estaba viva hacía cinco meses, justo cuando GG despertó de la pesadilla de su secuestro en el faro de Högbonden. Desde entonces, la idea la carcomía por dentro; para expresarlo con precisión, la atormentaba hasta el punto de despertarse durante las noches y encender el ordenador para entrar al archivo de la investigación, donde no parecía estar ocurriendo nada.

En diciembre, cuando pudo hablar con GG sobre el descubrimiento, Eira se lo comunicó a los investigadores de Estocolmo junto con otros detalles, como, por ejemplo, que Lina Stavred tenía un tatuaje en el brazo izquierdo y que probablemente ya había matado otras veces.

La conversación figuraba en el material del archivo. Era muy extraño leer sus propias palabras.

LG: ¿Desde cuándo sabe que Lina Stavred está viva?
ES: Lo descubrí durante una investigación hace tres años.
LG: ¿Cómo fue?
ES: Vi unas publicaciones de Facebook que me hicieron sospechar; entre otras cosas, seguí la pista de la persona que las escribió, que me condujo hasta Estocolmo. La encontré allí, en un café, pero en ese momento no sabía que era ella. Se hacía llamar Simone, aunque debió de haber usado varios nombres.
LG: ¿Y nunca la denunció?

ES: No tenía pruebas de que fuera realmente Lina, y aunque hubiera sido así, seguir con vida no era un delito. Al fin y al cabo, no era suficiente como para abrir una investigación.
LG: Usted asegura, por lo tanto, que en los años noventa ella tal vez mató a una persona antes de desaparecer…
ES: A Kenneth Isaksson.

Eira recordaba al joven asistente de policía delante de ella, escuchaba su voz con claridad; se llamaba Linus Gustafsson y había sido enviado para tomarle declaración. Recordaba la manera en que buscaba en su iPad sin tener idea de nada.

LG: ¿Un crimen que su hermano confesó y por el que fue condenado?
ES: Magnus se inculpó para proteger a Lina. Se sentía culpable, pero eso no significa que él lo hubiera hecho realmente.
LG: Según la confesión de Magnus Sjödin, Lina Stavred ni siquiera estaba en el lugar.
ES: Ella estaba allí. De eso estoy segura.
LG: Hemos hablado con su hermano en la prisión de Umeå y sostuvo su propia versión.
(Pausa)

Cuando la vio escrita, le pareció evidente la debilidad de su teoría. No había pruebas, solo lo que Magnus le había contado aquella noche sin más testigos presentes. Hasta el momento, él había confesado la culpabilidad de un homicidio involuntario y ella no había podido hacer nada.

¿O sí?

Si no se hubiera dejado influir por la retorcida visión del mundo de su hermano y hubiera analizado todo con objetividad policial, si no se hubiera dejado doblegar por la amenaza de Magnus de confesar cosas aún peores, ¿podría haber evitado que un hombre muriera apuñalado tres años más tarde en Täby?

De todas maneras, la información que ella había proporcionado no parecía haber tenido repercusiones en la investigación. Eira se desconectó del archivo deseando que nadie se diera cuenta de que entraba todos los días a leerlo; al fin y al cabo, estaban muy ocupados con los tiroteos y crímenes que ocurrían a diario por allí.

Pensaba que cuando arrestaran a Lina, todo saldría a la luz y las lealtades perderían sentido. Entonces, se haría cargo del caso un fiscal de Estocolmo y solo importarían los hechos, no las verdades a medias y las antiguas mentiras.

Eira rodeó con un brazo al perro dormido, sintió el calor de otro ser vivo a su lado. Realmente, no olía nada bien.

CAPÍTULO 13

—¿Qué tal van las cosas con la víctima del río? —le preguntó de pronto Silje Andersson a Eira, mientras trataban las cuestiones más urgentes durante la reunión de la mañana—. ¿Ya se ha podido determinar la fecha? ¿Alguna idea de quién era el hombre?

Silje se había convertido en la nueva jefa de investigación cuando se retiró GG. Eira siempre había sentido admiración por su colega unos años mayor, más fría y analítica, con una formación en psicología y una extensa actividad académica en su haber. La última vez que habían trabajado juntas, se habían emborrachado y habían compartido algunas confidencias, algo que ahora parecía muy lejano. Eira no estaba segura de cuál de las dos había puesto distancia desde entonces, pero había ocurrido automáticamente.

—La datación con carbono 14 tardará un poco, así como estimar la antigüedad del ancla, de ser eso posible —le informó a Silje—. Le he enviado más preguntas al genetista de Linköping, pero aún no me ha respondido.

Pronto se cumpliría un mes del primer hallazgo. Se trataba de una investigación que iba a paso lento, pues Eira solo podía retomarla en sus ratos libres.

—Entonces, ¿nada nuevo aún? —Silje era efectiva como jefa, no buscaba agradar.

—Tal vez esto —dijo Eira, y giró el ordenador para que ambas pudieran ver las fotografías del lugar del hallazgo—. La embarcación donde encontramos el cuerpo puede tratarse de un destructor ruso que circulaba con el nombre de *Berkut*.

—¡Vaya! —se oyó desde un rincón de la sala, seguido de un silbido al otro lado de la mesa de uno de los asistentes más jóvenes, llamado Ville.

—¿Qué le ocurrió? Parece estar muy bien conservado.

—Los restos del barco no parecen estar relacionados con el cuerpo: además, este fue colocado de determinada manera para evitar que fuese arrastrado por la corriente—. Eira había buscado ayuda de los arqueólogos submarinos y de otros contactos que habían encontrado más datos en los archivos. Amplió la

imagen para que todos pudieran ver el escudo; el águila bicéfala, símbolo de la dualidad del imperio ruso, con una de las cabezas dirigida a Europa, es decir, a Occidente, y la otra a Asia, u Oriente. La familia del zar había tomado el símbolo del período bizantino, según se había enterado Eira esa última semana. Los colegas sentados alrededor de la mesa escuchaban y preguntaban interesados. Relacionaban los secretos del fondo del río con historias de piratas y aventuras que los hacían evadirse de la realidad del crimen organizado.

Las embarcaciones se registraban en aquel entonces con la misma rigurosidad que las personas; resultaba sencillo encontrar información acerca de los cambios de propietario y las rutas por las que navegaban. El *Berkut* había navegado por el mar Báltico al servicio del Imperio ruso y había sido bombardeado por los rojos durante la guerra civil finlandesa, en enero de 1918. Posteriormente, un comerciante de chatarra de Umeå lo había restaurado. Después de haber sido reparado, fue trasladado hasta Åbo y lo compró el director de una empresa de Kramfors que buscaba piezas de repuesto. Al retirársele el motor, el casco del barco quedó en el embarcadero de Lunde y más tarde lo utilizaron como albergue los esquiroles de la década de 1920.

—No les resultaba fácil encontrar a alguien en Ådalen que quisiera alquilarles una habitación —dijo Eira.

—¿Por qué se hundió? ¿Fue un sabotaje?

—Se denunció como accidente en 1930, pero tal vez lo hundió el propietario —explicó Eira—. Quedó en desuso cuando se construyeron los barracones para los esquiroles en tierra; ya saben, las que se utilizaron en mayo de 1931. Probablemente perdió todo el valor que aún pudiera haber tenido entonces.

Cuando se restablecieron las regulaciones sobre las condiciones de trabajo, llegó la paz al mercado laboral. El tiroteo de Ådalen había relegado a los esquiroles a los oscuros anales de la historia, dando paso a un espíritu de consenso y cooperación, y al estado de bienestar en Suecia.

—Si el barco hundido evitó que el cuerpo fuera arrastrado, podemos deducir que no estuvo allí antes de octubre de 1930 —dijo Silje.

—Exacto.

—Entonces, hay una posibilidad de que el homicidio no haya prescrito. Hasta no confirmarlo, lo consideraremos así.

Cuando Eira volvió del almuerzo, tenía un mensaje de la Agencia de Medicina Forense en su bandeja de entrada.

Cabello oscuro, ojos azules. Origen: sur de Europa.

Después de esperar bastante al teléfono y que la pasearan por varios internos, pudo dar con la persona correcta del sector de genética forense. Eira le había pedido una información muy específica, fuera de lo rutinario. La Agencia de Medicina Forense era un organismo independiente y la genética, un área sensible, pues estaba relacionada con la integridad personal y regulada por legislación estricta. Además, los resultados no eran certeros. La técnica de ADN era muy útil, siempre y cuando la persona en cuestión se encontrara en los registros de delincuentes, existieran rastros de la escena del crimen o hubiera un familiar de quien obtener muestras para analizar. De lo contrario, el genoma de una persona era una información fluctuante, como un murmullo que podía malinterpretarse.

—¿El sur de Europa? —dijo Eira después de presentarse—. ¿Qué grado de certeza tiene esta información?

—Es más seguro que el dato del color de pelo, en todo caso —dijo la mujer, que se llamaba Åsa Kovaczs—. De hecho, una vez me hicieron un análisis con mi color de pelo durante un curso. El resultado revelaba que era rubia, pero nací pelirroja.

—¿De qué lugar estamos hablando? ¿Italia, España?

—También podría ser Grecia —dijo Åsa Kovaczs.

No podían saber más que eso. De todas maneras, era un análisis más sofisticado que las pruebas de ADN ofrecidas en internet con las que la gente averiguaba si, por ejemplo, era un 70 por ciento escandinava o un 2 por ciento rusa, y que en realidad revelaban el grado de relación familiar entre todas las personas que pagaban los cincuenta dólares por el servicio. Pocas veces aparecían primos lejanos de la República Democrática del Congo, por ejemplo, lo cual probablemente contribuía a seguir borrando el origen africano de toda la humanidad.

La genética más seria se remontaba hasta ese momento de la evolución. Debido a que los europeos descienden de unos pocos individuos que migraron hacia el norte, los expertos analizan pequeñas mutaciones del ADN que pueden determinar si una persona es descendiente de los que se quedaron en el sur del continente o de los que continuaron la ruta migratoria.

Eira pensó en Lunde y en el pasado del lugar. Era la región más pecadora de Norrland, según narraba la historia; un sitio por el que los marinos pasaban

una sola noche y dejaban su marca por generaciones. Recordó las figuras de porcelana provenientes de lugares lejanos que aparecían en cabañas donde la gente casi no tenía para comer; las noticias que llegaban desde Inglaterra y los Estados Unidos a Lunde antes que a Estocolmo; la lujosa blusa de seda china de una pobre viuda.

Era un lugar que había recibido viajeros desde tiempos inmemoriales. Vagabundeaban en busca de trabajo en los bosques y en los aserraderos; por una u otra razón, pasaban siempre por allí, tal vez sin siquiera dejar huellas.

Cabello oscuro, ojos azules.

Eira escribió la información nueva junto a la que ya tenía. No era mucho, pero aun así, se podían vislumbrar los contornos de un ser humano.

CAPÍTULO 14

Un viejo y sucio SAAB que ya tenía sus años bloqueaba la mitad del camino de acceso a la casa de Eira. El coche le resultaba conocido. Cuando se detuvo, vio a Eilert Granlund con una chaqueta de pescador, conversando con su vecino junto a los arbustos.

—Hola, me alegro de que hayas venido —saludó Eira. No recordaba que nunca hubiera ido a su casa cuando aún estaba en activo.

—Quiero felicitarte —dijo Eilert mirando su barriga, con una sonrisa de oreja a oreja—. No me dijiste nada la última vez que nos vimos.

Eira miró a Allan: él se lo había contado. Ambos parecían estar muy contentos; sintió su cariño.

Le quitó el palo de la boca a Canalla, que jugueteaba alrededor de sus piernas, y se lo arrojó; el perro se alejó corriendo a toda velocidad tras él.

—¿Y quién es el orgulloso padre?

—¿Esa es la razón por la que has venido, para averiguar eso?

—Solo pasaba por aquí.

—De acuerdo.

Le hizo una seña a Eilert para invitarlo a entrar y recogió un par de cajas de cartón que estaban en el porche; contenían ropa de recién nacido y un conejo de peluche que se asomaba. Eira no sabía quién se las había dejado; esos obsequios habían comenzado a llegar a su casa desde que se había encontrado con Stina, su amiga de la infancia, en el supermercado de Kramfors, y le contó que iba a tener un bebé. Habían hablado un par de veces más después de aquel encuentro y, de pronto, se habían abierto las puertas de un mundo paralelo, en el que llovían cajas y bolsas desde vaya a saberse dónde: prendas diminutas, columpios de bebé y sujetadores para lactancia. Había recibido toda clase de cosas, sin que nadie le exigiera nada a cambio; solo la promesa implícita de que ella haría recircular todo cuando ya no lo necesitara.

Eilert no quiso aceptar el café e hizo un gesto señalando el reloj; ya era muy tarde.

—Bueno, ¿por qué has venido?

Se sentó en una silla de la cocina con la confianza de quien se siente en su casa, algo que siempre hacía cuando visitaba a alguien para interrogarlo.

—¿Puedo preguntarte qué información obtuviste de esa ancla?

—A grandes rasgos, nada. Es absolutamente común, de las que se utilizan desde finales del siglo XIX. —Eira se quedó de pie mientras se bebía un vaso de agua. No podía evitar sentirse un fracaso comparada con él, a pesar de que hacía mucho tiempo que ya no era su mentor y superior jerárquico—. Además, por supuesto, es difícil determinar cuándo llegó allí, pues seguramente estuvo en el río mucho tiempo antes. Ese es el propósito de un ancla.

—Estuve reflexionando acerca del área donde la encontraron —dijo Eilert. Tenía una expresión de satisfacción que Eira conocía muy bien, como si fuera a decir lo que todo el mundo esperaba escuchar—. ¿Habría tomado el asesino el ancla de su propio barco si tuviera uno? ¿Y pudo haber subido una sola persona un objeto tan pesado y un cadáver sin ayuda? No se puede acallar tan fácilmente el cerebro de un viejo policía.

Eira colocó una rebanada de queso sobre un pan crujiente y le hizo un ademán para ofrecerle uno, pero Eilert tampoco lo aceptó. Evidentemente, era una visita de cortesía.

—Así que hablé un poco con algunos ancianos que conozco que aún tienen astillas en las manos y recuerdan la época del aserradero. Ellos recuerdan información que no está escrita en ningún lugar y a la que nadie más le da importancia. Pero se alegran mucho cuando reciben visitas y pueden conversar.

—Lo sé —dijo Eira—. Tú me lo enseñaste.

La sonrisa de Eilert no dejaba de irradiar autocomplacencia.

—Bueno, charlamos sobre el tipo de ancla y los diferentes barcos que podrían haberla utilizado. Mencionaron un remolcador pequeño, y justamente uno de los ancianos recordó un robo.

—¿De un ancla? ¿Cuándo? ¿Estás seguro de que era una como esa?

—Les mostré la fotografía.

—¿Fotografiaste una prueba?

—Soy un viejo zorro, ya lo sabes…

Eira quiso matar a una mosca, pero falló. Había muchas más últimamente y sospechaba que se estaban criando en los respiraderos. ¿Qué era lo que solía decir Eilert sobre los detectives privados? Que estaban tan obsesionados con burlar a la policía que traspasaban todos los límites si se les permitía acercarse demasiado. Aunque, por otra parte, lamentablemente lo entendía: había

llegado la primavera y seguramente él disfrutaba de ponerse a trabajar en el jardín, pero todos los años era lo mismo. Las mismas flores, los mismos pájaros.

—Entonces, ¿dónde vive ese amigo tuyo con tan buena memoria?

El hombre vivía en los viejos barracones de los trabajadores de Svanö, ya restaurados, sobre una pequeña colina iluminada por el sol junto a la costa del río. La gente trabajaba en sus jardines; el aire olía a tierra y a madera quemada.

—Tiene 96 años, pero se niega a mudarse a un hogar de ancianos, a pesar de que casi no puede salir —dijo Eilert cuando salieron del coche—. Ocurre eso cuando has vivido toda tu vida junto al río. —Solo había un pequeño estrecho que separaba Svanö del continente—. Así es el movimiento —continuó—. Al río no le interesamos en lo más mínimo, nosotros lo observamos mientras él sigue su curso. No somos tan importantes.

El apartamento de Bert-Rune Forslund estaba en la planta baja; les gritó para que pasaran. Entraron en la cocina, donde él había dejado el andador junto a la mesa.

—¿Cómo dijo que se llamaba usted?

Eira vio la típica reacción que recibía cada vez que decía su nombre; no era raro, considerando en qué lugar estaban. Brune, como prefería que lo llamaran, recordaba aquel horrible día de hacía más de noventa años, cuando su tocaya, Eira Söderberg, fue herida por un disparo mortal del ejército y la llevaron en brazos hasta el embarcadero; la chica había sido vecina de Brune. Él tenía solo cinco años en aquel entonces, pero nunca olvidaría la furia, el miedo y el dolor que habían sentido los adultos y que aún permanecían impregnados en las paredes.

Hubo épocas en las que Eira había querido cambiarse el nombre, para no estar relacionada con una chica que solo había vivido hasta los veinte años. No podía evitar que les cambiara el humor a los ancianos cuando se enteraban de cómo se llamaba. Antes de ser lo suficientemente adulta como para comprender el porqué, vislumbraba la herida oculta bajo la superficie, la tensión entre vecinos y parientes. Un profundo presentimiento de ser ella la causa de todo y de que, por lo tanto, debía hacer algo para solucionarlo; ser amable para que todos se sintieran contentos, procurar que todos se llevaran bien.

—Seguramente fue a finales de los años sesenta —dijo el hombre cuando

lograron que abandonara los recuerdos de su niñez y se concentrara en el ancla —; aún había remolcadores en el río. No puede haber sido después de 1970, pues el aserradero de Marieberg aún estaba en funcionamiento. El *Åbord* se dirigía hacia allí ese día cuando tuvo que regresar. Hubo que dejarlo en el astillero por problemas con el motor, si no recuerdo mal.

—Su memoria parece estar intacta.

A Brune le temblaban las manos, pero insistió en servirles café.

—Fue uno de los últimos remolcadores que navegaron el río —señaló el agua, donde tenía fija la mirada mientras se subía las gafas de vez en cuando. Un par de cisnes se deslizaban en silencio por la superficie.

Cuando cogió su taza, Eira secó disimuladamente con las mangas del suéter el café que había derramado el anciano sobre la mesa, para no avergonzarlo.

Habían descubierto el robo justo cuando el *Åbord* salió del puerto. Nadie comprendía cómo había podido desaparecer un ancla, y por supuesto que el capitán se enfadó. Cuando regresaron, los cuestionó y les echó la culpa.

—Como si a alguno de nosotros se nos hubiese ocurrido escapar con el ancla —murmuró Brune meneando la cabeza—. Nunca había ocurrido algo así. Pensamos que tal vez habían sido unos bribonzuelos.

—¿Cómo cree que lograron entrar al astillero?

—Seguramente fue durante la noche, cuando no había nadie.

—¿No había guardias? ¿No cerraban con llave?

—No, eran otros tiempos.

Eira le mostró la fotografía del ancla.

—¿Y pudo haber sido esta?

Brune observó con atención la foto.

—Sí, pudo haber sido. Todas las anclas eran iguales, así que no podría diferenciarla de otra a simple vista, pero por el tamaño y los noventa kilos, tal vez hubiera pertenecido a un pequeño remolcador como el *Åbord.*

—Es lo que siempre digo —comentó Eilert cuando se sentaron en el coche para volver a Lunde—. Los policías de hoy no lo comprenden, creen que este aparato tiene todas las respuestas. —Agitó el móvil en el aire y farfulló cosas similares durante todo el camino hasta Svanö—. La tecnología nunca puede sustituir la conversación cara a cara y las preguntas reales, ya sea un interrogatorio o una charla informal, pues la gente siempre sabe cosas de las que no tenemos idea; por eso, es fundamental ir a visitar a las personas y

hacerles las preguntas correctas. Alguien que solo se sienta frente a un ordenador no puede considerarse policía.

Eira se detuvo en una franja de hierba justo antes de que la carretera continuara, sobre el agua, hasta la siguiente isla.

—Lina Stavred está viva —dijo.

Eilert la miró fijamente.

—¿Te estás burlando de mí?

—Revisé los interrogatorios. —Eira no podía siquiera decirlo, la mortificaba tener que hacerle eso—. Olof Hagström te dijo lo que querías escuchar. Hiciste que un niño de catorce años confesara un crimen que ni siquiera había cometido.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Sabes muy bien de qué estoy hablando. Recuerdos reprimidos, esa teoría tan popular en los años noventa acerca de que los niños podían olvidar los hechos traumáticos que vivían. Vosotros no fuisteis los únicos que se lo creyeron.

—¿Qué tonterías son esas? Encontramos su ropa, nadie más la vio, el chico confesó.

—Después de cientos de horas de interrogatorio, solo para poder salir de allí. Estabas convencido de que hacías lo correcto en ese momento, pero el chico no la violó y Lina Stavred no murió aquella noche.

Eira había apagado el motor; algunas gaviotas chillaban en lo alto. Se sentía observada por Eilert, que no apartaba los ojos de ella, pero no le devolvió la mirada. El sol bajaba entre las ramas secas de los arbustos silvestres. ¿Era posible que él no lo supiera o que ni siquiera lo imaginara durante todos esos años?

—¿Y desde cuándo lo sabes?

Su voz sonaba más tensa y ronca.

—Hace casi tres años, después de que investigase el homicidio del padre de Olof Hagström. Tuve que retomar la vieja investigación.

—Y lo hablaste con todos antes de decírmelo a mí. De acuerdo. Si hubiera sabido que pensabas eso de mí, nunca habría… —Hizo un gesto vago con los brazos, refiriéndose a la ayuda que acababa de prestarle con el nuevo caso.

—¿No quieres saber qué le pasó a Lina?

Eira encendió el motor y condujo hasta tierra firme antes de continuar.

—Esa misma noche vio la oportunidad de escaparse. Tal vez recuerdes que

no estaba muy a gusto con su vida; sus padres eran muy estrictos, abstemios y religiosos. Lina Stavred había preparado su huida un tiempo antes y, desde ese momento, ha vivido en la sombra. Es posible que haya matado a un hombre a puñaladas en las afueras de Estocolmo en noviembre del año pasado.

—Y ¿estás insinuando que eso es culpa mía?

—Aún no se ha dado a conocer esta información, pero tarde o temprano la atraparán. Solo quería que lo supieras.

Cuando llegaron a su calle de Lunde, después de un silencio que duró todo el trayecto de cruce del puente, Eira se atrevió a mirarlo. Su viejo mentor parecía haber envejecido en unas pocas horas; tenía la piel más arrugada y gris.

Estaba cansado.

—Me pregunto si lo denunciaron a la policía —comentó Eira.

—¿El qué?

—El robo del ancla.

Eilert salió con dificultad del coche.

—Ah, sí —dijo—. De eso no tengo idea, sabes que ya no soy policía.

CAPÍTULO 15

Los espacios conocidos que la recibían le daban la sensación de regresar a casa. La investigadora regional de Kramfors se levantó contenta a saludar a Eira y le dio un abrazo.

—¿Cómo estás? —le preguntó Anja Larionova.

—Embarazada —dijo Eira, y se sentó en otra silla.

—No me digas que es de ese bombón de Delitos Violentos.

—¿GG? ¿Estás loca? —Eira deseaba que el rubor de sus mejillas solo fuera una sensación. Nunca habían tenido nada; solo eran fantasías suyas, nada que pudiera convertirse en realidad—. Por supuesto que no, ¿por qué crees eso?

—Fue solo un presentimiento. —Anja la miró como a un ladrón que hubiera atrapado *in fraganti*—. Entonces, ¿de quién es? Vamos, soy policía, puedo guardar un secreto.

—¿Podemos hablar de algo más fácil?

—Por supuesto —dijo la investigadora local y se rio—. ¿Por ejemplo?

—Un robo de hace cincuenta años.

—Vaya.

Eira notó cómo la investigadora entornaba los ojos; se le había activado su instinto de detective.

Anja Larionova se enorgullecía de investigar robos menores; argumentaba que lo que se perdía era mucho más que algo material. La confianza, sobre todo.

—No sé si hubo una denuncia, ni siquiera si tiene relación con mi caso. El momento del robo no es exacto; puede haber sido entre finales de los años sesenta y principios de los setenta —continuó Eira.

—¿Por qué no vas a tomar un café mientras busco? —dijo Anja.

Era raro estar de nuevo en el comedor de Kramfors; le parecía que había pasado mucho tiempo, pero solo habían sido unos meses desde que había cambiado de trabajo. Le hizo recordar cuando regresó a Ådalen después de sus años en Estocolmo. La sensación de pertenecer y, al mismo tiempo, no pertenecer, una tensión que percibía en el tono de las voces que la saludaban,

ligeramente acusatorio, como si Eira fuese una traidora. "¿Cómo estás? ¿Te va bien en Sundsvall?", le dijeron cuando se sentó a conversar con algunos de sus antiguos colegas, que compartieron con ella los rumores de quiénes se habían ido, quiénes habían vuelto y lo que estaba ocurriendo en ese momento.

Las agresiones de una pandilla que se reunía frente al supermercado; el inicio de la temporada de asaltos a casas particulares cerca de Bjärtrå, ahora que los drogadictos despertaban de su hibernación antes de que llegaran los turistas a ocupar las viviendas por el verano. El narcotráfico, por supuesto, estaba detrás de la mayoría de los delitos.

—Hola, ¿qué haces aquí?

El breve saludo de August Engelhardt ocultaba algo más que el de los demás: sorpresa, exigencia y otras cosas que Eira esperaba que no fueran tan malas.

—Solo vengo a averiguar unos asuntos.

Él se sentó en una de las sillas vacías junto a ella. Los demás se levantaron. ¿Había habido una llamada de emergencia, había terminado la hora de la comida o sabían que había algo entre ellos dos?

—¿Me estás evitando? —dijo August cuando sus colegas se alejaron lo suficiente.

—Claro que no.

—No volviste a llamarme.

—Lo siento, han ocurrido muchas cosas y, además, me han puesto a cargo de una investigación como única responsable. —Tenía muchos deseos de cogerle la mano, de que él la abrazara—. Probablemente oíste hablar sobre el cuerpo que sacamos del río, cerca de Lunde. El caso es más que antiguo; estoy segura de que me lo asignaron solo para mantenerme alejada de las calles. Me ven como un riesgo andante.

—Está muy bien que te cuiden —dijo August, y le acarició la mano por debajo de la mesa.

—Sí, lo sé. —Eira le cogió la mano y buscó algo bonito que decir, como que lo echaba de menos o algo parecido, pero justo entonces vio que se acercaba Anja Larionova y lo soltó.

Anja llevaba una carpeta color crema. Nadie era tan buena como ella para obtener todo tipo de cosas desde lo más profundo de los archivos.

—Tengo algo para ti.

Eira se quedó sentada un buen rato mirando la fecha.

Septiembre de 1968.

Era como música para sus oídos, algo que lo cambiaba todo.

Dos papeles insignificantes con un texto un poco desgastado por el tiempo, escritos a máquina, por supuesto.

El robo había sido denunciado el 7 de septiembre, al día siguiente de que fuera descubierto, cuando el *Åbord* salió del astillero donde había estado durante catorce días por reparaciones.

Un lapso tan exacto que daba vértigo.

Eira no reconoció el nombre del policía que había recibido la denuncia, pues incluso Eilert Granlund era demasiado joven y aún no había comenzado a trabajar. Parecía haber sido hacía mucho tiempo, pero en realidad aún había personas vivas que tal vez recordarían algo, como Brune Forslund. Podría haber más testigos.

Figuraba el interrogatorio al dueño del barco y a los empleados del astillero, que aseguraban no haber visto nada. Tanto el capataz como los obreros solo podían decir dónde había estado atracado el *Åbord*; el resto era un misterio. Los ojos de Eira se dirigieron al nombre de Allan Westin.

Nunca habían encontrado ningún sospechoso.

Se atrevió a leer entre líneas que la policía no se había esforzado demasiado; era lógico que nadie enviaría a los técnicos de escena del crimen solo por un ancla desaparecida.

Recorrió el pasillo después de devolver la carpeta al archivo. En la oficina que estaba junto a la escalera, August escribía algo frente al ordenador y no la oyó cuando llegó.

—Tienes razón —le dijo Eira a sus espaldas mientras contemplaba su hermoso pelo rubio, que ahora estaba más largo y formaba unas ondas muy bonitas—. Te he estado evitando.

En la galería del otro lado de la calle, los escaparates estaban vacíos; durante la pandemia habían cerrado más tiendas. Sin embargo, el restaurante NC estaba lleno y animado; allí se servían café *latte macchiato* y té de Kurdistán, ensalada de salmón y falafel, y parecía que era un éxito.

—Creo que debemos hacer algo con esto —dijo August cuando se sentaron —. Ya casi no nos vemos, no sé qué quieres.

—¿Debemos hacer algo con qué?

—Con nuestra relación, tal vez.

—¿No sería mejor que lo hagamos en agosto, cuando nazca el bebé y sepamos si es tuyo o no?

August revolvió su capuchino y deshizo la hermosa flor dibujada en la espuma.

—Los implicados no somos solo tú y yo —dijo él delicadamente, como hablándole a una niña—; también está Johanna. Necesita saber cómo será su vida.

Eira se inclinó hacia atrás; solo había pedido un zumo, debía evitar el café.

Cada vez que se veía con August pensaba en esos detalles; sabía que él prestaba mucha atención a la comida: evitaba los alimentos con conservantes, consumía muy poca azúcar y en general se cuidaba de los excesos.

—¿A qué te refieres con cómo será su vida? —le preguntó—. ¿No vais a casaros?

Johanna era la prometida de August y vivía en Estocolmo. Algo que él nunca le había ocultado. Tenían una relación libre y ambos se acostaban con quienes querían. August había aclarado que eso no cambiaría cuando se casaran, pero Eira no podía evitar que la diversión irresponsable de sus encuentros desapareciera cada vez que veía el anillo de compromiso. A pesar de todo, una de las dos sería siempre la favorita.

—¿Podré seguir trabajando en Kramfors o debería buscarme un puesto en Estocolmo? —continuó él—. ¿Tú vas a seguir viviendo aquí o considerarías mudarte? Debemos hablar sobre esas cosas para que estén solucionadas cuando nazca el bebé. No se debe discutir delante de un niño, ya he pasado por eso. No está bien.

—Claro que no vamos a discutir —dijo Eira.

Le gustaba su visión de la vida: no hacer lo que se esperaba de él, tomar en todo momento sus propias decisiones. Esas cosas eran las que siempre la enamoraban de él. No en serio, aunque un poquito sí. De pronto sintió un fuerte anhelo de esa liviandad.

—Johanna viene el primer fin de semana de junio —dijo él—. ¿No sería bueno que nos encontráramos los tres?

CAPÍTULO 16

El sauce tenía capullos sedosos, el césped relucía con brotes amarillos. Ya estaba anocheciendo más tarde y el día se iba extendiendo cada vez más hasta convertirse en la eterna luz del verano.

Eira lanzó una rama al agua y miró cómo el perro alborotaba la superficie del río con sus movimientos hasta que volvió la calma.

Corriente abajo se extendía el antiguo barrio del astillero, pero lo único que quedaba de él era una gran zona pavimentada. Intentó imaginar aquella noche en la que una o varias personas habían robado el ancla. ¿Qué habría ocurrido después? ¿La habrían arrastrado hasta otro barco? ¿La habrían atado al cadáver de aquel hombre?

Unas patas húmedas le rascaron las piernas; Canalla ladró. Eira arrojó la rama más lejos esta vez, para que tuviera que nadar un poco y luchar contra la corriente.

1968. Pensó en todo lo que había escuchado o aprendido en la escuela, esos acontecimientos que siempre ocurrían en algún otro lugar. Las protestas de los estudiantes en ciudades de todo el mundo, la invasión rusa de Praga. Había ocurrido muchos años antes de que ella naciera y, sobre todo, antes de 1986, cuando se eliminó el tiempo de prescripción de los homicidios cometidos en Suecia para que el asesinato del primer ministro Olof Palme no pudiera quedar impune. Pero esa ley no se aplicaba a los asesinatos cometidos antes de 1985.

La euforia por haber averiguado una fecha posible había durado solamente un cuarto de hora después de que regresase a Sundsvall.

—Entonces, ha prescrito —dijo Silje—. Alguien le disparó a un joven de veinte años, lo arrojó al río y se salió con la suya.

Dio un profundo suspiro.

—Pero al menos no es un hallazgo arqueológico de hace siglos —intentó Eira —. Podría haber testigos, parientes cercanos que aún estén con vida.

—Aunque le dediquemos cientos de horas, no se puede acusar a nadie. No podemos realizar nuestro trabajo. Tal vez si tuviéramos recursos ilimitados, solo por hacer lo correcto, pero la verdad es que te necesito para otra cosa.

El narcotráfico traspasaba todos los límites, además de un caso de violencia doméstica en Ånge y una incautación de armas que podría estar relacionada con un tiroteo en Bosvedjan. Eira observaba el escritorio mientras su jefa hablaba sobre prioridades y una solicitud de refuerzos a Estocolmo, por las últimas olas de violencia y por la ausencia del personal que estaba de baja por enfermedad. No había ni un solo papel fuera de lugar, ni una sola foto de alguien querido. Recordó cuando Silje le había contado que se negaba a tener pareja. ¿Qué le había dicho aquella vez, mientras bebían ginebra en el bar de Härnösand? Que quería tener el control de su vida, que no quería dejar que nada se la complicara.

—Pero buen trabajo, Eira. Hiciste todo lo que pudiste.

CAPÍTULO 17

El chico no parecía haber terminado el bachillerato; tal vez había abandonado antes de graduarse. Los tatuajes caseros en los brazos no inspiraban demasiada confianza.

Aun así, Lina lo siguió hasta el sótano. Tendría que haber hecho esto antes, no debía retrasarse más.

—¿Este local es tuyo?

El chico se encogió de hombros y abrió el candado; era una puerta de chapa, un depósito común y corriente. Tiró de un cable con el que robaba la electricidad de un rincón en el otro extremo del pasillo. Era el precio por elegir a alguien no certificado, un aficionado que se anunciaba en las redes sociales.

—Solo recibo pago por transferencia o en efectivo —dijo él.

—Tengo efectivo.

—De acuerdo, ¿quieres algo propio o un diseño mío?

Lina se levantó la manga del suéter para dejar al descubierto el lamentable tatuaje que tenía allí desde los dieciséis años, cuando no sabía absolutamente nada de la vida. Un corazón y algunas aves que volaban hacia el pliegue del brazo, un cliché increíblemente superficial. Se había desgastado con el tiempo, como el recuerdo de lo que realmente habría estado pensando aquella jovencita enamorada.

—Cualquier cosa que oculte esto.

—Comprendo.

El ruido sordo del motor, la aguja que daba más cosquillas que dolor, la tinta negra que se extendía formando patrones groseros sobre los trazos viejos. Lo más importante era que pronto ya no se podrían ver. No le interesaba el diseño nuevo; casi se quedó dormida en la silla. Aunque era un sótano oculto en un suburbio de cemento, hacía menos frío allí que en la tienda donde había dormido esa última época.

—Listo, ya está. Espero que te guste.

Le aplicó una lámina de plástico sobre el tatuaje y murmuró que le debía 1500 coronas.

—Está bien —dijo Lina, y buscó en los bolsillos hasta que él se dio la vuelta para ordenar el instrumental; entonces, le dio un empujón que lo hizo caer hacia delante, desconectó el cable de electricidad, abrió de un golpe la puerta de chapa y cerró el candado.

—¿Qué mierda crees que estás haciendo? ¡Puta loca! ¡Voy a denunciarte!

El chico le gritó un insulto tras otro, a cual más soez, hasta que ella terminó de subir la escalera del sótano y salió de allí casi corriendo. Un chico que hacía tatuajes clandestinos en un depósito subterráneo nunca la denunciaría y, aunque lo hiciera, lo único que sabía de ella era que se llamaba Anna. O Lena, o Eva, no recordaba qué nombre le había dicho. En otros tiempos, elegía nombres que tenían un verdadero significado para ella, como Simone, Edith o Virginia, que evocaban los círculos intelectuales de París o Londres y la transformaban en una persona peculiar, pero ahora se daba cuenta de que los mejores nombres eran los más comunes, los que pasaban inadvertidos y se olvidaban con facilidad.

Su cabello era ahora de un color castaño apagado; incluso había conseguido unas gafas aburridas. Las personas con las que vivía no le hacían preguntas.

Lina se levantó la capucha y cruzó un parque desierto; continuó a través de un túnel que pasaba por debajo de la carretera y luego giró por el camino de grava que conducía hacia el bosque.

Había algunas caravanas y coches destrozados entre los árboles, bajo la fuerte llovizna.

—¿Tienes algo para comer? —le dijo el dueño de la tienda de campaña donde había dormido las últimas noches, un tipo al que iba a abandonar pronto.

Lina sacó algunas latas de sopa y unas galletas de la mochila; las había robado antes de ir en busca del tatuador. Se sentó en la silla plegable, debajo del toldo de la caravana, mientras él se ocupaba del hornillo.

Se levantó la lámina de plástico y observó la extraña figura de su antebrazo: parecía un cruce absolutamente abstracto entre un demonio y un Mumin que cubría el corazón, las aves y a la niña que había sido hacía tanto tiempo. Tenía ganas de tocar los colores de la herida, pero podría infectarse.

"Lina Stavred", pensó, "pequeña idiota".

"De verdad, no sabías ni una mierda sobre el amor".

CAPÍTULO 18

Al rostro del hombre le faltaba algo esencial que define a un individuo: defectos, imperfecciones, irregularidades. No tenía cicatrices de acné adolescente, ni arrugas de expresión alrededor de la boca, ni una marca de nacimiento que interrumpiera la perfección.

—Saluda a nuestro amigo de las profundidades —dijo Shirin ben Hassen.

—¿Quieres decir que este es él?

Tenía el cabello muy oscuro, casi negro, y la mirada vacía. Los ojos eran de un color más nítido que la mayoría, similar al del cielo en una tarde de verano. No expresaban nada. No se vislumbraban pensamientos, ni sentimientos, ni vida.

—Tal vez no exactamente como lo recuerda su madre, pero quizás bastante similar.

—¿Y de dónde salió todo esto? —preguntó Eira.

—De su ADN —respondió Shirin.

—Sí, lo entiendo, pero ¿esas cosas no se hacen solo en los Estados Unidos?

De pronto, Eira sintió un leve mareo. Por la mañana sufría calambres en el vientre que, según le habían dicho, no eran nada peligroso; solo debía quedarse tranquila y llamar si las contracciones eran más frecuentes, más fuertes o dolorosas. Ya estaba avanzado el séptimo mes.

—La investigación quedó en suspenso —continuó —; me dijeron que no le diera prioridad.

Shirin se levantó, cerró la puerta de su oficina y se quedó de pie con una expresión extraña en el rostro, como si se estuviera esforzando por no sonreír.

—Para ser sincera, es posible que me haya extralimitado un poco con esto —dijo.

—¿Fue idea tuya?

Asintió.

—No lo planeé —dijo—; de haber sido así, te lo hubiese dicho, pero no lo pensé.

Fue después de que hubieron retirado del río los restos, cuando se dedujo que

el ancla había sido utilizada para hundir el cuerpo y se iban acumulando los indicios negativos. No había hallazgos en las bases de datos, ni en Suecia ni en el extranjero, y Shirin comenzaba a tener la sensación de que nunca sabrían quién había sido ese hombre.

Atormentada por esa idea, llegó una noche a su casa y puso su cerebro a trabajar en diferentes opciones posibles.

Pero entonces recibió un email sobre otro tema completamente diferente. Era una invitación a una conferencia con un equipo de investigación de los Estados Unidos, seguida de un saludo personal de su antigua profesora en el que le expresaba sus deseos de que pudiera asistir.

—Así que consulté un poco más sobre el proyecto y resultó que giraba en torno al área de nuestra investigación: cómo identificamos a una persona cuando las vías habituales no son suficientes.

Eira respiró profundamente, tal como le había enseñado la partera. Las normas y las leyes comenzaron a darle vueltas en la cabeza; por supuesto que no era correcto compartir el perfil genético de una persona, pero al mismo tiempo no podía apartar la mirada del rostro que estaba en la pantalla. ¿Cuál era la alternativa? ¿Olvidarlo?

—Es más que imposible usar esto como prueba —continuó Shirin—, pero creí que tal vez podría ser útil para un trabajo de reconocimiento. No sé en qué estaba pensando…

—Perdón, pero no estoy segura de entenderlo —dijo Eira—. Sé que has estudiado con esta profesora, pero ¿quieres decir que lograste que hicieran gratis el análisis en los Estados Unidos?

—Como parte de su proyecto de investigación. —Se le iluminó el rostro con una sonrisa—. Un material tan complejo como este tiene mucho valor. Se puede investigar qué cantidad de ADN se necesita, ese tipo de cosas. Si obtenemos algún resultado, mi mentora quiere que compartamos la información con ella; la verdadera identidad del individuo sería la respuesta a su trabajo.

—¿Se lo has mostrado a alguien más?

—Tú eres las que está a cargo. Tú estabas presente durante el hallazgo.

—No tengo idea de cómo reaccionaría mi jefa —dijo Eira—. Es muy respetuosa de las reglas. Y está bien que lo sea.

—Por supuesto —coincidió Shirin—. Así debe ser.

Eira observó el rostro y las facciones impersonales del hombre. Intentó

imaginárselo con otro peinado, se preguntó cómo habría sido su sonrisa.

—También podría borrarlo —propuso Shirin.

CAPÍTULO 19

Se estaba realizando algún tipo de renovación en la Casa del Pueblo de Lunde. Como solían hacer, los trabajadores voluntarios se tomaban una pausa sentados sobre la escalinata exterior. Con su ropa de trabajo manchada de pintura, se cobijaban bajo el cálido sol de primavera. Una de las voluntarias les repartía platos de cartón con comida que olía a arenque y pescado blanco ahumado. Algunos de los hombres más jóvenes eran relativamente nuevos en la región; Eira no los conocía, pero sabía quiénes eran, habitantes de la ciudad que se habían mudado a zonas suburbanas durante la pandemia. Veía con admiración a los que se atrevían a ese cambio de vida, para estar más cerca de la naturaleza. Parecía sencillo para ellos. Tal vez era difícil encontrar un fontanero que trabajara en julio o dar con un servicio de banda ancha que funcionara, pero en todo lo demás era sencillo.

Los que estaban sentados en las escalinatas ya habían alcanzado la edad de jubilación, eran residentes de Lunde desde tiempos inmemoriales y justamente a quienes Eira estaba buscando.

—¡Están haciendo un buen trabajo! —les dijo—. Y me encanta que esté involucrada tanta gente.

—Sí, hay muchas ideas —murmuró alguien—. Uno de ellos sugirió abrir una pequeña cervecera artesanal y un bar. Podría ser interesante.

—Los jóvenes no quieren escarbar en la historia. Van hacia donde sea que los lleve el futuro.

—Y una mierda —dijo alguien, y de esa forma resumió la típica visión de la vida del lugar: siempre se puede estar peor.

Si la presunción se hiciera realidad, uno podía jactarse de haber estado en lo cierto, y si estaba equivocado, entonces se llevaría una agradable sorpresa. Ambas opciones hacían que uno se sintiera bastante bien.

Eira sorteó dignamente las preguntas habituales sobre cómo estaba su madre y cuándo nacería el bebé, y escuchó atenta las protestas generales por el cierre de los hospitales públicos, el riesgo de tener que dar a luz en una ambulancia y cosas por el estilo.

Ató a Canalla por la correa en un poste de la esquina para que no atacara la fuente de pescado y tomó el plato de cartón que le ofrecían. Luego, se sentó en la escalinata a saborear la combinación de pescado blanco ahumado con arenque con mayonesa. Optó por iniciar la conversación con el tono relajado de una conversación banal.

—¿Ustedes ya vivían aquí a finales de los años sesenta?

Uno de ellos había estado en alta mar en aquella época y otro había llegado hacía veinte años, pero los demás asintieron.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Es por el hombre que encontraron cerca de Sandö? ¿Sabéis quién es?

—No sabemos quién es, pero sí que estuvo aquí en el año 1968 —dijo Eira.

Los medios habían puesto atención en otras cosas, de modo que esa información no se había filtrado. Temas como la invasión de Rusia a Ucrania, el abandono de la neutralidad y la solicitud de Suecia para formar parte de la OTAN y la crisis del sistema de salud antes de la llegada del verano habían acaparado la atención.

Desde hacía dos días tenía guardada la imagen digital del hombre en la memoria de su teléfono. Aún no se la había mostrado a nadie porque temía correr el riesgo de delatar a Shirin, que había puesto en peligro el caso al haber tomado esa iniciativa por su cuenta. Era fundamental recabar pruebas según el procedimiento adecuado, aunque el crimen no fuera a llegar a juicio. Naturalmente, no podía utilizar la foto de manera pública, pero ¿podía considerarse público ese momento de descanso sobre las escalinatas de la Casa del Pueblo de Lunde?

—Sí, madre mía, yo tenía doce años entonces. Había comenzado a trabajar en el aserradero de Lugnvik como recadero durante el verano y estuve allí hasta que el aserradero cerró. He visto ir y venir a mucha gente…

—Yo ya tenía familia, así que quedamos al margen del revuelo que hubo en 1968. —El hombre se rascó la barbilla y unas pocas canas que no se había rasurado. Se llamaba Kalle, ¿no? Vivía en la colina cerca de Näslund, su padre lo conocía, ¡Kalle Molin! Ese era su nombre.

—… los jóvenes que venían de otros lugares para conseguir un trabajo ocasional iban al estuario. Allí siempre empleaban a gente nueva: trabajadores estacionales, finlandeses, vagabundos, todo tipo de gente.

—Creemos que el hombre podía haber sido del sur de Europa —dijo Eira.

Agregó que la policía no lo había comunicado porque no era una información segura y por eso querían mantenerlo en secreto.

—¿Dijiste en el sesenta y ocho? ¡Fue cuando filmaron la película! En aquel momento había muchísima gente por aquí.

Así es, la película *Ådalen 31,* que había sido un éxito internacional al año siguiente y había sido nominada al Oscar, en la que colaboraron casi todos los habitantes del pueblo: la madre de Eira había cosido prendas de vestuario y su padre había sido uno de los miles de extras que replicaron las columnas de manifestantes.

—Y ese tal Bo Widerberg, el director, se paseaba como un pollo sin cabeza: pidió prestado un coche, aunque no sabía conducir, y conducía por la rotonda de Härnösand. Quería impresionar a las chicas, tal vez a la rubia aquella que actuaba como la hija del terrateniente rico. Como si hubiera tal cosa en Lunde. No, la gente elegante vivía en Härnösand y Sundsvall, probablemente por eso aquí no tenemos esa mentalidad tradicional; no tuvimos que arrodillarnos frente a nadie para ganarnos el dominio de nuestras propias calles…

Finalmente, Eira les mostró la fotografía. Hizo que se pasaran el móvil mientras observaba la expresión de sus rostros. Movimientos de cabeza, gestos de disculpa. "No, lamentablemente, no lo recuerdo…".

—No habría olvidado a alguien con esa apariencia—dijo Vivi Koskela, de quien aún se podía vislumbrar en sus ojos la belleza que había sido en su juventud—. ¿Dices que tenía unos veinte años? Si solía ir a la Casa del Pueblo de Frånö o al parque popular de Kramfors, debería haberle echado el ojo. Yo prestaba atención a todos los forasteros que llegaban, y en especial si hubiera sido italiano…

Siguió buscando en su memoria mientras la conversación a su alrededor derivaba en las luchas políticas de aquellos años, los nuevos partidos comunistas que luego desaparecerían, la guerra de Vietnam, y después volvieron a referirse a los bailes y a la diversión, y a cuando Vivi participó en Miss Sandö, un concurso de belleza similar al que había en Estocolmo, donde las chicas posaban en biquini.

—Los ojos se les salían de las órbitas a todos los borrachos del lugar, sin mencionar a los muchachos granjeros de Nordingrå.

—La Casa del Pueblo de Kramfors era el mejor lugar. Primero íbamos al baile de los mayores a mendigarles un trago, y luego íbamos en busca de algo

más moderno, los más valientes a Babels. ¡Una noche de rock and roll con Chepp Steppers!

Eira había empezado a perder la concentración; eran muchos relatos que no tenían relación entre sí y Canalla había comenzado a dar vueltas alrededor del poste donde estaba atado, enroscándose con la correa, ansioso por olisquear la perrita de Kalle. Además, comenzaba a sentir náuseas por haber comido mucho: los bollos de canela de Gudrun y el fantástico postre de chocolate de Susul.

—¿Nunca oíste hablar de Chepp Steppers? —dijo Vivi Koskela, y se rio—. Sí, claro, eres demasiado joven, pero estoy segura de que tu madre podría contarte unas cuantas cosas. —Se interrumpió cuando tomó conciencia del presente y recordó dónde se encontraba Kerstin Sjödin. Sin decir nada, le dio una palmada en la mano a Eira para demostrar empatía—. Puedo decirte que Chepp Steppers era tan bueno como Shanes y los Hep Stars, a pesar de que eran de Kramfors. Tenían un club de fans propio y todo, y estuvieron a punto de salir en *Hylands hörna*. Recuerdas ese programa de la tele, ¿verdad? Nunca olvidaré cuando tocaron sobre el techo de Tempo, frente a la plaza abarrotada de gente. Debíamos de ser miles. Las personas que se quejan de por qué hay tantos techos planos y horribles en el centro no han comprendido para qué sirven.

Eira aún tenía imágenes de su madre en la cabeza cuando volvió a casa y se acostó en el sofá para descansar. Por un momento, Kerstin había vuelto a la vida de siempre; eran muchos los que compartían recuerdos divertidos con Eira para levantarle el ánimo. Como cuando Kerstin se cayó de bruces de la motocicleta en la colina de Vallin, o los bailes, las borracheras, lo hermosa que era… No había un solo muchacho en el pueblo que no se diera vuelta para observarla. Eira quería evocar aquella época, la banda de pop que hacía gritar a las chicas y los chicos a la moda que fumaban en la puerta de la casa Babelsberg, e imaginar a su madre en medio de todos ellos. Era más fácil de lo que creía. Cabello largo y suelto y una sensación de libertad. Un par de gafas de sol que la hacían parecerse a Yoko Ono, su risa junto a un par de jóvenes desconocidos, la sombra de un edificio de madera que podía ser Babelsberg.

¿Tenía diecisiete o dieciocho años en esa foto?

Kerstin había nacido en 1950.

Dio un salto para levantarse de la silla y definitivamente fue demasiado

rápido. Todo empezó a darle vueltas, tuvo que inclinarse hacia delante y respirar hondo. De todas maneras, le habían dicho que era mejor tener la tensión baja que alta.

Se bebió un brick de zumo para reponer energías de camino en el coche hacia Kramfors.

Los viejos tiempos volvieron a su memoria al pisar el acelerador por los tramos de carretera por los que había conducido demasiado rápido antes de entrar en la fuerza policial; aquellos momentos de su juventud ya se habían esfumado.

La vieja casa de la templanza apareció en lo alto de la colina a un lado de las vías del tren en el momento en que giró en dirección a la residencia de ancianos; un bello edificio de madera. Babelsberg.

Eran las nueve de la noche, pero ya se habían encendido las lámparas que iluminaban el pasillo hacia las habitaciones, que estaban en absoluto silencio.

—Lo siento, me temo que tu madre está durmiendo.

—¿Se acuesta tan temprano?

Kerstin siempre se había quedado despierta hasta tarde y era una persona nocturna, que incluso se escapaba a la casa de su amante mientras Eira estaba dormida.

Estaba acostada de espaldas, con la boca abierta, y exhalaba en cada respiración un suave ronquido.

Eira avanzó con cuidado para no despertarla. Subió una cortina y dejó entrar la luz del verano.

En silencio, cogió rápidamente el álbum de la estantería e inspeccionó entre las fotos escolares y familiares hasta que encontró la que buscaba.

Se veían el césped, las botellas de cerveza, los jóvenes que reían mirando al cielo y a la cámara. Y en el fondo, una parte de la fachada de tablones horizontales de madera amarilla, el diseño característico de la cerca del lugar. Babelsberg.

No había ningún nombre escrito. Eira no reconocía a ninguno de los chicos que estaban sentados a cada lado de Kerstin. Solo parecían ser unos pocos años mayores que ella, en su veintena, de cabello largo y camisas desabrochadas.

Uno de ellos rodeaba con un brazo el hombro de la joven y tiraba de ella hacia él, pero no fue su rostro el que dejó desconcertada a Eira, sino el del joven moreno que estaba a su lado. El cabello le llegaba a los hombros, su mirada se apartaba un poco de la cámara.

Tampoco figuraba el año, pero Kerstin había sido bibliotecaria; el orden alfabético y las categorizaciones lo eran todo en su vida, por lo tanto, no era una persona que dejara sus fotografías desordenadas. Eira siguió pasando las páginas, en las que vio fotos de su madre con amigos en los barrios de Estocolmo; así es, Kerstin se había tomado un año sabático entre segundo y tercer año del ciclo superior del bachillerato. En la página siguiente ya estaba de regreso en Ådalen, celebrando la Navidad con la familia, y más adelante se veía su graduación en 1970, sin la típica gorra blanca de estudiante, pues las viejas tradiciones de las ceremonias de graduación se habían eliminado en nombre de la igualdad.

Eira regresó a la fotografía de Babelsberg. Por pura lógica, debió de haber sido tomada, entonces, en el verano de 1968.

El chico moreno sostenía una botella de cerveza bajo la barbilla. Estaba inclinado hacia delante. Esos ojos.

Eira encendió la lámpara de la cocina americana y se colocó bajo la luz.

¿Se lo estaba imaginando o eran de verdad azules?

Se sentó al borde de la cama y acarició las mejillas suaves de su madre. Dejó de roncar, pero volvió a hacerlo en la siguiente exhalación.

Su mejilla estaba tibia.

—Mamá, por favor, ¿puedes despertar un momento?

CAPÍTULO 20

El hijo de Shirin ben Hassen estaba enfermo, así que ella se había pedido el día para quedarse en su casa, una vivienda adosada en las afueras de Sundsvall.

—¿Has tenido varicela? —le dijo a Eira cuando le abrió la puerta.

Sí, la había tenido en noveno año de la escuela, durante una primavera en la que el resto de la clase fue de viaje de fin de curso a Berlín.

El niño con ampollas en la cara tenía siete años y estaba muy contento de poder quedarse en su habitación a ver vídeos de YouTube de gatos graciosos.

—En general es mi marido el que pide los días libres —dijo Shirin—. Yo me vuelvo loca después de dos días; no sé jugar con él, no entiendo los juegos porque no conducen a ninguna parte. Además, están las discusiones sobre las reglas; se supone que, por ser la persona adulta a cargo, tengo que explicarle por qué puede ir a tal lugar y no a otro, cosas que son absolutamente ilógicas. ¿Cuál es el sentido?

Eira le acercó el móvil.

—¿Puede ser él?

La expresión y la postura de la investigadora forense cambiaron de pronto cuando vio la escena de los años sesenta. Cogió el teléfono de manos de Eira y amplió la imagen.

—¿Dónde la has encontrado?

—En el álbum de fotografías de mi madre.

—¿En serio? ¿Y quién es?

—No lo sé —dijo Eira.

Había logrado despertar a Kerstin la noche anterior; la hizo levantarse y beber un vaso de agua. Su madre estaba confusa, creyó que ya había amanecido.

—¿Por qué tengo que mirar eso? —le había dicho—. ¿Qué programa es?

A veces confundía las palabras. Sin embargo, posiblemente sabía que eran fotografías de su propia vida, o tal vez no.

—Esta eres tú, mamá —dijo Eira, y la señaló—. Pero ¿quiénes son los demás?

Hubo un momento de cavilación o simple confusión, hasta que Kerstin comenzó a rascar en los bordes para sacar la fotografía de su lugar. Eira le sujetó la mano.

—¿Recuerdas, mamá, que era el verano del segundo ciclo del bachillerato? Cumplirías dieciocho años ese otoño. ¿Estabas enamorada de alguno de ellos?

—¿Serías tan amable de pasarme el paraguas? —dijo ella, y señaló el bolso de mano—, creo que debo ir a algún lado.

Entonces Eira la acompañó al baño y regresaron a la cama. Bajó las cortinas porque ya había oscurecido.

Había salido de allí conduciendo en medio de una maraña de pensamientos, buscando toda la noche alguna pista en su memoria, algo que hubiera dicho su madre, algún relato, alguna anécdota de juventud, pero no recordó nada.

—¿Te parece bien que la descargue?

—Por supuesto.

Shirin se sentó con su ordenador en una zona del vestíbulo que usaba como oficina, entre el armario de los productos de limpieza y un zapatero desordenado.

Recortó la fotografía para enfocar solamente en el rostro del muchacho y la colocó junto a la imagen generada por ordenador. Le alargó el cabello a la imagen digital, le dibujó una camisa similar y la desabrochó hasta el pecho. Dibujó algunas líneas, midió la distancia entre los ojos, la que separaba la barbilla de la coronilla y el largo de la nariz.

—¿Qué opinas?

—¿Qué opinas tú? —preguntó Shirin.

Eira se apoyó contra la pared.

—Que son parecidos.

—Son más que parecidos. Si la imagen es correcta, quiero decir, si la tecnología no nos señaló una pista falsa cambiando sus rasgos faciales, diría que estamos viendo a la misma persona.

Eira tuvo que ir a buscar una silla de la cocina para sentarse. Era vertiginoso pensar que había estado allí todo ese tiempo, en la memoria agonizante de su madre.

Shirin hizo zoom sobre el borde izquierdo, en el césped que revelaba que era verano; había pétalos.

—Eso de allí ¿son rosas?

—Es posible.

Eira creyó distinguir un arbusto moteado de flores blancas. Había uno similar en su propio jardín, el orgullo de su madre: la rosa blanca de Finlandia, con su fantástico aroma. Eran comunes en Norrland, porque resistían el frío y el viento. "Tal como nosotros", decía su madre cuando Eira era pequeña y aparecían los primeros pimpollos.

—Si son rosas finesas, solo florecen una semana al año, a finales de junio o a principios de julio. En Finlandia la llaman la rosa de verano.

La idea de que habían descubierto algo importante comenzaba a hacerse más real. Eira sintió que su instinto de investigadora se ponía en marcha.

—Me pregunto qué es eso —continuó Shirin, e hizo zoom sobre el pecho del hombre.

Llevaba una cadena al cuello y un chaleco sobre la camisa. La calidad de la imagen era mala, pero con el programa podía ajustar los contrastes y aumentar la nitidez. Tenía una marca sobre el chaleco.

—¿Una estrella?

Los dedos de la investigadora forense bailaban sobre el teclado; las imágenes se sucedían una detrás de la otra mientras buscaba rápidamente en la web hasta que, de pronto, apareció. Una estrella amarilla sobre un fondo dividido en dos partes. En el chaleco no se veían, pero los colores eran el rojo y el azul.

—Los Grupos Unidos del FNL, el Frente Nacional de Liberación de Vietnam —dijo Shirin—. Nuestro amigo quería detener la guerra de Vietnam.

—¿No era algo que querían todos?

El niño gritó varias veces llamando a su madre y Shirin fue un momento hacia el piso superior. Entonces, Eira aprovechó para ir al baño. Comenzaba a notar que necesitaba orinar con frecuencia. Se quedó sentada durante más tiempo del necesario, intentando evocar algunos recuerdos. Kerstin no hablaba mucho de política en casa, era algo que hacía el padre de Eira. Ambos iban a las manifestaciones del Primero de Mayo, por supuesto, pues se trataba de una festividad importante. Eira recordó de pronto una cena en su casa en la que había invitados y la discusión política se había puesto cada vez más intensa. Veine había gritado algo en contra de las ideas comunistas y Kerstin no había dicho nada, pero Eira había percibido el desagrado en el aire, por eso recordaba aquel día. Una sensación de peligro, una grieta abierta entre ellos dos.

—He solicitado un nuevo puesto de dirección —dijo Shirin cuando se encontraron otra vez en el vestíbulo—. En Umeå. Me han llamado para una entrevista.

—¡Qué bien! —dijo Eira—. Cruzaré los dedos por ti.

La mirada de la investigadora forense se deslizó hacia el rostro reconstruido digitalmente y su mirada vacía.

—Sé que a veces voy demasiado lejos —dijo—. Siento que la voluntad de los muertos es más fuerte que la mía y quieren comunicarse a través de lo que hago. Ya sé que parece una locura.

—Tal vez no te convenga mencionarlo en la entrevista de trabajo.

Eira se rio, pero Shirin no se hizo eco.

Lo comprendía. Actuar por propia iniciativa, manipular el ADN de una persona sin marco regulatorio podría ser demasiado.

—Debo llevarle esto a mi jefa —dijo Eira.

—Debes hacerlo.

—Pero no sé si debo contarle todo —continuó.

No era la primera vez que sentía esa disyuntiva, en la que lo correcto y lo verdadero se distanciaban y se contraponían.

—Sabíamos que tenía el aspecto de alguien del sur de Europa y en qué año ocurrió. Entonces, vi la foto de un joven moreno con ojos azules en el álbum de fotos de mi madre y vi que era del mismo año. Mirar fotos antiguas es algo que hacemos muy a menudo mi madre y yo. ¿Qué otra cosa podemos hacer cuando ya no se puede mantener una conversación coherente?

CAPÍTULO 21

Fue en una época lejana, una primavera y un verano cuyos contornos se volvían cada vez más nítidos. El hielo se había derretido en abril, el calor había llegado en mayo. En París estallaban los disturbios callejeros y los estudiantes ocupaban la Sorbona, mientras crecían las huelgas generales de los trabajadores y las protestas contra la guerra de Vietnam.

Casi todo lo que encontraba Eira se refería a acontecimientos que habían ocurrido en otros lugares, notas de prensa de agencias de noticias nacionales e internacionales. En los Estados Unidos, a las protestas anti-Vietnam les habían sucedido las marchas por la muerte de Martin Luther King. Muchos de los soldados estadounidenses desertores habían recibido asilo en Suecia. El presidente Lyndon Johnson se había enfurecido cuando Olof Palme marchó junto al embajador norvietnamita en una manifestación en Moscú.

La bibliotecaria, Susanne, siempre le preguntaba cómo estaba su madre. Era quince años más joven que ella y no sabía absolutamente nada de aquellos tiempos; sin embargo, había encontrado periódicos de la época encuadernados en pesados volúmenes. Eira volvía las páginas buscando palabras como "Vietnam" y "FNL".

Incluso en Kramfors había habido protestas, que convocaron a cientos de personas a las que intentó identificar; anotó algunos nombres.

A finales de mayo, alguien había pintado el grafiti "VIVA EL FNL" y "ABAJO EL IMPERIALISMO ESTADOUNIDENSE" en el techo de una escuela, sin que quedara claro a quién estaba dirigido. ¿A supuestos aviones espías enviados de los Estados Unidos al lejano Kramfors? La policía había descubierto rápidamente a los responsables, tras seguir la pista hasta la única tienda de pinturas de la ciudad y preguntar quién había comprado pintura de ese color. El vendedor sabía quiénes habían sido, y los dos adolescentes de dieciséis y diecisiete años fueron condenados a pagar una multa de 450 coronas por la reparación de los daños. Eira llegó a los periódicos de finales de julio, la época en la que florece la rosa blanca de Finlandia. Muchos artículos eran

acerca de subastas y del cese de actividades por el verano. Estuvo a punto de pasar por alto el discreto artículo al final de una página.

LOS DESERTORES DE VIETNAM ABANDONAN TORSÅKER

En las imágenes se veía a varios hombres delante de un establo, aún era invierno; uno de ellos estaba apoyado sobre una pala de nieve.

Torsåker era una vieja parroquia a varios kilómetros al norte de Kramfors, famosa por la caza de brujas del siglo XVII: setenta mujeres habían sido degolladas y quemadas vivas en lo alto de una montaña. Pero ¿desertores de la guerra de Vietnam? Eira no recordaba haber oído hablar de eso.

Según el artículo, un fabricante textil cristiano de la zona les había cedido la finca deshabitada de su familia para que los jóvenes desertores iniciaran allí una vida saludable, alejados de las drogas y las malas influencias de las grandes ciudades.

No quedaba claro qué había salido mal, pero después de cinco meses, la vida campesina había llegado a su fin. Los epígrafes no mencionaban sus nombres; ninguno de los implicados había declarado nada. Eira buscó en Google el nombre del fabricante y encontró una esquela.

Le pidió a la bibliotecaria que buscara el volumen de periódicos de febrero de 1968, el mes en que los desertores habrían llegado a la región.

Mientras la esperaba, Eira volvió hacia atrás las hojas del mismo volumen hasta que encontró una noticia que había pasado por alto, pues no trataba sobre Kramfors. Un grupo de desertores había aterrizado en el aeropuerto Arlanda de Estocolmo, donde se había reunido un pequeño comité para recibirlos y homenajearlos como héroes, a pesar de que no podían volver a su país. Los Estados Unidos no llamaban "guerra" al conflicto de Vietnam; por lo tanto, no corrían peligro de recibir la pena de muerte por haber desertado, pero estaban seguros de que pasarían muchos años en prisión. Suecia era el único país de Occidente que les había ofrecido asilo.

En la foto había varios hombres en fila al pie de la escalerilla del avión. Uno reía, otro miraba al suelo. Eira observó lo jóvenes que eran; todos tenían alrededor de veinte años, o quizá aún menos. Algunos apellidos de los epígrafes no parecían especialmente estadounidenses: Picciano, Gallo, le hacían recordar las familias de la mafia, a Robert de Niro y Al Pacino. Se levantó y tuvo que volver a sentarse. Maldita tensión baja.

¿Sería esa la respuesta?

La primera o la segunda generación de inmigrantes de Estados Unidos tenía el mismo ADN que los familiares que se habían quedado en Italia o en Grecia.

—¿Cómo te sientes? —le dijo Susanne cuando regresó con la pesada carpeta —. Estás un poco pálida, ¿quieres algo para beber?

—Sí, gracias, un poco de agua.

La bibliotecaria fue a buscar un vaso y, cuando volvió, no pudo evitar tocarle el vientre.

—Kerstin finalmente será abuela; espero que tenga tiempo de disfrutarlo.

Cuando el día estaba soleado, Eira solía llevar a su madre a dar un paseo a lo largo del río o a la librería nueva, donde podían tomar un café en un ambiente en el que Kerstin se sentía a gusto. Tal vez era mucho esfuerzo caminar cuesta arriba por la ladera de Babelsberg, pero Kerstin lo logró. Quejarse no era algo típico de ella. Por el contrario, Eira fue la que se quedó sin aliento y tuvo que hacer una pausa para reponerse. Sentía un leve dolor en el suelo pélvico, pero era soportable.

Junio acababa de empezar; aún no habían brotado las violetas, todavía parecían solo pequeños arbustos dentro de los parterres.

Eira partió una rama llena de pimpollos blancos.

—¿Son rosas?

—Eso creo.

—¿Podrían ser rosas de Finlandia?

Kerstin frotó un pétalo entre los dedos y pareció haber olvidado cuál era la pregunta. Eira la ayudó a sentarse en un escalón y cada una bebió de su botella de agua. Al pie de la escarpada colina, se observaban las vías del tren y una serie de edificios de apartamentos que se extendían a lo largo de ellas.

—¿Recuerdas que solías venir aquí, mamá, cuando eras joven?

—Claro que sí. Iba a…

Le costaba mucho encontrar las palabras.

—Los bailes —dijo Eira—. Las noches de rock and roll con Chepp Steppers. —Había buscado a la banda en Google y había encontrado algunos artículos sobre sus integrantes. Casi siempre tocaban versiones de otras bandas de los años sesenta, como los Beatles, por supuesto, y su versión sueca, los Hep Stars. Eira buscó uno de sus éxitos más famosos en Spotify.

—Seguro que solíais escuchar esta canción.

Kerstin se rio y se movió un poco al compás de la melodía; comenzó a cantar y recordó la letra palabra por palabra. Era maravilloso el poder de la música. Pero, de pronto, dejó de cantar y comenzó a apartar hojas caídas con la mano.

Entonces, Eira le preguntó sobre el FNL.

—¿Qué era eso? —dijo Kerstin.

Le mostró la foto de ella y sus dos amigos delante de Babelsberg e intentó sacar el tema de la guerra.

—Oh, no quiero hablar de eso, no saldrá nada bueno.

—Kerstin se palmoteó en el estómago como si estuviera muy satisfecha, a pesar de que no había comido; sus movimientos habían comenzado a ser irracionales.

Eira había encontrado un artículo de febrero de 1968, con el nombre de dos desertores estadounidenses que habían llegado a la finca de Torsåker. Ninguno de ellos se parecía al hombre de la foto y ninguno tenía nombre italiano, pero igualmente se los mencionó.

—¿Los conociste?

—Conocí a mucha gente. Así es, sí. Pero ¿dónde he puesto las llaves? —Buscó en su bolso otra vez con ansiedad.

"Di algo coherente, joder", quería gritarle Eira, pero no lo hizo. Solo se le ocurrían frases de enfado.

—Seguramente algo recuerdas.

No podía soportar el hecho de que su madre solo pareciera existir en la superficie. Su profundidad había desaparecido, la capacidad de seguir el hilo de un pensamiento, de decir algo sensato en vez de repetir lo que alguien acababa de decirle.

Eira se daba cuenta de que ya no volvería a hacerlo y esa certeza le causaba una dolorosa sensación de vacío.

Kerstin se movió nerviosa.

—Creo que debemos irnos ya.

CAPÍTULO 22

Unni había estado presente durante toda la infancia de Eira, pero las cosas no habían resultado tan bien la última vez que se habían visto, el otoño anterior, justo antes de la mudanza de Kerstin a la residencia de ancianos. Eira había querido enviarle la dirección del lugar con la esperanza de que fuese a saludar a su amiga. Recordó el incómodo silencio del otro lado de la línea.

—Sé que debo hacerlo, pero no sé si podré verla así —había dicho Unni—. Quiero recordarla en sus mejores momentos.

Como si los sentimientos de Kerstin no importaran, como si ya estuviese muerta.

Aun así, Eira marcó su número. Después de siete tonos, Unni atendió la llamada.

—¿Le ha pasado algo a tu madre? —gritó.

El ruido del viento silenció el resto de la frase y se cortó la comunicación.

—Estoy en algún lugar al sur de Långsele —le dijo cinco minutos más tarde, cuando la llamó tras aparcar el coche a un lado de la carretera.

Había salido a estrenar su nuevo Jaguar, un regalo que se había hecho a sí misma. Era un descapotable, lo cual explicaba el ruido del viento; el tiempo ya estaba lo suficientemente cálido como para quitar la capota.

—No me digas que ha muerto.

—Está viva —dijo Eira.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Embarazada.

Se encontraron dos horas más tarde, cuando Unni aparcó su nuevo juguete delante del café Geromfarten, después de superar el límite de velocidad en el camino hacia Bollstabruk.

Planeaba dar un paseo en coche más tarde, primero por los caminos rurales a través del bosque y luego por los parajes de su infancia, en los alrededores de Forsed.

Para que le dieran por culo al pasado.

La camarera les llevó a la mesa un par de trozos iguales de tarta.

—¿Eres feliz? —preguntó Unni—. ¿O, más bien, todo lo contrario?

—Mitad y mitad, creo.

Antes de que el café se hubiera enfriado como para poder beberlo, Unni ya le había sacado a Eira casi toda la información sobre el lío en el que se había metido.

—¡Dios mío! ¿Ricken? Lo recuerdo, solía pasar tiempo en tu casa, ¿no? Un chico encantador, si no me falla la memoria.

—Mmm.

—Entonces, ¿a cuál de los dos prefieres?

—No se trata de lo que yo prefiera —dijo Eira.

Unni se rio. Había dejado de teñirse el cabello; ahora llevaba el pelo gris muy corto y se había subido las gafas de sol a la cabeza. Tenía arrugas de expresión en todo el rostro.

—¿Sabes que veo algo de Kerstin en ti?

—¿Qué quieres decir?

Unni hizo una pausa, pensativa; tal vez se había dado cuenta de que no era tan sencillo de explicar.

—Nunca entendí por qué terminó aceptando casarse con Veine. Sí, sé que era tu padre, pero ella no estaba enamorada de él. Y lo único que importa es qué vida quieres vivir tú.

—No —dijo Eira.

—Sí.

—Si este niño va a tener un padre, también depende de dónde vaya a vivir August, o de cómo se adaptará Ricken, que nunca ha logrado convivir con nadie. Mientras tanto, yo debo estar aquí por mamá, que será una abuela un poco ausente, y por Magnus, que…

—Está en ese lugar, sí.

A Eira se le llenaron los ojos de lágrimas; tuvo que tragar para no llorar.

—¿Y si soy una mala madre?

—Tonterías, lo harás muy bien. —Unni dio un puñetazo en el aire, como de costumbre—. Además, ¿cómo de difícil puede ser? A mí me educaron padres alcohólicos; a veces no había ni para comer en casa, iba a la escuela vestida con harapos y mira en qué me he convertido.

Señaló el Jaguar, que en ese momento estaba rodeado por un grupo de chicos que miraban asombrados el esplendor que irradiaba en medio de la plaza

diminuta. La decadencia de la región era aún peor en Bollstabruk, donde proliferaban las tiendas cerradas y los escaparates vacíos. La cafetería pertenecía a una organización comunitaria de personas con discapacidad, por lo que el café solo costaba diez coronas.

—Perdón por no haber ido a visitarla —dijo Unni.

—No es conmigo con quien debes disculparte.

Las dos habían sido amigas desde que estaban en pañales, como solía decir Kerstin; sus padres trabajaban en la fábrica de pasta de celulosa de Väja. "Hasta que despidieron a mi padre", agregaba siempre Unni, que solía ir a llorar en el sofá de la casa de Kerstin cada vez que un nuevo amor la abandonaba. Ambas charlaban y bebían vino hasta tarde por la noche, mientras Eira se esforzaba por mantenerse despierta para escucharlas a escondidas. Se le cruzaron por la mente esos recuerdos.

Eira sacó el móvil y abrió la fotografía del álbum.

—¿Te recuerda algo esta foto?

Unni la miró un largo rato. Eira intentó interpretar la reacción de su rostro. Creyó ver el comienzo de una sonrisa, pero se apagó y desapareció.

—Oh, Dios mío, Kerstin era tan joven…

—Creo que fue tomada en el verano de 1968. ¿Reconoces a los demás?

—¿Por qué me preguntas esto de pronto? —Unni no la miró a los ojos; no necesitaba hacerlo, la conocía demasiado bien—. La mayoría de la gente no hurga en los secretos de sus padres antes de que estén muertos y bajo tierra.

Eira pensó en el riesgo que implicaba revelarle demasiada información y en cuánto daño podía causar si daba pie a nuevas especulaciones.

—Sería bueno que no le mencionaras esto a nadie —dijo finalmente—. No queremos que se difunda nada antes de tener más datos.

—Me conoces bien.

Unni se pasó dos dedos por la boca en ademán de cerrarla con cremallera.

—Tal vez hayas leído —continuó Eira— que hemos encontrado un cuerpo en el río frente a Lunde a finales de abril.

Unni se había quedado inmóvil sosteniendo en el aire la taza de café, observándola.

—¿A qué te refieres? ¿Es él? ¿Es Steve? ¿Es a él a quien han encontrado?

—¿Steve?

—Si Kerstin se enterara… —Unni se inclinó hacia atrás y miró hacia arriba un buen rato con una mano en la frente.

—¿Puedes decirme de qué estás hablando? ¿Quién era Steve? —El bullicio que venía de la cocina pareció detenerse; Eira dejó de escuchar el relato deportivo de la televisión encendida cerca de ellas.

—¿Le has dicho algo a Kerstin? No le menciones nada. O tal vez sea mejor que sepa la verdad, quién sabe.

—Unni.

—Dame un minuto para que me recupere. Necesito hacer memoria.

Le pidió un vaso de agua a una mujer que estaba limpiando las mesas; se lo bebió, se secó la boca y dio un profundo suspiro. Luego, señaló la fotografía.

—Este de aquí se llamaba Terry —dijo, y dirigió el dedo hacia el joven moreno—; y este otro era… espera, lo tengo en la punta de la lengua: ¡John!

—Acabas de decir Steve.

—No, no, este es John. Eran tres, pero Steve no está en la fotografía.

—¿Tres qué?

Era difícil hablar con una persona que seguía un tren de pensamiento tan volátil como los movimientos de sus manos. Eira siempre había tenido la sensación de que solo la mitad de las cosas que decía Unni eran verdad. No era que mintiera deliberadamente, sino que alteraba los hechos por aquí y por allá o los exageraba, solo para hacer la vida un poco más divertida.

—Estadounidenses —explicó—. Habían escapado de la guerra de Vietnam. ¿Cuándo pudo haber sido?

—1968.

—Por supuesto.

—¿Por qué creíste entonces que era el cuerpo de Steve el que encontramos?

—¿En serio tu madre nunca te mencionó su nombre?

—Nunca.

—No sé si Kerstin querría que hable de esto contigo. Si ella no estuviera viva, sería otra cosa, pero ella confió en mí, ya sabes.

—Es una investigación policial —dijo Eira.

—Lo siento, cariño. Olvido muy fácilmente el hecho de que eres policía.

Unni se rio un poco mientras doblaba su servilleta y la colocaba junto a la tarta, de la que solo se había comido la mitad.

Habían llegado a la plaza un sábado de primavera, a pie, cargando con una caja de cerveza que habían comprado en el mercado.

Unni no estaba aquel día. Había dejado la escuela en cuanto había podido y

trabajaba en el comedor de trabajadores de Sandslån, donde compartía habitación con otras tres personas en un barracón.

—Pero había chicos aceptables allí, cientos de ellos cuando llegaba la temporada en que se transportaba la madera por el río. Recuerdo especialmente a uno de Para…

Ella no solía ir a la plaza los sábados, pero Kerstin le había contado lo sucedido, una y otra vez, durante las semanas que siguieron. El mundo se había detenido y, al mismo tiempo, giraba más deprisa; los vientos del cambio traían cosas nuevas y emocionantes.

Kerstin se había sumado, como muchos, a los grupos del FNL durante aquel invierno. Leía a Marx y a Mao, había comenzado a comprender los contextos políticos internacionales, cómo desaparecían las fronteras del mundo, y se sorprendía sobre lo poco que sabía antes. Vendían *El Boletín de Vietnam* y repartían folletos a la gente que pasaba por la plaza. Allí había dado su primer discurso, con las piernas temblorosas mientras les gritaba a los lugareños de Kramfors que debían destruir el imperialismo para liberar a los pueblos. Se entonaban los cantos del FNL "Vietnam está cerca, frente a tu ventana" o "Campesino de la selva de Saigón, siente nuestro apoyo".

Y de pronto, como de la nada, allí estaban los tres, de pie frente a ella. Cuando terminó su discurso, Kerstin casi no podía mantenerse en pie; el pavimento se movía de un lado a otro.

Una voz dijo, en inglés con acento estadounidense:

—*Feels kinda awkward to see that flag there, in the middle of nowhere…*

Si existía el amor a primera vista, ese tipo de emoción desbordante que se lee en las revistas, eso fue lo que sintió Kerstin. Suponiendo que no hubiera exagerado, claro, que a veces lo hacía.

El amor la golpeó como un rayo, como una emboscada.

—Nunca la había visto tan enamorada —dijo Unni—. Debes disculparme por decir esto, querida, pero tu padre nunca la hizo sentir así.

Después, se habían enterado de que los tres jóvenes habían desertado del ejército estadounidense y, entre todos los lugares del mundo, habían ido a parar a Kramfors. Era algo increíble. ¿Quién no se hubiera enamorado?

—Vivían en alguna comunidad de la zona.

—¿Torsåker?

—Puede ser, sí. La idea era que trabajaran la tierra y cosas similares, pero supongo que no querían morirse de aburrimiento allá en los bosques.

Era difícil de comprender para alguien como Unni, que había nacido en Forsed y quería huir de allí, pero eran otros tiempos. La gente huía al campo para vivir en comunión con la naturaleza y escapar de las engañosas tentaciones de la gran ciudad, estudiar a Marx y a Trotsky, para liberarse del ego.

Era como si alguien quisiera meterse en el cerebro de uno, le había dicho Steve a Kerstin, cuando se acostaban en los sacos de dormir, entre mantas, en un establo perdido de Lunde. El chico venía de alguna ciudad proletaria de Estados Unidos, quién sabe cuál era, aunque podría haber sido Filadelfia. El padre de Terry trabajaba en una siderúrgica y John era de California. ¿Qué podían saber ellos sobre gallinas y nabos, sobre esa tierra que estaba congelada cuando llegaron?

El bosque era aterrador, *creepy*, como decía él. Había árboles por todas partes y no había manera de saber si alguien se te acercaba sigilosamente; era casi como estar en Vietnam.

Los tres habían vivido en esa comunidad un par de meses hasta que decidieron irse de allí. No se lo dijeron a nadie porque corrían el riesgo de que los acribillaran a preguntas. Los recogió un camión que iba hacia Kramfors; una vez allí, durmieron en la estación, donde gastaron el dinero que les quedaba en pan y cervezas.

Entonces fue cuando oyeron música desde el tren, las canciones sobre Vietnam, y comprendieron que allí había gente que los ayudaría.

Alguien tenía un sofá disponible, otro sabía de un granero cerca de Lunde que estaba vacío; la gente reunió muebles y ropa de cama para llevárselos hasta allí.

Encontrar empleo no fue difícil: apilaban y clasificaban madera en uno de los almacenes madereros, cargaban y descargaban los barcos.

—Creo que Steve consiguió trabajo en las dársenas, porque dormía en un granero de Lunde —dijo Unni—, pero no lo sé; yo no estuve presente en todo eso.

El personal del café había comenzado a limpiar las mesas y a quitar los dulces del escaparate preparándose para cerrar.

—Kerstin tenía otros amigos a quienes veía con frecuencia, que hablaban de ir a la universidad y viajar a París.

Una vez, Unni había conocido al chico que se llamaba Terry en una fiesta, en un local pequeño cerca del centro, donde se solía fumar a escondidas. Algunas

semanas después, cuando ella pudo volver desde Sandslån, lo vio en un rincón, acostado sobre un colchón con otra estudiante de Nordingrå.

Lo que más recordaba eran fragmentos de lo que Kerstin le había contado después, cuando el romance ya hubo terminado y necesitó el consuelo de su vieja amiga.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Eira.

—Lo que ocurrió fue que ese Steve la abandonó —dijo Unni—. De la peor manera, además: sin una sola palabra, ni siquiera una carta.

Salieron de la cafetería justo cuando comenzó a llover a cántaros; se refugiaron debajo del techo de una tienda cerrada.

—Una noche estaban acostados en el granero y al día siguiente, ¡plop! ¡Desapareció! Piensa que fue el primer gran amor de Kerstin. Ella aún no sabía que podían ocurrir esas cosas.

Del otro lado de la calle, el paraguas de una mujer con un chal cargada con bolsas de alimentos se dio la vuelta por el viento.

—Ella no podía entender por qué —dijo Unni—. Creyó que le había ocurrido algo, fue a buscarlo por las playas y los acantilados, fue y volvió durante muchas noches.

Eira se estremeció cuando pensó en el cuerpo que habían sacado del río. ¿Era posible que hubiera más? Una parte de su cerebro comenzó a pensar en los siguientes pasos a seguir, como enviar otra vez a los buzos, pero otra parte pensaba en que no era nada seguro que pudieran encontrar algo. Los restos se habían encontrado por casualidad. No tenía sentido hacer otra búsqueda en medio de la profundidad y las corrientes, entre los quinientos metros cúbicos de agua que fluían hacia el mar cada segundo.

—A Kerstin le preocupaba que le hubiese ocurrido algo malo. Steve estaba siempre muy nervioso. Recuerdo que me habló sobre las cicatrices como cráteres que tenía en la espalda por un ataque de granadas. En aquellos tiempos no se sabía nada sobre la ansiedad o el síndrome de estrés postraumático, como lo llaman ahora. Tenía pesadillas, gritaba, temblaba y cosas por el estilo; realmente estaba convencido de que lo estaban persiguiendo. Una se olvida de lo jóvenes que eran esos chicos: tenían diecinueve o veinte años. No me sorprendería que alguno de ellos se hubiera suicidado.

Eira no había mencionado la palabra “asesinato”. Había aparecido en los periódicos y en internet, pero eso no significaba que Unni lo hubiese leído.

—¿Recuerdas exactamente cuándo desapareció Steve?

—Era otoño —dijo Unni arrugando la frente, y luego se rascó el cuero cabelludo—. Recuerdo que eran atardeceres oscuros, cuando podía sacar tiempo para ir a cuidar de Kerstin. Hacía mucho frío fuera del establo donde se sentaba a llorar.

—¿Y John? ¿Qué sabes de él?

—¿Es a él a quien encontraron?

—Es posible.

—No recuerdo haber hablado nunca con él. Era guapo, pero tenía un aspecto más duro, ya sabes, alguien que no puedes decidir si es serio o simplemente engreído. No era mi tipo, para nada. Y no me preguntes qué fue de él. Yo estaba muy ocupada pelando patatas hasta que me llamó Kerstin en plena desesperación.

"John", pensó Eira. "Debe de ser el nombre más común del mundo de habla inglesa. Steve también".

—¿Recuerdas el apellido de alguno de ellos?

Unni se rio muy fuerte.

—Esperas demasiado de mí; casi no recuerdo los nombres de mis propios novios.

Estiró la palma de una mano hacia el cielo; había dejado de llover.

—Ya podemos abrir de nuevo la capota del coche.

CAPÍTULO 23

Allan Westin no lograba calmarse esa noche. Estaba tan inquieto que se levantó a orinar y ya no pudo volver a dormirse.

Había regresado esa vieja indignación, el remordimiento y la infelicidad de no ser el hombre que su esposa necesitaba.

Si hubiera tenido alcohol en la casa, habría bebido. Necesitaba ese ardor en la garganta y la calma que le seguía; de esa manera, podría haberse dormido.

Se arrepintió de no haberse quedado con Canalla para pasar la noche con él. Lo tranquilizaba que otro ser vivo lo olfateara, diera vueltas y más vueltas mientras dormían y a veces se pusiera a ladrar. No se sentía capaz de meterse dentro de la mente de un perro, pero imaginaba que sus sueños eran simples; tal vez solo trataban sobre la perrita que había perseguido antes, cerca de Hyssbacken.

Debería haberse olvidado de llevar al perro a casa de Eira. Debería haber dejado que ella siguiera con lo que estuviera haciendo arriba en lugar de ponerse a preguntarle desde abajo cómo estaba, si todo iba bien.

—Sí, estoy bien.

—¿Y el pequeño?

—Muy bien, dicen que no hay ningún problema.

Si tan solo hubiera dejado a un lado las cortesías y la conversación, ella no habría bajado la escalera con su libreta de anotaciones y el paquete de cartas viejas en la mano.

—¿Estás limpiando? ¿A estas horas de la noche?

—Estoy buscando algo que necesito encontrar.

Eira lo dejó todo sobre la mesa de la cocina.

—A propósito —dijo—, ¿tú trabajabas antes en el puerto?

—Sí, claro; comencé en las dársenas y luego en el astillero, ¿por qué?

—¿Recuerdas a unos estadounidenses que trabajaron por aquí a finales de los años sesenta? Creo que en las dársenas. ¿Era allí donde se encontraba trabajo más rápido? Habían huido de la guerra de Vietnam, dormían en una granja de Lunde…, espera.

Eira le mostró su teléfono. Allan entornó los ojos y pensó en la extraña imagen del rostro del muerto que le había mostrado antes. Esta era, en cambio, una fotografía de verdad, no como las que se crean con el ordenador; eran personas reales. Miró fijamente hasta que sus ojos ya no vieron nada más que una niebla entre el pasado y el presente; las cataratas que le cubrían la retina le oscurecían la visión.

—¿Qué pasa con ellos?

—El hombre que encontramos en el río puede ser uno de esos desertores —dijo ella.

Era policía. Tendría que haber imaginado que sería ella quien finalmente descubriría todo. Había heredado esa testarudez de su padre.

—¿No dijiste antes que se trataba de un griego o algo así?

—Una misma persona puede ser muchas cosas —explicó Eira—. Es posible que fuera italoamericano; joder, olvidé preguntarle eso a Unni.

Comenzó a escribir algo en el teléfono y Allan dijo que no veía todos los días a los demás trabajadores, porque se reubicaban en distintos equipos todo el tiempo.

—Tal vez los haya visto alguna vez, pero habrá sido de pasada.

—¿Conoces a alguien más que trabajara en las dársenas en aquel momento y que aún recuerde algo?

—¿De aquel entonces? ¿Que aún esté vivo? Necesito pensar un poco.

Eira se sentó; ya tenía mucho peso que cargar en el estado en que estaba. Él le dijo que no era bueno que trabajara hasta tan tarde por las noches.

—No sé si puede llamarse a esto trabajo —dijo Eira—. En principio, la investigación se ha paralizado, pero igualmente estoy empecinada en resolverlo. Por cierto, ¿has visto a mi madre en la fotografía?

—¿Qué? ¿Esa era Kerstin?

—¿La conocías en aquella época?

—Solo un poco, ella era mucho más joven que yo.

Se dieron las buenas noches. Y él dijo:

—Vendré a buscar al perro mañana —como decía siempre.

Allan se sostuvo de la barandilla cuando bajó por el porche. Las gaviotas revoloteaban sobre el techo y habían espantado a los cuervos para hacerse un nido propio.

Las pantuflas se le humedecieron a la intemperie.

Había momentos en los que se avergonzaba de ser un anciano. Sentía que

Eira lo miraba con afecto, pero también con preocupación por su fragilidad, como si lo único que pudiera esperar de él fuese que se levantara solo y se aseara por las mañanas.

—Tal vez recuerde más cuando haya descansado un poco la mente —le dijo antes de cerrar la puerta a sus espaldas.

CAPÍTULO 24

Silje estuvo ocupada durante toda la mañana dirigiendo los interrogatorios de una investigación por homicidio, pero GG estaba en su oficina cuando llegó Eira. Llamó a la puerta, que estaba abierta. Él hablaba por teléfono, pero le hizo una seña con la mano y cortó la comunicación.

—¡Vaya! —dijo al observar su tripa—. Ya falta poco.

—Dos meses más.

—Y luego todo será diferente.

Le resultó difícil encontrar las palabras correctas para responder a ese comentario, así que solo sonrió.

—¿Sabes? El desconocido que encontramos en el río…

—Lo sabía —la interrumpió GG.

—¿Qué sabías?

—Que no serías tú misma si abandonaras un caso que tiene tantos interrogantes sin responder.

Eira se ruborizó. Recordó el momento en que él le había dicho que hasta los policías debían aprender a renunciar a las cosas imposibles. Siempre lograba decir algo que la hacía sentirse… observada.

Él se rio.

—Tarde o temprano te las ingenias para encontrar a algún vecino que tiene una prima que hace cien años mantuvo relaciones con ese chico.

—Error —dijo Eira, y sonrió—. Fue hace cincuenta y cinco años, y era una amiga.

Él se rio a carcajadas y ella también, hasta que fue demasiado movimiento para el bebé, que empezó un verdadero combate de boxeo. Se sentó en el sofá, pues GG había logrado quedarse con la oficina más grande, que tenía una zona de descanso.

—Y mi vecino no tiene primas —agregó, y volvió a ponerse seria.

No había necesidad de contarle lo del retrato digital que Shirin había obtenido por vías poco éticas. Técnicamente no era una mentira, sino un atajo

que la hacía parecer un poco más lista. Le puso delante una copia de la fotografía y le explicó quién era la mujer del centro.

—Encontré esta foto en un álbum familiar y me di cuenta de que fue tomada en 1968. Coincide con lo que sabemos: un hombre de cabello oscuro de unos veinte años, con apariencia del sur de Europa. Lamentablemente, mi madre no puede contar nada porque le falla la memoria, pero hablé con una amiga suya. Mamá salió con uno de los hombres que están en la foto; eran tres estadounidenses que desertaron de la guerra de Vietnam y terminaron en Kramfors.

—¿Estás bromeando? —preguntó GG, e inspeccionó la foto—. No me digas que también tienes su nombre.

—John, eso es todo. Pudo haber sido de California.

Eira le contó que habían pasado un tiempo en la comunidad de Torsåker, luego en las afueras de Kramfors durante el verano y tal vez habían conseguido trabajo en las dársenas de Lunde.

—Se cree que muchos no les contaban a sus familias que habían desertado. Eso significa que tal vez no supieran dónde estaban sus hijos o tal vez los habían repudiado. Eso explicaría por qué no figuran en los registros de personas desaparecidas.

Le dolía la cabeza de cansancio por haberse quedado toda la noche leyendo en internet sobre la guerra de Vietnam y los desertores. En 1964, los Estados Unidos realizaron el primer ataque al norte de Vietnam y, al año siguiente, enviaron tropas por tierra para eliminar a la guerrilla del FNL y detener la expansión comunista. Muchos hombres jóvenes escaparon inmediatamente cuando recibieron la orden de reclutamiento y algunos la quemaron en público. Otros se convirtieron en AWOL, "Absent Without Official Leave", desde las bases militares apostadas en la entonces Alemania Occidental. Desertar desde Vietnam era casi imposible, pero a veces los soldados volaban a Japón con un permiso. Allí podían contactar con Beheiren, una extensa red secreta y muy activa que los ayudaba a escapar en barcos pesqueros hasta la Unión Soviética por el llamado Camino del Sol Naciente. Ya en Moscú, organizaban conferencias de prensa donde tomaban distancia públicamente de la guerra injusta que habían iniciado los Estados Unidos y la mayoría de ellos se iban a otros lugares. En Suecia recibieron asilo casi mil desertores.

Varios de ellos se llamaban Steve, pero ninguno era de Filadelfia. Le había llamado la atención el nombre Steve Kinnaman, pues le resultó familiar, pero

se debía a su hijo, Joel, que se convirtió en una estrella de Hollywood muchos años después de que su padre llegara a Suecia.

La gente ofrecía a los desertores lugar para dormir en sus hogares, y los abogados se dedicaban a asesorarlos sin pedirles retribución alguna. Los jóvenes cobraban ochenta y cinco coronas a la semana en la oficina de asistencia social de Zinkensdamm, y algunos lo habían complementado pescando hasta que conseguían trabajo como repartidores de periódicos o en la fábrica de cerveza de Vårby.

Otra alternativa era la granja comunitaria de Norrland.

—Parece haber sido bastante caótico, por los diferentes grupos políticos que se los disputaban —continuó Eira—. Dentro del FNL estaban tanto el sector que promovía la revolución armada como una organización socialdemócrata que quería la paz. Además estaban los maoístas y los trotskistas. Finalmente, fundaron el Comité de Desertores Estadounidenses para poder hablar por sí mismos.

—Muy buena investigación —dijo GG—. Si tienes razón, no debería ser difícil para la policía estadounidense averiguar la identidad del joven muerto.

—Debe de haber también documentación en los archivos oficiales suecos, pues recibieron asilo y un subsidio social.

GG se inclinó hacia atrás y miró por la ventana. Sundsvall era gris; el cielo, los edificios públicos… Posiblemente esa era la parte más gris de la ciudad, pensó Eira.

—Si no recuerdo mal, en enero de aquel año tuvieron lugar las interminables ofensivas a Hue y Tet, por no hablar de la masacre de Mỹ Lai de aquella primavera —dijo él—. Pensar que ese chico logró huir de todo eso solo para perder la vida en el río Ångerman. Qué maldita ironía de la vida.

Él parecía estar más informado sobre la guerra que ella. Eira no conocía el nombre de ninguna batalla, solo las vías de escape que había desde Vietnam.

—¿Le has preguntado a Silje cómo seguirá con la investigación? —preguntó GG.

—No tuve tiempo y hoy no está. —Tal vez sonaba a un pretexto, y de hecho lo era—. ¿Qué dirías tú si fueras mi jefe?

—Que la policía sueca debe investigar los homicidios, aunque hayan prescrito —dijo GG—. Queremos saber, esa es una necesidad real de la policía y, además, de los posibles familiares que tal vez aún estén con vida.

—Una cosa más —dijo Eira, y dudó un poco, tal vez porque se relacionaba

con su madre y con ella misma—. Uno de los otros desertores, Steve, parece haber desaparecido o escapado sin explicación, de un día para el otro, cuando comenzó el otoño. Y el asesinato ocurrió a principios de septiembre.

—Podría ser el asesino.

—U otra víctima —dijo Eira.

—Interesante —comentó GG—. Avísame si necesitas ayuda con la investigación.

Eira se rio.

—¿Tú me ayudarías? ¿En un crimen que prescribió? —Era una propuesta tan conmovedora como absurda: que él, con sus treinta años de servicio y varios puestos directivos en su haber, se interesara en ese caso.

—¿Y abandonar todo esto? —GG apoyó ambas manos sobre el desorden de su escritorio, cubierto de carpetas y papeles—. Por cada drogadicto que atrapamos, aparecen diez jóvenes más con un AK4 disparando a lo loco para tomar su lugar. ¿Dijiste los años sesenta?

CAPÍTULO 25

Eira se detuvo un momento para hablar con Unni de camino a su casa. La amiga de su madre vivía en un edificio alto de ladrillos que trepaba por las laderas de Sundsvall.

Además de que era mala para responder mensajes, no había podido recordar nada más. No, no había tenido ninguna revelación, dijo cuando Eira rechazó el vino que le ofrecía, pero se quitó los zapatos y entró un minuto en la sala. Las paredes estaban sobrecargadas de cuadros y había un tocadiscos en funcionamiento. Tenía más preguntas para hacerle.

—Tómate unos días —le había dicho Silje cuando le expuso la información que tenía—. Fíjate si puedes conseguir algo más antes de que les preguntemos a los estadounidenses.

En los Estados Unidos, los homicidios no prescribían.

Unni bajó el volumen; sonaba un cantante de blues con voz áspera.

—Cuanto más me esfuerzo, más insegura estoy de qué recuerdo realmente y qué intento recordar solo para dejarte contenta —dijo—. Ya no estoy ni siquiera cien por ciento segura de que verdaderamente se llamara John.

Su memoria no había guardado ningún apellido, pero podía ser que fuera de origen italiano. Y era un chico guapo.

—Es verdaderamente una pena y una vergüenza que la gente joven no tenga deseos de vivir.

—Pero no se quitó la vida —dijo Eira.

Unni abrió mucho los ojos cuando escuchó esas palabras.

—¡Oh, Dios santísimo! ¡El daño que son capaces de hacerse las personas entre sí! Oye, esto merece un poco más de vino.

Unni se llenó la copa otra vez y se la bebió rápidamente. A pesar de que no podía ignorar que Eira estaba embarazada, le preguntó si quería. Eira pensó en el relato sobre la infancia de Unni sobre cómo el alcoholismo de sus padres le había arruinado la vida. Y que Kerstin, su mejor amiga, había crecido en una casa abstemia no por motivos religiosos, sino porque la madre de Kerstin estaba a cargo de la economía del hogar. La regla era que no se podía gastar ni

un centavo en alcohol antes de haber pagado todas las cuentas. Y pocas veces quedaba algo de dinero.

¿Era esa la diferencia?

¿O era otra cosa? La educación, el esfuerzo de los abuelos de Eira porque Kerstin siguiera estudiando, la esperanza de que el futuro sería mejor.

Unni dejó la botella en el suelo, junto al sillón.

—Lamento tener tan mala memoria, pero no significaban nada para mí —dijo—. Nunca me sentí cómoda en esa pandilla, tenían una apariencia horrible. Yo siempre solía ponerme guapa para ir a la ciudad, pero ellos usaban vaqueros deshilachados… Creo que las veces que estuve con ellos fue por obligación. Y era tu madre la que me obligaba a hacerlo.

—Pero antes mencionaste algo sobre una estudiante de Nordingrå, mayor que tú.

—¡Sí! —Unni se golpeó la cabeza con la palma de la mano—. Aquella pequeña zorra, que me robó a mi chico en cuanto le di la espalda. La recuerdo bonita y dulce, ese tipo de personas que te hacen sentir muy torpe. Pertenecía a otra sociedad, la de los granjeros de la costa. Por más dificultades que pasaran, siempre tenían comida en la mesa y una propiedad que heredar en el futuro. Podían ser independientes.

—¿Recuerdas por casualidad cómo se llamaba?

El disco que sonaba estaba rayado. Unni se acercó a levantar la aguja y la colocó de nuevo con cuidado en la siguiente canción. Se quedó de pie junto a la ventana observando la vista de la ciudad, la desmesura del mar, la fábrica de papel del otro lado de la bahía.

—¿Pudo haber sido Titti? —se preguntó—. ¿O era Kicki? —pensó en voz alta—. Sí, creo que era Kicki.

Eira se quedó callada; no quería interferir en su recuerdo.

—Ya sabes —continuó Unni—, nadie me ha enseñado a agradar y seguir las reglas del juego de la seducción. Yo era siempre la que tomaba la iniciativa y los chicos se asustaban. Los hombres de aquel tiempo querían ser protectores, pero a mí me aterraba tener que depender de alguien. Ya había visto en casa lo mal que podía resultar eso.

—¿Kicki?

—Sí, ese era el nombre.

Unni levantó la copa, satisfecha.

—Y si el apodo era Kicki —continuó Eira—, seguramente su nombre era

Kristina, ¿no?

—Sí, así es como siempre se ha llamado a las Kristinas.

—Y estás segura de que era una estudiante del curso superior. ¿Se graduaba en 1969?

—Mmm, no sé si estoy tan segura de eso —dijo Unni.

CAPÍTULO 26

Eira volvió a inspeccionar los cajones cuando regresó a casa.

La noche anterior había buscado entre los papeles de su madre. Encontró figuras para recortar de los años cincuenta y fotos de ropa bonita que Kerstin coleccionaba de las revistas de moda de cuando era pequeña. Cuadernos de la escuela donde estaban las redacciones por las que había ganado dos premios y paquetes de cartas atadas con una cinta. Eran de sus padres y sus amigos; había un montón de cartas de Veine y otras de ella misma, enviadas durante sus años en Estocolmo, pero ninguna firmada por Steve.

En el cajón inferior había algunas fotos escolares enmarcadas en cartón.

Había tres chicas llamadas Kristina en la clase de bachillerato de 1968, una información inútil si se atenía a los datos que le había dado Unni cuando dijo que Kicki podría haberse graduado al año siguiente. Eira sacó los libros escolares de Matemáticas, Geografía e Historia. ¿Por qué guardaba su madre esas cosas? ¿De verdad creía que los volvería a leer?

Eira esperaba encontrar el anuario escolar del bachillerato, pero no estaba. Seguramente encontraría las listas de estudiantes guardadas en algún archivo estatal porque la burocracia sueca nunca descartaba nada, pero era viernes por la noche y aún faltaba una eternidad para que abrieran las instituciones públicas el lunes.

Kristina era el nombre de muchas reinas y princesas, muy común, al menos para aquella generación. Cuando buscó en el sitio web del directorio telefónico, encontró unas 709 Kristinas solo en el municipio de Kramfors.

Por eso, no quedaba otra cosa más que esperar. A Eira le pasaron por la cabeza todas las personas que conocía de la edad de su madre, los grupos de Flashback y lugares donde podía encontrarlas. Ella había sido invitada al grupo "Los que fuimos a la escuela de Ådalen entre 2003-2006".

Recordó los grupos del FNL: las protestas, las declaraciones contra el imperialismo estadounidense en los periódicos, los grafitis. Buscó las notas que había tomado en la biblioteca.

Encontró una serie de nombres masculinos y uno solo de mujer.

Kristina Norberg.

Tecleó el nombre en el buscador de Flashback y se quedó boquiabierta al ver los resultados. Reconoció un rostro en la fila de pequeñas fotografías, tal vez uno más de los conocidos del municipio de Kramfors: el de la exalcaldesa.

¿Era posible?

No daba la impresión de ser una persona engreída, como Unni la había descrito. La mujer era conocida como Kristina Frånlund, pero ese debía de ser el apellido de casada. En un par de lugares aparecía su apellido de soltera: Norberg.

Nacida en Nordingrå en 1949.

Hacía varios años que había renunciado como alcaldesa del municipio, pero aún vivía en Kramfors, en una casa de campo en Skarpåkern.

CAPÍTULO 27

Era un año maldito. El peor, teniendo en cuenta además todos los que Allan ya había vivido, ochenta y dos para ser exactos.

Sentía que todo se derrumbaba y se precipitaba sobre él. Cuando deambulaba por las noches, desvelado, pues dormía en forma intermitente, le parecía que la pérdida de la memoria que sufría su vecina Kerstin, esa niebla cuyas fauces devoraban la historia completa de esa persona y la transformaban en olvido, era una especie de misericordia.

Su problema era que él recordaba demasiado, en especial aquel verano de 1968.

El trabajo agotador en el puerto no había sido lo peor. Las heridas causadas por la madera y los bordes afilados del acero se curtían con el tiempo. Parecían de cuero, le había dicho ella. Las primeras veces que estuvieron juntos, él temía dañar su suavidad con su piel tan áspera, pero a Maarit no le importaba. "Es muy agradable que me toques con tanta delicadeza", le decía.

Ella lo decía con conocimiento de causa, porque sabía muy bien lo que era el maltrato. Alguien le había hecho mucho daño. No solo de la manera más habitual en que un hombre puede herir a una mujer, ignorándola o huyendo a los Estados Unidos sin decir una palabra, como había hecho el abuelo de Allan, sino físicamente. Le habían tirado del cabello y pegado, la habían violentado de tal manera que había tenido miedo durante muchos años de estar con un hombre. Él había sido afortunado de encontrarla en aquel entonces, sola, a pesar de que ambos tenían más de veinticinco años cuando se conocieron en la iglesia de Lunde.

Si Allan hubiera podido matar a aquel hombre con sus propios puños lo habría hecho, pero Maarit nunca le había dicho el nombre de aquel hijo de puta.

"Lo he olvidado. Olvida lo que te he dicho. Ahora somos tú y yo", decía ella, y él sabía que mentía.

Buscó las cartas que se habían escrito aquel invierno, después de que Maarit hubiera regresado a Luleå. El trabajo que tenía ella como auxiliar de cocina en

Kramfors era solo de temporada y había sido entonces cuando se habían enamorado. Allan no sabía dónde había guardado Maarit las cartas, si es que aún existían. "Iré contigo a Luleå", le había escrito él. "Quiero estar donde estés tú".

Buscaba demostrar valentía en su prosa y escribir frases que la hicieran sentirse segura. No creía en ningún dios, pero podía jurar sobre la tumba de Stalin que nunca le haría daño.

En la primavera, viajaría quinientos kilómetros en el tren nocturno a Luleå y buscaría empleo, si es que ella aún lo quería.

Norrbotten también tenía puerto, al fin y al cabo.

Las palabras de amor que ella le había escrito no estaban en ninguno de los armarios, ni tampoco en los cajones del escritorio.

La nostalgia que había sentido aquel invierno.

Allan nunca olvidaría el reencuentro en la estación de Luleå. El abrigo azul, el cabello más corto de lo que él recordaba. Aún hacía frío, aunque los hielos se estaban derritiendo y los muelles estaban repletos de personal.

Sintió una profunda timidez cuando ella lo llevó hasta su casa en el Volvo Amazon que había comprado de segunda mano. Un apartamento de dos habitaciones con cocina en Lövskatan, a la sombra de la enorme planta siderúrgica.

—Podemos vivir bien aquí al principio.

La cama era pequeña para los dos, pero Allan compraría otra en cuanto ganara el primer salario; pediría un crédito si era necesario.

Al día siguiente, se había levantado y había ido a la oficina de la compañía portuaria. Recordaba el ruido de la planta y cómo transportaban el material extraído, pero no le había quedado en la memoria la conversación que había tenido.

El oficial a cargo había mirado sus papeles. Allan nunca pudo saber qué había en ellos, pues no le dieron ninguna explicación.

¿Allan Westin? No, no tenían nada para él.

Había carraspeado para contarles su experiencia en las dársenas y en el astillero, y acerca de las buenas referencias que traía de Lunde, pero no.

Las respuestas habían sido las mismas en el puerto de carga y en la siderúrgica, a pesar de que el padre de Maarit le había dicho que allí buscaban personal. Incluso había anuncios en la oficina de empleo.

"No es exactamente la experiencia que necesitamos", le decían.

Una de esas noches en el bar con los hermanos de Maarit y otros amigos ya bastante ebrios, alguien le había preguntado si era comunista, lo que había dado paso a una intensa discusión. "Por supuesto que soy comunista", había respondido Allan. Nunca se le habría ocurrido fingir otra cosa.

Recordó a alguien que le había susurrado: "No eres el único que no consigue trabajo por esa razón".

Ese clima hostil se había instalado a partir de los años treinta y había afectado a varios de los padres de su generación, que habían sido conducidos como prisioneros en trenes hacia los campos del norte de Norrland, mientras la Segunda Guerra Mundial arrasaba Europa y Suecia les daba permiso para cruzar el país a los vagones de carga alemanes repletos de soldados.

Pero ¿en los años sesenta? ¿En la Suecia socialdemócrata? ¿No era este un país democrático, donde todos y cada uno tenían derecho a su propia opinión?

Allan no recordaba exactamente cómo había terminado aquella noche.

Se había emborrachado. Tal vez había acompañado a Maarit a casa.

Y después, la despedida en el andén, mientras todas sus promesas caían como piedras al suelo.

El viaje de vuelta a casa, la soledad.

Finalmente, encontró las cartas dentro de un arcón en el ático. Allí se guardaban las cosas que deseaban ocultar, como los abrigos de invierno que Maarit no había usado en años o un procesador de alimentos roto. Bajo el techo inclinado colgaba un nido de avispas seco y, en la ventana, una telaraña llena de insectos muertos iluminada por el sol de la mañana.

Se sentó en una silla pintada de azul que a los niños les gustaba porque tenía un compartimento secreto en el asiento. Se dispuso a hurgar en el pasado releyendo las cartas que Maarit le había mandado en el mes posterior a aquella visita.

Las grandes palabras que le escribió, las emociones que lo golpearon como un puñetazo en las tripas.

Y luego, la noticia de que estaba embarazada y todas las propuestas que Maarit había pensado para solucionarlo. Seguramente, habría otros trabajos que Allan podría encontrar; listas interminables de empleos a los que podía optar.

La negativa a quemarropa que él le había enviado. Nada de lo que ella había escrito podía hacerlo volver a tomar un tren hacia Luleå.

Lunde era el lugar donde él sabía quién era, el lugar al que pertenecía.

“Lo lograremos juntos”, había escrito ella.

Allan había pasado el verano emborrachándose y buscando peleas, atrapado en la soledad y su odio por el mundo.

¿Debía renunciar a sus principios? ¿A su convicción de que las personas debían rebelarse y tomar el poder por la fuerza, pues nunca se lo darían voluntariamente a los pobres y oprimidos? ¿Debía fingir que ya no creía más en eso?

¿Humillarse en la súplica?

Aquel verano, les había dicho a sus camaradas: “Que me lleve el diablo antes de hacer semejante cosa”.

Pero ¿y el bebé? ¿Y su mujer?

Para eso no tenía respuestas.

CAPÍTULO 28

La zona residencial de Skarpåkern se extendía sobre una colina en las afueras de Kramfors, sobre lo que antes habían sido tierras de cultivo.

Eira aparcó al borde de la carretera. No había llamado antes, porque no quería arriesgarse a que la exalcaldesa reclamara su derecho a tener un sábado en paz.

Kicki Frånlund estaba inclinada sobre un parterre cuando Eira se aproximó.

—Judías —dijo, y se incorporó—. Esto serán acelgas y espinacas. —Se secó el sudor de la frente con el antebrazo; tenía el cabello gris—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Quisiera hablar con usted sobre un homicidio —dijo Eira, y le mostró su placa policial.

—¿Cómo dice?

—Tengo motivos para creer que usted conocía a un hombre que encontramos muerto hace poco.

Pocas veces Eira usaba un lenguaje tan formal. A menudo le respondían mejor cuando hablaba como la gente común, pero por experiencia sabía que con quienes habían ocupado un puesto de poder debía ser diferente. Debía evitar que la ahuyentaran como a un insecto, o que exigieran la intercesión de un fiscal, que seguramente se trataría de un antiguo compañero de escuela.

—¿Quién? —dijo Kicki Frånlund con un tono de voz severo, casi como si estuviera dando una orden—. ¿Quién es la persona muerta?

—Tal vez sea mejor que nos sentemos.

La mujer le pidió a Eira que esperara en la galería de cristal del porche. Regresó diez minutos después, con las manos limpias y un termo con café. Ya había tazas y vasos sobre la mesa, como si recibiera visitas todo el tiempo.

—Ahora me puede contar de qué se trata —dijo.

Aunque ya habían pasado muchos años desde que Kicki Frånlund dejara el puesto de alcaldesa del municipio, aún tenía mucho poder. Su mirada era igual de intensa que durante su época de esplendor, cuando, entre otras cosas, se había ocupado de ampliar el ferrocarril y conectarlo con el acceso al

aeropuerto. Sus detractores decían que le interesaban más los negocios y el turismo que las personas que vivían allí.

—Su nombre apareció en la investigación de un homicidio que, según sospechamos, se cometió en 1968.

—Ah, sí, ¿hace tanto tiempo?

Kicki Frånlund pareció relajarse un poco.

—En aquel momento, usted pertenecía al grupo del FNL de Kramfors —continuó Eira.

—Sí, no es algo de lo que me avergüence; por el contrario, puede decirse que fue mi despertar político. Fue una guerra horrible, un ensañamiento contra una nación pequeña. Ojalá pudiéramos inspirar ahora el mismo compromiso por Ucrania, pero aquellos eran otros tiempos. Ahora la gente solo se dedica a publicar comentarios crueles en línea. No sé cuándo cambiaron las cosas de esa manera. ¿Por qué es tan difícil unirse para exigir un cambio?

La expolítica se comportaba como si estuviera en una entrevista televisiva, no en una conversación con la policía.

—Creemos que la víctima se movía en esos círculos —continuó Eira—. Era un desertor de la guerra, un estadounidense.

Kicki Frånlund suspiró, visiblemente afectada.

—No me lo puedo creer. ¿Se refiere a Terry Anderson? No he sabido de él en más de cincuenta años y no sé qué información podría añadir. ¿Lo mataron por motivos políticos? No me sorprendería que fuera así. Pero espere, ¿dijo usted que ese hombre murió en 1968? En tal caso, no es Terry.

—No era él a quien me refería —dijo Eira, y anotó el nombre de Anderson —. Creemos que se trata de alguien llamado John. ¿Recuerda algún apellido relacionado con ese nombre?

La mujer los recordó como si no hubiera pasado el tiempo, posiblemente por todas las veces que los había ayudado a escribir cartas a las autoridades suecas.

John Aiello.

Steve Carrano.

Finalmente, letras que formaron nombres en el cuaderno de Eira. Allí estaban.

Eira sintió de pronto una inmensa tranquilidad, un sentimiento de victoria. No muy embriagadora, sino suave y contundente. Se llevó una mano a la tripa para comunicárselo al bebé: “Lo hemos resuelto”.

—Parecen apellidos italianos —dijo.

—Sí, supongo que muchos estadounidenses descienden de inmigrantes. Acaban de decir que creen que es John. ¿Eso significa que pueden estar equivocados?

—Por eso estoy aquí —dijo Eira—. Para averiguarlo.

Kicki Frånlund guardó silencio, se dio la vuelta y se alejó.

CAPÍTULO 29

Había sido una época relevante de su vida. Kicki se había mudado a una habitación que había alquilado en casa de una anciana. Ya durante su primer semestre en Kramfors, Kicki había perdido la virginidad en esa habitación, lejos de sus padres y de Nordingrå.

Costa Alta era en aquel entonces una región rural, lo cual era difícil de comprender en el presente al ver las filas de turistas que se formaban alrededor de Skuleberget y Rotsidan, un fenómeno al que se sentía orgullosa de haber contribuido.

Kramfors, por otra parte, ya era casi una metrópoli en aquel momento. Una ciudad de treinta mil habitantes, casi el doble que ahora. Kicki recordaba la inmensa escuela donde casi nadie la conocía, los bailes en el parque, las fiestas. A veces se emborrachaba tanto que tenía que ir vomitar al baño de Babelsberg.

Una vez había encontrado un bolso olvidado allí y había robado todo su contenido. Durante aquella primavera se había convertido en una experta en hurtos en las tiendas. El truco era usar falda, para poder ocultar entre las piernas las prendas bien dobladas, pues a nadie se le ocurriría mirar allí. Así conseguía ropa que casi nadie más tenía.

Por supuesto, no le contó esos datos a la joven policía Eira Sjödin, allí en el porche de su casa. En cambio, dijo:

—Oh, esto me trae muchos recuerdos.

Había rincones de su alma en los que no dejaba entrar a nadie. Temas de los que nunca hablaba en las entrevistas que pretendían indagar sobre su infancia y otras cuestiones personales.

—Fue mi despertar político —dijo—. La época del bachillerato amplió mi visión del mundo.

—¿Tuvo una relación con Terry Anderson? —preguntó Eira Sjödin de pronto. Había puesto el móvil en la mesa para grabar la conversación—. ¿Lo conocía bien?

Kicki sonrió y buscó las palabras adecuadas; tampoco había hablado nunca de eso, tal vez por miedo a que alguien descubriera quién era él. Había

ocurrido hacía mucho tiempo, en un pasado hermoso, sin redes sociales, en el que no quedaba registrado nada que pudiera rastrearse en los archivos.

Una época de dormir sobre colchones en el suelo.

—No fue un gran romance —dijo ella—. Pero fue emocionante para una chica campesina como yo, ya sabe a qué me refiero. Un chico de Estados Unidos, aquí, en la pequeña Kramfors, y además fue halagador que me eligiera. Tal vez haya tenido algo que ver mi necesidad de cuidar de alguien; creo que él también despertaba esos sentimientos en mí.

¿La había elegido? ¿O había sido ella la que se había sentado en sus rodillas, una de aquellas noches llenas de humo, mientras sonaba el soul en inglés dentro de aquel antro mugroso cerca del centro, uno de los viejos edificios de madera, ya demolidos hace mucho tiempo?

En aquella primavera, Kicki había robado en la tienda prendas muy diferentes de las que había usado hasta entonces; se había acercado a una de esas chicas de la escuela y le había dicho que ella también quería hacer algo por Vietnam. Todas se veían muy seguras de sí mismas, como si no necesitaran hacer concesiones a nadie.

—¿Y a John Aiello? ¿Lo conoció?

—No en profundidad. Pero él estaba siempre con ellos; al principio estaban todo el tiempo los tres juntos.

John, con su cabello oscuro y esos ojos que casi no se atrevía a mirar. Kicki aún recordaba su presencia en la cocina de aquel local del centro de la ciudad, con tazas y botellas amontonadas por todas partes. Recordaba el hedor a moho, o tal vez a comida rancia. John había sido el primero en el que ella se había interesado, pero él la había rechazado allí mismo, en aquella pequeña cocina. Recordaba sus manos, los pocos segundos que las había acariciado; eran más suaves que las de nadie que hubiera tocado antes.

—John solía enfadarse —continuó—. A veces estallaba de furia. Una vez, arrojó una copa y la hizo trizas contra la pared. Steve Carrano también era así. En aquel momento no sabía nada de psicología, pero ahora puedo comprenderlo mejor. Eran chicos de clase trabajadora que habían terminado en el ejército. Steve incluso se había reclutado como voluntario y se sentía culpable por ello. No comprendían qué relación tenían con aquel lugar apartado; Vietnam nunca había amenazado a los Estados Unidos y los vietnamitas no los consideraban sus libertadores. En aquel tiempo no se tuvo en cuenta lo jóvenes que eran. Yo era aún más joven y los veía como a adultos,

¿comprende? John había cumplido veinte años y Steve aún tenía diecinueve; no era de extrañar que estuvieran tan perturbados. Con Terry era diferente: era un alma libre, antes ya había participado de protestas en su país y se había peleado con su padre, un veterano de la Segunda Guerra Mundial que había participado en el desembarco de Normandía.

—¿Puede contarme algo más sobre John?

Más de cincuenta años después, aún seguía oyendo aquellas voces. El sueco con acento inglés de John Aiello cuando no encontraba las palabras correctas. Le parecía un poeta y, aunque estaba en brazos de Terry, era la voz de John la que Kicki quería escuchar.

—La libertad es solo un sueño, un suspiro en el viento.

A plena luz del día, el sol brillaba fuerte junto al embarcadero de Öd.

—¿Cómo pudiste escapar? —le había preguntado Kicki.

—Fue fácil, fue lo más fácil de todo.

John Aiello había servido como enfermero en el campamento militar de Kaiserslautern, junto a la base aérea de Ramstein. No estaba tan mal, quedaba lejos del centro de los acontecimientos, pero tenía que recibir a los heridos que regresaban de Vietnam. Ninguno de ellos comprendía por qué habían ido hasta allí, porque hasta los médicos de la base estaban en contra de la guerra. Los únicos que aún la apoyaban eran los suboficiales, quienes estaban convencidos de que todo lo que hacía su país estaba bien.

John estudiaba Historia del Arte y Literatura dos noches a la semana en cursos que organizaba una universidad estadounidense. Pasaba tiempo en la biblioteca, donde conocía a los alemanes que vivían en esa ciudad, y entró en contacto con los movimientos antibélicos. Una vez, incluso, marchó alrededor de la base militar con una pancarta que decía: "BASTA DE GUERRA". Por supuesto que fue detenido, pero no tomaron ninguna medida disciplinaria contra él. No de inmediato, al menos. Lo trasladaron a un hospital más pequeño, pero no le fue nada mal allí. Luego, se enteró de lo que les había ocurrido a otros de los que habían participado en las manifestaciones. A uno de sus amigos lo habían secuestrado en la mitad de la noche y lo habían enviado a Vietnam.

Comenzaron las pesadillas y el insomnio. Lo único que oía dentro de su cabeza en las noches era el estruendo de los aviones que despegaban.

"También me ocurrirá a mí, ¿será mañana?, ¿pasado mañana? ¿Vendrán ya

esta noche?", se preguntaba.

Un día, su amigo Ray, que también había estado en las protestas, le propuso huir. Hacía trabajo de oficina y podía falsificar un par de permisos. Conseguiría papeles válidos por dos semanas, que les permitirían viajar adonde quisieran dentro de Europa. Robaron dos cajas de raciones del depósito: latas de conservas y comida de campaña, además de una tienda de campaña. Ray incluso consiguió un coche; supuestamente se lo había prestado un amigo de los movimientos pacifistas, o tal vez lo había robado. John no quiso preguntar.

Aquella noche hubo rayos y una fuerte tormenta. En un momento, se detuvieron a orinar y John gritó fuerte hacia los truenos, un aullido de victoria. Los fuegos artificiales del cielo celebraban con él su libertad. Después de aquella noche, siempre sentía entusiasmo cada vez que el cielo se llenaba de nubes.

Habían acampado junto a un hormiguero, no lo vieron hasta la mañana. Ray dio un salto y se sacudió las hormigas gritando, pero John contempló cómo marchaban en fila cumpliendo su labor. Apartó una y vio cómo regresaba rápidamente a la fila. ¿Creía esa hormiga que de algún modo era libre?

A orillas de un lago, durante su travesía hacia el norte, quemó todo lo que tenía que ver con su casa: la foto de sus padres y la de la chica que había prometido esperarlo.

Dentro de la base circulaba información clandestina a través del periódico *Second Front Review*, publicado por desertores, sobre cómo podían encontrar protección. En cuanto levantaron su campamento junto al lago, pensaron a qué otro lugar irían. En Francia solo tenían permiso para residir un mes, pero podían quedarse en Suecia: allí no había barrios marginales ni hambrunas y las chicas eran hermosas.

El coche se les rompió en Dinamarca, que era un país de la OTAN, así que lo abandonaron allí y cruzaron en ferry hasta Malmö. Tenían un número de teléfono anotado en una caja de cerillas. Pidieron una moneda de diez centavos y llamaron desde una cabina telefónica.

Una hora después, fueron recogidos por los miembros de un comité sueco que apoyaba la resistencia armada en Vietnam. En Malmö había más desertores, pero después de un mes John se cansó, porque a la mayoría solo les interesaban la marihuana y las anfetaminas. Así que siguió camino hacia Estocolmo. Vivió aquí y allá, en el sofá de la casa de alguna anciana, en un

local del FNL, en un barracón de Tantolunden. El campo surgió como una alternativa interesante. El aire puro, la libertad.

CAPÍTULO 30

—¿Pudo haber alguien que quisiera hacerle daño? —preguntó Eira.

El sol daba sobre el techo de la casa, ya no iluminaba directamente el interior.

—Todos —dijo Kicki Frånlund—, al menos de acuerdo con Terry o Steve. Había gente que quería instalarles ideas en el cerebro, coches oscuros que se detenían en las calles durante la noche, ruidos en la línea cuando hablaban por teléfono. Estaban convencidos de que la CIA los estaba vigilando. En Estocolmo, ese chico con el que John había viajado desapareció después de haber ido a llamar a su madre.

—¿El que se llamaba Ray?

Tal vez fuese algo para investigar, pensó Eira, ¿o no? Le resultaba difícil determinar lo que era importante; la confundía sentir la presencia de su madre en todo.

—¿Sabe lo que ocurrió con los demás, Steve Carrano y Terry Anderson?

—No sé nada de Steve.

—Oí que aquel otoño se fue de Kramfors. ¿Se encontró usted con él? ¿Sabe por qué se fue?

—Yo no estaba aquí en aquel momento —dijo Kicki—. Al final del verano tuve que regresar a mi casa de Nordingrå, porque mi madre estaba enferma y necesitaban ayuda en la granja.

—¿Y Terry?

—Viajó al sur mucho antes, echaba de menos la vida de la ciudad.

—Entonces, ¿la relación terminó?

—Nunca fue nada serio.

La mujer se levantó. Inclinó el termo, pero no salió más café. Eira esperó. Las ventanas de cristal del porche parecían sopladas a mano, irregulares; una mariposa golpeaba contra uno de los paneles. Eira tenía la sensación de que todo lo que estaba diciendo Kicki era superficial, como si otra persona le hubiera escrito un guion.

—¿Ha tenido algún contacto con él después?

—No. Y si me disculpa, no comprendo qué importancia tiene esto. Creo que

debería apagar eso. —Miró el móvil como si fuera un insecto que caminaba sobre el elegante mantel de la mesa.

Eira apagó la grabación y vio que tenía cinco mensajes sin leer. Le dio las gracias apresuradamente y corrió hacia el coche. Había visto que el móvil parpadeaba, pero prefirió no interrumpir la conversación.

¿Dónde estás?

Joder.

A ese breve mensaje de August le seguía otro.

Hace quince minutos que te esperamos.

Eira aceleró. Había olvidado completamente la cita. O tal vez la había reprimido su inconsciente.

CAPÍTULO 31

Sentía la tripa inmensa cuando entró en el café NC y la hermosa y delgada Johanna se acercó a abrazarla.

—Oh, ¡qué guapa estás! ¿Hay algo más hermoso que una mujer embarazada? Qué fantástico es que vayas a ser madre.

August le aproximó la silla, algo que nunca había hecho antes. Ese pequeño detalle duró un momento mientras su novia comentaba con voz cantarina lo que Eira debería comer para obtener hierro y proteínas sin atentar contra el medioambiente.

¿Un hombre que esperaba un hijo se transformaba automáticamente en protector? ¿O era la exhibición de un rol que intentaba atribuirse?

"Miradme, qué responsable soy".

Era agradable que quisiera serlo.

August también fue a buscar un vaso de agua y le preguntó qué quería tomar. Se paseaba orgulloso como una gaviota que cuidaba a sus crías.

—Creo que es importante que vosotras dos también tengáis una relación —dijo cuando finalmente se sentó.

—¿Puedo tocarte la tripa? —dijo también Johanna—. ¿Te parece bien?

Eira no encontró ningún motivo para decirle que no. En cierta forma, tendrían a ese niño juntos, por así decirlo. Solo había visto a la novia de August una vez, pero había sido en su función de policía, cuando Johanna había escrito comentarios inapropiados en Facebook durante una investigación en curso. Inesperadamente, Eira se había sorprendido de que le hubiese caído bien. Su alegría e inocencia, las ganas de vivir que parecían tan fuertes.

Johanna dejó escapar un pequeño grito cuando sintió una patada. Se volvió hacia el hombro de August y lo besó en el cuello.

—Piensa qué maravilloso padre serás.

—Yo creo que sí —dijo Eira, y sonrió—, siempre y cuando sea de él.

—Quiero que sepas que eso no es un problema para mí —dijo Johanna—. No te juzgo.

—¿Y por qué debería creer que lo harías?

—Quizás tú no lo pienses. —Johanna retorció el cuerpo, como si quisiera defenderse, y señaló con el brazo hacia la calle—. Pero así es en el campo, estamos en Norrland. Quiero decir, que debes de estar acostumbrada a que otros te juzguen.

—No, la verdad es que no.

Eira podría haberle contado sobre todos los hijos naturales de su propia familia y las de los demás, sobre los marineros que pasaban por Lunde, las madres solteras que se habían unido para crear un negocio de mercería y enseñarles a sus hijas a arreglárselas solas como ellas mismas lo habían hecho. Rara vez había escuchado que alguien las juzgara. La vida era así, las personas se relacionaban y ocurría lo que tenía que ocurrir. Sí, eso era Norrland, una comunidad tan religiosa como rebelde y blasfema, pero sobre todo una tierra donde muy pocos tenían propiedades que dejar en herencia. Tener hijos fuera del matrimonio no representaba la misma amenaza que en los pueblos de gente rica.

August le acarició el brazo.

—Debemos hablar sobre cuestiones prácticas —dijo—. No he tenido tiempo de contarte que me llamaron para una entrevista para un puesto en Estocolmo.

—Qué bien, enhorabuena.

—Aún no me lo han dado.

—Y tenemos la posibilidad de mudarnos a un apartamento más grande. —dijo Johanna—. Sería genial, teniendo en cuenta que vamos a ocuparnos del bebé la mitad del tiempo.

Guardó silencio y se dio cuenta de lo que acababa de decir.

—Quiero decir, claro que tú serás el padre todo el tiempo, amor —se corrigió, dirigiéndose a August, y luego miró a Eira otra vez—. ¿O cómo pensáis organizaros?

—¿Con qué? —repreguntó Eira, que no estaba segura de si estaba hablando sobre el lugar donde vivirían o el futuro de su relación.

—No hemos hablado aún de eso —dijo August.

—No, claro, perdón… Es porque soy de Estocolmo, Dios mío, me cansa tanto a veces… Es como si siempre debieras ir tres pasos por delante en todo.

A Eira le habían servido su ensalada; le había parecido lo más fácil de pedir, algo con lo que todos estuvieran de acuerdo, que fuera saludable tanto para el bebé como para el planeta. Además, implicaba masticar mucho, lo cual le impedía emitir su opinión.

August y Johanna hablaron sobre diferentes áreas de Hägersten y los alrededores del parque Svandamm, los distintos parques y guarderías, y el tiempo de viaje en metro hasta el centro; era importante y hasta decisivo que fuese entre doce y diecisiete minutos.

Eira conocía los lugares de los que hablaban de los años en los que había alquilado un apartamento en Västertorp. Hermoso vecindario. Había esculturas entre los edificios; pertenecían a una época en la que los planificadores urbanos tenían en cuenta esas cosas: madera, césped y piscinas públicas.

—No sé si os he contado que mis padres se divorciaron cuando yo tenía doce años —dijo August—. Mi padre se mudó a Dinamarca y nosotros teníamos que volar a Copenhague un fin de semana al mes; no fue precisamente un sueño.

—No tienes por qué preocuparte, cariño —dijo Johanna y le acarició el brazo—, nunca serás ese tipo de padre.

—Perdón, pero esta última época ha sido un poco intensa —dijo Eira—; no puedo pensar a tan largo plazo.

De hecho, se dio cuenta de que no había pensado para nada en el futuro, ni siquiera en el presente. En el camino hasta allí había creído ver por un instante la bandera del FNL que ondeaba en una reunión de la plaza, y se había preguntado cuál de todos esos edificios modernos se había construido en el lugar del antro donde Unni había coqueteado con Terry Anderson. Era extraño, la pequeña vida que se retorcía dentro de su cuerpo le parecía menos real que todo eso.

—Es bueno tener una estrategia —dijo August—. Si finalmente nos decidimos por Estocolmo, entonces ya tenemos una idea de cómo sería: viviríamos en el apartamento de Johanna, así que yo podría aprovechar mi prioridad en la lista de espera de vivienda. Ya he acumulado muchos años, y si de verdad el bebé es mi hijo, podría hacer un trato…

Vivir en Estocolmo, pensó Eira, después de que se despidieron como los mejores amigos y se viera obligada a prometerle a Johanna que la llamaría si ocurría algo y decirle que había sido muy bonito encontrarse y hablar.

¿Sería una mala idea?

No necesitaba para nada la prioridad de August. Como muchos otros ciudadanos suecos, Eira se había inscrito en la eterna lista de espera por un apartamento en Estocolmo cuando comenzó a pensar en lo que haría de su

vida al terminar el bachillerato. No había entrado al sitio en mucho tiempo, pero en cuanto se sentó en el coche, lo hizo.

Catorce años de espera podían ser suficientes para un apartamento de dos habitaciones en un barrio digno, tal vez incluso en Västertorp.

Un lugar sin recuerdos, donde nadie supiera quién era, para dejar atrás esos lazos confusos con sus raíces que se atascaban en todo lo que hacía. Tuvo una sensación de que la libertad era la ausencia de todo eso. Paredes limpias donde nunca se hubiera colgado nada, habitaciones que no hubieran sido utilizadas por nadie.

… un sueño, un suspiro en el viento.

CAPÍTULO 32

Eran muchas las cosas donde quedaban impresas las huellas y los fragmentos de una persona. Un anuncio de viajes culturales a Vietnam, el aroma de un tabaco especial para pipa. Un mensaje privado del comité de urbanización sobre la explotación del embarcadero de Öd.

¿Cuál de todas esas cosas le había hecho pensar en Terry el invierno anterior, después de todos esos años?

Kicki Frånlund se sentó en el sillón de lectura y se sirvió un whisky añejado en roble sueco, de un barril propio de la destilería que estaba junto al río. Saboreó cada trago, no solo por el sabor al alcohol sino por el orgullo de tener su propia marca, pues su comuna también era capaz de producirlo.

Haberse jubilado no implicaba que hubiese abandonado el partido; el compromiso aún era parte de todo lo que hacía. Ella no era del tipo de mujeres que se sentaban en la soledad de la sala a buscar a antiguos amantes en Facebook.

Kicki estaba casada en segundas nupcias desde hacía mucho tiempo, gracias a Dios; por eso, esto no se trataba más que de una añoranza por la vida alocada de la juventud y por una época mucho más grande que su propia historia, que aun así se entretejía. Tal vez fuera la semilla de un libro, si es que alguna vez se atrevía a escribirlo todo. "Una chica campesina sube al trono. Los recuerdos de mi vida política".

Por supuesto que no lo contaría "todo", mucho menos la historia de Terry. Se dio cuenta de eso cuando en el invierno anterior se le ocurrió pensar en él. Lo buscó en Facebook, donde había muchos Terry Anderson, pero se dio cuenta de quién era exactamente por la edad y el lugar de nacimiento. Vivía en Saint Petersburg, Florida, pero la mayor parte de la información estaba oculta. Kicki también había bebido whisky esa noche, tal vez dos copas, antes de enviarle una solicitud de amistad. Escribió un mensaje para explicarle quién era; su apellido era diferente ahora, así como su apariencia.

"No sé si me recuerdas", le escribió, y adjuntó una foto de cuando era joven. Luego, sintió un cosquilleo y un ardor. Por un segundo tuvo el recuerdo y la

sensación en el cuerpo de volver a ser aquella jovencita. En aquel entonces no tenía experiencia sexual, pero se había dado cuenta de que a Terry eso le resultaba aún más atractivo. Él creía que la vida era un juego que no implicaba serias declaraciones de amor y, por algún motivo, a ella le había parecido liberador.

Terry aceptó su solicitud de amistad y ella sintió que se había abierto un portal desde el pasado hasta el mundo del presente. Resultó ser una pesadilla de Mordor, como diría su hijo. Le dio asco al recordar las manos de Terry sobre su cuerpo.

De todas maneras, Kicki siguió leyendo sus publicaciones.

En su perfil, Terry había escrito que la CIA había instalado una base en la Luna. También que las vacunas eran más mortales que los virus y que una red internacional se ocupaba de lavarle el cerebro a la gente para formar ejércitos de zombis o bien volverla adicta a las drogas. Luego, que la reina Isabel de Inglaterra era una de las líderes de esa conspiración mundial y que controlaba el tráfico de drogas en el mundo.

El impulso de Kicki fue eliminar a Terry de sus amigos lo más rápido posible, antes de que alguien descubriera que se conocían. Pero no lo hizo. No importaba lo que hubiera ocurrido hacía cincuenta años, ni que ella hubiera sido diferente. Cada persona estaba eternamente atada a su pasado, era un vínculo indisoluble. Lo que alguien había sido en su juventud permanecía dentro de su alma.

De esa manera, se internó en el mundo oscuro de ese hombre. Siguió buscando en Google las cosas sobre las que él escribía para intentar comprenderlo. Buscó palabras como Terry+Anderson+Florida citando algunas de sus frases y tuvo cientos de resultados. Lo único que pudo hacer después fue servirse más whisky, esta vez sin agua.

Las teorías conspirativas que compartía Terry provenían de Lyndon LaRouche, un político tonto que había fundado un movimiento a finales de los sesenta. La falange sueca tenía el nombre de PET: Partido Europeo de los Trabajadores.

Los recordaba muy bien. Una combinación de lucha de clases inversa y extremismo de derecha que se había hecho famoso por las terribles caricaturas que difundía de Olof Palme. Habían conseguido solo un puñado de votos en las elecciones parlamentarias, pero también habían aparecido en la investigación de la muerte del primer ministro. Se creía que uno de los

principales sospechosos del asesinato, a quien se conocía como "el hombre de 33 años", tenía material del partido en su casa, y a pesar de que había sido liberado bastante pronto, nadie dudaba de que el odio irracional que sentía por Palme había tenido algo que ver en el magnicidio.

A Kicki le daba vueltas en la cabeza una idea: ¿cómo se relacionaba eso con el movimiento de izquierda de los años sesenta al que pertenecía el chico de veinte años que ella creía haber conocido?

Esa noche, Kicki se quedó enganchada con las entrevistas en YouTube de Lyndon LaRouche, que en cierta forma le recordaban las películas de terror: decía que todos habían sido torturados por sus madres, que sus seguidores recibían entrenamiento en artes marciales y estaban destinados a formar parte de una nueva humanidad. Kicki había encontrado también artículos sobre la fundación del PET de Suecia. Allí aparecía el nombre de Terry Anderson, junto con los de un par de desertores más. Al parecer, Terry había regresado a Estocolmo después de haber estado en Kramfors y se había unido al Comité de Desertores Estadounidenses, que luego se disolvió. Para ese entonces, la reputación de los desertores se había deteriorado. Algunos habían sido encarcelados por cargos relacionados con el narcotráfico, mientras que otros, como Terry, seguían involucrados en la política y habían viajado a Alemania para infiltrarse en las bases militares estadounidenses. Habían conocido a LaRouche en un mitin en Frankfurt y lo habían convertido en su líder.

¿Cómo era posible? Kicki se quedó sentada con los ojos cerrados un largo rato esa noche. Incluso puso música de aquella época, para poder visualizarlo. ¿Estaba Terry tan perdido como para terminar siguiendo a un agitador como LaRouche y creer en él solo para creer en algo?

¿Ya era así su personalidad en aquel entonces, y ella no lo había notado o comprendido?

Dos personas se habían conocido aquel verano. Una había terminado como Terry y la otra había sido una política del municipio de Kramfors. La propia Kicki no había mantenido durante mucho tiempo sus ideas de extrema izquierda; había muchas tendencias complicadas y cartas de los líderes de Estocolmo: "No seáis perezosos. Reuniros y resolved vuestras diferencias". Además, en la era moderna, los socialdemócratas eran los únicos que tenían poder en Kramfors y ella ya no quería perder el tiempo.

Habían pasado muchos años de su época de actividad política. Ahora deseaba pasar tiempo entre sus plantas, con el aroma de la tierra, que le traía recuerdos

de la infancia. Su jardín iba en camino a ser el más bello del vecindario, decorado con piedras y con rosas inglesas, que no eran las más fáciles de cultivar en tierras nórdicas.

Solo envió una respuesta breve al mensaje de Terry cuando le escribió: "Qué alegría saber de ti. Por supuesto que te recuerdo".

Desde entonces, no se habían vuelto a comunicar. Kicki lo bloqueó y logró olvidarse de todo el asunto, hasta que llegó esa mujer policía.

Cerró los ojos y sintió que todo le daba vueltas; no sabía si era el whisky o el mundo y el tiempo que lo ponía todo patas arriba.

CAPÍTULO 33

Se oía un martilleo frenético en algún lugar del techo. Posiblemente, un pájaro que picoteaba en algún lugar del porche. Eira no podía dormir. Se estiró para tomar el móvil y buscar consejos sobre cómo deshacerse de los pájaros carpinteros antes de que hicieran un agujero en la casa y la dominó un tremendo cansancio.

Cuidar de una casa. Había tantas cosas que se podían romper. Debía pintar la fachada a más tardar el año próximo; también algunas ventanas, al menos de la parte sur, donde daba el sol. Un tablón del porche se había puesto gris. Se preguntó cuándo había ido por última vez el deshollinador para limpiar la chimenea.

Todas esas cosas se le vinieron a la mente mientras cogía el móvil. Después, vio que habían llegado dos mensajes y se olvidó de todo.

Había otras personas que tampoco estaban durmiendo: Kicki Frånlund y Silje Andersson.

Abrió primero el mensaje de Silje: "Lo han encontrado".

El bebé se movió y se asomó un puño, o tal vez un talón, formando un bulto que le estiró la piel del abdomen. Eira lo tocó suavemente mientras leía.

La policía estadounidense había actuado con rapidez cuando recibió el nombre del fallecido. Evidentemente, Silje no se desconectaba una vez que dejaba la comisaría de policía; la respuesta había llegado justo antes de la medianoche.

John Lorenzo Aiello, nacido en 1948 en Long Beach, California.

Había una foto suya de sus días en el ejército. John tenía el pelo corto cuando lo habían reclutado, en mayo de 1966, y lo asombroso era que se parecía más a la imagen digital que a la foto, más natural, del álbum de Kerstin.

Esa mirada perdida.

Al año siguiente, en septiembre de 1967, se había denunciado su desaparición de la base militar estadounidense en Kaiserslauten, en Alemania Federal.

Sus padres habían muerto, pero tenía tres hermanos y dos hermanas. Cuando se hizo de día en California, un par de policías regionales fueron a darles la noticia de su muerte.

Eira abrió el segundo mensaje.

"Hay algo más que ayer no mencioné", había escrito Kicki Frånlund. "Terry Anderson vive en Florida. No quiero tener nada que ver con él, creo que usted comprenderá por qué. Preferiría que no comente con nadie esta información".

Había adjuntado capturas de pantalla del sitio de Facebook del hombre. No era raro que la exalcaldesa quisiera distanciarse de él. Cuando leyó sus publicaciones, Eira entendió que Terry Anderson bien podía haber formado parte de las hordas que habían irrumpido en el Capitolio de Washington después de que Trump perdiera las elecciones.

Eira se detuvo en la última captura: un hilo de mensajes.

Kicki le había escrito a su antiguo novio muy tarde la noche anterior. No le había dicho que la policía sueca la había interrogado acerca de él, lo cual seguramente había sido una medida prudente. Considerando en qué círculos parecía moverse Terry Anderson, posiblemente no le habría respondido.

"¿Sabes qué fue de Steve Carrano?", le había preguntado después de algunos intercambios para saber cómo estaba.

"No, lo siento, no he estado en contacto con él desde principios de los setenta".

Eira leyó otra vez. Así que Steve aún estaba vivo en 1968.

"Y el otro chico, ¿el que se llamaba John?".

"Lo siento, no tengo idea".

Hubo una pausa. Eira pudo leer, por la hora en que se había enviado cada mensaje, que el siguiente tardó poco más de un minuto.

"Creí que aún estaba viviendo allí, en el norte", había escrito el estadounidense después. "O tal vez fue engañado por la CIA para regresar. Les ocurrió a varios de los nuestros. Según lo que oí, terminaron en prisión en Marruecos o arrestados en su antigua base del ejército, los idiotas que no comprendieron que se trataba de una trampa".

Los mensajes se habían vuelto más largos e incoherentes. Los tres no tenían verdaderamente nada en común, aparte de estar en contra de la guerra, "John era un ermitaño, Steve tenía un problema psiquiátrico y había muchas drogas, además de sexo y toda esa mierda de propaganda de izquierda, ¿recuerdas?".

Kicki Frånlund le había escrito que lo recordaba y había agregado algunos

emoticonos sonrientes; no era tonta, sabía lo que hacía: “Entonces, ¿no sabes si Steve fue uno de los que regresaron a los Estados Unidos?”.

“Como te dije, no he sabido de él desde los setenta, pero imagino que volvió a Norrland, a alguna comunidad de esas que eran populares en esos días. ¿Cómo se llamaba…? Skog-no-sé-qué. Vaya, qué grandes eran esos bosques…”.

“¿Pudo haber sido Skogsnäs?”, había escrito Kicki Frånlund.

“Sí, eso creo”.

Y allí terminaba la conversación o, al menos, los fragmentos que Eira había recibido.

CAPÍTULO 34

El aire de Norrland. Frío y atiborrado de oxígeno, con aroma a pinocha y tierra mojada sobre el lago rancio donde las algas forman un fango verde.

Lina se mojó el rostro, las axilas, entre las piernas. El agua estaba helada, por supuesto, y se le pusieron blancas las puntas de los dedos. "Nací congelada", le había dicho una vez a un hombre que quiso abrigarla.

Se puso en cuclillas y orinó. No corría mucho riesgo de que la vieran; la proporción de personas en relación con la cantidad de árboles en Norrland era más o menos de una a cien mil. Con el pie, excavó un hoyo para ocultar el tampón, el papel higiénico y la braga sucia, y cubrió todo con maleza.

Las bragas nuevas eran negras con encaje en el trasero; las había robado cuando la vendedora fue a buscar otra talla. El suéter olía a sudor cuando se lo volvió a poner. Necesitaba un lugar donde poder quedarse un tiempo, con agua caliente, un sitio donde poner a secar la ropa. Dinero en efectivo.

No tuvo problemas mientras vivió con un hombre con tarjetas de crédito, pero después de lo ocurrido en Täby, había dado vueltas a la deriva sin plan alguno. Ahora se dirigía hacia el norte a través de los bosques. Pasaba las noches con individuos desahuciados que vivían a la intemperie, en tiendas de campaña y caravanas con ruedas rotas, pequeñas cabañas y botes medio hundidos que se congelaban junto al hielo. Pero todo terminaba cuando algún corredor o alguien que paseaba a su perro los denunciaba a la policía, pues querían dejar de cruzarse con la miseria.

Había conseguido huir justo a tiempo del último campamento. Vio a la patrulla de policía entre los árboles. Perseguían a la gente para desalojarla, detenerla o controlar sus documentos de identidad. Lina Stavred no tenía el suyo porque lo había quemado en un área de descanso hacía veinticinco años.

Evitaba la gente tanto como podía. Cuando necesitaba robar comida y tampones, elegía las ciudades medianas, donde el riesgo era mínimo; allí la gente no se preocupaba tanto, ya que nadie conocía a nadie.

Y había bibliotecas en todas partes para usar ordenadores. Ofrecían baños gratis y acceso a internet.

En el último lugar se había quedado dos horas, lo máximo que estipulaba su propia regla de no permanecer más tiempo. Las ancianas podían sentirse curiosas, hacer preguntas, recordar su foto. Lina reconocía ese estilo de personas por su infancia en la biblioteca de Kramfors. Joder, y la madre de Magnus, que trabajaba allí, ¿cómo se llamaba esa señora? La que le prestaba libros entre sonrisas y susurros, como si ella representara la esperanza para la especie humana que solo una bibliotecaria podía valorar. Virginia Woolf, Cora Sandel y Simone de Beauvoir. Todas ellas habían escrito sobre mujeres que querían liberarse, pues estaban destinadas a algo más grande. Durante el primer año de bachillerato, Lina había comenzado a percibir el patrón de conducta. La bibliotecaria quería recrear en ella a la persona que hubiera querido ser de joven.

Se llamaba Kerstin.

El lugar olía a papel viejo y a aburrimiento, como todas las bibliotecas. Las letras del cartel bien podían haber sido talladas sobre tablas de piedra de Mesopotamia. Igual de estables e inmutables que el propio Kramfors, sin olvidar la aldea donde la habían obligado a vivir, incluso cuando había comenzado el bachillerato en la ciudad. Todo porque los Stavred querían mantener vigilada a su hija, lejos del alcohol, los chicos y el sexo. La boca estaba para guardar silencio, y no para hacer ninguna de las demás cosas para las que estaba hecha. Dios no lo permitiera.

Nadie era mejor que Lina para saltar por las ventanas de manera tan silenciosa y huir hacia la carretera, donde la esperaban los chicos con sus ciclomotores, y más tarde motos, con quienes hacía todo aquello de lo que sus padres querían alejarla.

“Estoy un poco cansada hoy, creo que me duele la cabeza”, solía decirle a su madre cuando la despertaba por la mañana y ella acababa de escalar la pared para entrar.

Escribió su propio nombre en la barra de búsqueda.

Habían pasado algunas semanas, tal vez un mes, desde que había pedido un ordenador por última vez. Solo a una idiota se le ocurriría tener un móvil sabiendo que estaba siendo investigada.

Los artículos se sucedían, los titulares gritaban su nombre. La imagen escolar de la adolescente de hacía tanto tiempo sonreía de nuevo frente a ella.

Lina retrocedió con la silla, miró a su alrededor: nadie la observaba.

Minimizó la pantalla y se aproximó más al monitor para cubrir lo que hacía, en caso de que alguien se detuviera de pronto detrás de ella.

HALLAZGO DE UN CADÁVER EN LUNDE: ¿ES EL DE LINA, LA CHICA DESAPARECIDA?

Nunca se cansaban.

Habían encontrado a un pobre diablo en el fondo del río e inmediatamente creyeron que era ella. Se volvía a repetir la vieja historia sobre Lina Stavred, la jovencita desaparecida una noche de julio de 1996, presuntamente asesinada. Un chico fue hallado culpable, el cuerpo de la chica nunca se había encontrado. Una herida que no podía sanar, una oscuridad que aún lo ensombrecía todo. Leyó el testimonio de muchas personas que no reconocía sobre cuánto la echarían de menos; sin embargo, no encontró nada sobre lo que había ocurrido en Täby, nada acerca de que Lina Stavred en realidad estaba viva.

Su cerebro iba a toda velocidad. No podía bajar la guardia. Ciertamente había cometido errores en Täby, había dejado huellas. Los vecinos la habían visto, la habían saludado a pesar de que rara vez les respondía. Lina había vivido con ese maldito durante casi tres meses; entonces se hacía llamar Alberte, hasta que un día él se extralimitó. Imaginó que podía controlar cada uno de sus movimientos y las cosas que hacía solo porque le daba dinero. Creyó que ella lo toleraría. Naturalmente, la policía tenía sus huellas dactilares y su ADN. Tal vez incluso habían podido determinar que ella había sostenido el cuchillo, aunque lo arrojó lo más rápido que pudo en el lago de Vallentuna. En el peor de los casos, tal vez hubieran hallado una coincidencia con sus huellas de cuando tenía dieciséis años.

Tal vez habían publicado la historia para engañarla, para hacerle creer que estaba a salvo, con la intención de atraparla en el primer control de carreteras. Su mirada se fijó en un nombre del epígrafe. Eira Sjödin, de la unidad policial de Delitos Violentos.

Le sonaba familiar. Eira Sjödin, joder, ¿no era la hermana menor de Magnus? La pequeña mocosa se había hecho policía. Lina se echó a reír cuando pensó que se había acostado con el hermano de una detective. Luego, recordó que una mujer con el apellido Sjödin había estado curioseando en Estocolmo hacía algunos años. Le había dejado su número de teléfono, pero Lina pensó que su

nombre era Eva y arrugó la nota, que luego tiró a una papelera. Había millones de personas con el apellido Sjödin, o tal vez solo miles, pero cuando reconoció la foto de Eira adulta dejó de reír. ¿Qué sabía ella? ¿Qué estaba buscando?

Eliminó el historial de búsqueda y fue al baño.

No veía muy a menudo su rostro en el espejo. Le había crecido el cabello. Durante todos esos años se lo había teñido de negro para no verse igual a la adolescente desaparecida, pero ya había decidido volver a su color rubio natural. En este momento, era más arriesgado parecerse a la sospechosa de Täby.

Aunque tal vez estaba exagerando. La policía tenía otras cosas que hacer. Los políticos se pasaban el día declamando sobre la necesidad de mantener el crimen bajo control, pero no se referían a ella, no era a ella a quien debían perseguir con más ahínco.

Se le ocurrió una idea cuando salió del baño. Se sentó ante otro ordenador y escribió el nombre de sus padres. Durante todos esos años había eliminado todos sus recuerdos de ellos.

Aparecieron algunos antiguos artículos de 1996, cuando apelaban a los ciudadanos para encontrar a su hija desaparecida. El homenaje, la tristeza y las flores, la estúpida foto escolar. Pero no había ningún ataúd. Los compañeros de escuela que había odiado durante años lloraban por ella. Todo un pueblo le daba el último adiós.

Un año después, Lina Stavred había sido declarada oficialmente muerta.

Se habían dado por vencidos muy fácilmente, pensó. ¿No creían, tal vez, muy en el fondo, que seguía con vida? Habría sido bueno para ellos, pero ella no sentía nada. Los rostros con el tiempo se olvidan, las personas son solo átomos en el aire.

No pudo encontrar a nadie, no había ninguna dirección. Lina escribió "Geresta", el nombre del pueblo donde había crecido. ¿Cuál era el número de la casa? ¿El código postal? Hizo clic en el mapa para ver la imagen por satélite; recordaba las colinas onduladas y el bosque que las rodeaba, las vacas de montaña que solían pacer allí. Acercó el zoom lo más que pudo sobre el rectángulo verde que era la casa donde había vivido. Recordó la habitación bajo cubierta, las cortinas de encaje de la abuela, a las que una vez casi prendió fuego cuando fumó a escondidas en la ventana. El tejado parecía roto. La fachada antes roja estaba gris, no había ningún coche fuera. Le dio la impresión de que las cortinas de encaje de las ventanas eran las mismas que entonces.

¿Qué debía hacer? ¿Reír? No había rastro de sus padres, tal vez estaban muertos o habían emigrado, pero la casa seguía en su sitio. No se había quitado de los registros, tampoco había certificado de defunción.

La puta casa se encontraba aún allí, donde siempre había estado.

CAPÍTULO 35

Eira salió de la carretera al norte de Sollefteå y siguió por Faxälven hacia el campo. Era el paisaje de las empinadas laderas fluviales, formaciones donde los suelos arenosos erosionados se inclinaban abruptamente hacia la orilla y hacían el río aún menos accesible. Eira se aproximó a la colina rodeada de campos; las poblaciones se iban haciendo más esporádicas. El camino parecía un tejido de remiendos de alquitrán con los que se habían reparado los daños causados por la helada. Se detuvo delante de ella un autobús y bajó una anciana que saludó al chofer y continuó a pie a lo largo del camino de grava hacia una casa solitaria.

El autobús siguió vacío su ruta.

Eira se detuvo un momento en Ramsele para ir al baño. La estación de autobuses estaba abierta e incluso tenía un café. Durante los últimos diez kilómetros se internó directamente en el bosque. Era sabido que los habitantes de Skognäs habían construido sus propios caminos; no había ninguno cuando llegaron al lugar a principios de los años setenta.

Entre los árboles, resplandecía el río Fjällsjö.

Eira había escuchado las historias de cuando aparecieron por primera vez en Ramsele las oleadas de fanáticos ecologistas a principios de los años setenta. Algunos vecinos les tenían miedo; era la época en la que habían surgido la liga Baader-Meinhof, una facción del Ejército Rojo, y el auge de las drogas. Era indudable que los recién llegados parecían sospechosos. Pero con los años el temor se disipó, a pesar de que siempre que se mencionaba a los lugareños de Skognäs, había a menudo risas cómplices o movimientos de cabeza. Eira nunca había estado allí; pensó que nunca había tenido motivos para alejarse para siempre de la civilización. Llegó al pueblo y se desplegó frente a ella un paisaje de praderas y corrales donde iban a pastar vacas y cabras.

Cerca del final del camino, reconoció la descripción y condujo en esa dirección.

No esperaba que las casas estuvieran tan lejos una de la otra; creía que las personas de las comunas vivían juntas.

La mujer que le abrió sonrió cuando ella le comentó esa idea.

—Lo que menos queríamos era vivir todos amontonados —dijo con un leve acento inglés—. Así habíamos vivido durante muchos años y estábamos hartos de eso. Por eso compramos trescientas hectáreas en el bosque, para poder construir nuestras casas lejos una de la otra.

Se llamaba Sarah y tenía alrededor de setenta años, era hija de un librero de Charing Cross Road, Londres, y una de las personas que habían estado allí desde el comienzo.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Tal vez percibió una sospecha, pero no más de lo habitual, como cada vez que mostraba su placa policial. No había llamado antes, por la inseguridad de cómo sería recibida. Los prejuicios rondaban en su cabeza desde que era pequeña; se había imaginado personas con camisas floreadas que bailaban en el prado, o algo parecido. Nada que se asemejara a un viejo hogar montañés de madera que iba de acuerdo con las tradiciones, aunque de pronto se vieran formas inesperadas como ventanas panorámicas y una torre. El vestíbulo que se abría detrás de la mujer mostraba colores intensos, las uniones con el suelo de piedra estaban adornadas con trozos de porcelana rota.

—Quisiera preguntarle acerca de un desertor estadounidense, Steve Carrano —dijo Eira—. Recibí el dato de que vivió aquí en algún momento de los años setenta.

—Oh, *dear*, sí; de hecho, hubo varios desertores aquí —dijo la mujer y la invitó a sentarse—. Pero, obviamente, no tengo idea de dónde están ahora. ¿No hay ningún organismo estadounidense a quien preguntarle? ¿Acaso los han dado por perdidos?

En la cocina había un guiso de cordero sobre el fuego a leña; las paredes estaban cubiertas por innumerables platos de porcelana, testimonios de sus viajes por el mundo.

Eira le habló sobre el cuerpo hallado y los demás desertores y no mintió sobre el vínculo de su madre con ellos. No había ningún motivo para mantenerse estrictamente en lo profesional, en especial cuando de pronto apareció un cuenco de guiso delante de ella sobre la mesa y vio el tejado exterior cubierto de musgo y paja; la civilización cotidiana parecía ser algo lejano.

—Recuerdo a un Steve —dijo Sarah mientras colocaba una jarra de agua y un vaso sobre la mesa—. Vino con una chica sueca justo al principio, un año

después de que compráramos esto, en 1973. Cuando corrió el rumor de lo que hacíamos aquí arriba, la gente empezó a venir. ¿Cómo dijo que era su apellido?

—Carrano.

—No, era otro apellido, más común.

"Se equivoca", pensó Eira. La mujer tenía más de setenta años y, aunque su mirada era lúcida, había vivido en esos bosques infinitos durante casi cincuenta años. Skognäs era una de las pocas comunidades de los años setenta que habían sobrevivido desde entonces, ¿cuántas personas habían pasado por allí?

—Tenían que vivir en contenedores para la construcción —continuó—. En aquellos tiempos solo había una finca, así que conseguimos comprar algunos contenedores abandonados a una obra. Acabábamos de tener a nuestro primer hijo, de manera que no queríamos vivir tan cerca de los demás, y entonces llegaron los huéspedes. Recuerdo que él gritaba por las noches, todavía oía los helicópteros… ¡Larsson! Así es, Steve Larsson. Su mujer se llamaba Eva Larsson.

—¿Estaban casados?

—Recién casados, según recuerdo, por eso tuvieron que dormir en los contenedores de construcción. Me pregunto si no era su viaje de luna de miel; tenían un coche destartalado con el que habían atravesado todo Norrland. Sí, eran otros tiempos, ya sabe; creo que tal vez tenían la intención de quedarse, pero poco después, él no quiso hacerlo. Muchos se sentían defraudados cuando llegaban aquí. Tenían que salir a trabajar al bosque con nosotros, pues tuvimos que vender terreno para deforestar y así ganar algo de dinero, a pesar de que era lo último que queríamos. Uno aprende la realidad de la vida cuando vive aquí: sin agua corriente, un solo canal de televisión para noticias y programas infantiles, y nada de marihuana, al contrario de lo que la gente creía, porque no teníamos dinero para eso; además, no se podía comprar hierba en Ramsele.

El cordero se deshacía en la boca desplegando sabores de la India.

—¿Puede ser que él adoptara ese apellido cuando se casó? —preguntó Eira.

—Sí, naturalmente, ¡es posible!

Steve Larsson, ¿era tan simple? Eira pensó en que no hay mejor escondite para un árbol que el bosque, aunque Steve se había escondido tras un apellido, el más sueco de todos.

—¿Recuerda cuáles eran sus orígenes?

—Sin duda venía de una familia trabajadora; no tenía miedo de cortar leña y tampoco nosotros. Crecí después de la guerra, durante la época del

racionamiento en Inglaterra, y mi marido viene de una familia de campesinos. Creo que muchas otras comunidades fracasaron porque estaban formadas por hippies de clase alta que no comprendían lo duro que era el trabajo. Un campesino de este lugar nos enseñó las tradiciones que estaban desapareciendo y que no les interesaban a sus hijos. Llevábamos la madera a caballo hacia el río Fjällsjö, donde aún se utilizaba el transporte fluvial. ¿No era de Filadelfia? Recuerdo que hablamos sobre Billie Holiday, ¿ella no nació allí?

Eira buscó en Google rápidamente: abrió la Wikipedia, leyó que la legendaria cantante de jazz había crecido en Baltimore, y sí, su madre se había quedado embarazada a los trece años y su familia la había enviado lejos, a Filadelfia, para que diera a luz.

—Espere, voy a ver si tengo una fotografía; estoy ordenándolo todo.

Eira la siguió a la biblioteca, una habitación con las paredes cubiertas de libros heredados de Charing Cross Road, y luego al taller de costura, donde las ventanas idénticas diluían los límites entre el interior de la casa y la naturaleza.

—Tuvimos suerte, pudimos comprarlas a bajo precio en una demolición.

Mientras Sarah buscaba entre cajas y carpetas, Eira abrió su ordenador. Buscó en el registro de datos personales: había un Steve Larsson en Gotemburgo, y también figuraba su edad: cumpliría 75 en septiembre. Leyó mientras el bebé daba vueltas dentro de la tripa.

También entró en los registros a los que no tenía acceso el público. Steve Larsson había nacido en Filadelfia en 1947, era ciudadano sueco desde 1974, no tenía hijos, ya no estaba casado, tenía una empresa llamada Vinyl Records, con dirección en Andra Långgatan, Gotemburgo.

—¡La encontré!

Sarah agitaba la fotografía que había hallado entre todas las que había diseminado por el suelo, en las que se veía a muchos jóvenes con el cabello largo y el torso desnudo.

En la parte trasera estaba escrito: Steve y Eva, julio de 1974.

Él tenía el mismo aspecto que los demás: cabello con raya al medio y ondulado a la altura de los hombros. Era delgado, llevaba pantalones de algodón amplios, iba sin camisa; miraba a la cámara y al sol. La chica que estaba a su lado tenía el pelo oscuro y suelto; estaban haciendo algo con las manos en un cubo, ¿pelaban patatas?

—¿Puedo hacerle una foto?

—Sí, claro.

Eira le contó que había encontrado una dirección, que la pareja evidentemente se había divorciado y que Steve Larsson vivía en Gotemburgo.

—¡Sí, por supuesto! Algunos se mudaron aquí en los años ochenta, unos punks que habían ocupado y salvado una parte del viejo vecindario de Haga. No tenían más dinero para seguir viviendo allí cuando se renovaron los edificios y nosotros les dimos la bienvenida en aquel momento.

Eira contempló la fila de casas de los punks mientras se alejaba, pero no se detuvo; estaban muy cerca una de otra, "Las verás si pasas por allí con el coche", le había dicho Sarah. "Era un pequeño vecindario de ciudad, como el de Haga. Tal vez ha sido eso lo que nos ha salvado, hemos aceptado ser diferentes".

Subió el volumen de la radio, la música sonaba fuerte cuando salió al camino rural.

Existía. Estaba vivo.

Vendía discos en Gotemburgo.

CAPÍTULO 36

Silje le pidió que cerrara la puerta y le señaló los sillones bajos del rincón. Eira tuvo que sostenerse de los apoyabrazos para sentarse.

Comenzaba a costarle atarse los zapatos. Necesitaba colocar cojines entre las piernas y bajo la tripa para poder dormir, lo cual hacía que estuviera más cansada que de costumbre. Seguramente le faltaba alguna vitamina, hierro, proteínas y otras muchas cosas que debería haber considerado. Por alguna razón su memoria no lo retenía, a diferencia de los datos que tenían que ver con los desertores de la guerra de Vietnam, sobre los que leía durante horas cuando no tenía ninguna idea que la hiciera dormir.

En 1974, el presidente Gerald Ford había declarado una amnistía parcial a los desertores no para perdonarlos, sino para demostrar que "la reconciliación requiere un acto de gracia, de modo que puedan sanar las heridas de la nación". Los que aceptaban la oferta tenían que trabajar dos años al servicio del Estado y dejar el ejército con una mancha en los registros. Algunos años después, Carter cumplió con el indulto para los que habían huido del servicio militar, pero no les correspondió a todos los desertores.

—Según Terry, creyeron que John había vuelto a Estados Unidos porque en algún momento aceptó la oferta, mientras que otros la rechazaron —dijo Eira —; consideraron que habían hecho lo correcto y querían una amnistía sin condiciones. Muchos se quedaron en Suecia; Steve Carrano, por ejemplo.

—¿Lo has encontrado? —dijo Silje.

—Abandonó Kramfors casi al mismo tiempo que desapareció John Aiello, después se casó con una sueca y ahora su apellido es Larsson. Tiene una tienda de discos en Gotemburgo.

Eira había llamado a la tienda, pero, mientras sonaba el teléfono, se había arrepentido. Un hombre que una vez se había desecho de su identificación y había huido a través del mar de Japón quizás podía volver a hacer algo similar.

—Hola, quería saber si tienen un disco —le había dicho cuando él atendió el teléfono; discos viejos, pensó, músicos del pasado; el vinilo ya había pasado de

moda cuando ella nació, pero estaba renaciendo—. Uno de los Beatles… ¿cómo se llama, en el que caminan por el paso de peatones?

—*Abbey Road*, por supuesto, pero lo siento, no lo tengo. —Su acento era claro, ninguna duda de cuál era su origen—. En cuanto llega alguno, lo vendo inmediatamente. Supongo que se refiere al original, por supuesto, el de 1969.

Silje se había levantado y fue a encender su ordenador.

—Llegó un email de parte de la policía de Long Beach anoche —dijo—. Contactaron con uno de los hermanos de John Aiello. Te lo reenviaré.

—¿Y Gotemburgo?

—¿Qué quieres decir?

—Creo que lo mejor será ir hasta allí —dijo Eira—. Y buscarlo en persona. No sabemos si estuvo implicado, tal vez quiera volver a huir.

—Por supuesto —dijo Silje—. Puedo llamar a Gotemburgo y pedirles que envíen a alguien. Sería bueno que les hicieras un resumen y les enviaras algunas preguntas.

—¿No sería más sencillo que fuera yo misma, que conozco el caso? Puedo trabajar en el tren si es necesario que me ocupe de algo más.

La mirada de Silje se dirigió al abdomen de Eira, grande e insoslayable. También tenía el rostro bastante hinchado y sus pechos habían adquirido el tamaño de dos alienígenas.

—Ya estás cerca del parto.

—Estoy bien —dijo Eira obligándose a mantener la calma—.
Es un embarazo completamente normal y sin problemas. Mi abuela cabalgó, montó en trineo y cortó leña hasta el último día.

Silje sonrió.

—De acuerdo —dijo, y volvió a ponerse seria. Tal vez fue un parpadeo, un segundo de flaqueo en su mirada lo que le dijo a Eira que había algo más.

—¿Puedo reservar el pasaje, entonces? —preguntó con cautela.

Silje no respondió y pasó la mano sobre su escritorio para limpiar algo invisible.

—Cuando acepté este trabajo —dijo finalmente—, me hicieron seguir todas las reglamentaciones sobre igualdad de género, sobre el presupuesto y sobre la calidad del ambiente laboral, pero los cabrones no me contaron lo que ocurría de verdad aquí dentro. El otoño pasado, cuando GG tuvo ese…, ya sabes…

Parecía que no quería decirlo directamente. Eira se dio cuenta de que GG no había sido el único afectado: todos habían sido parte de eso. Silje había sido

una de las primeras en descubrir que algo extraño le estaba ocurriendo cuando él dejó de responder al teléfono.

—Al menos, en aquel momento no fui yo quien lo envió —continuó—. No fui yo quien, ejerciendo mi cargo, le encomendó esa misión.

—No pienso salir herida —dijo Eira.

Silje hizo una mueca, tal vez para ocultar lo que sentía, y se volvió otra vez hacia el ordenador.

—No gastes demasiado —dijo—. Reserva un hotel económico.

CAPÍTULO 37

Allan trabajó tanto aquel verano que cada músculo de su cuerpo gritaba de dolor. Ahora que iba a ser padre, hacía turnos extras en la dársena tan pronto sonaba la sirena.

Al terminar el día, cuando las noches de Lunde se cubrían de calma y el estruendo del puerto era sustituido por sonidos diferentes, comenzaba a beber. Lo consumían la soledad y la añoranza de Maarit, ahora que ya había conocido su lado más tierno, y la profundidad única a la que habían llegado, hasta que se quedaba dormido pensando en ella. Cuando no permanecía despierto dominado por una furia inmensa, un sentimiento de pérdida y de traición.

La mirada furtiva del traidor. Allan podía sentirla en su espalda dondequiera que iba; era como la picadura de un insecto. Cuando miraba hacia atrás, no veía a nadie o, mejor dicho, solo a gente conocida: compañeros de trabajo, vecinos, los de siempre.

Cuanto más pensaba en eso, mientras se sentaba a vociferar y maldecir junto a sus camaradas con una botella de aguardiente sobre las vigas de acero que vibraban cuando pasaban los coches, contemplando los barcos con sus enormes cargas de madera delante del cielo iluminado de la noche, más seguro estaba de que la persona que había divulgado sus ideas políticas tenía que pertenecer a su entorno más cercano.

Allan no tenía ningún cargo en el partido; se había retirado cuando comenzaron a adular a los socialdemócratas. Por lo tanto, ¿en qué lista habrían encontrado su nombre?

¿Quién más sabía que él quería regresar a Luleå, además de quienes lo conocían?

Aquel verano, también se dedicó al boxeo. Tal como había hecho en su juventud, cuando subió al ring como peso pluma durante algunas temporadas. Tenía talento, había dicho el entrenador, que era de Bollstabruk y había tenido un papel en la película sobre la masacre de Ådalen de 1931, que se había filmado ese año, a principios de la temporada.

De alguna u otra forma, todos se habían involucrado en el rodaje. Allan

mismo encontró trabajo acarreando grava. Pagaban bien. Debían recoger montones de toneladas y llevarla del otro lado del río hacia Gålån, verterla sobre el pavimento y colocarla de tal manera que se asemejara a la vieja carretera entre Frånö y Lunde por donde había pasado la manifestación. En Lunde hubo varios derrumbes y cambió mucho después de los años treinta, pero no mostraron esos detalles en la película.

Al final del día debía quitar nuevamente la grava, así que era un trabajo doble.

Allan también había actuado de extra, tanto en la manifestación como en las escenas del día previo, cuando los trabajadores irrumpieron en el embarcadero por las rejas detrás del barco donde estaban ocultos los esquiroles.

Cuando la gente de la producción abandonó el lugar, quedó durante un tiempo en el aire la tensión de aquella época. La furia que parecía estar oculta bajo la superficie, sofocada por conclusiones injustas, palabras falsas que enmascaraban lo que verdaderamente había ocurrido en 1931. "Los disturbios", según los burgueses. "Una tragedia", según los socialdemócratas. Y los más moderados de su propio partido también se doblegaron y dejaron de considerar el tiroteo de Ådalen lo que verdaderamente había sido: una masacre.

De alguna manera todo confluía en él y en su situación, pues ¿no continuaba hasta ese día la misma cacería frenética de comunistas, aunque ahora ocurriera en las sombras?

Esas discusiones muchas veces conducían a confusas peleas. Una noche, borracho, después de una reunión en la Casa del Pueblo, se enfrentó a uno de los representantes del sindicato y sus amigos socialdemócratas, acusándolos de haber difundido infamias por todo el país.

¿No habían comenzado a perseguir a los comunistas en cuanto terminó el tiroteo de Ådalen? Se habían juntado con los conservadores y los liberales, traicionando y defraudando al partido solo para obtener poder o "consenso", tal como lo llamaban en la prensa burguesa.

Pero de pronto, alguien lo derribó de un golpe. Y le dijo que esa era la última vez; la próxima, llamaría a la policía.

Otro lo llevó hasta la casa de su madre, donde le colocaron una compresa fría en el ojo y recibió una reprimenda. ¿No entendía que ya era un adulto, que pronto sería padre? ¿Era así como se iba a comportar? Dios no permitiera que él fuese alguien como su padre, a quien todo el pueblo había visto tambalearse

cuando él era niño, hasta que se cayó en el agua helada a veinte grados bajo cero y el cartero lo encontró congelado cuando hacía su ronda.

Sí, joder, quería rugir Allan, continuaría así hasta atrapar a ese cabrón que difundía toda esa mierda para que él se quedara allí como un idiota, un cobarde que no puede mantener a su hijo.

Un hombre adulto no podría vivir en casa de su madre; pensar en eso solo incrementaba su ira.

Cuando se estrenó la película de Kramfors en el cine Royal en mayo del año siguiente, se vio a sí mismo en la pantalla entre la multitud. Maarit había ido a visitarlo y estaba sentada a su lado mientras él veía su propio rostro amplificado, furioso y rugiendo de odio.

—Fue una buena actuación —le dijo ella después.

Él nunca le contó del miedo que había sentido, que lo había obligado a aferrarse fuerte a la butaca y olvidar lo que ocurría después en la película. Porque el rostro que ella había visto no estaba actuando: era su verdadera personalidad.

CAPÍTULO 38

Calentaba el sol cuando Eira se bajó del tranvía y miró hacia la plaza Järntorget, donde comenzaba la calle Andra Långgatan. La habían enviado como refuerzo a Gotemburgo un par de veces durante sus primeros años de servicio y sabía que la esquina del Seven Eleven era un lugar central para el tráfico de drogas. Su ojo policial detectó un portón negro que evidentemente ocultaba un club de striptease entre cervecerías baratas y salones de belleza con trabajadores vietnamitas. Pasó delante de dos tiendas de discos antes de llegar a la que buscaba al final de la calle con edificios de los años sesenta, paredes de cemento grises por el humo de los coches. Para ese momento, ya estaba empapada de sudor por debajo de los pechos hinchados. El escaparate estaba cubierto por placas tapizadas con fundas de discos. Un tubo incandescente roto parpadeó cuando Eira abrió la puerta.

Por los altavoces sonaban una guitarra y una voz masculina triste. Se respiraba aroma a polvo y a químicos por la cantidad de vinilos y el paso del tiempo. Vio el rostro maquillado de David Bowie, a Tom Waits con un cigarrillo en un bar.

Comenzó una nueva canción y Eira notó un movimiento en la parte trasera de la tienda.

El hombre tenía más de setenta años y medía casi dos metros de alto. Parecía que se desplegaba cuando pasó por la puerta, que era más baja que él. Tenía el cabello largo y gris, peinado hacia atrás en una coleta, y llevaba patillas. Los tubos fluorescentes iluminaban con una luz tenue y difusa.

—Hola, ¿busca algo en especial? —Era el mismo acento estadounidense que Eira había escuchado por teléfono, como si se tragara la última sílaba de las palabras.

Había varias maneras de iniciar la charla; Eira las había ensayado en el tren. Las preguntas que necesitaba hacer no las comprendería ningún policía de Gotemburgo. Seguramente lo habrían hecho hablar, pero no hubo contracciones ni reflujo gastroesofágico ni calambres que la disuadieran de

tomar ese tren nocturno hacia el sur, de tener la posibilidad de estar cara a cara con ese hombre para ver su reacción cuando fuera directo al grano.

—Creo que usted conoce a mi madre —dijo.

—¿Quién es?

Eira se presentó y dijo el nombre Kerstin; hizo referencia a la época y a Ådalen mientras veía cómo se acumulaban las preguntas y los pensamientos en las arrugas de su rostro.

—¿Kerstin? *Are you kidding me?* —dijo, olvidando por un momento el sueco.

Abrió mucho los ojos, sonrió un poco y luego tuvo una expresión de sorpresa mientras calculaba mentalmente. Su rostro lo reflejaba todo; arrugado, pero, aun así, transparente.

—¿Cuántos años tienes? —dijo Steve Larsson—. No serás…

—No, no. —Eira se rio por lo absurdo de la idea—. Tengo treinta y cinco años, no tiene de qué preocuparse.

Steve Larsson también se rio y se inclinó sobre uno de los estantes con discos que estaban detrás. El lugar era estrecho, no había mucho espacio para moverse entre las estanterías, los discos y las cajas del suelo.

—Discúlpame, no es que creyera que fueras tan mayor. Tendrías que haber pasado los cincuenta, ¿no es así? Dios mío, ¿cómo está tu madre?

—Bien —dijo Eira, y mostró su identificación—. Pero no es por eso por lo que estoy aquí; estoy investigando un homicidio de un viejo amigo suyo, John Aiello.

—¿John? ¿John Aiello?

La música terminó, solo se oyó un crujido suave desde los altavoces.

Pasaron los segundos.

—*When and how?* ¿Has dicho homicidio?

Estaba tan consternado que se le mezclaban los idiomas. Eira se dio cuenta de que su mente iba y volvía entre el presente y el pasado. Estaba confundido. Más allá de que ese hombre supiera algo, la aparición repentina de Eira en su tienda había sido bastante perturbadora.

Le mostró el móvil.

—Espero que no le moleste si grabo nuestra conversación. Es por su propio bien, además, teniendo en cuenta sus derechos.

—¿Qué ocurrió con John? —Miró sobre su cabeza hacia las filas de artistas de rock que colgaban de la pared, congelados en su mirada atemporal—. No lo

he visto desde… *Jesus Christ, how long has it been?* Más de cincuenta años. Ni siquiera volví a pensar en él desde entonces…

Sus dedos temblaron sobre el montón de discos que tenía a su lado.

CAPÍTULO 39

Kerstin. Ahora sí la recordaba. El calor de su cuerpo bajo las mantas, su cabello enredado, su aroma suave, el deseo de quedarse allí con ella, de abrazarla.

Steve no podía recordar su rostro, pero algo le hacía daño y él siempre evitaba el dolor. Se había vuelto un experto en encontrar medicinas para todo y en contar las historias que los doctores querían escuchar. Problemas para dormir, dolores difusos. A veces ayudaba fumar marihuana, pero no podía decírselo a una policía.

Los temblores que tenía en las manos habían empeorado el último año. El tiempo no existía: era una quimera, un bufón que se le reía en la cara.

"¿Creías verdaderamente que te dejaría escapar, Stevie Boy? *Dumb dumb knucklehead, marching down the avenue…* Eres un cerdo, Carrano… Estúpido, cabeza de chorlito, cerdo".

La política y Vietnam habían quedado atrás —o, al menos, era lo que creía —, junto con la sensación de que lo estaban persiguiendo, que lo hacía cerrar la puerta con llave. Le dio vuelta al letrero de la puerta con la inscripción "Regreso enseguida" y le indicó a Eira Sjödin que pasaran a la cocina, en la parte trasera de la tienda.

—Perdona, es un poco estrecho. Solo tengo café instantáneo.

—Está bien.

—El propietario de este lugar quiere echarme para poder alquilarlo a una cadena de cafeterías y duplicar la renta, pero no se deshará de mí tan fácilmente.

Él observó el lugar desde el punto de vista de Eira. Las marcas de quemaduras del mantel, el olor a humo rancio. Las grietas en la taza que le dio.

Los discos de vinilo estaban nuevamente de moda; los jóvenes se hacían con tocadiscos, adoraban el arte de las portadas y recuperar el sonido de la música tal como había sido pensado, así que pagaban con gusto cientos de coronas por un disco de Thin Lizzy o Dire Straits, o miles por una primera edición importante. A Steve le gustaba mucho hablar con ellos, ponerles una canción

que no hubieran escuchado antes, mostrarles por primera vez un solo de guitarra inmortal a chicos que tenían toda la vida por delante y descubrían la felicidad de encontrar algo que no sabían que buscaban.

Fue el año en que los Stones lanzaron *Sympathy for the Devil*, era eso lo que tenía en la cabeza. El año 1968.

La música traía los recuerdos, uno tras otro. Un establo que aún olía a ganado, a pesar de que había estado vacío durante mucho tiempo y parecía estar a punto de desmoronarse. La lluvia se filtraba por los rincones. Las gotas golpeaban la madera o el fondo de un cubo de chapa. La gente les había llevado colchones duros de crin negra de caballo que atravesaba la tela áspera y les provocaba picores. La luz de la luna se filtraba por las grietas de las paredes.

—Esta es mi madre —dijo Eira Sjödin, y le mostró una foto en el móvil—; esta foto fue tomada en junio de 1968. ¿Era usted el que sostenía la cámara?

Tres personas jóvenes, sentadas en el césped sobre una manta. Steve se inclinó sobre ella en la mesa diminuta.

Esa policía estaba a punto de dar a luz, tal vez por eso le resultaba difícil verla como la profesional que aseguraba ser. Además, era la hija de la chica de la fotografía. Quería cogerle la mano, acariciarle la tripa, consolarla sin saber exactamente por qué. Y, al mismo tiempo, esa fotografía. Tenía que mirarla de nuevo. Allí estaban Terry, el que salía con todas las chicas que veía; John, y entre ellos, la hermosa Kerstin, que se reía de cara al sol, mirando hacia él; casi podía sentir el momento. Sí, tal vez había sido él quien tomó la fotografía.

—Lo encontramos hace un mes, pero llevó tiempo identificarlo —continuó ella—. Le agradecería cualquier cosa que recuerde y pueda contarme sobre aquel verano.

John.

La ambigüedad de su expresión, la mirada a través de la lente de una cámara, desde el pasado.

En el agua, siguió diciendo Eira Sjödin, era allí donde habían encontrado a John Aiello. ¿Había dicho en el mar o en el río? De pronto recordó que eran prácticamente la misma cosa: la temible profundidad de la que hablaban sus compañeros de trabajo en el puerto, las fuertes corrientes. Steve había crecido en Filadelfia, en los vecindarios del sur que se extendía entre los dos ríos, pero nunca había aprendido a nadar. Había vivido en un pequeño apartamento de la planta baja en lo que podía considerarse un barrio marginal, y luego, cuando su padre llegó a convertirse en capataz de la fábrica, en una casa de las afueras.

El hombre había dejado de ser bienvenido en el club de veteranos de guerra por la locura, o mejor dicho, cobardía de su hijo. Los vecinos, antes amables, habían dejado de hablarle a su madre; en especial las mujeres, que miraban hacia otro lado cuando ella pasaba. Steve había hecho un par de intentos por contactar con sus padres, explicarles que esa guerra no era una verdadera guerra, que los habían engañado. "Tu padre no quiere hablar contigo. Será mejor que no llames más".

De vez en cuando, cuando Steve se quedaba solo en la tienda, colocaba la aguja sobre una pista crujiente de Bill Haley o de Dizzy Gillespie de alguno de los discos que estaban en las cajas de descuento; cerraba los ojos y creía oír el ruido de las fábricas y las calles bulliciosas del sur de Filadelfia. Incluso una vez pudo conseguir un raro sencillo de Soul Survivors que había sido de los más vendidos en el mismo año que él salió del país.

—¿Qué estaba diciendo, Steve?

¿Había dicho algo? ¿Sobre John?

—Lo siento, disculpa, es difícil de entender que lo hayan encontrado después de todos estos años. —Steve se sentó sobre sus manos temblorosas; todos los nervios de su cuerpo parecían terminar en ellas.

—¿Conocía bien a John Aiello?

Ahora sí sonaba como una policía, no había duda de eso. Si había algo que Steve conocía bien en la vida era las dos caras de las personas. Sonrisas por fuera y planes ocultos por dentro, preparados para traicionar al prójimo en cualquier momento.

—No sé si llegué a conocerlo.

Eira Sjödin miró su libreta, pasó las hojas; evidentemente, era meticulosa tanto con las anotaciones como con las grabaciones. Todo lo que él dijera quedaría registrado, examinado y evaluado.

—Según lo que me han contado, se conocieron en Estocolmo a finales de 1967 —continuó ella—. Compartieron habitación en un barracón de Tantolunden y vivieron luego un par de meses en una granja de Torsåker. Más tarde, dejaron juntos el lugar y pasaron todo el verano entre Kramfors y Lunde. Durante todo ese tiempo ¿dice usted que no llegó a conocerlo?

Steve se inclinó hacia atrás, lo cual fue un error porque el respaldo de la silla estaba flojo. Cerró los ojos y sintió el vértigo del pasado. La sensación de que nunca se podía bajar la guardia, que no había ningún lugar donde estar a salvo.

—¿Nunca te ha ocurrido que crees conocer a una persona? —dijo al final—.

¿Alguien en quien confiabas, a quien considerabas tu amigo, y luego descubres que era alguien completamente diferente?

Al cálido otoño de 1967, cuando aterrizó en Estocolmo y fue recibido como un héroe en el aeropuerto, lo sucedió un clima tormentoso, con nieve desde octubre.

Steve estaba habituado al frío; tenía recuerdos de su infancia, cuando su madre sellaba los bordes de las ventanas con trapos para evitar las corrientes.

Los barracones de Tantolunden no eran ningún paraíso, pero era lo único que había disponible; un techo sobre la cabeza, una litera encajada en una habitación estrecha, con un baño que compartían con los hombres del barracón contiguo. John había cogido la litera superior y dormía toda la noche. No había estado en Vietnam. Se sentía seguro, decía él. Tal vez esa tendría que haber sido la primera señal de alarma, aunque Steve no lo había entendido así en aquel momento; solo pensó que se comportaba así porque había servido en una base de Alemania, y allí el Vietcong no lo sorprendía oculto entre los árboles, ni desaparecían bajo tierra en los túneles y volvían a aparecer en el interior de la base para arrojarte una granada cuando te sentabas a cagar.

John Aiello se había entrenado para clavarle la bayoneta en el estómago a un muñeco de paja, pero nunca se había internado en una aldea con el enemigo al acecho en todas partes (los vietnamitas eran expertos en excavar hoyos donde se mantenían ocultos). Nunca había visto a una mujer joven con un bebé en brazos echarse sobre él justo antes de que todo estallara y nadie pudiera salir de allí con vida. Una joven que no había comprendido cuando Steve le gritó que huyera de inmediato, sino que se había aferrado a él porque había creído que podría protegerla. Pero las órdenes habían sido claras: todos debían morir. Debían arrasar con rodo. *Search and destroy*.

Él había visto arder las casas envueltas en llamas y se había arrastrado por la selva, donde no había un solo lugar donde ocultarse, ni de los enemigos ni de los tenientes que le gritaban al oído la orden de matar. Cuando a Steve le dieron permiso, estuvo claro que no podía regresar. En un bar de Tokio se emborrachó y habló con otros que querían escaparse. Alguien conocía a alguien que sabía cómo hacerlo. Así, llegó a encontrarse una noche en altamar, vomitando colgado de la barandilla hasta que saltó al vacío a bordo de un barco soviético que tenía todas las luces apagadas. En Moscú todo fue una locura: litros de vodka y muchas mujeres que simplemente aparecían para estar

con ellos. Se recordó corriendo alrededor de un enorme edificio mientras jugaba al escondite con otros desertores entre las estatuas de Lenin. Después, llegaron a Suecia, donde fueron recibidos con honores, pero Steve no era ningún héroe. Había arrojado una antorcha en esa aldea vietnamita para que la devoraran las llamas y había dejado a sus compañeros abandonados en ese infierno. Era una vergüenza para su familia y para su país. En otro tiempo, en otra guerra, habría sido castigado con la pena de muerte.

En las noches de Tantolunden, donde la mayoría de los que vivían en esos barracones eran obreros nativos de Norrland que bebían, cantaban y gritaban, los peores momentos vividos volvían a su memoria. El enemigo ya no estaba allí; él estaba solo en una cama demasiado corta para su cuerpo, oyendo en su cabeza la voz que no paraba de darle a gritos la orden de matar. Y John no le permitía abrir la ventana para tomar aire fresco cuando comenzaba a sudar.

—Vuelve a dormirte, por Dios santo. Esto es Suecia, hombre, nadie te atrapará aquí.

Las dos caras de una persona.

Fue en Estocolmo donde se dieron cuenta de que la CIA los vigilaba. No era ninguna sorpresa. La organización más poderosa del mundo no se quedaría de brazos cruzados viendo cómo esos soldados se deshacían de sus uniformes y les hacían la peineta, rechazando la farsa de la guerra.

Steve estaba seguro de que oía un ruido extraño en la línea cada vez que hablaba por teléfono. Los demás experimentaban cosas similares.

Un chico recién llegado de Connecticut, que vivía con una familia de Bromma, había visto un coche en la calle que se quedó allí dos noches seguidas. Los hombres que estaban en el interior desviaban la mirada cuando él pasaba por allí.

Después desapareció Ray, el chico que había escapado de la base alemana con John. Estaban distanciados, Steve no recordaba bien por qué, tal vez por cuestiones políticas; tal vez uno era maoísta y el otro era partidario de la revolución permanente de Trotsky, o quizás a alguno de ellos no le interesaba para nada la política y solo quería dedicarse a fumar en paz. En cualquier caso, un hombre que fingió cruzarse con Ray en la calle lo convenció de que si acudía a la embajada estadounidense saldría en libertad si declaraba voluntariamente, renunciando a todo en lo que hasta entonces creía y pensaba.

God bless America.

Intentaron localizarlo, pero Ray había desaparecido sin dejar rastro. Lo peor era que su familia de Dayton, Ohio, tampoco sabía nada de él, a pesar de que les había dicho a sus compañeros que iba a comunicarse con ellos.

También hubo un periodista estadounidense que fue a entrevistarlos. Dijo que escribía para la revista *Rolling Stone*, pero las preguntas que hacía eran muy extrañas. ¿Dónde estabas destinado? ¿Cuáles eran tus tareas? ¿Con quién te contactaste durante esas semanas que estuviste en Moscú?

Steve miraba en todas direcciones cada vez que iba a algún lugar. A menudo veía a alguien que lo observaba y luego apartaba la mirada. Entonces, cuando uno de los directores del Comité de Desertores Estadounidenses le ofreció mudarse a una granja de Norrland, él aceptó. Necesitaba alejarse de esas noches en los barracones y de sí mismo. Lo llamaban *ego-stripp*, la liberación del ego. Uno de los directores del CDE estaba obsesionado con eso, además de otros activistas. Podían quedarse sentados durante horas debatiendo acerca de las diferentes formas de deshacerse de la mentalidad burguesa.

"Necesitas ir al campo, Steve, alejarte de la persona que has sido, dejar de pensar solo en ti mismo", le decían.

El bosque, la forma en que los rodeaba. El aire puro y claro, la tierra congelada y dura como una piedra. Un guiso de lentejas que les dejaba en la cocina alguien de la comunidad que casi no sabía cocinar. El terror cuando había que subir al tejado para quitar los nidos de las aves del año anterior. ¿Y si aún quedaban huevos? ¿Y si los cuervos que volaban sobre sus cabezas justo decidían bajar? Steve había visto *Los pájaros* de Hitchcock en el cine de su barrio de Filadelfia y se imaginaba perseguido por una ruidosa bandada que entraba por la chimenea y no dejaba sitio donde ocultarse.

Por las noches, pasaban horas conversando sentados en el sofá, aunque sin televisión, porque era un sistema depravado y espeluznante. Hablaban de todo lo que harían en la primavera. Cultivar verduras, coles y patatas, arar, renovar el establo, incluso quizá conseguir algunas vacas.

Pero Steve recordaba que aquella primavera parecía que no iba a llegar nunca.

La humedad había combado el techo y desprendido la pintura; cualquier noche podía derrumbarse sobre ellos. Las paredes daban la sensación de que tenían ojos; de hecho, había un agujero en el dormitorio por el que imaginaba que alguien espiaba. Dentro de esa casa alguien lo observaba constantemente, listo para acusarlo: ¿apoyas la revolución? ¿Qué dice tu corazón, Steve?

Una noche en la que el cielo era un enjambre de luz y la Vía Láctea formaba

una sola franja como único puente de estrellas fusionadas, se convenció de que la granja era una trampa. Una manera de aislar a los enemigos del país en un lugar apartado para deshacerse de ellos. Había miles de maneras y muchas las había aprendido en Vietnam.

Al día siguiente convenció a John de que debían huir de allí. Terry los escuchó hablar y pronto se les unió; estaba aburrido y quería conocer chicas suecas.

¿O todo había sido una idea que les había implantado John? Un mes más tarde, Steve comenzó a pensar que esa huida también era un truco para atraparlo.

Recordaba el sol que los había recibido en Kramfors y la primavera, que, a pesar de todo, había llegado. Las personas que caminaban por la calle ocupadas en sus simples quehaceres, con sus abrigos desabrochados, daban la imagen de una auténtica cotidianidad. Iban a hacer las compras, aparcaban sus coches, empujaban cochecitos de bebés, se detenían, ayudaban a sus niños a columpiarse, se encontraban con sus conocidos e intercambiaban palabras de lo más habituales.

Steve había entrado en el ejército para alejarse del futuro gris que le ofrecían las fábricas de Filadelfia y ahora sentía envidia de eso. Pensaba que esa era la vida.

Los relojes controlaban las horas trabajadas, pero también señalaban cuándo comenzaba la libertad; la vida existía cuando un sábado era un sábado.

Entonces, oyó la música que venía de la plaza. Una parte de él quiso salir corriendo cuando vio ondear la bandera del FNL y el texto de la pancarta: "Fuera Estados Unidos de Vietnam". Pero Terry ya se estaba aproximando a ellos.

Y entonces la vio.

Era bastante alta, llevaba un abrigo corto, ¿era rojo? Le parecía que era rojo. Cabello largo y claro que le ocultaba partes del rostro. La voz que sonaba en los altavoces era suya: acariciaba el empedrado y el cemento. Era lo que más le llamaba la atención: su voz clara como las ventanas recién lustradas o como el agua que cae dentro de un vaso, esa melodía cantarina, ese tono de bebop lento e interrumpido, como siempre imaginó Steve que sonaba el sueco. Decidió conquistarla antes de que Terry lo intentara.

—Entonces, ¿por qué la abandonó? —preguntó Eira Sjödin—. ¿Por qué se fue

de Kramfors?

—Tenía miedo.

—¿De qué?

—No recuerdo cómo me enteré. Supimos que la CIA tenía los ojos puestos en nosotros, pero a finales del verano comencé a darme cuenta de que era él. Así es como lo hacen: utilizan personas cercanas a ti.

—¿Él?

—John.

—¿Quiere decir que John Aiello trabajaba para la CIA? ¿Que era un infiltrado?

Eira Sjödin parecía escéptica, y era comprensible. A Steve mismo le había costado creerlo, pero una vez que se quitó el velo de los ojos, había reconocido todas las señales.

—Viajábamos juntos. Dormíamos en el mismo cobertizo. Nos turnábamos para ir en bicicleta hasta el puerto todas las mañanas a controlar si la bandera estaba izada. Si lo estaba, significaba que había trabajo en las embarcaciones de transporte y descarga. John cuidaba que estuviéramos siempre juntos; ese era el *modus operandi*.

—¿Tuvo alguna prueba de que trabajara para la CIA?

—No, no, porque no era empleado de ellos. No funciona así. No querían pagar un salario mensual y tener que asumir la responsabilidad si ocurría algo. Tenían que poder contactar con él en cualquier circunstancia o, de lo contrario, él contactaba con ellos. Hay que ofrecerles algo. Debes decirles: "Estoy participando de una organización que pertenece a un enemigo subversivo de los Estados Unidos, puedo entregarles información". Entonces, te pagan por los servicios prestados. Por eso es tan artero. Nunca se sabe quién es, puede ser una persona como cualquiera de nosotros.

—Entonces —dijo Eira Sjödin—, ¿qué ocurrió a finales de aquel verano, antes de que usted huyera?

CAPÍTULO 40

Eira lo observaba mientras hablaba. Notó que Steve Larsson se agarraba las manos con fuerza; le temblaban y estaba molesto por eso. Si era verdad que John Aiello trabajaba para la CIA cuando fue asesinado en territorio sueco, Eira no quería ni pensar en lo complicado que se volvería el caso.

Una noche, relató Steve, llegaron al establo de Lunde dos hombres en busca de John.

—Estaba oscuro, comenzaba el otoño. Recuerdo que me helaba de frío.

—¿Puede decir más exactamente cuándo fue? —Eira se puso una mano sobre el vientre para tranquilizar al bebé o protegerlo de lo que seguiría.

—¿Septiembre, tal vez? *Yeah, I guess*; no había más trabajo. Además, no podíamos quedarnos en el establo; las noches ya eran muy frías.

Steve estaba regresando a casa, si es que ese establo podía llamarse "casa". Alguien les había prestado una bicicleta, pero John debió de usarla aquella noche, porque se había adelantado. Así que Steve estaba caminando solo por la carretera en vez de atajar a través del bosque como solían hacer, tal vez porque ya estaba oscuro.

Los oyó salir del establo. Steve se ocultó detrás, por eso no vio nada; solo oyó las voces desde lejos.

—¿Y usted cree que eran de la CIA?

—Como dije, estaba oscuro —dijo—; no vi sus rostros.

Eira estaba confundida. Intentó recordar lo sucedido durante la Guerra Fría, una época en la que la Unión Soviética enviaba submarinos al territorio sueco por el mar Báltico. Se le ocurrió pensar que tal vez estaban volviendo a algo similar, pero ¿la CIA en Lunde? ¿Se podía confiar en lo que dijera Steve Larsson? Sí, él recordaba bien a Kerstin. Incluso recordaba su abrigo —Eira lo confirmó por haberlo visto en alguna antigua fotografía—, pero al mismo tiempo, otros testigos le habían contado que la guerra lo había perturbado, que estaba nervioso, tal vez incluso paranoico.

—¿En qué idioma hablaban entre ellos?

—Creo que en sueco, pero pudiera ser que hablaran en inglés. No lo sé.

Para que no lo descubrieran, Steve se alejó a hurtadillas hacia el claro del bosque como si hubiera regresado a la selva en Dak To, en cuclillas y en completo silencio. No se atrevió a mirar en esa dirección hasta que se alejaron las voces, hasta que oyó un ruido entre las ramas y un insulto en voz baja; fue entonces cuando creyó ver a John entre los dos hombres.

—Estaba oscuro, como dije; eran solo formas bajo el reflejo tenue de la luna.

—¿Qué pensó usted?

—Nada. Se me quedó la mente en blanco. Sabía que algo iba mal, uno presiente esas cosas cuando ha estado en los lugares en los que yo estuve. Cuando oí el disparo, corrí hacia el establo, junté rápido mis cosas y hui.

—¿El disparo?

—Vino desde el bosque, cerca del río, no muy lejos del puente. Uno también aprende a escuchar, a calcular direcciones y distancias.

—¿Solo un disparo?

—Solo uno.

—¿Y quiénes cree que eran esas personas?

—Hombres que venían a buscarme. Eso fue lo único que necesitaba saber.

Steve abandonó Lunde aquella noche, recogió sus cosas y se fue hacia el sur. Tomó un autobús cuando se hizo de día.

—Leía los periódicos en cada lugar que podía, pero no mencionaban ningún disparo. Nada sobre John. Pensé que había desaparecido, que había sido una bala perdida, pero nunca hablé sobre él con nadie; no he vuelto a oír su nombre hasta ahora.

Eira detuvo la grabación. Tenía que ir al baño, pero no quería internarse más dentro de esa tienda abarrotada; deseaba salir de allí.

—¿Por qué no se comunicó con Kerstin? —dijo mientras Steve abría el candado de la puerta principal; le llevó un tiempo, por el temblor de las manos.

—No lo sé —respondió—. Tenía miedo. Es verdad que pude haberla llamado, pero ni siquiera lo pensé. ¿Qué sabe uno a los veinte años?

Giró la llave y abrió la puerta hacia la calle.

—¿Quiere que la salude de su parte? —dijo Eira.

Steve Larsson miró hacia el local de tatuajes de al lado, el letrero que ofrecía cerveza a un precio muy bajo, las palomas dentro de un charco de agua de lluvia.

CAPÍTULO 41

Eira tenía otro tema que tratar ahora que estaba en Gotemburgo. No había visitado a sus dos sobrinos desde que Magnus se había separado de la madre y ella se había mudado al sur.

"Nunca seré el padre que necesitan, se merecen algo mejor que yo".

Se bajó del tranvía número 9 en Hagen, la penúltima parada, y caminó por la acera. Las casas adosadas parecían terrones blancos de azúcar sobre la ladera de un cerro idílico. Unos niños paseaban en bicicleta; los siguió con la mirada, pero se dio cuenta de que eran demasiado pequeños para ser sus sobrinos.

Veronica era morena, de una belleza que la sorprendió cuando abrió la puerta que conducía hacia un revoltijo de calzado en el suelo del vestíbulo.

Eran zapatos grandes. Uno de los chicos ya era adolescente.

—Pasa —dijo ella—. Disculpa el desorden, acabo de llegar del trabajo.

Casi no se conocían cuando Veronica vivía en Kramfors. Ella y Magnus eran bastante mayores que Eira y ya se habían separado cuando nació su segundo hijo.

—Viktor aún no ha llegado a casa —dijo la mujer—. Pero Axel está arriba en su habitación. No le he contado quién eres.

—Vale —dijo Eira.

El resto de la casa se veía reluciente; la cocina era espaciosa y conducía a la sala, donde estaba la escalera que llevaba a los dormitorios del piso superior.

La situación era un poco tensa. Había llegado una tía que los chicos no conocían.

—Espero que no tengas nada en contra de que quiera tener contacto con ellos.

—No, en absoluto.

Veronica le preguntó si quería tomar algo y Eira solo aceptó un poco de agua; había comido una salchicha en el Seven Eleven de la esquina de Järntorget antes de subir al tranvía que la había llevado desde el centro de Gotemburgo.

—Así que vas a tener un hijo —dijo, y le alcanzó el vaso mirándole la tripa con una expresión que era difícil de interpretar. Tal vez pensaba que Eira sería

una progenitora tan inútil como lo había sido Magnus, pues era algo que llevaban en la sangre—. Qué bonito, debe de ser fantástico. Supongo que ya no eres tan joven. ¿Quién es el padre?

—Sinceramente, no estoy muy segura —dijo Eira—; no fue un embarazo planeado.

Veronica se rio con fuerza.

—Yo al menos supe quién era —dijo—. Pero si hubiera habido otra persona para elegir, la habría elegido.

Eira se contuvo para no decir lo que sentía realmente: "Ya lo elegiste esa vez".

—¿Los chicos están bien? —preguntó.

—Están bien. Que sepas que no les he dicho dónde está Magnus.

Hubo un estruendo cuando la mujer abrió el lavavajillas y se entrechocaron los platos. En la nevera había fotos de los niños a diferentes edades.

Magnus había estado constantemente borracho durante los primeros años y rara vez conservaba un trabajo más que unos pocos meses. Eira podía entender a Veronica y, al mismo tiempo, le resultaba imposible hacerlo.

No se puede elegir a los padres y los niños ya tenían uno. Magnus se había dado por vencido y le había cedido la custodia, pero aun así eran sus hijos.

—¿Qué saben de su padre? —Eira sabía que estaba pisando terreno minado, pero si no lo preguntaba en ese momento, ¿cuándo lo haría? Ella llevaba a su primo en el vientre; los hijos de Magnus eran los familiares más cercanos que iba a tener su bebé—. Deben de tener recuerdos de él.

Veronica no dejaba de recoger platos y pasaba de un lado a otro dándole la espalda para guardar cosas en los armarios.

—No te haces una idea de lo feliz que me siento de vivir a cientos de kilómetros de distancia —dijo, y volvió a hacer ruido—. A veces les escribe, pero primero leo yo las cartas. Les dice que los echa de menos y que los quiere, y que cuando venga irán juntos al parque de atracciones y bla, bla, bla. A veces no les doy sus cartas y las tiro a la basura. Nunca sabrán que su padre ha matado a una persona, por eso les miento sobre su apellido; le digo a Viktor que está equivocado cuando cree que su padre se llama Sjödin.

—Magnus no lo hizo —dijo Eira.

—¡No digas tonterías! No son ideas mías, leí sobre el juicio.

—Mintió.

—Lo siento, ¿por qué eso no me sorprende? Magnus siempre ha mentido. La primera vez que estuvimos juntos tal vez fue fiel, no lo sé, pero sé que no lo fue

después. Mintió acerca de la bebida. ¿Debo contarte todas las veces que me mintió a lo largo de los años?

Cuando Eira vació el vaso de agua, se le atascó una burbuja en la garganta porque había tragado mucho aire. Tuvo que ahogar un eructo.

—Si te sientas, te contaré lo que ocurrió realmente —le dijo.

Veronica se quedó inmóvil con un batidor y unas cucharas en la mano.

—Comprendo que lo quieras defender, pero tal vez es hora de terminar con esto. Ya no eres una niña.

Había diferentes maneras de tratar a una persona. Por lo general, Eira hablaba tranquilamente y en voz baja, en un tono que pocas veces se imponía o quería superar al de la otra persona, como era su estilo; pero después de años en la profesión, había adoptado otro tono que era más eficaz para acabar con la queja constante.

—¡Siéntate!

Veronica obedeció.

Eira le contó toda la historia de lo ocurrido veinticinco años antes, sin cuidar su propia reputación ni la de Magnus.

Le contó cómo él había ido en moto hasta el viejo aserradero, celoso porque sabía que Lina Stavred estaba allí con otro chico. Cómo se confundió y se lanzó sobre Kenneth Isaksson creyendo que la estaba violando; cómo terminó en desventaja en la pelea y estuvo cerca de morir estrangulado, hasta que Lina le aplastó al chico un tubo de hierro en el cráneo. Juntos sepultaron el cuerpo bajo los restos del embarcadero y, luego, Magnus ayudó a Lina a escapar de Ådalen en su propia moto. Les hicieron creer a todos que Lina había muerto aquella noche y dejaron que la policía acusara a una persona inocente, un chico de catorce años llamado Olof Hagström. Las cosas quedaron así durante décadas, hasta que Olof regresó a Ådalen, hacía tres años, y la policía encontró los restos de Kenneth Isaksson en Lockne.

—Magnus cree que fue culpa suya, por eso confesó el homicidio involuntario. Sacrificó su vida para proteger a Lina.

—¿Por qué?

—Si él no hubiera ido a Lockne, nada habría pasado. Creo que él piensa que destruyó dos vidas aquella noche, sin contar la suya propia y la de Olof Hagström. —La mirada de Eira quedó atrapada en las fotografías que mostraban primero a unos pequeños bebés regordetes, luego unas sonrisas desdentadas de siete años y, finalmente, los cuerpos desgarbados de unos

adolescentes—. Es difícil calcular cuántas personas resultan afectadas por un crimen.

—Espera un poco, necesito pensar. —Veronica movió la silla frente al extractor y cogió un paquete de cigarrillos del armario—. ¿He entendido bien? ¿Magnus sacrificó a sus hijos por el bien de una exnovia que no ve desde los diecisiete años?

—Es un poco más complicado que eso —dijo Eira.

—¿Y qué hay de ti? —Encendió el cigarrillo y el extractor—. Tu querido hermano puede decirte lo que quiera y tú lo defiendes sin importar cuánto mal haya hecho.

—Esto no tiene nada que ver conmigo —dijo Eira. Quería refutarle ese comentario, pero sabía que era cierto.

—No, es verdad —dijo Veronica—. Tiene que ver con Axel y Viktor, y que no voy a dejar que crezcan en medio de esa familia de locos. Me importa una mierda lo que es verdad o no. Quiero que mis hijos estén rodeados de gente en la que puedan confiar y que los tengan como prioridad a ellos en vez de a una vieja novia de hace años.

Veronica sonrió, tal vez por primera vez desde que Eira había llegado.

—¿Sabes que ya tienen acento de Gotemburgo?

CAPÍTULO 42

Un disparo perturbó el silencio del amanecer, seguido del movimiento suave del agua cuando el tirador remó hacia la playa. Lina estaba en cuclillas detrás de un árbol. El cazador quedó a menos de treinta metros de ella cuando bajó del bote. Se calzó las botas y arrojó una vara con un gancho en el extremo para tirar del cuerpo inerte del animal.

Un castor, por supuesto. Linda vio las impresionantes marcas de dientes en los árboles jóvenes y la ingeniosa construcción sobre la orilla.

Algo la hizo acercarse más. Admiración y, al mismo tiempo, repugnancia por la sangre que se diluía en el agua del arroyo, el hedor de la carne. El cazador se había inclinado sobre su presa y le hizo un corte, seguramente en busca de las glándulas anales, donde se almacena el castóreo. Recordó que unos chicos le habían propuesto cazar castores hacía mucho tiempo porque se trataba de una sustancia exquisita y codiciada. ¿Se hacían licores con ella, o era perfume? ¿Tal vez algo afrodisíaco?

El hombre tenía exceso de peso, los pantalones se le habían bajado y se le veía el pliegue de las nalgas. Respiraba con dificultad y no se dio cuenta de su presencia. Lina se ocultó detrás de unas raíces. El castor seguramente habría percibido su aroma, pero como estaba muerto no había mucho que pudiera hacer. El hombre estaba ocupado cortando el pelaje y hundiéndole las manos en el vientre, y había colocado el arma en el suelo frente a él. Un rifle de cerrojo, de los que se utilizan para disparar a los alces.

A Lina le zumbaban los oídos. El castor habría oído el latido de su corazón.

La cola plana del animal hizo un ruido en el aire cuando el hombre volvió el cuerpo con los antebrazos llenos de sangre.

Una vez que Lina se movió, todo ocurrió muy rápido. La reacción del hombre fue demasiado lenta al oírla; para entonces, ya era demasiado tarde.

—¿Qué cojones…? Joder, me has asustado.

Todos los hombres cometían ese mismo error: veían a una mujer y creían que estaban a salvo. Pero justo cuando se dio la vuelta, Lina le aplastó el cráneo con una roca. No lo hizo tan fuerte como para matarlo, solo para que perdiera el

conocimiento y cayera. Una vez en el suelo, intentó levantarse, pero ella se lo impidió pateándole el brazo, le quitó el rifle y salió corriendo.

—Espera, ¿qué mierda estás haciendo? ¡Vuelve!

El grito lastimoso del hombre se hizo cada vez más débil en medio del bosque hasta que Lina no oyó otra cosa más que el ruido de sus propios pies sobre el suelo. Cuando percibió los sonidos de los coches en la carretera, ocultó el arma dentro de la chaqueta. Sacó un cepillo y se arregló el cabello. Una mujer desarreglada que salía corriendo del bosque podía despertar reacciones extrañas, evocaba antiguas leyendas que tenían que ver con duendes y elfos.

Lina se detuvo junto al borde de la carretera y levantó el pulgar para hacer autostop. Se frotó para quitarse algo que tenía entre los dientes. Al que se detuviera, le sonreiría y le diría: “Parece que este año habrá muchas bayas”.

CAPÍTULO 43

Lo recuerdas, mamá, yo sé que lo recuerdas. Está allí dentro en algún lugar. Ayúdame, ¿qué puedo decir para llegar a ti?

Eira le sostenía las manos a su madre, tan delgadas y venosas, intentando captar y sostener su mirada. Los ojos intensamente claros de Kerstin habían cambiado a un color más turbio, como el agua profunda, difícil de definir.

—No sé qué decirte al respecto.

Eira esperó, pero su madre no dijo nada más. Le mostró la fotografía que había hecho con el teléfono de la foto original de Skogsnäs. Steve tenía el mismo cabello largo que ahora, solo que moreno en lugar de gris; era delgado, llevaba una camisa bordada.

—Se llamaba Steve Carrano. Estuvisteis juntos varios meses. ¿Lo querías?

—Esa no soy yo.

—No, no estás en esta foto. —Eira amplió la imagen para que no pudiera ver a la esposa de Steve, que estaba a su lado—. Pero lo conociste algunos años antes. Creíste que te había abandonado porque no te quería, pero no fue por eso. Tenía miedo. ¿Escuchas, mamá? No fue tu culpa, tú hiciste todo bien.

Kerstin le dio una palmada en la mano.

—Sí, sí, está bien así —le dijo, pero sus ojos decían otra cosa.

Eira creyó distinguir una reacción, un recuerdo que había mordido el anzuelo antes de soltarse y desaparecer. Una congoja que podía deberse a la tristeza por no recordar o a algo que de verdad había recordado.

—Yo no me olvido de nada. —Se golpeó la frente—. No dejaré que ellos piensen eso.

—¿Estás hablando de Steve? ¿Qué es lo que no olvidas, mamá? ¿Qué es lo que recuerdas?

Kerstin movió la cabeza, volvió a tomar el tenedor y escarbó entre las migajas de tarta y los restos de crema del platillo casi vacío.

CAPÍTULO 44

—Am I talking to police *investigator Shoe-din?*

La llamada telefónica desde California se había coordinado previamente. Eira cerró la puerta de su oficina y comenzó a pensar en inglés sobre los términos del caso.

—Debe comprender que esto ha sido una sorpresa para mí —dijo el hombre del otro lado de la línea—. Mis padres me dijeron que John había muerto en Vietnam; yo era muy pequeño para comprender algo más.

Frank Aiello era el menor de los cinco hermanos de John, tres hombres y dos mujeres. Tenía solo ocho años cuando su hermano mayor había sido reclutado. Ahora tenía más de sesenta.

La policía de los Estados Unidos había contactado con él en Los Ángeles para notificarle oficialmente la defunción. Frank se había tomado tiempo para intentar comprenderlo todo, pero al parecer aún no lo había logrado.

—¿Suecia?, les dije. Me quedé allí de pie, como un tonto, diciéndoles que no podía ser verdad. Por eso la llamé, espero no molestarla.

—Por supuesto que no —dijo Eira—. Estoy contenta de que haya llamado. No ha sido nada fácil saber algo acerca de… su hermano. —Había estado a punto de decir "el hombre del río".

La palabra "hermano" no era un término sencillo; contenía tristeza y desesperación, un anhelo de reparación y una carencia que ella conocía muy bien.

—Quiero saber todo lo que pueda contarme —dijo él—. Y me refiero a todo. Posiblemente suene raro, pero mis padres nunca me hablaron de John.

Eira se tomó un momento para pensar las palabras adecuadas. No estaba acostumbrada a mostrar consideración en inglés, a pasar del lenguaje técnico policial a otro que mostrara más compasión por un familiar de una víctima.

—Yo estaba presente cuando sacamos del río el cuerpo de su hermano —comenzó a decir—; lo encontró un grupo de buzos. La autopsia demostró la posibilidad de que le hayan disparado por la espalda a comienzos de septiembre de 1968.

No era necesario contarle que el día anterior había ocurrido una explosión en Sundsvall, un ajuste de cuentas del submundo criminal que les había dejado sin personal disponible, y que por eso la muerte de su hermano había pasado a ser la última prioridad.

—Lamentablemente, debo contarle que el crimen prescribió; aun cuando podamos resolverlo, el culpable no irá a juicio.

Frank Aiello carraspeó del otro lado de la línea. Su voz sonaba ahogada y hablaba despacio, como si cada palabra tuviera un peso propio.

—Siempre supe que mi hermano estaba muerto desde hacía mucho tiempo. Pero quién era él, qué pensaba, qué era mentira y qué era verdad son cosas nuevas para mí.

Eira abrió su libreta de anotaciones para recordar las conversaciones con los implicados.

—Lo que pude averiguar se remonta a junio de 1967, cuando John decidió escapar de la base militar de Kaiserslautern en Alemania —explicó.

Le contó la huida y la tormenta, el barracón de Tantolunden y los obreros de Norrland, los desertores que llegaron en masa a Suecia y la granja de Torsåker donde cultivaban nabos; le mencionó lo que John había dicho sobre la libertad.

… just a dream, a breath in the wind.

Oía la respiración de Frank cerca del teléfono, irregular y tensa, como si intentara contener algo. El llanto, tal vez.

—Perdone, pero siempre he creído que yo era el único renegado, ya sabe, el que no encaja, la oveja negra de la familia —dijo.

Tenía pocos recuerdos de su hermano mayor. Pequeñas cosas solamente, como cuando en un cumpleaños recibió de regalo guantes de boxeo, *I'm gonna teach you, little tiger, don't ever let them get to you*. Otra ocasión en la que John lo llevó a The Pike, el área de embarcaderos a lo largo de Long Beach, solo a él y nadie más, y fue el último recuerdo antes de que su hermano entrara en el ejército. Al paseo junto al océano lo llamaban "el camino de las mil luces", donde había tiovivos y estaba la montaña rusa más extraordinaria que nadie haya visto. Frank aún conservaba la impresión de que John era más amable que sus otros hermanos, pero no podía estar seguro; tal vez lo creía porque John había muerto y nunca había podido verlo con ojos de adulto. ¿Qué puede saber un niño de ocho años? Los recuerdos de la infancia deben ser compartidos y comparados, para eso están los hermanos, pero John se había transformado en un fantasma al que nadie nombraba. Ni siquiera había fotos

de él en la casa. Frank había aprendido que la tristeza era no poder mencionar a alguien que estaba muerto. Ahora comprendía que se trataba de otra cosa: estaban callando una verdad, una vergüenza intolerable.

Tener un desertor en la familia era, para sus padres, como si el mismísimo Satanás se hubiera metido en esa casa de Long Beach, o como si Dios hubiese querido poner a prueba su fe, inamovible como las montañas.

—Imagino que la reacción al enterarse debió de haber sido peor que el Gran Terremoto de 1933, pues todo su universo se hizo pedazos.

La familia pertenecía a la Cruzada Cristiana Anticomunista que tenía su cuartel general en Long Beach. Se trataba de un movimiento evangelista que se dedicaba a luchar contra el Peligro Rojo; organizaban actos y se presentaban en televisión. También colaboraban con los militares en las revoluciones que se hacían en países como El Salvador, y contaban con Ronald Reagan y John Wayne entre sus simpatizantes.

Después de recibir la noticia de la muerte de John, Frank había llamado a su hermana mayor, con quien rara vez estaba en contacto.

—Al principio, Catherine se quedó muda. Fue entonces cuando comprendí que ella lo había sabido desde siempre. Ella ignoraba que John había viajado a Suecia, eso fue una novedad para todos, pero sí sabía que había desertado.

Esa hermana estaba presente en 1967, cuando los militares fueron a su casa, y se había escabullido para espiar, a pesar de que sus padres los habían enviado a todos a sus habitaciones.

—Escuchó cuando nuestra madre se puso a llorar y dijo que John había dejado de ser su hijo para convertirse en un enemigo del país. Catherine nunca cuestionó las mentiras que les dijeron. Ahora yo casi no tengo contacto con mis hermanos, pero ella a veces me llama para intentar llevarme por el buen camino. Según ella, todos ellos se han puesto de acuerdo y no quieren tener nada que ver con esto. Lo que sea que haya ocurrido fue la voluntad de Dios, un castigo porque John traicionó a su país.

—Lo siento —dijo Eira.

—Gracias, lo valoro mucho.

El silencio que siguió entonces la hizo recordar el minuto de silencio que se hace en señal de respeto por la muerte de alguien. Esperó a que Frank retomara la charla.

—Si John los llamaba por teléfono, cortaban de inmediato y comenzaban a rezar; también quemaban sus cartas —continuó.

—Eso explica por qué nadie denunció su desaparición.

—Para ellos, él ya estaba muerto.

Eira se preguntó si sería correcto hablarle sobre los hombres que habían ido a buscarlo. Eran cosas que normalmente se mantenían ocultas por cuestiones técnicas de la investigación; existía un cierto resquemor por compartir información no confirmada.

—Quisiera traer a casa a mi hermano —dijo Frank Aiello.

—Por supuesto —respondió Eira—. Lamento que esto haya llevado tanto tiempo. Se encuentra en una ciudad que se llama Umeå, un poco más al norte; puede venir cuando quiera.

—Me alegra que hayan podido identificarlo, gracias.

—Hay una cosa más.

Él pareció haber comprendido su duda de inmediato.

—Dígamelo, no importa qué sea —dijo él—. He trabajado mucho tiempo como periodista, cubrí varias investigaciones policiales en Los Ángeles y he visto muchas cosas, aunque fue hace mucho tiempo.

—Tengo un testigo que asegura que su hermano pudo haber trabajado para la CIA.

—¿Cómo dice?

Eira repitió lo que acababa de decir y se hizo silencio del otro lado de la línea.

Se dio cuenta de que mientras hablaban habían llegado siete correos electrónicos. Todos trataban de la explosión en cuya investigación preliminar estaba implicada como una más de las tareas que realizaba desde casa: se habían hallado pistas que conducían a una de las redes criminales de Estocolmo.

—Me parece extraño —dijo Frank Aiello finalmente—. ¿Por qué habría desertado y tomado distancia de la guerra para luego cambiar de bando? ¿Pudieron haberlo obligado?

—O tal vez le prometieron un castigo más leve si volvía a casa.

Se oyó una risita del otro lado del Atlántico.

—Considerando lo que le esperaba a John en casa cuando regresara, hubiera sido preferible un juicio militar.

—Como dije, solo es algo que me contaron.

—Si así fue, mis padres no lo sabían. Habrían colocado el retrato de John en un altar rodeado de velas para venerarlo.

CAPÍTULO 45

Cuando Allan escuchó los rumores, por la noche y un poco borracho, primero había creído que se trataba de las tonterías de siempre. Chismes y habladurías.

"¿Has oído que ese tipo trabaja para la CIA? Es seguro, me lo dijo una fuente fidedigna".

¿Espías estadounidenses en Lunde? Parecía una broma pesada que querían hacer en contra de sus convicciones. Se burlaban de él a sus espaldas.

Si repetía el rumor, la gente creería que se había vuelto loco de verdad, que estaba para que lo encerraran en el manicomio de Gådeå con chaleco de fuerza y tiraran la llave.

Allan ya había perdido el control varias veces durante aquel verano, especialmente cuando bebía. Pero, joder, uno de sus camaradas lo había visto llorar en el jardín de su casa: "Tengo novia y tendremos un hijo. Debemos poder llevar una vida juntos".

Sus camaradas le habían dicho que debía comportarse, que eran imaginaciones suyas, que no ayudaba mucho a Maarit y al niño que bebiera tanto y acusara a todo el mundo a cada rato.

—¿Entonces tendré que doblegarme? —había dicho Allan—. ¿Cerrar la boca? ¿Renunciaré a mis convicciones, como lo hacen quienes ahora se han dado por vencidos porque tienen un plato de comida en la mesa? ¿Como C. H. Hermansson y los demás socialistas de domingo que van adonde los lleva el viento? ¿Acaso debo estar agradecido porque no me han enviado a un campo de trabajos forzados? ¿Eh? ¿Eh? Decidlo de una vez, ¿vosotros también tenéis ya la tripa llena?

¿Cómo coño se suponía que harían la revolución si sus propios cimientos, el Partido Comunista, se están hundiendo aún más rápido que un barco averiado?

Aquel verano mantuvo contacto con algunas personas que aún querían lograr la revolución. Se hablaba en voz baja del tema, pero con la confianza de que la Unión Soviética había prometido apoyar a los que querían volver el partido

hacia el rumbo correcto, un grupo con un nombre del que nadie sospecharía. Lo habían llamado "Comité de Bienestar". Nadie podría imaginar lo que se ocultaba detrás de ese nombre.

Allan pensaba que llegarían otros tiempos, incluso cuando caía hundido en la resaca mientras esperaba a que se izara la bandera de la dársena que señalaba que había puestos de trabajo disponibles. El astillero había reducido el personal durante la última parte del verano. Dada la situación, lo más apropiado hubiera sido recoger sus cosas y renunciar; había menos tráfico en el río y los aserraderos estaban cerrando. Incluso había rumores de que lo mismo ocurriría en Marieberg, aunque no parecía muy factible.

Bolígrafo en mano, había tratado de encontrar sin éxito las palabras adecuadas; él no era como Maarit, cuyo talento para construir las frases más bellas y hacerlas sonar como cantos no lograría igualar. De pronto, oyó un silbido; al mirar hacia arriba, vio que izaban la bandera. Inmediatamente corrió en busca de la vieja y oxidada bicicleta de su padre, pues la suya había ido a parar directa a una zanja en una de sus borracheras.

Fue el último en la cola y no consiguió trabajo, de modo que terminó vagabundeando. Uno de esos días, a finales del verano, había conocido a los estadounidenses. Allan ya sabía que se trataba de los desertores que habían huido de Vietnam hacia Lunde. Venían directamente de la guerra, algo impresionante, sin duda, aunque supo luego que al menos dos de ellos habían huido incluso antes de haber sido enviados a Asia. Si hubiera sabido algunas palabras de inglés, habría podido preguntarles algo, pero nunca habían compartido el mismo equipo de trabajo. Alguien le había dicho que hablaban un poco de sueco, pero no era suficiente. Se parecían a los hippies y revolucionarios burgueses de la televisión, gente que en realidad no había trabajado ni una sola vez en su vida.

Ese día Allan estaba nervioso por la falta de trabajo y había ido hasta la Casa del Pueblo, donde vio sentados en las escaleras a algunos dirigentes socialdemócratas y sindicalistas.

Como siempre, se inició una discusión y las voces se elevaron para imponer sus opiniones. Él quería decirles un par de cosas a esos traidores que se habían humillado frente a los empleadores para acordar cierres y despidos. Tal vez alguno de ellos había difundido los rumores sobre quiénes eran comunistas.

Recordó que le pidieron que se callara, que uno de sus conocidos le hizo señas y le susurró algo al oído.

—¿Te has enterado de lo del estadounidense? Uno de los desertores, el moreno, el que parecía italiano. No es quien dice ser.

Lo había escuchado de fuentes fiables.

Allan primero se había reído, pero por la noche, después de beber algunas cervezas y comer algunas salchichas, había entendido la gravedad del asunto cuando su mente asimiló que lo más extraño también era lo más posible. No se podía quedar indiferente ante eso.

Había lacayos del presidente Lyndon Johnson que habían llegado hasta la puerta de su casa.

Más tarde, marcó un número de teléfono con un dedo tembloroso. Una de las pocas llamadas de larga distancia que había hecho en su vida.

CAPÍTULO 46

Eira logró encontrar a Shirin ben Hassen en medio de su hora de almuerzo en el comedor de la planta baja. Calentó su recipiente de *goulash* y se sentó con ella en un rincón.

Shirin había enviado al laboratorio de Linköping las muestras de las pruebas de la explosión que había ocurrido el día anterior y les había pedido que por favor aceleraran el proceso.

—De lo contrario, alguien se las arreglará para vengarse del primer atentado, y luego los demás se vengarán de eso, y quienquiera que haya colocado la bomba quedará hecho pedazos en el suelo.

El explosivo se había colocado en la entrada de un edificio de apartamentos. Una chica de once años que salía a pasear el perro estaba en cuidados intensivos. Un antiguo miembro de una banda de moteros figuraba con domicilio en esa dirección, pero tal vez era solo un engranaje diminuto de la maquinaria delictiva. Había vínculos con varios tiroteos en Estocolmo y conflictos por quién dirigía el tráfico de drogas a Sundsvall. A medida que la competencia crecía en las grandes ciudades, los precios bajaban, lo que significaba que Norrland se había vuelto cada vez más valiosa para las bandas criminales.

—Hablé con el hermano menor de John Aiello —comentó Eira—. Está muy agradecido porque le informamos de lo que ocurrió con su hermano.

—Valió la pena, entonces —dijo Shirin.

Eira sonrió.

—Valió la pena.

Pudieron haber cometido excesos y errores, pero no había sido por no haber trabajado lo suficiente.

—Entonces, tal como van las cosas, ¿hay alguna posibilidad de que podamos resolverlo? —preguntó Shirin.

Eira buscó un trozo de carne en la salsa, pero solo había hortalizas húmedas. Su sensación dominante era que estaba dando vueltas en círculos. Seguía descubriendo nuevos detalles sobre su madre, sobre aquella época y la guerra,

pero se preguntaba si eso la había acercado más a encontrar al asesino. A veces le parecía que trabajaba en el caso más por interés personal que profesional.

—No lo sé —dijo—. Estoy satisfecha de haberlo identificado, pero tal vez sea lo más lejos a lo que podamos llegar.

—No creí que fuera tu estilo deprimirte y darte por vencida.

Eira apartó el guiso que había comido a medias, las patatas sosas y pasadas del plato que había comprado en la tienda. Había dejado de cocinar y congelar las sobras en el momento en que su madre se trasladó a la residencia. Otra cosa más que añadir a la larga lista de cosas que debería hacer mejor: recordar que ya no estaba sola.

—¿Café?

—Voy a buscarlo —dijo Shirin e hizo ademán de levantarse.

—Yo puedo hacerlo —la detuvo Eira.

Cuando regresó con un café solo y su cortado con leche de avena, porque ya no lo toleraba solo y la leche de vaca aparentemente no era saludable, Shirin le pidió hablar sobre el caso.

—¿Tienes tiempo?

—No, pero, según la ley, tengo derecho a un cuarto de hora más de almuerzo.

El resumen informativo fue rápido, ya que Eira pasó por alto los detalles sentimentales y personales para concentrarse en la noche en que dos hombres desconocidos habían llevado a John Aiello hacia el bosque y en el disparo que había escuchado Steve.

—¿Y a qué distancia queda el puerto de allí? —dijo Shirin—. Suponiendo que el novio de tu madre tenga buena memoria y diga la verdad.

—No muy lejos. —Eira creyó ver con sus propios ojos el camino de grava que se extendía a un lado del puente de Sandö y pasaba por delante de las casas hacia la capilla Bethania, donde comenzaba el bosque—. Tal vez a cien o doscientos metros, pero hay que pasar por delante de varias casas; no parece probable que lo hayan llevado por allí.

—¿Se puede llegar en bote?

—Sí, está bastante cerca también.

—Entonces, fueron a buscar un bote —dijo Shirin—. Tenían uno o lo pidieron prestado. ¿Los amarraban con cadenas en aquella época?

No era difícil imaginar la sucesión de los hechos. Primero habían cargado el cuerpo de John Aiello por la playa; era septiembre y ya estaba oscureciendo.

Luego, seguramente remaron despacio, para no ser oídos, y en algún lugar a lo largo del camino o en el agua se dieron cuenta de que necesitaban un lastre para hundir el cuerpo. Entonces, entraron en la zona del astillero, que estaba abierta y no tenía vigilancia; por lo tanto, resultaba fácil escabullirse entre las embarcaciones y ocultarse detrás de los grandes barriles. Eira recordaba el lugar de las fotografías en blanco y negro expuestas en la Casa del Pueblo.

—Debían de haber estado familiarizados con el astillero —dijo ella—. Sabían qué embarcación tomar de las que estaba allí. Parece demasiado arriesgado que se hubieran atrevido a fisgonear por el lugar sin tener un plan, especialmente si tenían que encubrir un asesinato. ¿Por qué correr riesgos?

—Entonces, ¿uno de ellos sería un lugareño?

—Al menos uno.

El teléfono de Shirin parpadeó; ya no podía prolongar más la hora de almuerzo. Se levantaron de la mesa, tiraron los restos de comida a la basura y subieron la escalera.

—Volví a leer el informe de medicina forense y lo que escribiste —dijo Eira, jadeando por el esfuerzo de mantener el ritmo. No se había decidido a empezar la gimnasia para embarazadas, a pesar de estar acostumbrada a los entrenamientos exigentes—. ¿Hay algo que deba saber que no haya visto? ¿Algo que hayas estado pensando?

Shirin se detuvo con la tarjeta de seguridad de su departamento en la mano.

—He estado pensando en el ángulo de la bala, el que describiste como un tiro en la nuca. Por supuesto que es correcto, la bala entró por allí, más precisamente entre la primera y la segunda vértebra, pero las palabras pueden ser engañosas.

—¿Qué quieres decir?

—¿En qué pensaste cuando dijiste "un tiro en la nuca"?

—En una ejecución —respondió Eira—. Según el informe forense, la bala entró desde arriba en forma inclinada. Me lo imaginé de rodillas y el arma apuntándole a la base del cráneo.

—Exacto —dijo Shirin—. No hemos hablado de eso porque pusimos toda la atención en identificar a la víctima. Pero si una persona intentara huir, por ejemplo, observaríamos el mismo ángulo si estuviera corriendo por una pendiente, o si el tirador fuera mucho más alto…

—John Aiello medía casi dos metros.

—El asesino debió de haber sido un muy buen tirador entonces, o alguien

que disparó por desesperación y tuvo suerte de acertar. Esas cosas pasan.

Shirin abrió la puerta y Eira la siguió hacia el departamento de los técnicos forenses, en la parte trasera del edificio principal.

Shirin tenía razón en que no habían revisado el caso de la manera habitual, examinando las pruebas forenses en detalle. Durante las presentaciones y en las conversaciones con Silje los informes siempre eran breves. No se habían comentado ideas ni unificado criterios, aunque tampoco había tiempo para eso mientras el crimen organizado repartía artefactos explosivos por toda la ciudad. De hecho, Eira no quería hacerle perder el tiempo a nadie con una antigua investigación de homicidio que probablemente no se podría resolver. Estaba decidida a hacerse cargo del caso sola, ya que no la estaban empleando para otra cosa.

—Una bala de nueve milímetros —dijo—. ¿Qué piensas de eso?

La vértebra estaba muy dañada, pero habían podido determinar el tamaño de la bala por el orificio de salida, en el esternón.

—Que el arma puede ser militar —dijo Shirin—. Aunque no necesariamente.

—¿Estadounidense?

—Es posible. Las fuerzas policiales de allí utilizan balas de nueve milímetros, tal como en Suecia. Los alemanes fueron los primeros, con las Luger. ¿Sabías que el Ministerio de Defensa compró esas balas como reservas de emergencia a los nazis en 1939, cuando estaba a punto de comenzar la guerra? Después, los fineses desarrollaron una variante propia y la Unión Soviética patentó el cartucho Makarov a principios de la Guerra Fría. Ojalá tuviéramos un casquillo…

CAPÍTULO 47

Eira había caminado muchas veces por ese sendero. En el claro del bosque que ahora se había vuelto a cubrir de vegetación, su padre le había mostrado un árbol especial con inmensas raíces que se elevaba sobre el suelo y señalaba la puerta de entrada al inframundo.

Siempre escuchaba la voz de su padre en esos lugares llenos de piedras, maderos y las ruinas del aserradero, y los relatos que hablaban sobre cosas invisibles.

Aunque la Iglesia había hecho un gran esfuerzo por erradicar las creencias populares y las supersticiones con la caza de brujas del siglo xvii, no lo había conseguido. Hasta el año 1930, la gente aún seguía los rituales para "enraizar" a los niños. Si colocabas a tu hijo recién nacido bajo las raíces de un árbol especial y al mismo tiempo pronunciabas las palabras que habían circulado de generación en generación, el niño quedaba protegido de las enfermedades y la muerte prematura. El abuelo paterno de Eira había sido uno de los últimos en ser "enraizados" allí, lo cual no impidió que quedara lisiado a causa de la polio y estuviera cerca de morir de fiebre escarlatina. Eira no estaba segura de cuál era el lugar exacto; la vegetación había crecido mucho y el lugar había cambiado, además de que no se había preocupado por conservar ni un solo recuerdo. Se trataba de un conocimiento antiguo que se transmitía de la misma manera que la ubicación del mejor campo de arándanos.

Eira soltó a Canalla y dejó que corriera libremente por la tierra mojada mientras ella intentaba orientarse. ¿En qué dirección podría estar ese establo donde pasaban las noches los desertores? Siguió por diferentes senderos hasta que aparecieron las primeras casas detrás de los árboles. Posiblemente había sido demolido, tal vez encontraría los cimientos si buscaba debajo de la maleza que había crecido desde aquel entonces, si algún artista no lo había remodelado para convertirlo en un taller o en una casa de huéspedes para el verano.

Al menos podía tener una idea de la distancia y la percepción de la escena del crimen. Quienes se habían llevado a John Aiello no habían tenido que andar mucho para ocultarse en el bosque y la oscuridad del otoño. Había entre cien y

ciento cincuenta metros hasta la casa más cercana, el bosque no era más grande que eso. ¿Qué podía haber pensado la persona que oyó el disparo, en una comunidad donde todos tenían un arma de caza? Era muy posible que ni siquiera reaccionara, en especial a principios de septiembre, cuando comenzaba la temporada de caza del alce.

Eira se detuvo en una cuesta abrupta que descendía hacia el camino de grava que corría en paralelo al río. Si Shirin tenía razón, ¿fue allí hacia donde había intentado huir el hombre? Si lo habían atrapado, tal vez se liberó, y salió corriendo cuesta abajo con la vista en las casas más alejadas. En septiembre aún no estaba del todo oscuro, no cuando había tanta más gente viviendo en la zona. Debía de haber luces en las ventanas, posiblemente incluso una farola que delatara su silueta.

Encontró un sendero menos abrupto y llamó a Canalla, que estaba rodando en la hierba; el calzado de Eira estaba mojado por la humedad del verano incipiente. Se detuvo bajo la arcada de un puente en el camino de grava. Ese lugar siempre le daba la misma sensación de asombro. Durante la adolescencia solían competir para ver quién se atrevía a escalar hasta arriba y alcanzar los tramos más altos del puente. Era fácil llegar hasta abajo sin ser visto.

Tal vez hubieran tomado el camino que conducía hacia el puerto; no estaba muy lejos de allí, y después tal vez remaron en la oscuridad. Subieron el ancla a bordo.

A nadie le habría llamado la atención que un bote cruzara el río; no era nada extraño, se trataría de un pescador o un trabajador de regreso a su casa de Sandö.

Dejó que Canalla retozara en la orilla del agua un momento, como era habitual, y se quedó a observar la llegada de la noche a medida que bajaba el sol.

Pudo haber ocurrido exactamente así. Era un escenario absolutamente posible, incluso el momento de hundir el cuerpo de John Aiello bajo el azul resplandeciente del agua.

La pregunta era ¿por qué?

¿Quién o quiénes?

Era vertiginoso pensar que la política internacional estaba implicada. ¿Los poderes mundiales de la Guerra Fría desplegados allí, en Lunde?

Eira sintió un dolor sordo en el suelo pélvico, a pesar de que había caminado una distancia ridículamente corta.

Una o varias personas habían remado por el estrecho o hacia el otro lado de la playa. Las imaginó desvaneciéndose como las nubes o la niebla. Con el correr de los años debieron de haberse sentido confiadas de salirse con la suya. Tal vez aún estaban con vida.

CAPÍTULO 48

Hacía mucho tiempo que The Pike había sido demolido y se había cubierto la playa que rodeaba el parque de atracciones de Long Beach. La enorme montaña rusa había sido desmontada cuando Frank Aiello tenía nueve años. En aquella época él no entendía por qué ocurrían esas cosas. La versión oficial era que la *Cyclone Racer* debía dejar lugar a las nuevas carreteras y al *Queen Mary*, el transatlántico que era una versión más joven y potente del *Titanic* y que quedaría amarrado para siempre allí, convertido en un hotel. Era emocionante ver el tamaño del barco y pensar en el iceberg y en todos los que habían muerto en altamar, pero no era el verdadero *Titanic* y no era la desaparecida *Cyclone Racer*, que tenía dos pistas paralelas y curvas que subían hasta al cielo. Aún recordaba la sensación en el estómago que lo obligaba a gritar a todo pulmón, algo que no podía hacer en ningún otro lugar.

Era ridículo, pero a los 63 años aún la echaba de menos. La montaña rusa de los años treinta había sido una obra maestra arquitectónica construida en madera, un fenómeno que comprendió cuando se hizo adulto y ya no existía, cuando la construcción de Disneylandia, a doscientos kilómetros de allí, ya había superado a los lugares más desfavorecidos como The Pike, donde todos eran bienvenidos, con o sin dinero. Hasta un chico de veinte años que quería escaparse con su hermano pequeño para mostrarle el mundo exterior.

Recordó la mano más grande de John sobre la suya cuando subieron al carrito de la montaña rusa. Durante los últimos días, Frank había llorado como un niño por la muerte de su hermano. Imaginó que debió de llevarlo allí en secreto. Había sido de noche, porque quería demostrarle por qué llamaban a The Pike "el camino de las mil luces". Los diferentes colores de las bombillas le iluminaban la retina al cerrar los ojos. Recordaba la música y los gritos; su madre nunca le habría permitido ir allí. Todos sabían qué clase de personas iban al parque de atracciones por las noches: apostadores, stripers y tatuadores. Si Satanás hubiera ido a Long Beach, se habría sentido como en casa en The Pike.

Frank condujo a través del puerto lleno de contenedores, kilómetros y

kilómetros de cajas de chapa apiladas una sobre otra, y luego giró en Queensway Drive, tal como se llamaba ahora. Salió del coche para evocar más recuerdos: alguna otra cosa que John hubiera dicho, cómo se sentía, la emoción, el miedo, ¿ya tenía entonces la intención de huir?

El algodón de azúcar y las palomitas habían desaparecido hacía tiempo, pero el olor a aceite seguía allí, el mar, las lágrimas que le nublaban tanto la vista del *Queen Mary*, que era como si hubieran vuelto las luces parpadeantes, los colores, su mano pequeña en la de John.

El segundo de los hermanos Aiello, Mike, vivía en la casa familiar de la avenida Gundry. Frank estaba de pie del otro lado de la calle reflexionando sobre cómo la vida había dado un giro completo. Todo estaba igual, excepto el letrero de la alarma y la valla de seguridad. Incluso la pintura amarilla era la misma, aunque la madera debía de haber sido repintada en algún momento. Los árboles parecían más altos de lo que recordaba, pero los arbustos estaban tan bien podados como siempre.

A través de su hermana, Mike había hecho saber a Frank que cualquier conversación sobre la organización de un funeral quedaba descartada. Está enfadado, había dicho Catherine. Mike siempre había estado muy orgulloso de su hermano por haber luchado contra los comunistas en Vietnam, y el año pasado había sufrido un pequeño derrame cerebral.

"Déjalo en paz. Ni una palabra sobre el tema. No tienes derecho a hacerlo, yo tengo los papeles, estamos todos de acuerdo. No va a descansar allí".

Se abrió la puerta principal y salió una mujer mayor. Por un momento, Frank creyó estar viendo a su madre camino a la iglesia o a la tienda, pero en realidad era la esposa de Mike. Sylvia miró en su dirección y Frank encendió el motor del coche para alejarse de la avenida Gundry y quitarse de la mente las fotos de John pasando en bicicleta por la puerta.

Tenía una reunión con un viejo conocido en Venice Beach.

Habían acordado encontrarse en uno de los bares cubanos junto al paseo de la playa, Frank quería tomarse una cerveza al aire libre.

Cuando vio a su antiguo mentor sentado fuera, se dio cuenta de que Venice Beach tenía algo de The Pike, tal vez por la suciedad, los colores brillantes y la alegre ilegalidad. El aire fresco, los lunáticos y los patinadores, todos los hippies decadentes que aún quedaban, las palmeras cubiertas de grafitis y los carteles

que publicitaban marihuana para uso medicinal. Quizá por eso siempre se había sentido tan cómodo allí.

—¿Frank Aiello?

Dios mío, había envejecido mucho. Richard Evans había sido su profesor y mentor de la universidad cuando Frank tenía la gran ambición de convertirse en periodista de investigación al estilo de Bernstein y Woodward, quienes develaban casos de corrupción con el objeto de publicar siempre la cruda verdad. Pero cuando Evans regresó a la Costa Este para escribir en los grandes periódicos, Frank había quedado preso de sus inseguridades y terminó con un puesto de profesor de inglés en una escuela de El Segundo.

—Parece que nos hubiéramos visto ayer.

Se dieron la mano; Frank sentía demasiado respeto por Evans como para abrazarlo, no se conocían tan bien.

Lo perturbó ver cómo se le habían encogido los hombros; estaba más delgado y el traje le quedaba bastante grande. Aún era evidente el aire intelectual que emanaba, típico de la Costa Este. Richard Evans era uno de los grandes nombres del periodismo estadounidense. Antes de encontrar su información de contacto, Frank estaba completamente decidido a volar a Nueva York, pero se enteró de que vivía solo a treinta kilómetros, en una casa frente a los canales de Venice.

—Aquí estoy, como un típico anciano, intentando escribir mi gran obra, que tratará sobre mi vida al servicio de la verdad. Creo que voy a utilizar esa frase para la campaña publicitaria, ¿qué opinas? ¿Alguien recuerda qué significan esas palabras?

Evans siempre había tenido una forma muy grandilocuente de expresarse, con una velada ironía que no permitía saber si estaba hablando en serio.

Se sentaron detrás de unos turistas europeos que estaban bebiendo chupitos de tequila mientras almorzaban.

—Lo siento mucho, mis condolencias por tu hermano, pero debo decir que me agradó sacar a luz algunos viejos contactos —dijo Evans—. Uno de ellos está en una residencia de ancianos y no recuerda siquiera lo que le ordenaron olvidar.

Frank hizo una seña al camarero, pidió una cerveza y ropa vieja. Evans eligió lo mismo, pero con vino tinto.

—"Ropa vieja", solo un cubano puede llamar así a un plato tan delicioso.

Se reclinó hacia atrás. Su mirada celeste no había perdido la profundidad y

hacía que Frank se avergonzara por el sueño al que había renunciado. Las frases de sus enseñanzas volvían a su memoria desde los lugares más recónditos donde las había sepultado: "El arma más poderosa de un periodista es la determinación, la perseverancia. Aunque te lleve veinte años, debes abrirte camino hacia la verdad, porque está allí. Siempre. Debes dar un paso más, formular una pregunta más, hacer una llamada más y otra más. Siempre ir más allá".

—Entonces, ¿sospechas que tu hermano trabajaba para la CIA?

—Yo no, sino una policía sueca —dijo Frank—. La investigadora del homicidio lo describió como un rumor de alguien que había estado con él. No creo que lo estén investigando a fondo. En aquel entonces, los homicidios prescribían pasados veinte años. No juzgo a nadie, solo quiero saber quién era él.

—Y quién lo mató, y por qué.

—Eso también.

Richard Evans sonrió cuando llegaron las bebidas.

—Es verdad que he tenido muchos contactos en Langley —dijo—. Y, de hecho, un chico que estaba en la Bóveda en aquella época me pasaba información. Ahora es bioagricultor en Arkansas.

—¿La Bóveda?

—Un sótano en lo más profundo del edificio de la CIA. Lo recuerda como un lugar donde no se distinguía la noche del día. Nadie podía saber lo que se hacía allí.

—¿Y qué se hacía allí?

—Una operación que nunca debería haber existido. Aunque tu hermano fuera parte de eso, nunca encontrarás su nombre. Destruyeron toda la documentación que podría haber develado algún dato. El agricultor recuerda hasta el olor de las cintas de audio cuando se derretían: grabaciones, papeles impresos, nombres de contactos, todo terminó en las brasas.

Richard Evans se quedó en silencio mientras la camarera servía los platos y les deseaba buen provecho. No hablaba inglés, pero aun así siguieron el viejo instinto de esperar a que estuviera lo suficientemente lejos para que no los pudiese oír.

—¿Esa policía sueca está segura de que fue un asesinato? —preguntó Evans y se llevó a la boca un tenedor lleno de carne desmenuzada.

—Le dispararon desde atrás —dijo Frank. Se esforzó por mantener la voz

firme; ya no tenía ocho años—. Solo en teoría, pudo haberse tratado de un disparo accidental; todos los suecos salen a cazar alces en esa época del año, pero casi ninguno usa balas de nueve milímetros. Tampoco parece muy posible la hipótesis del accidente, considerando cómo se deshicieron del cuerpo.

Eso era lo peor: la forma en que su hermano había sido relegado tan completamente al olvido, casi más violenta que su muerte.

—Se la llamó Operación Caos —dijo Richard Evans.

CAPÍTULO 49

Había una mujer joven de pie frente a la puerta de la habitación de Kerstin. Tenía el cabello rubio y corto, y la espalda muy erguida. Levantó la mirada del móvil.

—¿Usted también viene a visitar a Kerstin?

Eira se detuvo, confundida. Era extraño que hubiese alguien más. Los amigos no iban, los familiares habían muerto, su madre no era el tipo de mujer que se rodeara de muchas personas. Más bien la irritaban.

—Soy su hija —respondió.

—Ah, ¡claro! —El rostro de la mujer se iluminó con una sonrisa alegre. Debía de tener menos de treinta años—. Magnus me ha hablado de usted, encantada de conocerla.

Le dio la mano y Eira comprendió. La puerta cerrada de la habitación atenuaba el ruido de las voces dentro. La chica era guardia penitenciaria y no llevaba uniforme; le habían dado a Magnus un permiso. La guardia le dijo su nombre, pero Eira ya no la escuchaba. Al coger el picaporte sintió la mano sudorosa y una ventisca de una ventana abierta cuando abrió.

Su madre se estaba riendo, sentada en el sillón, con ropa elegante. Había flores nuevas en un florero, y Eira no sabía por qué eso la hizo enfadar.

Lo vio de espaldas, la nuca y el cabello que le había crecido un poco desde la última vez. Él se dio la vuelta de inmediato. Había aprendido a percibir lo que ocurría a sus espaldas.

—¡Hola! —le dijo—. ¿Eres tú? Me alegro de que hayas venido.

Era la primera vez en dos años y medio que Eira lo veía fuera de la prisión. La última vez que lo había visitado, en el invierno, había intentado convencerlo una vez más de cambiar su declaración.

Colocó sobre la mesa las cajas de cartón con los pasteles que había comprado.

—Solo compré dos, no sabía que vendrías.

—Qué bien, ya estáis todos aquí —dijo Kerstin, con un brillo de felicidad en sus ojos, algo que Eira rara vez podía ver en ella. Cerró la puerta para olvidar que la guardia estaba allí fuera vigilando, para olvidar todo lo demás.

—Vaya, hermanita, estás enorme.

Eira cortó los pasteles en varios trozos y calentó el café, mientras Magnus contaba anécdotas que hacían reír a su madre: cuando se cayó de la bicicleta o cuando llevó a casa un pichón de gaviota.

—¿Lo recuerdas? —le preguntaba, y el milagro era que ella lo recordaba.

La realidad parecía irrumpir de pronto en el cerebro de Kerstin y despejaba el bloqueo como a una acumulación de troncos en el río. Tal vez eso no se repetiría, por eso Eira se sentó y les contó su viaje a Gotemburgo. Se dirigió a Kerstin y le dijo que había ido a visitar a la madre de los niños, que se encontraban muy bien y los dos estaban muy guapos. Notó que Magnus estaba tenso a su lado.

—Voy a comprarles los billetes de tren para que vengan de visita en cuanto me paguen el subsidio —dijo él, y se giró también para mirar a Kerstin—. Ya son mayores, así que pueden venir solos. Los llevaré a pescar al río en el verano, o a Skuleberget, a las grutas de los bandidos. ¿Recuerdas esa vez cuando me oculté allí y me estuvisteis buscando durante horas?

—Jugabas a que eras un forajido—dijo Kerstin, y se rio otra vez.

—También me encontré con un viejo amigo tuyo —dijo Eira después de escuchar algunas aventuras en Skuleberget—. Steve Carrano, el desertor de la guerra de Vietnam a quien conociste en Kramfors cuando ibas a protestar a la plaza, ¿recuerdas que te lo conté antes?

Tomó la foto de Skognäs; ya había recortado a la esposa de Steve.

—Oh —dijo Kerstin cuando miró la foto—. Oh, oh, oh. —Se tapó la boca y se ruborizó.

—Cuéntame más cosas de aquello —dijo Magnus—. Suena emocionante.

—No, de hecho, no puedo.

—¿Por qué no? —dijo Eira—. Fue hace mucho tiempo, no sabemos nada de lo que hacías en aquellos tiempos.

Eira había leído una descripción de la demencia que la comparaba con la sensación de estar perdido en un bosque sin poder diferenciar un camino del otro. Desaparecía la orientación en el tiempo y espacio, pero tal vez los recuerdos permanecían como árboles talados que son arrastrados por el río, privados de su contexto.

—Ocurrió lo que debía ocurrir —dijo Kerstin con la misma mirada severa que utilizaba siempre para ordenarle a Eira que se comportara mejor. Limpiar,

ordenar, organizar. Tomó la mano de Magnus y la sostuvo con fuerza entre las suyas—. No puedo creer que hayas vuelto.

Por un instante, no estuvo claro si Kerstin sabía quién era Magnus, pero inmediatamente después Eira se dio cuenta de que había vuelto al presente y a la certeza de que el hombre que estaba a su lado era su hijo, y le daba una palmada en la mano como para consolarlo y protegerlo.

—¿Alguien me puede contar de qué va esto? —dijo Magnus.

Eira echó un vistazo para corroborar que la puerta estuviera cerrada, pues una salida supervisada tenía limitaciones estrictas.

—¿Cuánto tiempo tienes?

—El que sea necesario —respondió él.

CAPÍTULO 50

Allan recordaba que la niebla cubría el país esa mañana. Llevaba un suéter grueso y tuvo que secar la humedad del asiento de la bicicleta.

—¿Tú eres Allan Westin? —El desconocido estaba de pie junto al camino, con una vestimenta extraña que consistía en un abrigo de trabajo combinado con pantalones y zapatos de vestir.

—Sí, soy yo.

Se le cruzó la idea de que podía ser policía de civil, que eran los más peligrosos.

—Debo ir a las dársenas —le dijo—; están reclutando personal.

Se oyó sonar el silbato a lo lejos.

—Yo también voy hacia allí —dijo el hombre.

Allan caminó empujando la bicicleta sabiendo que terminaría último en la cola. El desconocido le dijo cómo se llamaba, Erik Johansson, pero ¿no era ese un nombre demasiado común como para ser verdadero?

Tenía un acento bastante diferente del suyo, con algo finés o aún más del norte, cercano a la frontera, pero era difícil de determinar el lugar exacto de donde venía.

Era un alias, pensó Allan cuando el desconocido le explicó por qué estaba en Lunde. Tenía relación con la llamada que había hecho al número secreto de los revolucionarios. Se lo había dado un camarada de Kramfors que también estaba enfadado por la situación del partido, con quien discutía en voz baja que los fieles a la Unión Soviética debían organizarse de inmediato.

Mientras se acercaban al puerto, a Allan le latía el corazón con fuerza.

Finalmente había llegado el momento.

Johansson le hablaba sobre la caza de comunistas que estaba ocurriendo en todo el país en forma secreta, y la información que les había proporcionado había sido tan interesante que había considerado fundamental ir hasta allí, pues tenía contactos cercanos a las fuerzas revolucionarias, e incluso con la KGB.

No dijo quién lo había enviado, pero la imaginación de Allan se desataba a

medida que se acercaban a la cima de la colina y veían el pueblo entero a sus pies.

A Lunde, que una vez se había rebelado y luego se doblegó ante los colaboracionistas del sindicato, los socialdemócratas y la burguesía; al Ådalen rojo que se hacía cada vez más rosado, lleno de jóvenes simpatizantes y socialistas edulcorados, tal como se lo describía al enviado para que comprendiera que estaban en el mismo bando.

Sintió una mano sobre el hombro cuando llegaron al área del puerto.

—¿Puedes señalarme a esa persona de la que dicen que es el espía estadounidense?

Ya se había formado una cola delante de la compañía portuaria. Solo había amarrada una embarcación; no habría suficiente trabajo. Allan sintió de pronto cómo se perdía otra oportunidad de ingresos, justo cuando vio salir de la oficina a los estadounidenses con sus vaqueros y las ropas que les habían regalado. Hubo una tensión en el aire, como si se cargara de electricidad. Allan no se atrevió siquiera a susurrar nada hasta que se alejaron.

—Él, el moreno, es ese.

—¿Estás seguro?

Mientras los trabajadores subían a bordo del barco que los llevaría al aserradero, Allan se quedó pensando en lo que sabía, en lo que ignoraba, buscando las palabras entre el caos que había en su cabeza. Parecía un estúpido allí parado, vacilando como un tonto.

Se lo habían dicho los hombres del sindicato, ¿por qué habrían de mentir sobre algo así?

—Seguro que oculta algo —dijo—; lo sé de una fuente fiable.

Aquella noche, el forastero lo invitó a la pequeña habitación alquilada que rentaba detrás del café Wästerlund; cerró la puerta, le ofreció un cigarrillo y llenó un vaso de vodka.

Brindaron en checo —*Na zdravie*— y golpearon los vasos contra la mesa de color café.

—Pronto la CIA estará en cada espacio laboral del país —dijo el hombre llamado Johansson. A medida que pasaba el tiempo Allan estaba más seguro de que ese no era su verdadero nombre—. Se sabe que los socialdemócratas están negociando con los estadounidenses y la OTAN sobre cuestiones de defensa; todo eso de la neutralidad es solo un mito. Ha sido así desde los años cincuenta, créeme; nuestros camaradas soviéticos lo saben.

De pronto, fue como si aquel encuentro jamás hubiera sucedido. ¿De verdad había estado en una habitación detrás del café conversando acerca de la revolución como si fuera algo inminente? ¿De que Suecia iba a ser ocupada por los Estados Unidos de una forma más sutil que con las armas? ¿De que era imprescindible actuar antes de que el país se convirtiera en un Estado vasallo?

Eso esperaban sus hermanos en el Este.

Como recompensa, recibirían apoyo para la tarea que tenían que emprender aquí, en casa, para arrebatarles el poder a los debiluchos del partido.

Y demostrarles a los checos quiénes les eran leales.

—*Na zdravie.*

CAPÍTULO 51

Eira se apresuró para terminar y salir del baño; lo más simple y cotidiano se había convertido en algo absolutamente complicado. Era extraño que nadie llamara a la puerta porque Allan ya le había llevado a Canalla para que pasara la noche con ella, pero tal vez era alguien que traía cosas para el bebé. Stina le había hablado sobre una cuna, un cochecito y otras cosas. Con esa excusa, Eira aún no había comprado nada, tal vez para no pensar en lo que realmente necesitaba un bebé. El hecho era que ni siquiera había desembalado las cajas de regalos que le habían llevado y aún estaban en el vestíbulo.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí? —Eira se pasó una mano por el cabello, sin necesidad.

GG retrocedió unos pasos desde la puerta y se quedó parado sobre la escalera. Estaba pálido bajo la luz difusa de la tarde.

—Lo siento, fue una estupidez aparecer así de improviso —dijo él—. Te estoy molestando, es obvio. No tuve en cuenta la hora.

—¿Ha pasado algo?

Eira observó como crecía la maleza entre las losas del jardín; las hojas de diente de león asomaban entre los zapatos lustrados de GG. Su parte más tradicional se sentía avergonzada por eso.

—No, no lo creo. —Miró a su alrededor esquivando la mirada de Eira. Era extraño estar más arriba que él, mirándolo hacia abajo.

—Ven, pasa —dijo ella.

Sus notas de trabajo estaban diseminadas sobre la mesa. Eira había estado inspeccionando listas de números telefónicos los últimos días, rastreando llamadas entre los acusados, solicitando nuevas listas a medida que aparecían más números. Había creado un mapa lleno de rayas y círculos para comprender cuántas redes existían que hacían negocios entre sí. No había tenido tiempo siquiera para pensar en cómo seguir con la investigación de John Aiello. A veces, por las noches, imaginaba la escena del bosque: John corriendo entre los árboles y la oscuridad que ocultaba los rostros de sus asesinos.

GG estaba de pie junto al mapa, que parecía la obra de arte de un artista

maníaco. Él había dirigido la investigación original sobre el tráfico de drogas, y aunque Silje se había hecho cargo de investigar los atentados con explosivos, él igualmente seguía involucrado.

—Si quieres, puedo hacerte un resumen —dijo Eira.

—No he venido por eso.

Parecía inseguro, algo que no era propio de él.

—¿Quieres tomar algo, un té?

—Estoy pensando en dejar de ser policía —dijo.

GG prefirió ir a la sala y sentarse en el sofá, así evitaba ver el trabajo desplegado sobre la mesa. Eira se atrevió a sentarse a su lado. La habitación parecía más vacía que la última vez que él había estado allí; se veían las marcas en las paredes donde habían estado los cuadros que Kerstin se había llevado a la residencia de ancianos. ¿Por qué no había puesto otros nuevos? Todo parecía muy sombrío, muy serio y oscuro.

Eira olió el polvo y el aroma de él.

—No puedes renunciar —le dijo—; quiero decir, no debes hacerlo, eres mejor que los demás.

—Me he vuelto un policía de mierda; sí, calla, no intentes discutir. Sabes que tengo razón, me has visto. Creía que se me pasaría, pero no ocurrió.

GG se pasó las manos por el cabello gris y abundante. Eira lo había acariciado una vez, pero en aquel momento él estaba inconsciente. Se quedó sentada en silencio, con las manos en el sofá. No sobre la tripa; quería olvidar por un momento que la tenía.

—¿Tiene que ver con lo que te ocurrió en el faro? —preguntó con cautela, y se arrepintió de inmediato.

GG había estado encerrado en aquel sótano infernal durante varios días; el miedo a morir y la sensación de desprotección que debió de haber sentido antes de quedar inconsciente eran inimaginables. Había roto el equilibrio entre ellos y debían silenciarlo. Era algo que habían compartido, pero aun así no existía.

—Tengo miedo —dijo él.

—¿De qué?

—Si lo supiera, podría hacer algo al respecto, pero aparece en cualquier momento, no tiene lógica.

Como esa tarde. Fue por eso por lo que se había subido al coche y había

conducido hasta Lunde.

—Quería hablar con alguien que no me viera como un caso psiquiátrico.

—Yo no te veo así —dijo Eira, y tragó saliva; luego, le puso una mano en la espalda, que estaba húmeda y tibia—. No te veo así.

—Lo sé —dijo GG e insinuó una sonrisa.

Le contó que un día estaba caminando por la plaza Stora en Sundsvall después del trabajo y de pronto olvidó hacía dónde se dirigía. Tenía que hacer algún trámite sin importancia. Tal vez ir a la farmacia a por unas recetas que le había hecho el médico. Era el mismo camino que había hecho miles de veces, en una ciudad donde conocía todos los sitios y a todas las personas. Recordaba que oyó una voz a sus espaldas, un sonido fuerte y un movimiento rápido. Los ruidos y las sensaciones se amplificaron, sintió un pánico repentino: se dio la vuelta y asestó el golpe.

—No pude ver quién era, pero tuve la impresión de haber visto un arma antes de darme la vuelta. Creí haber oído algo y simplemente lo golpeé.

El chico había estado a punto de caer al suelo y una anciana se había alejado deprisa; GG había visto el terror en su mirada. La gente se había aglomerado a su alrededor y le tomaban fotos con sus móviles. "¿Qué demonios estás haciendo?", le gritó una chica.

—No había ningún arma. Era un chico de trece años, no era un pandillero; estaba caminando y hablando por teléfono. Todo lo que hizo fue acercarse demasiado a mí.

—Estás sobrepasado de trabajo —dijo Eira—. Te has dedicado a esta investigación durante meses…

—No quiero tener más miedo —dijo GG.

Ella permaneció callada. Debía elegir con cuidado las palabras. Todo lo que se le ocurría decirle eran obviedades, como que había sido víctima de un delito violento y había estado a punto de morir, además de que se sentía culpable porque había sido a causa de un error propio. Que era complicado ser policía y víctima al mismo tiempo, como si él no lo supiera ya.

—Te voy a echar de menos —dijo, y tragó saliva.

—En absoluto —dijo GG—; vas a estar muy ocupada.

Él le acarició ligeramente la tripa con el dorso de la mano. No era la primera vez que alguien la tocaba. A veces el hecho de que su cuerpo se hubiese vuelto de dominio público la irritaba y la conmovía al mismo tiempo, pues, en

definitiva, todos se preocupaban por ese niño, pero nunca se había excitado, ni siquiera cuando la tocaba alguno de los posibles padres, que aún la atraían.

Al menos, no tenía ese deseo de querer sostener la mano y no soltarla, como le pasaba ahora. Joder, pensó; no se había terminado. Siempre había sido así.

Sintió la tela rugosa en la mejilla cuando se inclinó sobre su pecho; hubo un silencio tan denso que le costaba respirar.

Sintió el olor a humo y a hombre y a algo suavemente perfumado.

—Fue una tontería haber venido. —Su voz había cambiado, como si se preparara para algo más—. No quiero que tú…

No terminó la frase. No hubo respuesta. Eira no podía mirarlo, así como tampoco podía mirar la alfombra, la mesa llena de arañazos y todos esos muebles viejos y gastados después de años de fieles servicios a la familia Sjödin, que le cuestionaban su forma de vida, por qué se había quedado embarazada innecesariamente y había dejado escapar las oportunidades, Eira cerró los ojos y sintió el movimiento del pecho de GG. La camisa desabrochada a la altura del cuello la invitaba a acercarse. Ya lo había hecho aquella vez, cuando le buscó el pulso del cuello con los labios. En aquel momento era débil e imperceptible; ahora, le latía con fuerza y rápido.

—Eira, Eira.

Hizo silencio cuando ella acercó la boca a la suya y le tomó el rostro con las manos. ¿La estaba alejando?

—¿Qué diría él? —murmuró GG.

—¿Quién?

—El padre de la criatura.

Sintió la mano pesada de GG sobre el vientre; la vida se volvía inexorablemente difícil a veces.

—No importa.

Eira le sujetó la mano y la movió más abajo, lejos de la tripa y bajo los pantalones sueltos de maternidad. No pensaba detenerse justo ahora. No se había acostado con nadie desde hacía seis meses, desde que el embarazo se había vuelto una complicación evidente y debió tomar distancia de sus dos amantes. No era siquiera posible pensar en iniciar algo nuevo en esa situación. Pero no quería a nadie más, no quería nada más que esto.

—Por favor, olvídalo —susurró, y de pronto él sintió que no tenía nada de malo acercarle la boca.

Si Eira se giraba a un lado podía acomodarse mejor, o tal vez colocar una

pierna sobre la de él; estaba luchando con los botones, que se habían atascado, cuando de pronto comenzó a sonar el móvil. Oh, Dios mío, había pasado tanto tiempo.

De todas maneras, el momento se esfumó. Tal vez por él y por la imposibilidad, o por el maldito teléfono que comenzó a sonar.

GG se inclinó hacia atrás en el sofá; ella no había llegado a bajarle los pantalones.

Dos llamadas perdidas de un número privado; podían volver a llamar. Eira apoyó la cabeza en los brazos y cerró los ojos. Sintió el sudor de su pecho en las mejillas; al menos había podido quitarle la camisa. GG le acarició el cabello.

—No debería haber dejado que ocurriera esto.

—No ocurrió nada—dijo Eira.

—Dios mío, solo te quedan unas semanas, no sé en qué estaba pensando.

—De hecho, creo que fui yo quien comenzó —dijo Eira.

Su risa había cambiado; había perdido toda la arrogancia, sonaba tierna como la suavidad de algo que invita a hundir el rostro en busca de consuelo.

—Conozco bastantes hombres que han hecho esto —dijo él—; mi propio hermano, por ejemplo, mientras su esposa estaba casi de parto. Por igualdad de género, tú serías…

—No tengo relación con el padre del bebé —dijo Eira.

—De acuerdo.

—Ni siquiera sé de quién es hijo.

—Suena interesante —dijo GG, y continuó jugando con su cabello de la nuca—. Cuéntame más cosas.

Eira le explicó la verdad: que había dos posibles candidatos. Que uno nunca abandonaría su reino ubicado del otro lado del río, en los límites de la legalidad, y el otro probablemente se mudaría a Estocolmo, pero ambos estaban dispuestos a ser parte de la crianza del bebé.

—Entonces, ¿qué alternativa prefieres tú?

"Esta", quería decir Eira. "Te prefiero a ti".

—No lo sé —dijo, en cambio—. Es como si me sintiera en el carril central de una autopista donde el tráfico pasa a toda velocidad en todas las direcciones y no puedo moverme. Una vez que decida ir en una dirección, tal vez tenga que dar la vuelta y sea aún peor.

—¿Crees que irás en sentido contrario?

—No siento nada —dijo ella.

—¿Por los padres?

—Por el bebé. —Lo dijo tan bajo que él casi no la escuchó, o al menos eso deseó.

Sentía una vergüenza que se arrastraba como un ratón por debajo de los armarios. ¿Qué importaba saber quién era el padre, si el pobre bebé tendría una madre que no era capaz de hacer por él lo más importante? Un hijo debía ser amado infinitamente, ni más ni menos.

—Quise tener a este bebé, aún lo quiero, pero es como si no encontrara mis sentimientos maternales, si es que existen.

—Créeme que, si aún no están, llegarán —dijo él.

—¿Y si no?

—Para un recién nacido no es tan importante lo que sientas, sino lo que hagas: procurar que esté a salvo y bien alimentado y no arrojárselo a los lobos. Con eso es suficiente.

Eira descansó un instante en esa idea tranquilizadora, oyendo los latidos del corazón de GG. Entonces, volvió a sonar el móvil, estridente como la sirena de una ambulancia. Ella quería dejar la mejilla apoyada allí donde estaba, pero tuvo que levantar la cabeza para buscar el teléfono. Al hacerlo, regresaron todos los ruidos del exterior, el zumbido de las máquinas podadoras, las cortadoras de césped, la insistencia de la gente en no quedarse quieta.

Oyó la voz de una mujer en el teléfono.

—Disculpe, ¿quién habla? No entendí su nombre.

—Jenna Taubert, nos conocimos esta tarde.

—¿Esta tarde?

—En la residencia de ancianos, trabajo en el servicio penitenciario de Umeå.

Eira se echó una manta sobre el torso semidesnudo y se puso de pie. Por supuesto, era la agente penitenciaria que había visto en la residencia, de pie junto a la habitación de Kerstin.

El bebé empezó a boxear furiosamente dentro de la panza.

—¿De qué se trata?

—De Magnus.

—Sí, entiendo, pero ¿qué le ocurre?

—Se ha escapado.

—¿Qué? —Eira tuvo que salir de la sala; necesitaba estar sola para poder asimilarlo.

—Fue en un instante —continuó la guardia—. Quiso pasar a saludar a su

amigo de la infancia antes de seguir viaje hasta Umeå.

"Y tú no pudiste decirle que no", pensó Eira mientras bebía un vaso de agua. Había sospechado algo cuando la vio junto a la habitación de su madre. Sus modales tan familiares no eran del todo correctos; había un peligro latente en la manera en que había pronunciado el nombre de Magnus.

—Lo dejé para que pudieran conversar; era una casa rodeada de chatarra en una aldea pequeña…

—Sé dónde es.

—Magnus entró y yo esperé en el coche. Teníamos aún dos horas, así que íbamos a regresar a tiempo a la prisión.

Después de más o menos una hora, había tenido el presentimiento de que algo iba mal.

Salió del coche y fue a la casa para llamar a la puerta. Salió su amigo.

—¿Y no se le ocurrió pensar que Rickard Strindlund tenía antecedentes penales? —Eira se agarró inconscientemente la tripa. Robos menores, agresión, nada muy importante, pero al fin y al cabo eran antecedentes.

—Sospeché algo malo cuando vi la chatarra, pero para ese momento ya le había dado permiso. Lo sé, fue estúpido, pero se suponía que sería solo un momento.

Ricken le había dicho que Magnus había ido al baño y Jenna tuvo que esperar diez minutos más. Había escasez de personal en la prisión estatal y no era fácil encontrar a gente competente y sensata que cumpliera turnos de diez horas por salarios miserables; por eso, ante el reclamo de los políticos por castigos más severos a los delincuentes, estaban obligados a contratar a cualquiera.

Cuando Jenna Taubert finalmente se dio cuenta de que su prisionero no volvía, lo buscó por la casa, recorrió el terreno, gritó, pero él ya había desaparecido.

—No tiene un móvil al que pueda llamarlo. Y si lo tuviera, no lo atendería.

—Y, por supuesto, supongo que su amigo no tenía idea de adónde fue —dijo Eira lentamente mientras un escalofrío le recorría el cuerpo. El muy idiota, le daría su merecido.

—No sé qué hacer —continuó la mujer, tal vez llorando—. Estoy obligada a llamar de inmediato y dar la alarma, pero eso puede tener consecuencias. No quiero que estén en riesgo sus salidas y, lo que es peor, la libertad condicional del año próximo. Fue por eso por lo que la llamé.

“Porque estás enamorada de él”, pensó Eira. “Porque, en el fondo, esperas poder seguir viéndolo cuando salga en libertad y que te agradezca todo lo que has hecho por él”. Por el rabillo del ojo, vio que GG se había puesto de pie y se abotonaba los pantalones. ¿Quién era ella para tener prejuicios sobre el amor?

—¿Dónde se encuentra usted ahora?

—En el coche, frente a una vieja escuela a unos cien metros de la casa. Hay un contenedor azul lleno de chatarra. Busqué por todas partes, pero no lo veo.

—La volveré a llamar —dijo Eira.

Lo más difícil fue lograr que GG la dejara ir. Un beso, que en realidad fueron varios, y las cosas asombrosas que dijo sobre lo que sentía lo habían convertido de pronto en un caballero protector.

—Te llevo con el coche —le dijo.

—No, tranquilo —respondió Eira mientras luchaba para calzarse. No le resultaba sencillo, pues no encontraba el calzador—. Es mi hermano, está todo bajo control; créeme, no ocurrirá nada violento.

—Pero no sabes dónde está, puede llevarte toda la noche —dijo GG —. Y no tengo nada más que hacer.

Eira seguía luchando con los zapatos y contra la tentación de ceder, de dejarse cuidar.

—No conoces a mi hermano. Si lo encuentro y ve que estoy con un policía, se irá todo a la mierda, nunca me escuchará.

Cambió de idea y se calzó las botas de agua, cogió las llaves del coche y se puso la chaqueta para que él no siguiera preocupándose. El cuerpo de GG era tan fuerte y poderoso que se interponía en su camino, la hacía querer acurrucarse en él para no estar sola nunca más.

—No puedo permitir que se arruine la vida por segunda vez.

CAPÍTULO 52

La luz del sol se escurría entre las cortinas y se hacía cada vez más débil a medida que avanzaba la tarde. No había lámparas encendidas en la habitación donde estaba con el hombre que se hacía llamar Johansson. Solo los iluminaba la semipenumbra de alguna farola de la calle, o tal vez la debilidad del recuerdo.

¿Allan había visto que él llevara algún arma? Si no hubiera sido así, ¿habría seguido al hombre cuando este le dijo que era el momento?

Antes, había tenido necesidad de ir al baño y se quedó sentado un buen rato por la diarrea que le provocaba calambres.

—¿Adónde vamos? —había preguntado, o eso creía.

No recordaba si le había respondido esa pregunta. Solo le quedó en la memoria la oscuridad de septiembre en el instante en que habían dejado atrás las luces de la carretera y se habían internado en el bosque, negro como una tumba.

Sin la luz de las estrellas ni el brillo de la luna.

El tal Johansson llevaba una linterna.

No, debió de haber sido Allan quien tomó la delantera, pues el desconocido no podía saber dónde estaba el viejo establo de los Svedberg.

No era ningún secreto que allí se ocultaban los desertores.

El cobertizo había estado vacío desde que las últimas vacas habían ido al matadero y la propiedad se había vendido a un rico granjero al que le interesaba ese terreno.

Cuando llegaron al lugar, no había nadie. Aún sentía el gusto a vodka que le rasgaba la garganta como papel de lija. Allan no estaba del todo sobrio, pero tampoco estaba borracho. Habían entrado a hurtadillas en el cobertizo y Allan había preguntado en susurros qué harían cuando aparecieran los estadounidenses, pero el hombre no le respondió.

Cuando abrieron la puerta se oyó un crujido y se encendió la linterna; luego, alguien había encendido una cerilla en medio de un silencio sepulcral, a pesar

de que el corazón de Allan latía con fuerza. Tenía la garganta llena de flemas y trataba de no toser.

Se encendió la lámpara de queroseno en un rincón; iluminó un saco de dormir y una mesa pequeña. El hombre moreno estaba allí, solo.

—¡Quédate donde estás!

El hombre que se hacía llamar Johansson había entrado en el cobertizo. El estadounidense había levantado una mano, enceguecido por la linterna.

—*Who are you? What are you doing here?*

Eran palabras simples que Allan había comprendido y lo habían llenado de miedo. Cuando Johansson se aproximó a la lámpara, distinguió que tenía el arma en la mano.

Los cuerpos se transformaron en simples siluetas bajo la luz de la lámpara.

Allan no comprendió lo que dijeron después. El estadounidense dijo algo en tono estridente y Johansson comenzó a hablarle en un tono aún más severo, hasta que le ordenó a Allan en sueco que lo siguiera.

—Ven, coge la linterna.

¿Él había retrocedido hacia la pared? ¿Había dudado de que fuera correcto lo que estaba a punto de ocurrir? ¿Había pensado en Maarit y el bebé?

Allan no estaba seguro. Solo recordaba algo parecido a una descarga eléctrica que le atravesó el cuerpo cuando los guio con la linterna hacia el interior del bosque: era la furia abrasadora que sentía contra todos los que le habían arruinado la vida.

CAPÍTULO 53

Eira tomaba las curvas de Gålå a una velocidad excesiva y aceleraba aún más en los tramos rectos. El mapa del lugar estaba escrito en su mente, los caminos eran parte de ella: conocía como la palma de su mano las elevaciones cubiertas de bosques, los valles bajos que se llamaban "inge" y antes habían formado parte del fondo del mar.

Giró sin disminuir la velocidad en la intersección de Strinne. Solo echó un vistazo a la izquierda cuando pasó la vieja escuela, donde vio el único coche aparcado allí, y continuó hacia la bahía.

Voló la gravilla cuando entró en el terreno de Ricken; frenó bruscamente justo delante de la entrada y no soltó el claxon.

—Oye, lo siento, en serio. Ni siquiera sabía que planeaba huir.

Era evidente que Ricken no esperaba más visitas esa noche, ¿o sí? ¿La somnolencia y aparecer en ropa interior eran solo una farsa para escenificar lo inocente que era?

—Comprendes muy bien que corre el riesgo de no poder volver a salir durante toda la condena —dijo Eira—. Cuatro años más. Pero si regresa a la prisión esta noche, tal vez no ocurra eso.

—Pero de verdad no sé dónde está. —Ricken se encogió de hombros y señaló hacia fuera con ambas manos, en ese gesto desfachatado que antes la volvía loca.

La furia que sintió provenía de un recóndito lugar de su pasado.

—¡Ya basta, joder!

Eira le gritó directo al rostro y lo salpicó de saliva, de modo que él tuvo que dar un paso atrás.

—Oye, espera…

—O me dices adónde se ha ido Magnus u olvídate de tener algo que ver con tu hijo. Espero, por Dios, que no sea tuyo.

—Cálmate —dijo Ricken—. Te digo que no lo sé. No te miento, Eira, nunca te mentiría.

—Tonterías. Apoyas a Magnus en todo, siempre lo has hecho. Ni siquiera te

atreviste a estar conmigo por el miedo que le tenías.

—¿De qué estás hablando?

Ricken intentó cogerla por los hombros, pero Eira se quitó las manos de encima. Se sujetó el vientre y rogó que la furia que sentía no afectara al bebé. "Está escuchándolo todo, siente todo allí dentro, debes calmarte y cantarle canciones bonitas, hazle oír un poco de Mozart".

—¿Qué has hecho? ¿Le diste un coche, un bote, un quad? ¿Adónde se ha ido?

—No fue por eso por lo que terminé contigo —dijo Ricken en voz baja, como si fuera importante y tuviera alguna relación con lo que estaba pasando —. Tú eras mucho mejor que yo. Tenías que estar con otra persona, alguien bueno. No podía permitir que te quedaras estancada con alguien como yo.

Eira se quedó perpleja. El sentido de todo lo que creía saber sobre el amor estaba encerrado en esas palabras. El riesgo del rechazo, de no ser nunca la primera opción; así funcionaba el mundo.

—¿A qué te refieres con alguien como tú?

—Dejé que se llevara el bote —dijo Ricken.

—Idiota. ¿Por qué cojones lo has hecho?

Eira rodeó la casa, caminó entre la chatarra. En la parte trasera, el terreno bajaba hacia la bahía Strinnefjärden, donde había un embarcadero. Mientras descendía, oyó los pasos suaves detrás de ella.

—¿Cuál de los botes? —preguntó.

—*Gerda.*

—¿Tiene motor, remos o vela? No sé cómo hostias se llaman tus barcos.

—Solo tengo uno, el viejo bote de remos de mi padre. No me gustan los motores en el río, eso lo sabes.

—No lo sé todo de ti.

Eira miró hacia la bahía estrecha. El cielo teñía todo de un azul oscuro, el color de la melancolía, y le dio la sensación de que ya era demasiado tarde. Aunque fuese con un bote de remos, Magnus podía haber llegado bastante lejos si seguía las corrientes en dirección al mar, tal vez hacia Kramfors; desde allí podía haber hecho autostop o tomado un tren.

—No planeaba escapar —dijo Ricken—; solo quería estar solo.

Se le ocurrió algo cuando estaba allí mirando la bahía. Era un tramo corto para cruzar remando hacia el otro lado de la playa. ¿Pudo su hermano haber pensado lo mismo?

Por la carretera, el camino era más largo; debía regresar hasta el camino principal para rodear la bahía y girar hacia la costa opuesta de Lockne, donde el camino se hacía de grava. Granjas somnolientas con establos grises y abandonados, recuerdos del pasado agrícola de la zona, una escuela, un aserradero. El bosque se hacía más denso a medida que se acercaba al extremo del cabo. En la época en que el río era una vía transitada, el aserradero era el centro, pero ahora solo quedaban ruinas. No se podía conducir hasta allí, de modo que aparcó junto a una pequeña cabaña que alguno de los propietarios había construido. Los muebles de jardín se habían quedado fuera, pero no había coches ni ningún visitante de verano en la casa. Alguien se había preocupado, en todo caso, por mantener el paso abierto hacia el río; desde allí, Eira continuó a pie. El móvil le vibró en el bolsillo; era la guardia penitenciaria otra vez. Ya había respondido dos veces y le había dicho que la esperara en ese lugar, que esperara su llamada, así que esta vez decidió ignorarla.

Los mosquitos de verano eran los peores: voraces, persistentes y cazaban en manada. Ahuyentó algunos, pero pronto sería inútil y la devorarían sin piedad. La hierba estaba cubierta de azul por los nomeolvides de la primavera. Después de un rato, vislumbró entre los árboles la vieja herrería y el tejado de la antigua sala de calderas, el lugar donde todo había comenzado. Pronto se cumplirían tres años del hallazgo de un cuerpo cubierto de fango debajo de las vigas del embarcadero. El lugar se había llenado de investigadores. Se trataba del asesinato que su hermano había confesado, la causa por la que había ido a prisión.

Instintivamente, Eira comenzó a caminar más lento y en un silencio absoluto. De todas maneras, las ramas crujían con cada paso que daba. ¿Quién podía pasar inadvertido con un polizón de ese tamaño dentro del cuerpo y los trece kilos que había aumentado?

Lo llamó en voz baja cuando estuvo más cerca.

—Magnus, soy yo, Eira. Estoy sola.

No hubo respuesta, ningún ruido más allá de los mosquitos y el trinar de los pájaros. Cuando la naturaleza ganaba terreno, ya no había vuelta atrás; la decadencia de los últimos años había sido veloz. Había un gran hoyo a la entrada de la herrería, colgaban trozos de la puerta y se habían derrumbado los ladrillos alrededor. Eira sabía que tirarían abajo el edificio, tal vez al año siguiente, cuando sanearan el terreno de dioxina.

Entonces lo vio en el umbral. El sol de la tarde alumbraba desde el oeste, a

través de las paredes rotas, con una luz muy brillante. Magnus estaba apoyado contra el viejo horno, bajo el techo que en cualquier momento se derrumbaría.

—Magnus, soy yo.

—Ya te he visto.

—¿Puedes salir? Es peligroso que estés allí dentro.

—Entonces no entres.

Eira observó el terreno cubierto de vegetación. Las malas hierbas y los arbustos de lúpulo se enredaban entre sí; los límites entre la obra del ser humano y la de la naturaleza se confundían. Eira se sentó en una pequeña pirámide de ladrillos centenarios que alguien había amontonado fuera, posiblemente con la intención de volver para robarlos y construir una parrilla, por ejemplo.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—No lo sabía.

Eira no lo veía desde donde estaba sentada, pero oía el ruido que venía desde dentro y el eco de sus movimientos en la sala vacía. Conocía cada centímetro del lugar desde que había estado allí con sus colegas para investigar la escena del crimen. Había seguido el rastro de su hermano tal como lo había hecho con Lina. También ella había llegado allí remando por un curso de agua que unía el presente y el pasado.

—El techo y las paredes, el edificio estaba completo en ese momento —dijo Magnus—. Solíamos reunirnos aquí, a beber y fumar, a hacer el amor y dormir, y fantaseábamos con escaparnos. Nadie tenía en cuenta este lugar, solo estaba aquí.

Eira observó tres mosquitos que le chupaban la sangre en una mano. Era mejor dejarlos terminar, así el veneno podía volver a salir. Recordó los restos de un saco de dormir que habían encontrado y condones con el ADN de su propio hermano.

—¿Por qué te escapaste? —dijo ella—. ¿Qué pensabas hacer aquí?

Magnus apareció en la entrada y se apoyó en la pared exterior derruida. Eira observó el techo que lo cubría; tenía unos agujeros con trozos en punta que parecían muy peligrosos.

—Mamá no me reconoció hoy cuando fui —dijo—; tardó varios minutos en hacerlo. ¿Qué sentido tiene seguir adelante si todo será olvidado?

—¿Por qué no seguiste remando? —dijo Eira—. Podrías haber llegado a Härnösand, tal vez nunca te habrían hallado.

—Como a Lina.

—Tú solo elegiste asumir la culpa. —Eira finalmente aplastó los mosquitos —. ¿Puedes por una puta vez asumir las consecuencias de lo que haces? No, tuviste que seducir a tu carcelera, escapar con un bote de remos por el camino de los recuerdos mientras sonaba la alarma en Umeå. ¿Qué crees que ocurrirá con Jenna? Está claro que la van a trasladar y que su carrera ha quedado destruida. Enhorabuena, Magnus, haz hecho un buen trabajo.

Tres de un solo golpe. La sangre se extendió sobre la piel.

—Lo siento —dijo él.

—¿Cuál de todas las cosas?

—Por mamá. Porque te dejé sola con todo.

Eira intentó levantarse, pero el montón de ladrillos era muy bajo, no se podía incorporar. Se le resbaló una mano y cayó al suelo, sobre la hierba y el lodo lleno de veneno, parecido a los recuerdos y a tantas cosas que debían decirse.

Tenía que salir de allí para no llorar.

—Quédate aquí cavilando solo si quieres —le dijo—, pero ayúdame a levantarme.

Finalmente, Magnus se alejó del peligro inminente del derrumbe y le estiró un brazo musculoso por el entrenamiento que hacía en la cárcel. Eira se quitó la suciedad impregnada de dioxina de las manos y comenzó a caminar. Había demasiadas cosas que hablar. Y todas eran interminables.

—Espera —dijo Magnus.

CAPÍTULO 54

No siguió un plan premeditado cuando salieron de Kramfors, sino más bien una corazonada de que aún no estaba listo para regresar. Magnus no podía superar el vacío que había visto en la mirada de su madre durante los primeros minutos. Y, luego, su alegría cuando comprendió quién era, las fotografías que miraron juntos, la historia que Eira les contó después sobre los desertores de Vietnam y las aventuras amorosas de Kerstin, hechos que, por muy asombrosos que fueran, no podían superar ese vacío.

Si desaparece nuestra conciencia, ¿seguimos existiendo?

Entonces lo había dominado el pánico. No podía volver tan pronto a encerrarse detrás de los muros de la prisión. Tenía que hablar con una persona que de verdad supiera quién era. Y por qué no, divertirse un poco con la bella carcelera durante el viaje en coche, porque, joder, había estado encerrado casi dos años y medio y la chica se movía con total sensualidad. Tenía una gran autoestima.

Seguramente tenía una cuenta de Instagram donde subía sus fotos, pero él no podía verla, aunque podía imaginarse las poses de la atractiva oficial ligera de ropa.

La había convencido de tomar el atajo por el pantano. Cuando se acercaron a Bjärtrå la hizo girar en la dirección opuesta. Solo sería una breve visita a un amigo de la infancia. En la puerta de la casa de Ricken, le había tocado el brazo, vacilante.

—Eres buena, no como los demás; tú te permites ser más humana.

Durante algunos segundos sus rostros estuvieron muy cerca. Magnus resistió el impulso de besarla, tal vez le despertaba el ansia por lo prohibido.

Debía reconocer su mérito por haberse bajado del coche para enfrentar el viento frío de montaña que soplaba del norte, a pesar de que la tarde estaba templada y cubierta por un azul translúcido, como el de aquellos tiempos cuando era tan joven y todo se había ido a la mierda.

Ni siquiera tenía ganas de hablar con Ricken. Caminó directo hacia el bote que estaba allí, el viejo *Gerda* con el que había ido a remar y a pescar miles de

veces, mientras Ricken le explicaba que era estúpido intentar escapar y él le aclaraba que no pensaba hacerlo, que nada más quería estar solo un rato.

La sensación que tuvo al empujar el bote y subirse, al oír el crujido de los años, era un símbolo de paz. Cuando era pequeño creía que "calma y tranquilidad" significaban solo eso: tomar los remos y navegar en un bote.

Las libélulas que bailaban bajo el resplandor del sol vespertino de la bahía huían a cada golpe de remo.

Magnus ató la cuerda a una de las estacas del embarcadero y dio un salto a tierra. Era la primera vez en todos esos años que regresaba a ese lugar.

Recordaba muy bien esa orilla abrupta, cómo había luchado contra el fango para hundir el cuerpo en el agua mientras la ropa del chico salía a la superficie y tenía que colocarle más madera encima.

¿Y Lina? Le había dicho que no podía siquiera acercarse a un muerto.

"¿Por qué cojones tuviste que venir aquí? Tú eres el que pagará por esto. Adivina a quién van a creer, ¿a ti o a mí?".

Ella había arrojado el tubo de hierro muy lejos en la bahía y había visto cómo lo cubría el agua. "Nadie se enterará".

Magnus continuó por el sendero y entró en la herrería otra vez. Todo parecía tan lejano y tan reciente a la vez. El tiempo era solo una categoría que permitía ordenar el mundo según parámetros que la gente pudiera comprender.

—No es demasiado tarde —le dijo Eira cuando lo encontró, su molesta hermanita que nunca podía dejar a la gente en paz.

El plan había comenzado a tomar forma cuando se sentó en el borde de uno de los hornos. Regresaron a su memoria las imágenes de Lina. Lo que había visto aquella vez no era verdad, era su propia versión exagerada. Ella había ido hasta ese lugar para tener sexo con ese chico por propia voluntad, nadie la había obligado. Había terminado con Magnus hacía tiempo. Él creyó ver a alguien que lo quería, pero no era así; después, había muerto una persona y todo lo que era seguro de pronto se había esfumado en el aire. La pared destruida que tenía delante era una prueba de eso. La transitoriedad. La gente es como la hierba, como dice la canción religiosa.

Y ahora ella había vuelto a matar. El castigo que se había impuesto a sí mismo no había servido de nada. La culpa lo había conducido de nuevo hacia ese lugar, no había ninguna salida.

Magnus vio las grietas que se extendían hacia arriba por el techo, donde colgaban trozos de ladrillos rotos. Se estiró para tomar una de las pesadas varas

de hierro que aún estaban caídas por todas partes y sintió el peso en sus manos. ¿Era posible subir sobre el horno a leña para golpear el techo, o debía lanzar la barra? ¿Cuánta fuerza se requería?

¿Lo encontrarían bajo los escombros? Después, había oído la voz. No sabía si sonaba dentro de su cabeza o venía desde la lejana realidad exterior, desde el extremo del camino.

—Magnus, soy yo.

CAPÍTULO 55

Cuando se sentaron en el coche Magnus insistió en tocarle la tripa y sentir al niño; de lo contrario, no iría con ella a ningún lugar. El bebé estaba muy tranquilo allí dentro, no se percibía ni un movimiento desde la superficie.

—Soy tu tío —murmuró en el suéter de Eira—. Por favor, ten cuidado de no parecerte a mí.

Eira ya le había contado que tal vez Ricken fuese el padre y en esa ocasión lo vio menos sorprendido de lo que hubiese esperado, porque tal vez siempre lo había sabido.

—No pienso mudarme a Strinne, si estás pensando en eso.

Sentía la mano tibia de su hermano sobre la tripa. La magia se desvanecería en el mismo instante en que encendiera el motor. Magnus le había dado permiso para llamar a la guardia penitenciaria y hasta había hablado con ella. Se encontrarían en diez minutos en la intersección de la carretera, pues ya era hora de emprender el regreso.

—No lo volverás a hacer, ¿verdad? —dijo Eira con la mano en la llave.

—¿El qué?

—Escaparte. Pensar en quitarte la vida. No puedo viajar hasta Umeå para ir a buscarte.

Asintió con la cabeza, aunque no parecía muy convencido. Eira pensó en sus hijos, que vivían en Gotemburgo; pensó en Lina, que había vuelto a matar, y en cómo Magnus la había hecho escapar la primera vez. No sabía por dónde comenzar. Quería quedarse en silencio. Ver la noche pasar.

—Estuve pensando en mamá —dijo Magnus—. Eso que contaste sobre el desertor, y que estaba tan enamorada. ¿Por qué nunca dijo nada? Fue algo que mantuvo oculto de papá, pero ¿por qué también de nosotros, cuando fuimos adultos?

—Tal vez era muy doloroso. Supongo que la gente no les cuenta todo a sus hijos.

—Los escuchaba pelear a menudo. —Magnus no hizo ninguna señal de

querer darse prisa, por supuesto; solo le quedaban unos pocos minutos de libertad.

—No recuerdo mucho eso.

—Tal vez ya habían dejado de hacerlo para cuando tú creciste lo suficiente como para darte cuenta. Creo que ella se resignó a que él no cambiaría. La escuché gritarle una vez que nunca lo había querido. Creo que él la había acusado de algo. De no tener suficiente sexo, creo, de ser frígida. Después de escucharlo, busqué en secreto la palabra en el diccionario cuando ambos se fueron a dormir.

—No era frígida —dijo Eira—. Sabemos que tenía aventuras y a veces le era infiel.

—Se quedó con él para sentirse segura —dijo Magnus—. Muchas personas hacen lo que sea por eso.

Eira observó el musgo sobre las rocas del viejo e imponente bosque que trepaba por la ladera de la montaña. Sus padres se habían separado cuando Eira tenía trece años y Magnus, más de veinte. Cuando trataba de recordar algo de épocas anteriores, solo aparecía un extraño silencio entre ellos. Tal vez llegó a creer que era lo normal, que una persona pasara junto a la otra sin mirarla ni detenerse. El enfado era un ruido de fondo constante, como el suave zumbido del frigorífico.

Se le cruzaron imágenes delante de los ojos: de ella misma en la prisión eterna de Strinne con un bebé en los brazos, o en un apartamento anónimo esperando a August, que había pasado la noche con Johanna.

Tenía que poner en marcha el coche. Ya habían pasado diez minutos.

—¿Cómo pudo soportarlo? —dijo, y pensó en su padre, en su calma y su tozudez—. ¿Cómo puede alguien vivir media vida con alguien a quien no quiere?

—Eso no nos hizo a nosotros especialmente expertos en el amor —dijo Magnus.

CAPÍTULO 56

Después de la escala en Ámsterdam, el vuelo fue directo a Gotemburgo. Con la espalda rígida y dolor detrás de los ojos, Frank Aiello caminó por las vías buscando el tranvía correcto en Järntorget.

Había una función nueva en los móviles que traducía directamente el texto que uno les pusiera delante de la lente. *The Iron Square*. La plaza de Hierro.

Nunca había sobrevolado el Atlántico. Había soñado alguna vez con conocer París y Roma, incluso Egipto, pero en el mecanismo interior de sus deseos le faltaba la pieza que conectaba los sueños con las resoluciones. Ansiedad por lo desconocido, tal vez, aunque lo más conocido era lo que más lo había afligido: su familia, que lo había quitado de en medio. No podía ser él mismo entre sus seres más cercanos.

Una vez en la parada, un amable lugareño lo ayudó a instalar una aplicación para comprar un billete y resultó que iba en la misma dirección que él. Frank se asombró de la suerte de encontrar a un hombre que no solo hablaba un inglés perfecto, sino que se bajaba en la misma parada. Durante el corto viaje, el hombre le contó que era psicólogo, pero que se había tomado un tiempo para terminar de escribir una novela. Fue natural que terminaran hablando de su hermano, y de cómo John parecía ser otra persona distinta de la que había sido, lo cual también hizo que Frank se cuestionara cosas sobre sí mismo. ¿Somos lo que creemos ser o hay otras imágenes dentro de nosotros, de quienes teníamos la intención de ser?

El hombre le acompañó un rato cuando se bajaron. Vivía en la esquina donde comenzaba Andra Långgatan y conocía muy bien las tiendas que vendían vinilos viejos.

—*Good luck with everything* —le dijo cuando se separaron.

El calor aplastante parecía estar dándole forma a una tormenta, aunque el cielo estaba casi despejado. Frank había leído que en Gotemburgo llovía mucho. La altura del terreno obligaba a que los frentes de las islas británicas subieran abruptamente, de modo que el aire se enfriaba al descender y se formaban las nubes de lluvia. Pero ahora estaba sudando debajo del traje; no

esperaba esa temperatura en un país que estaba en la misma latitud que Alaska. El aire caliente lo acompañó hasta que llegó a la tienda, y le costó respirar cuando vio al propietario, inclinado sobre un vinilo, observando si tenía alguna raya o suciedad.

Tendría unos setenta años, y llevaba el cabello gris recogido en una coleta detrás de la nuca.

—¿Steve Larsson?

—¿Es usted estadounidense?

Frank le dijo su nombre y le habló sobre su hermano. El viejo desertor se dejó caer sobre una silla con ruedas que se desplazó, y tuvo que sostenerse del mostrador para no caerse al suelo.

—*Oh, my God. I'm sorry. I'm sorry* —tartamudeó para disculparse.

Le explicó que se había enterado recientemente; que habría contactado a la familia si hubiera sabido algo en aquel momento.

Frank no le creyó ni la mitad de lo que decía. Su rostro mostraba demasiado nerviosismo y culpa; la sonrisa era demasiado superficial.

—¿Hay algún lugar donde podamos sentarnos?

El aire acondicionado no funcionaba, tal vez sería mejor salir. Steve Larsson cerró la puerta con llave, pero olvidó colocar el letrero que decía que volvería enseguida. Andaba con pasos largos como si verdaderamente quisiera huir de allí y hablaba sin sentido acerca de los barracones donde habían vivido en Estocolmo y una comunidad rural donde cultivaban nabos, pero dijo que a pesar de todas las actividades que compartían, él nunca había conocido verdaderamente a John.

—Se ocultaba detrás de una armadura, no sé si me entiende: era el tipo de persona que se guarda los pensamientos para sí, no los gritaba a los cuatro vientos. Para serle sincero, dudo que realmente haya tenido alguna idea política; hablaba más sobre lo que quería ser, sobre sus sueños y esas cosas.

—¿Qué quería ser? —dijo Frank cuando llegaron al final de la calle. Las palabras más simples eran las más difíciles de pronunciar. Era más fácil hablar sobre la guerra y las manifestaciones.

—Hablaba mucho de arte, de pintura y cosas por el estilo, de poesía, cosas que no eran los típicos intereses de un chico de California. Eso lo entiendo, quiero decir, yo crecí en el sur de Filadelfia.

Pasó un camión de basura y la respuesta de Frank quedó tapada por el bullicio. Al ser parte de una familia donde los hombres jóvenes eran obreros o

ingenieros, se avergonzaba cuando mostraba sus escritos y nunca nombraba en voz alta los autores que leía.

—¿Les contó algo más sobre su familia?

—Dijo que eran estrictamente religiosos y patriotas.

—Y John ¿era creyente?

Era una pregunta importante, pues se relacionaba con el tipo de funeral que tendría su hermano.

—No me dio la impresión de que fuera especialmente religioso —dijo Steve —. Estábamos en contra de muchas cosas, pero quién sabe, solo teníamos veinte años, tampoco hablábamos mucho de eso. A veces solo decía que, si Dios existiera, sería de toda la humanidad, inclusive de los vietnamitas.

Se sentaron en un café cerca de la plaza, el mejor de la ciudad, según Steve. Tenía demasiadas preguntas para hacerle al antiguo compañero de su hermano. ¿Llegó John a enamorarse? ¿Pudo experimentar el amor? ¿Fue feliz ese corto tiempo en que se sintió libre? No sabía si había respuestas a todo eso, y si esas respuestas servían de algo.

El lugar estaba lleno de jóvenes sentados sobre cajas y cojines, pero dentro no había casi nadie. Se sentaron en la barra frente a las ventanas, desde donde Frank veía a la gente de la ciudad que corría en medio de la lujuria veraniega envuelta en sudor, vestida con pantalones cortos y vestidos livianos. Gracias a Dios, había aire acondicionado.

Por su corta carrera como periodista, Frank sabía que algunas preguntas debían ser hechas sin previo aviso. Las reacciones a menudo decían más que las palabras.

—¿Cómo supo que mi hermano trabajaba para la CIA?

Steve se sobresaltó y derramó el café, que cayó sobre sus vaqueros desgastados. Frank le dio una servilleta, que Steve arrugó con la mano.

—¿Con quién habló de eso? —El café goteaba del borde de la mesa; Steve pareció haber olvidado para qué tenía la servilleta—. No sé qué es lo que usted cree. No tengo nada que ver con la muerte de John.

—No lo acuso de nada —dijo Frank con tranquilidad.

—¿Qué podía haber hecho yo? Fueron a buscarlo unos hombres, lo llevaron al medio del bosque y se oyó un disparo. ¿Tendría que haber corrido hasta allí? ¿Quién cree que era yo? Había viajado por medio planeta para huir de esa mierda, no quería morir.

Frank observó un momento en silencio cómo Steve golpeaba con el pie el

travesaño de la silla y la fuerza con la que aferraba la servilleta. Le hizo pensar en los alumnos que no habían hecho los deberes, pero fingían lo contrario.

Durante una semana había podido explorar, con la ayuda de Richard Evans, las tinieblas que rodeaban el espionaje ilegal de los años sesenta: las investigaciones que realizaba la CIA en sótanos ocultos e iban en contra de las reglas de la propia organización, como infiltrarse en los movimientos de paz, principalmente en el Black Power, es decir, todo lugar que pudiera albergar ideas comunistas y representar una amenaza a la seguridad de la nación. Naturalmente, también se habían infiltrado entre los desertores en otros países. Había fuertes sospechas de que muchos de ellos estaban bajo influencia soviética y revelaban secretos militares.

Un periodista del *The New York Times* había descubierto la operación en diciembre de 1974, aunque, para ese momento, ya había sido cancelada y toda la documentación destruida, pero no cabía ninguna duda de que sus tentáculos habían alcanzado la Suecia neutral.

Según fuentes anónimas, había indicios que debían haber llegado hasta el interior de las propias filas de los desertores.

—¿Cuándo supo usted que John no era quien usted creía? —dijo Frank, reformulando la pregunta para que sonara más suave.

—No fue repentino —dijo Steve, y arrugó la frente, esforzándose por recordar—, sino que fui notando cosas poco a poco. Se comportaba de forma extraña, se ocultaba, a veces desaparecía durante las noches y no sabíamos lo que estaba haciendo. Decía que iba a dar un paseo, pero, hombre, ¿quién puede dar un paseo por el bosque así sin más? Había osos y otros peligros. No lo tome a mal, era su hermano, pero tenía una forma de quedarse sentado observando sin decir nada que daba miedo. Comencé a sospechar algo ya cuando nos fuimos de esa granja. Antes de eso, creía que los agentes de la CIA usaban coches negros, que un amigo era un amigo y que un enemigo era un enemigo, ¿me comprende?, que no podían compartir el mismo cuerpo, pero después comprendí que podían ser las personas más cercanas. Era la manera más astuta, ¿no cree?

A Frank de pronto le dieron unas ganas inmensas de sujetarlo del cuello y sacudir el cuerpo delgado de ese hombre ligeramente encorvado que movía frenéticamente la taza para que se mezclara la espuma de su *latte*.

—Entonces, usted no sabía nada con seguridad—dijo lentamente—. Era solo algo que sentía.

—Es lo único en lo que uno puede confiar —dijo Steve, y se dio una palmada en el corazón—. En lo que está aquí dentro. La intuición me sacó de Vietnam. La intuición me trajo hasta aquí. Estoy vivo, ¿no? No regresé a casa para retractarme, como hicieron otros. Perseveré todo el tiempo en lo que había hecho, pues desde el mismo instante en que me subí a bordo de ese barco pesquero en Tokio en medio de la noche, fui fiel a mí mismo.

A Frank le sudaba la mano cuando se la metió en el bolsillo. Después de todo, él solo era profesor de bachillerato de un barrio pobre de Los Ángeles. No se trataba de tener razón o de demostrar una tesis, esas eran las cosas que le gustaba debatir con sus alumnos: la verdad absoluta no existía.

—Decían que nos haríamos hombres en el ejército —continuó Steve—. Nos llamaron cobardes cuando huimos, nos vieron como delatores y, al mismo tiempo, nos homenajearon como héroes. Aquí todos querían estar cerca de nosotros, porque un verdadero hombre es el que hace lo correcto, *no matter what*, ¿comprende? Éramos la vergüenza del mundo y sus salvadores al mismo tiempo. ¡Por Dios! Como le dije, solo teníamos veinte años.

—¿A quién se lo contó? —preguntó Frank.

—¿Que John trabajaba para la CIA? A nadie, por supuesto. La gente habría creído que yo estaba loco, o habrían enviado a los agentes a buscarme. Debe comprender que no se habla de esas cosas.

—Pero debió de haber sido muy difícil mantener en secreto algo tan importante. Como usted dice, era solo un chaval.

"Casi la misma edad que mis alumnos", pensó. Veinte años, ¿qué habría hecho él en su lugar? Un joven confundido, que había huido de su familia para experimentar noches de alcohol y marihuana y amaneceres entre sábanas sucias, había recibido de pronto la condena eterna.

—Tuve suerte, conocí a una chica en el norte —dijo Steve y se secó el sudor del cuello con la servilleta—. Pero no se lo conté a nadie más.

CAPÍTULO 57

Finalmente, un poco al norte de Timrå, Lina encontró un viejo Ford que pudo poner en marcha. Hacía mucho tiempo que no lo hacía, pero sus manos recordaban qué cables conectar, y sintió una sensación de triunfo cuando se encendió el motor. A pesar de todo, los chicos de Kramfors le habían enseñado muchas cosas.

Magnus era más rápido que los demás para robar y rara vez se quedaba con ellos mucho tiempo, para no levantar sospechas. No podía recorrer Kramfors en un coche que todos sabían a quién pertenecía; además, todos conocían a sus padres. Daba una sola vuelta, borraba todas las huellas y los dejaba por ahí. Una vez, habían roto los portones del antiguo aserradero de Marieberg y habían conducido hacia el embarcadero de cemento; después, apagaron el motor y lo hicieron rodar hacia el río. Algo especial tenían que hacer. Lina se lo había hecho entender: "A menos que quieras ser como tu padre, cuídate de que la trampa no caiga sobre ti".

Lina recordó primero las olas y después las burbujas en la superficie de la corriente que creó el coche cuando desapareció. La próxima vez quería estar dentro cuando ocurriera, acelerar y conducir desde el embarcadero, volar por el aire y luego salir. Solo había que esperar a que se hundiera, según había oído.

"Estás loca", le dijo él. "Son treinta metros de profundidad".

Después, cuando apareció Kenny, había abandonado a Magnus; ya se había aburrido de él. Era un cobarde. Kenny, en cambio, habría caminado con ella por la cornisa, lo sentía en su mirada, en la manera en que la trataba cuando tenían sexo; no tenía límites.

Pero entonces se murió. Se murió en serio.

Los acantilados de Costa Alta se elevaban frente a ella, y allí estaba el río, o el mar, no se distinguía dónde terminaba uno y empezaba el otro. Era una enorme cantidad de agua, exactamente como la recordaba. Lina condujo sobre un puente cuyos pilares parecían gigantescos penes que apuntaban al cielo; no estaba antes allí.

A finales de julio aún había luz. Casi había olvidado el sol de medianoche y

cómo le impedía dormir. No había otros coches en el puente, de modo que se detuvo en el arcén y salió. Observó el río que zigzagueaba hacia el norte como una serpiente luminosa en medio de la oscuridad.

Era allí donde, supuestamente, había muerto ella. Hundida a treinta metros de profundidad o arrastrada hacia el mar, girando en las corrientes.

Durante ese tiempo, había leído todos los periódicos para seguir de cerca los acontecimientos de su propia desaparición y su presunta muerte. La gente lloraba lamentando lo buena amiga, estudiante e hija que había sido Lina Stavred. Qué hipócritas.

Sonó de pronto el claxon de un coche. Se acercó hacia la barandilla, sintió las ansias del peligro que significaba estar viva.

CAPÍTULO 58

Eira vio al hombre que venía caminando por un lado del camino; debió de haber bajado del autobús que paraba en la carretera 90, un kilómetro más adelante.

No había duda de que era Frank Aiello. Con traje y zapatos de vestir, no llevaba el típico atuendo de verano de los lugareños. Era evidente que se trataba de alguien que no excavaba la tierra ni cortaba leña en su casa, las tareas habituales que mantenían la vida en movimiento y alejaban las preocupaciones.

El estadounidense se secaba el sudor de la frente y miraba el teléfono con frecuencia, seguramente consultando un mapa, a pesar de que el camino conducía directo hacia el café de Wästerlund.

Por seguridad, Eira le había descrito en detalle el llamativo cartel de neón del tejado y la ubicación cerca del puente de Sandö, además de mencionarle que ella estaba a pocas semanas de dar a luz. Ya se había habituado a su cuerpo, o su cuerpo a ella; no sentía dolores, solo un ligero cansancio en el suelo pélvico y en la mente.

Frank Aiello le sonrió con calidez y le dio un largo apretón de manos cuando se saludaron. Su gratitud la hizo avergonzarse. Tendría que haber logrado algo más.

—¿Entonces aquí fue donde ocurrió?

Miraron hacia el río. Bajo el resplandor del sol de la bahía, un par de veraneantes con coloridos bañadores remaban en unas barcas y se veían deslizarse unas velas a lo largo de Costa Alta. Eira le indicó los lugares: de allí sacamos el cuerpo de su hermano, y allí lo llevamos a tierra; creemos que el crimen ocurrió allá arriba, en el bosque.

—Sé que la policía no suele compartir sus pensamientos y especulaciones —dijo el estadounidense después de un largo silencio—, pero ¿tienen alguna idea de quién pudo haberlo hecho?

—¿Nos sentamos?

Eligieron un sitio dentro, donde no los deslumbraba el sol. La decoración era

la misma que durante la época de esplendor del lugar, de color verde y marrón; la estética típica del estado de bienestar.

La oferta de cafetería mantenía casi el mismo estilo, aunque los últimos propietarios habían agregado comida tailandesa al menú. Frank Aiello no se decidía entre un pastel *dammsugare* o un *waffle* francés, parecía que ya no tenía fuerzas para elegir. El empleado buscó palabras en inglés para describirle el sabor del pastelito de licor y mazapán. Al final, Frank eligió un rollo de canela.

—Debo aclararle que no tenemos muchas pruebas —comenzó Eira—. He intentado seguir el rastro de su hermano y hablé con personas que lo conocieron. Comparé lo que me contaron con lo que tenemos: el ancla, el disparo que le entró por la nuca. Nos hemos formado una imagen de lo que ocurrió, pero no puedo confirmarle que sea verdadera.

—De todas maneras, cualquier cosa que ustedes hayan averiguado es mucho más que lo que yo supe hasta ahora. —Frank se limpió el azúcar de los dedos; el calor lo volvía todo pegajoso.

—Creo que todo comenzó con los rumores sobre la CIA, acerca de que tal vez fuera un doble agente. Había posturas políticas muy duras durante la Guerra Fría, y tal vez se pueda encontrar alguna respuesta en todo eso, pero no sé si soy la investigadora adecuada para hacerlo. No soy de especular y formular grandes teorías; confío más en los hechos, en ensamblar los detalles.

—Cuéntemelos.

Eira describió cómo pudo haber sido la secuencia de los acontecimientos según lo puramente lógico, y continuó hasta el momento en que los asesinos habrían trasladado el cuerpo en el bote durante la noche, lo fácil que habría resultado desaparecer o regresar a la vida cotidiana. Le explicó que debió de tratarse de varias personas, considerando el peso del cuerpo y del ancla; era demasiado para un solo asesino. Se creía que al menos uno de ellos conocía Lunde, el astillero, el río y las profundidades.

—Si hubieran quedado pruebas, habrían desaparecido hace mucho tiempo. La única posibilidad es que aparezca alguna persona que cuente algo, suponiendo que alguno de los implicados aún estuviera con vida.

Frank Aiello no respondió; se distrajo mirando por la ventana. Se había detenido un autobús turístico y le bloqueaba la vista; las cámaras de los móviles se dirigían al puente, al café y al cartel de neón. En la mesa que estaba junto a ellos, un par de turistas rezagados comentaban en alemán lo que habían leído sobre cómo se había construido la cafetería de la noche a la mañana, a

hurtadillas, oculta detrás de un cobertizo porque Wästerlund no había conseguido la autorización a tiempo cuando fue inaugurado el puente. Una historia entre tantas que demostraba la flexibilidad del lugar para obedecer las leyes, la rebelde Lunde. Eira tenía la idea de que el turismo consistía, en gran medida, en dejarse engañar. Todas las cosas por las que viajaban los turistas ya eran parte del pasado: las manifestaciones, los carteles de neón y los monumentos, mientras que el presente pasaba inadvertido.

—Estuve haciendo algunas averiguaciones, espero que no lo tome a mal —dijo Frank Aiello.

—¿Acerca de qué?

—La Operación Caos.

Eira esperó mientras Frank Aiello alejaba el platillo, con el rollo de canela a medio comer, y se limpiaba la boca.

—La llamaban la Bóveda —continuó él—. Era un sótano en el edificio de Langley donde trabajaban en secreto y reunían este tipo de información.

—¿Se refiere a la CIA?

Él asintió.

—Nuestro presidente en aquel momento, Lyndon Johnson, estaba convencido de que Moscú marcaba directivas a los desertores, pero a pesar de la vigilancia que hubo sobre ellos, no se pudo obtener ni una sola prueba de la participación soviética.

—¿Y qué hay de su hermano? ¿Pudo averiguar algo acerca de él?

—En realidad, no. John pudo haber sido un infiltrado, de manera voluntaria o involuntaria, pero no hay manera de saberlo, porque destruyeron toda la documentación que hubiera podido probar algo.

—Lo siento. —¿Cuántas veces lo había dicho ya? Pero no eran solo palabras que se dicen por cumplir; Eira estaba realmente triste. Si no hubiera tenido la tripa que se interponía entre ellos, tal vez le habría cogido la mano; parecía necesitarlo.

—En todo caso, el viejo amigo de John parecía estar convencido —continuó él, y le habló sobre su encuentro con Steve en Gotemburgo—. Pero cuando lo presioné, no supo decirme cómo se enteró. Nadie se lo contó. No vio a John en la actitud de informar nada, ya sabe, como se espera de alguien que ha sido contratado por la CIA.

—¿Qué piensa usted?

—Que Steve estaba traumatizado por lo que había vivido en la guerra. La

CIA pudo haberlos vigilado, pero no habría sido extraño que él viese cosas que no existían. Una tarea de la Operación Caos era "infiltrarse, confundir, dividir y dispersar". Bien pudo haber infiltrados que hubieran provocado todo tipo de problemas justo por ese motivo.

—Entonces, ¿usted no cree la historia? —Eira bebió un trago de agua y se reclinó hacia atrás. Intentó vislumbrar en el rostro de Frank alguna similitud con la imagen de John.

—No lo sé, pero si buscamos motivos para asesinar a mi hermano, el grado de veracidad tal vez no importe —respondió él—. ¿Cuántos hay que no hacen nada por lo que creen que es verdadero?

Frank Aiello hizo una pausa y de pronto pareció observarla de una manera diferente. Hubo un cambio de roles, como si él pasara a ser el policía y ella, la testigo; se hizo evidente por el tono de voz cuando continuó.

—También le pregunté a Steve si se lo había contado a alguien. Me dijo que a nadie, excepto a su novia de aquel momento.

—¿Kerstin? ¿Mi madre?

—Me temo que sí.

Eira tardó un momento en poder decir algo. El bebé le presionaba los pulmones con tanta fuerza que le faltó el aire cuando murmuró que era demasiado tarde para preguntarle, porque su madre no parecía recordar nada de aquella época.

—Pero aun así, me pregunto si igualmente recuerda algo.

—¿Pudo habérselo contado a alguien?

—No. No, creo que no, ¿por qué habría de hacerlo?

Eira sintió que la pregunta la perturbaba: ¿insinuaba una acusación?

—Mi madre nunca ha dicho una sola palabra sobre Steve o los demás. Pudo guardar el secreto. ¿Por qué habría de revelarlo si él se lo había confiado?

—¿Para ayudarlo? ¿Para quitarle las sospechas de la mente?

—No —dijo Eira—. No, no es posible.

CAPÍTULO 59

Allan Westin soltó a Canalla en la casa vecina. El perro percibía que estaba ocurriendo algo extraño: se quejaba, lloriqueaba y husmeaba con el hocico de una manera que le daba ternura.

—Estarás bien aquí —le susurró—. Eira se quedará más tiempo en casa cuando nazca el bebé y te cuidará.

Lo que decía era verdad, pero aun así sintió tristeza cuando regresó a su casa. Cerró la puerta por dentro, algo que hacía rara vez.

Dio una vuelta por la cocina y la sala, observó todo lo que había sido suyo. ¿Querrían conservarlo todo Maarit o sus hijos cuando él ya no estuviera? ¿Qué cosas eran las que valían la pena? ¿Alguien llevaría a pasear a sus nietos y les contaría todas las cosas malas que habían ocurrido allí? Aquí es donde murió Eira Söderberg en mayo de 1931, y allí, en esa caseta de peaje, fue donde Erik Bergström se desangró sobre un sofá y al día siguiente la mujer que vivía allí limpió la sangre y lo enterró; un trabajador sueco asesinado en tiempos de paz, nunca lo olvidéis. Más allá, está el puente de Sandö y, bajo la superficie, sus ruinas, junto con los restos de las dieciocho personas que murieron en el derrumbe. Y así sucesivamente.

Muerte y sangre derramada, el dolor que se prolongaría en las generaciones venideras.

Ya nadie llevaría a sus nietos y a los hijos de sus nietos de la mano a escalar por el bosque que se extendía desde la cafetería de Wästerlund para señalarles el lugar exacto. "¡Allí! Allí estuvo su bisabuelo, Allan Westin, viendo cómo le disparaban a un hombre".

Sin levantar un dedo. Aterrado como un niño, hasta el punto de mojarse los pantalones.

Había sido una noche oscura, así que tal vez vio menos de lo que había creído, ahora que lo pensaba; pero sin duda había oído cuando el joven se liberó y quiso huir, y el grito a sus espaldas, que comprendió bien a pesar de que fue en inglés —*Stop, stay where you are!*—, y después el disparo que resonó

por el bosque, por el río, atravesó las montañas y las grietas y llegó hasta mar adentro por ese amargo valle de su juventud.

El grito desde la ladera, allí en el bosque.

Tenía veinte años el estadounidense; Allan no lo sabía en ese momento, ahora sí. Había aparecido una fotografía en blanco y negro en el periódico; era casi un niño. También se había enterado de que tenía un hermano, Eira Sjödin se lo había contado, y este hermano había venido a llevárselo a casa. Sus restos, en realidad. Los huesos que el propio Allan había visto salir del río mientras el suelo se movía bajo sus pies y temblaba como en un alud, una explosión, como la violencia de la corriente durante la primavera. Debería haber hecho esto en ese momento.

Entró en la casa, recogió todos los combustibles que tenía y los esparció alrededor de la cocina a leña; quizá podría simular que habían saltado las chispas, eso solía ocurrir. Un accidente, para que quienes lo sobrevivieran recibieran tal vez alguna miserable compensación del seguro por el valor de esa vieja casa.

Antes había visto al hermano del estadounidense a lo lejos, cuando iba a encontrarse con Eira Sjödin en la cafetería Wästerlund.

Se le ocurrió pensar en la palabra "superviviente" cuando se detuvo un momento mientras encendía el fuego de la cocina. Cerraría la válvula cuando comenzara a arder lo suficiente, entonces podía interpretarse como el olvido o el descuido de un anciano. Sabía que el dióxido de carbono lo haría dormir, junto con la botella de vodka que había ido a buscar a Kramfors en autobús.

Bebió un par de tragos más; ya comenzaba a marearse y a obnubilarse al mismo tiempo que las llamas envolvían los troncos de leña.

Él también era un superviviente, incluso desde aquella noche de 1968; una persona que había seguido adelante a pesar de que le habían robado la vida aquella noche en la que corrió al astillero en busca de lastre para hundir el cadáver.

El otro hombre se había quedado montando guardia junto al cuerpo cuando lo arrastraron hasta la costa, mientras Allan subía a bordo del *Åbord* para liberar el ancla de su cadena.

Recordó el sonido de los remos y el haz de una linterna brillando en el agua. Habían encontrado la barca de remos arrastrada por la playa, Allan no sabía de quién era. Los días que siguieron nadie la reclamó, porque la gente dejaba los botes abandonados cuando se mudaba o fallecía. Cuando todo terminó, la

había destrozado a hachazos y la corriente había arrastrado los restos hacia el mar. Los arroyos de la montaña habían hecho su parte desde el otro lado, un caudal interminable río abajo hacia el astillero de Lunde. Allan había querido remar más lejos, pero no era él quien estaba a cargo.

Recordó el golpe que casi le había dado la vuelta al bote cuando arrojaron por la borda el cuerpo y, luego, el ancla, como un pez que sale a la superficie y vuelve a hundirse, los anillos que se formaron en el agua y luego se apaciguaron. El silencio que siguió.

Allan avivó el fuego. Echó más leña, toda la que cabía en la chimenea, y esperó a que crecieran las llamas. Bebió un par de tragos más antes de apartar un tronco encendido y observar cómo las llamas se extendían hacia la basura que había amontonado en el suelo. Después, dio media vuelta, tosiendo por el humo, tropezando por el alcohol, y subió la escalera, lentamente, con la botella en la mano.

CAPÍTULO 60

La sobresaltaron las uñas del perro, que le rasgaban la pierna. Canalla ya estaba bajando las escaleras cuando Eira se incorporó; una vez que llegó junto a la puerta, comenzó a gruñir y a ladrar.

—Ya basta —murmuró entre las sábanas—. ¿Qué hay, una liebre, un ciervo? Deja de imaginarte que eres un perro de caza.

Pero Canalla ladraba más, saltaba como poseído en la planta baja. Fue un esfuerzo levantarse de la cama, en especial, sin un motivo aparente y en la mitad de la noche.

—Tranquilízate, amiguito —dijo Eira mientras bajaba las escaleras. Cuando llegó hasta él, lo sujetó, lo rascó y lo acarició, pero Canalla le mostraba los dientes y se retorcía para liberarse.

—¿Qué ocurre? Tranquilo.

Entonces, sintió el olor a humo. Era por eso que el perro quería salir; su agudo olfato y tal vez la percepción del peligro lo habían alertado. Eira dio una vuelta por la cocina y por la sala: no había ningún fuego encendido y todas las luces estaban apagadas. Sabía que el cargador del móvil y otros aparatos electrónicos eran una causa habitual de incendios caseros, pero no había nada raro; solo sentía el olor.

Por seguridad, le colocó la correa al perro antes de abrir la puerta. El tirón que dio cuando se lanzó hacia fuera la hizo perder el equilibrio, y tuvo que soltarlo para no caerse de boca. El perro salió corriendo como una flecha negra. Sin duda, había un incendio cerca.

Recordó que había dejado el móvil en el piso de arriba justo antes de ver que el humo llegaba desde la casa del vecino. Allan. Mierda. Dudó entre entrar a la casa o volver a su habitación, aunque casi no podía moverse. Se dio cuenta de que lo más importante en ese momento era llamar a los bomberos y subió las escaleras a cuatro patas para ir lo más rápido posible. Llamó al 112 mientras volvía a bajar. Tomó la manta contra incendios y el extintor de la pared del pasillo; por fortuna, su madre le había hecho caso y lo había comprado.

—¿En cuánto tiempo puede llegar una ambulancia? ¿Tienen alguna en

Kramfors ahora?

Mientras atravesaba el césped y el humo se hacía cada vez más denso, pensó en coger también la manguera del jardín, pero ¿cuándo la había usado por última vez? Hacía meses. ¿Y dónde había un cubo?

Los aullidos del perro eran lo suficientemente ruidosos como para despertar al resto de los vecinos. Canalla iba y volvía, desesperado, delante de la puerta principal. Perrito hermoso, sabías que él te necesitaba, lo comprendiste.

La puerta principal estaba cerrada, por supuesto; qué idiota había sido al no coger las llaves. Eira rompió la ventana, metió el brazo y giró el picaporte; gritó de dolor porque se quemó al sujetarlo. También tendría que haber llevado trapos húmedos para cubrirse la boca, pensó. Desplegó la manta para incendios, se envolvió en ella, cubriendo la boca y la nariz, y entró, en cuclillas.

Gritó el nombre de Allan.

Vio que la cocina estaba envuelta en llamas y comprendió que ese era el foco del incendio y que aún no se había extendido hasta el vestíbulo. Desde allí, subió la escalera, aunque no debía hacerlo, pues los bomberos estaban de guardia las 24 horas en Kramfors, a solo diez kilómetros de allí, y llegarían de un momento a otro, pero su instinto policial le decía que debía entrar.

Volvió a gritar su nombre más fuerte cuando empezó a subir las escaleras a cuatro patas, como antes en su casa. Recordó que había una escalerilla de emergencia para incendios por fuera de la casa, que llegaba hasta arriba; podía subir desde fuera. Una vez había visto a Allan allí arriba de pie agitando una escoba, cuando las gaviotas hicieron un nido en el tejado.

El humo era venenoso y denso. Eira respiraba con jadeos cortos, tratando de no inhalar muy profundamente para que no le llegara al bebé.

La puerta de la habitación estaba abierta; primero, vio las pantuflas junto a la cama. Él estaba allí, durmiendo profundamente, boca arriba.

—¡Allan, arriba, despierta, por el amor de Dios! —Eira lo zamarreó y le gritó al oído, pero él no se movía. Tenía las manos relajadas. Se acercó para escuchar su respiración y sintió olor a alcohol; sí, estaba vivo. Abrió la ventana y respiró profundo; luego, calculó la distancia a la escalera de incendios y al suelo. Tal vez podría saltar aun en su estado; si se cayera, no sería una caída mortal. No para ella, pero tal vez sí para el bebé. Había actuado por instinto, sin pensar, pero ¿qué opción tenía?

Eira tomó el cuerpo laxo de Allan y lo sacó de la cama, lo sostuvo con una fuerza que no sabía que tenía. El anciano había bajado de peso en la última

época y no era alto, así que pudo arrastrarlo por el suelo. No podría bajar por la escalera y llegar al porche antes de que el fuego lo cubriera todo. Tratándose de una casa de madera, era cuestión de minutos. ¿Eso que oía a lo lejos eran sirenas o el maldito canto de los pájaros?

No había tiempo de vacilar.

Había solo dos metros hasta la ventana.

Primero le pasó las piernas y luego la cabeza; de lo contrario, podía romperse la cabeza o algo peor. La vegetación del jardín descendía en pendiente y era densa. Era mejor arriesgarse a arrojarlo que dejarlo allí.

Dio un rugido cuando lo alzó y lo arrojó por la ventana.

El golpe que se oyó cuando cayó sonó amortiguado, tal vez había caído sobre los arbustos de grosellas y bayas rojas. Había llovido, la tierra estaba mojada y blanda. Quizá sobreviviría.

Eira se estiró hasta la escalera de incendios y se dio cuenta de que había sido muy optimista. Sí, llegaba a tocarla, pero ¿cómo se subiría? El equilibrio, la diferencia de peso. Estaba entrenada para caer correctamente, pero ¿embarazada? ¿Y si caía sobre el abdomen? En segundos, consideró otra alternativa. Volvió a cubrirse el rostro con la manta, tomó el extintor y se internó otra vez en medio del humo para bajar por la escalera interior. Vio que el fuego había llegado al vestíbulo, subía por las paredes y lo cubría todo; entonces, arrojó espuma con el extintor delante de ella para poder abrirse paso hacia el porche. Tropezó y cayó sobre un desorden de zapatos y escombros, pero lo logró: ya estaba fuera. Al aire libre.

El perro ladraba. Eira gateó el último tramo y salió del porche. Sentía las piernas adormecidas, pero debía ponerse de pie para alejarse del fuego y rodear la casa hacia el arbusto de grosellas.

Gracias a Dios, Allan se había despertado. Estaba sentado observando cómo se incendiaba su casa, inmóvil.

—¡Allan, debemos irnos de aquí! —gritó Eira con la voz ronca por el fuego; lo cogió del brazo—. ¿Te has hecho daño?

Las sirenas sonaban a lo lejos.

—¿Te has roto algo? ¿Puedes caminar?

Él tosía muy fuerte.

—Lo vi morir —dijo con la voz ronca, sin mirarla—. Murió allí, en el bosque, junto a la iglesia de Bethania. Fue culpa mía.

—¿De qué estás hablando, Allan? Ven aquí. —Eira lo agarró; si lo arrastraba

con fuerza lograría apartarlo, pero ya estaba agotada.

—Al hombre que sacaron del río. El estadounidense. Te digo que fui yo. —Allan luchó para liberarse y le golpeó un pecho; no fue fuerte, pero le dolió—. Déjame solo.

—Yo te saqué de allí, Allan, de lo contrario estarías muerto.

—Habría sido lo correcto.

Entonces, se tocó la cadera y gimió; se había roto algún hueso.

—No, no es verdad. Ven aquí, yo te ayudo.

Allan no colaboró cuando tiró de él, tal vez por la conmoción; se quedó sentado, a pesar de que allí, tan cerca, el calor era insoportable y pronto comenzarían a derrumbarse partes de la casa. Entonces, justo en ese momento, Eira se dio cuenta de que lo había hecho a propósito. Comprendió los indicios mientras él tosía hasta vomitar: ¿acaso no había dejado de beber? ¿Por qué se había emborrachado tanto? ¿Había sido por eso que había ocurrido el accidente en la cocina? ¿O no había sido un accidente? Y ese desvarío sobre el desertor… Era demasiada información para asimilarla. Canalla también estaba allí olfateando, tenía que alejarlos a ambos del peligro.

—Tu padre estaría contento de deshacerse de todos nosotros.

—¿Qué tiene que ver él con esto? Allan, estás en shock, ¿puedes levantarte?

—No lo entendía entonces, pero después oí varias cosas —dijo mientras rechazaba su ayuda e intentaba ponerse en pie por sus propios medios—. Joder, si lo hubiera sabido eso en aquel momento, nada de eso habría pasado.

Era obvio que todavía estaba borracho, pero no parecía tener nada roto. Eira le daba las gracias al alcohol por eso; el sueño profundo le había relajado las articulaciones.

Finalmente, Allan aceptó que ella lo sostuviera para avanzar cojeando por la hierba.

Seguían oliendo el humo a pesar de que el calor había disminuido. Los bomberos ya habían llegado y los vecinos estaban reunidos en la calle. Cuando abrieron las mangueras, los salpicó el agua mientras Eira colocaba a Allan sobre el sillón del jardín. Debía ir a buscar agua para darle de beber, pero había hecho un gran esfuerzo y tuvo que sentarse a su lado a respirar. La ambulancia llegaría en cualquier instante.

—¿Qué quisiste decir con que lo viste morir? —le preguntó—. ¿Al estadounidense? ¿Estabas en el bosque cuando le dispararon?

Allan tosió y se secó la mano en el pantalón del pijama antes de hablar;

escupió flema negra. No habían revelado ninguna información a los medios sobre lo ocurrido en el bosque, Eira estaba segura de eso, y ella no se lo había contado.

Allan hablaba sin parar y sin coherencia sobre la persecución de los comunistas, sobre los rumores de que ese chico era espía de la CIA. Una cosa llevó a la otra hasta que llegó un hombre del norte, o desde algún lugar lejano, y tenía una pistola. No tuvo la intención de disparar, solo quería evitar que el estadounidense se escapara, estaba oscuro, fue una maldita desgracia.

Quién sabe.

Allan había quitado el ancla del remolcador *Åbord,* que estaba en el astillero, pero nada de eso habría ocurrido si se hubiera ido a vivir con Maarit a Luleå.

Eira no comprendía por qué la esposa de Allan tenía algo que ver en este asunto; tal vez era parte del enorme desvarío que estaba contando. Miró de reojo a la calle, donde había aparcado la ambulancia; por el rabillo del ojo, vio que cargaban una camilla.

—La pistola que mencionaste, ¿sabes de qué calibre era?

—Una Makarov auténtica, él se jactaba de ello.

Su cerebro policial lo registró: la Makarov era una nueve milímetros.

—¿Quién era él, el hombre que disparó?

—No lo sé. Solo dijo un nombre, pero fue culpa mía: yo fui quien llamó para informar que teníamos un traidor, un informante de los Estados Unidos, y seguramente también del servicio de seguridad sueco, que eran lo mismo, no creas otra cosa. Erlander, el primer ministro, se pasaba por el culo la neutralidad.

—¿A quién llamaste? ¿Por qué?

—A los camaradas. Me habían pasado un número. Supongo que también tenían contacto con la Unión Soviética.

—¿Quieres decir que la Unión Soviética estuvo implicada en la muerte de John Aiello?

—De eso no sé nada. Ese hombre venía del norte, tal vez de Finlandia. Se hacía llamar Johansson, pero no vale la pena buscarlo. No era su verdadero nombre.

Eira respiró hondo para poder pensar con claridad, para calmar los latidos de los dos corazones dentro de sí.

Pensó en todas las veces que había hablado con su vecino sobre la investigación sin siquiera imaginar que él sabía algo. Debió de haber sido así

desde el primer momento en que él había entrado a su casa detrás de los buzos. ¿Por eso los había llevado a su casa? ¿Había pensado que podría engañarla? ¿Cómo lo llamaba el padre de Eira? "El camarada Stalin de la casa de al lado". Lo había olvidado. Allan y ella solo hablaban de alimento para perros y paseos, el clima y el viento.

—Entonces, ¿mentiste cuando dijiste que no conocías a esos desertores?

—No los conocía.

—Pero sabías que John Aiello trabajaba para la CIA.

—No lo sabía con certeza. Se lo oí decir a alguien.

—¿A quién, Allan? ¿Quién te lo dijo? ¿Fue mi madre?

—¿Quién? ¿Kerstin? Yo ni siquiera sabía quién era ella en aquel momento.

—¿Quién fue, entonces?

Allan la miró de frente, por primera vez en todo ese rato. Eira vio algo insondable en su mirada. Le lagrimeaban los ojos y parpadeaba con fuerza, debían de arderle por el humo. Después, el lugar se llenó de voces que rápidamente los rodearon: ya habían llegado los sanitarios.

—¿Es usted Allan Westin? ¿Cómo está? ¿Cómo siente la respiración? ¿Puede decirme su número de identificación? ¿Siente algún dolor? Lo llevaremos a Sundsvall, ¿puede levantarse solo?

Eira les contó lo que había ocurrido y les aseguró que ella estaba bien. Solo necesitaba beber un vaso de agua, que podían ir a buscar a su casa; la puerta se había quedado abierta de par en par después de que saliera corriendo.

Le tomaron la tensión, verificaron la saturación de oxígeno y comprobaron que no había problemas: los valores eran correctos. Después, auscultaron al bebé. Eira se daba cuenta de que estaba muy bien, por cómo se movía y bailaba allí dentro.

—De todas maneras, queremos llevarla al hospital, por precaución.

—Estoy bien, no corro ningún peligro —dijo Eira—. Es mejor que me quede hasta que llegue la policía local; de todas maneras, debo declarar como testigo.

Hubo gestos de preocupación, pero no podían obligarla.

Canalla corrió detrás de la ambulancia hasta que cerraron las puertas y luego regresó apesadumbrado.

Eira hundió el rostro en su pelaje, le dio las gracias y le prometió que todo estaría bien.

El fuego parecía estar bajo control.

Una patrulla llegó al lugar y antes de que alguien se bajara corriendo, Eira se dio cuenta de que se trataba de August.

—¿Estás bien? Reconocí la dirección, pero estábamos de camino hacia el puto Junsele.

La abrazó con fuerza.

—No sé qué habría hecho si…

—Estoy bien —dijo Eira y se apoyó con fuerza sobre su pecho, tan cerca como pudo. La adrenalina que hasta hacía poco la hacía sentir invencible había disminuido. Estaba agotada, mareada y sentía temor por lo que había hecho. Cuando levantó la mirada, pudo ver más allá de la escalera de incendios; la fachada lateral de la casa estaba negra, pero, por lo demás, intacta desde el escalón inferior hasta el suelo.

Si no hubiera podido salir, si el fuego se hubiera extendido más rápido… Ni siquiera podía pensar en eso.

—Todo resultó bien. —Bebió agua de una botella que de pronto tenía en las manos. ¿Se la había dado él?—. Mi vecino, Allan, está de camino al hospital; estuvo muy cerca de morir.

—¿Y tú también? Oí que entraste, ¿estás loca?

—Estaba sola.

—Eira...

Ella lo apartó para tener más aire.

—No había nadie más. Se habría carbonizado allí dentro.

—¿Quieres entrar en casa?

Eira asintió y él la ayudó a levantarse. La calle estaba llena de vecinos y desconocidos; quería alejarse de todas las miradas curiosas.

—¿Tienes alguna idea de cómo comenzó el incendio?

Entró con ella a la cocina; no la dejaba sola.

—Estoy muy segura de que comenzó en la estufa a leña —dijo ella—; la dejó encendida y subió a acostarse.

Todo era verdad y, aun así, parecía mentira. Había muchas cosas que lo demostraban, como todos los objetos que estaban en el suelo, alimentando el fuego. La silla caída que no solía estar junto a la estufa, el canasto de periódicos que solía estar en el vestíbulo.

—¿Crees que fue un accidente, que se descuidó de alguna manera?

—Pudo haber sido eso —dijo Eira.

CAPÍTULO 61

Una vez que todo estuvo tranquilo, después de dormir algunas horas en el sofá de la sala porque no estaba cómoda en la planta superior, se sentó frente al ordenador.

Las ventanas estaban abiertas para ventilar el humo que aún quedaba. Sabía que no quitaría ese hedor en mucho tiempo. Oía las voces de las personas que pasaban por la calle y se detenían a confirmar los pormenores de la historia que se estaba gestando para las generaciones venideras acerca de cómo se incendió la casa de Westin y cómo la vecina, que era policía, había rescatado a su viejo vecino.

Eira entró al archivo de la investigación que se había iniciado. Se había calificado como incendio doloso hasta que pudieran hallar una explicación natural. Aunque el habitante de la vivienda estaba vivo, el caso fue tomado por la Unidad de Delitos Violentos. El jefe de la investigación era G. Georgsson.

De pronto, sintió una contracción que le tensionó la pelvis. Otra vez, el bebé se movía y presionaba.

¿Por qué habían asignado al investigador con más experiencia? ¿Era una señal de que GG se iba a retirar de los casos grandes? ¿O había visto su nombre y lo tomó porque estaba preocupado por ella? Se emocionó al pensarlo.

Aún no habían podido interrogar a Allan, o al menos no habían subido ninguna declaración suya. Tal vez todavía no había despertado y no encontraban ninguna razón para apresurarse y molestar a un anciano exhausto con algo que no era urgente. Mientras los técnicos no pudieran entrar al lugar, no había mucho más que decir. Solo los hechos: la llamada de emergencia y otros datos, una descripción resumida de lo que había hecho Eira.

Por lo tanto, Eira seguía siendo la única que sabía lo que había dicho Allan.

¿Cómo pudo haberlo pasado por alto? Como si no fuera posible que un hombre de 82 años —no había pensado exactamente cuántos años tenía antes de ver el número de identificación personal—, que amaba a un perro callejero más que a su vida, fuera capaz de cometer un delito violento. Era fundamental no caer en la trampa de creer que las personas son simples.

O Allan era muy astuto o ella estaba ciega.

¿Debería haber notado los indicios? Por ejemplo, el hecho de que no había cosechado sus patatas como de costumbre y había dejado que las malas hierbas se apoderaran de ellas. O que le hacía preguntas cuando iba a verla. Pero todas esas cosas podrían ser simplemente señales de que estaba conmocionado. Sacar un cadáver del río no era poca cosa; afectaba a toda la comunidad, era un asunto muy serio.

Eira se desconectó del archivo y comenzó a escribir de memoria lo que le había dicho el anciano cuando recuperó la conciencia.

Allan Westin.

Había estado en ese bosque, había visto el asesinato. ¿Fue un homicidio premeditado o involuntario?

Había llamado a alguien para contarle que en Lunde había un infiltrado de la CIA entre los desertores que trabajaban en el puerto, pero ¿a quién llamó?

Era trabajador del puerto y había sido quien robó el ancla del remolcador. ¿Qué pensó cuando los buzos rescataron el cuerpo de las profundidades y de la niebla del olvido?

Eira no se sintió especialmente contenta cuando finalmente completó el rompecabezas y se definió con mayor precisión la imagen del crimen, aunque el segundo hombre aún era una silueta en las sombras. Se dio cuenta de que no podía evitar visualizar a Allan ya anciano, a pesar de que habían pasado cincuenta años, porque no tenía idea de qué clase de persona había sido. ¿Y qué demonios tenía que ver su padre en todo eso?

"Tu padre estaría contento de deshacerse de todos nosotros".

Debía de tratarse de su viejo antagonismo, pensó. Veine Sjödin, el hombre del sindicato, y el camarada Stalin de la casa de al lado tal vez no habían sido muy buenos amigos, pero debían cuidar las apariencias porque eran vecinos que mantenían una relación cordial.

"… si lo hubiera sabido en aquel momento, nada de eso habría pasado".

La confusión que sintió Allan cuando volvió en sí y vio arder su casa, la certeza de que pudo haber muerto. ¿Quería morir? ¿No lo había oído decir que habría sido lo correcto?

Eira observó sus anotaciones e intentó poner orden; había cosas que se relacionaban con el viejo homicidio y otras que no cuadraban.

Llamó a GG.

—¿Te interrumpo?

—¿Cómo estás? —preguntó él, ansioso.

—Estoy bien, no te preocupes.

—¿Alguien alguna vez te explicó el peligro de entrar en un edificio en llamas?

—He hecho cursos en Sandö, no era la primera vez —dijo Eira.

—Según el médico, Westin tenía casi 0,3 por ciento de alcohol en la sangre. Hubiera muerto si no hubieras entrado.

—¿Sabes cómo está? —Eira nunca había podido aceptar elogios; quería detenerlo antes de que dijera algo más y prefirió que la regañara. Sí, sabía que no debía entrar en medio de las llamas, ese era el trabajo de los bomberos.

—Un brazo roto y posiblemente una conmoción cerebral —dijo GG—. Considerando que fue lanzado desde una ventana de un segundo piso, podría decirse que fue un pequeño milagro.

—¿Lo vas a interrogar mañana?

—No sé si lo haré yo, hay otras cosas…

Eira tuvo que respirar hondo. Sintió una contracción fuerte y ahogó un quejido.

—Allan Westin participó del asesinato de John Aiello —dijo.

—¿Qué?

—Lo confesó cuando recuperó la conciencia en el lugar. Tomé notas de lo que dijo. Pudo incluso haber sido el instigador. —Sonaba absurdo cuando utilizaba términos jurídicos que lo hacían más real—. Te enviaré lo que tengo.

Se oyó el sonido de la notificación cuando llegó el email que le envió. GG también pasaba las noches delante del ordenador, como ella.

—Avísame cuando lo hayas leído —dijo Eira; necesitaba ir al baño con urgencia.

—De acuerdo —dijo GG.

Tuvo que caminar doblada en dos, respirando hondo; ¿era así como se sentían las contracciones? ¿Cómo podía saberlo? Había olvidado todo lo que le había enseñado la obstetra; tenía que buscar en Google o simplemente calmarse.

Se alivió después de orinar y beber un poco de agua. Seguramente no era nada.

Pensó en la mirada de Allan cuando le preguntó… ¿qué le había preguntado, exactamente?

Se le volvió a contraer el abdomen y sintió una tensión. Tuvo que detenerse en mitad de la escalera, inclinarse y concentrarse en su respiración. Aún

faltaban tres semanas, era demasiado pronto para el parto; seguramente era la conmoción por lo que había ocurrido.

"Allan, ¿quién te lo dijo? ¿Fue mi madre?".

Su sorpresa, al igual que la contundente negativa, había sido real. Aun así, estaba claro que ocultaba algo más en el abismo de esa mirada. Su vecino le acababa de confesar su participación en un homicidio, ¿había algo peor? Había dejado pasar varios segundos, tal vez hasta un minuto sin responder hasta que los interrumpieron.

No era resistencia ni culpa lo que había visto en su mirada, sino otra cosa.

¿Compasión?

Se recostó en la cama infantil en la que la propia Kerstin había dormido de niña y que se había adaptado para que cupiera en el espacio que había bajo el techo inclinado de la buhardilla. Kerstin soñaba con que sus nietos durmieran allí, los hijos de Magnus, y tal vez un día los de Eira, pero por ahora era más bien un espacio de almacenamiento para los trastos en desuso.

La última vez que había estado allí, Eira había tratado de volver a poner en su lugar todo lo que había revisado: papeles, libros escolares y, debajo de todo, montones de cartas manuscritas. Se le cayeron algunas de estas cosas al suelo cuando tuvo la siguiente contracción; entre ellas, había una foto en blanco y negro de su madre con un bebé recién nacido en brazos, tal vez Magnus, a finales de los años setenta. Era impactante lo joven que se veía.

Encontró además cartas de amor atadas con una cinta.

Reconoció de inmediato la letra de su padre. Las cartas estaban fechadas entre 1971 y 1972; le había llevado bastante tiempo conquistar a Kerstin. Eira ya había escuchado la historia de cómo ella finalmente se había rendido ante su insistente cortejo, que incluyó también ramos de rosas, ¿quién hacía eso en Lunde? Durante el año en el que Kerstin había dejado los estudios y fue a trabajar a Estocolmo, Veine le había escrito constantemente. No eran cartas largas, sino notas breves o postales; comenzaban por "Querida Kerstin" y terminaban con "Por siempre tuyo". Eira no podía imaginar a su padre tan galante y romántico, casi poético: "Esa noche nos sentamos tan cerca que ni la lluvia podía pasar entre nosotros".

La carta más antigua estaba fechada en abril de 1968. El mismo mes en que Kerstin había conocido a Steve Carrano en la plaza de Kramfors. ¿Ya habían estado juntos sus padres desde ese momento?

"He pensado tanto en ti desde el sábado por la noche…".

Eira dio un grito de dolor; algo dentro de ella se retorció, como si su cuerpo se volviera del revés. Algo no iba bien.

Se suponía que debía cronometrar las contracciones, si es que se trataba de eso, pero había dejado el teléfono abajo. Eira lo oyó sonar y luego detenerse. Salió gateando de la buhardilla, y de pronto se detuvo en seco con un gemido de dolor desde lo más profundo de sí.

CAPÍTULO 62

Lina lanzó una vieja bobina de cable hacia la ventana de la parte trasera de la casa. Los mosquitos la picaron en el cuello a medida que trepaba hasta arriba. El jardín estaba más cubierto de maleza de lo que recordaba, con ortigas que le llegaban hasta los muslos. La casa estaba en total abandono.

Había tomado un camino secreto por el bosque para acercarse sin ser vista, aunque en Geresta nadie salía en la mitad de la noche. El pueblo era como un corazón que latía lentamente en medio de la provincia, con la misma somnolencia que recordaba de aquellas noches en las que se escapaba y regresaba escalando nuevamente la pared de su habitación. Las fincas estaban muy separadas unas de otras en ese valle tan adorable; así lo llamaba la gente, pero ella solo veía encierro: el bosque y las montañas los rodeaban como murallas.

Se bajó la manga del suéter para romper el cristal de un golpe. Se inclinó cuando estalló una lluvia de pequeñas esquirlas. Aún estaban colgadas esas malditas cortinas blancas de encaje. Lina se colgó la mochila con el arma dentro y se impulsó para subir al alféizar.

Las cosas que se aprenden en la infancia, como nadar o montar en bicicleta, quedan impresas en el cuerpo, pero se sentía más torpe que en el pasado: sentía la espalda tiesa y la cadera dolorida, como si fuera una anciana con tan solo cuarenta y dos años. Tenía que abrir la otra mitad de la ventana para poder sujetarse; rompió un cristal sin querer al empujarla, porque estaba atascada. ¿Alguna vez la habrían abierto desde el día en que ella desapareció? Una vez que lo logró, tuvo que girar para no caer de cabeza y se tiró sobre la alfombra. Se golpeó la rodilla, pero no le dolió demasiado.

Increíble, aún estaba la alfombra.

Lentamente, miró a su alrededor. Parecía que algún animal se había desquitado con el sofá del rincón. Aún estaba colocado el mantel que había bordado la abuela. Más allá, la estantería de los adornos. Una de las aves de cristal se había caído. El aire olía rancio, a jabón y madera. No, se dijo, tal vez era su recuerdo de esos olores, por los objetos que ponían a funcionar su

memoria. Nadie había limpiado ese lugar con jabón en por lo menos veinticinco años. Vio de pronto el gran cuadro al que temía de niña: rectángulos y líneas de colores oscuros. Nunca había comprendido lo que representaba. Pero ahora podía distinguir tres rostros en él.

El suelo de la cocina estaba destrozado; quizás había querido entrar un tejón y se arrepintió. Era comprensible. Los armarios estaban vacíos, pero los cubiertos aún estaban dentro de los cajones. Era evidente que sus padres se habían ido dejando las cosas como estaban. Tal vez habían pensado en alejarse durante un tiempo breve y finalmente no habían regresado.

¿O tal vez se habían tirado al río?

La escalera crujió por todas partes cuando comenzó a subir. En el ático hacía frío, a pesar de que era verano; allí era donde solían colgar la ropa recién lavada y guardaban la ropa de invierno durante los meses cálidos, pues el frío mantenía a las polillas alejadas. Como si vivieran en los años treinta, como si no hubiera insecticidas o cosas similares, como si no se hubiera inventado la secadora. ¿Por qué desperdiciar electricidad cuando tenemos lugar para colgar la ropa? Esas máquinas desgastan la ropa. Lina recordó a la niña que había sido, que se ocultaba entre las sábanas imaginando que eran fantasmas atrapados allí, y jugaba a las escondidas a pesar de que nadie la buscaba.

La puerta que había en el fondo del ático estaba cerrada. Lina se acercó y tiró del picaporte; tal vez solo se había hinchado la madera o algo así, pero no pudo abrirla. Bajó y buscó una llave, solo encontró un martillo, un cuchillo y un atizador.

Mientras golpeaba y tiraba, recordó cuando se encerraba allí en la adolescencia. Su cuerpo había huido de allí, pero el alma aún estaba bajo esas mantas, comiendo dentífrico para que sus padres no se dieran cuenta de que su aliento olía a tabaco.

El marco de la puerta cedió bastante rápido; la madera era vieja y era una construcción casera. Dentro, el lugar estaba vacío. Por supuesto. La manta de ganchillo estaba cubierta de moscas muertas; sus padres habían hecho la puta cama antes de que la declararan muerta.

No había más rastro de la adolescente que había sido. Habían quitado los pósteres de las paredes, que provocaban constantes peleas: “Pero ¿de verdad crees que estas personas son buenos ejemplos para ti? ¿Qué tienen de admirable esos borrachos y drogadictos?”. Podía imaginarse a sus padres y, luego, a la policía hurgando entre sus cosas mientras ella no estaba, tomando muestras de

cabello y huellas digitales, leyendo cuanto papel encontraban, aunque gracias a Dios no llevaba un diario, pues le importaba una mierda esa vida sin sentido. Los cajones estaban vacíos, solo había un espejo sobre la mesilla de noche. Pasó un dedo por el polvo e intentó ver su propio reflejo, pero la única imagen que pudo evocar fue la fotografía escolar que habían usado en la investigación. Lina se negaba a que sus padres compraran los retratos escolares, pero su madre lo hacía de todas maneras. Tenía el rostro enmarcado de su hija en la planta baja, mientras ella en realidad se encerraba en el ático, cerraba la puerta, salía por una ventana y huía bajando por la pared exterior. La escalera del techo estaba cerca, era muy sencillo. Era muy fácil mentir y era muy fácil escaparse. Lina recordaba aquella última vez como la escena de una película: había tomado el camino habitual, con su vestido de verano y una chaqueta, y solo llevaba una pequeña mochila. "Esta noche dormiré en casa de Elvira".

No recordaba exactamente si había otro plan más que encontrarse con Kenny para jugar a que huían juntos, algo de por sí emocionante. Todo se había ido al infierno y ahora estaba exhausta. Quitó el edredón de la cama. Aún estaban su almohada y una vieja manta.

Nadie la buscaría en ese lugar.

CAPÍTULO 63

Se oían ruidos de golpes a lo lejos, demasiado distantes para que fueran de alguien que pudiera ir en su ayuda. A Eira se le había dormido una pierna y no podía incorporarse; se había acostado en posición fetal para retrasar de alguna manera lo inevitable.

Contó los segundos y pronto llegaron a pasar solo dos minutos entre las contracciones, que eran cada vez más largas: duraban casi un minuto. Recordó que ese era el momento indicado para ir al hospital, o tal vez antes. La maternidad más cercana estaba a noventa kilómetros, ¿sabían eso los que habían redactado el folleto informativo?

"No quiero dar a luz en una ambulancia", pensó al principio, pero luego cambió de idea: "Ojalá que al menos venga una ambulancia".

Hasta que oyó que alguien gritaba "Hola", no se dio cuenta de que alguien había llegado a su casa.

—¡Estoy aquí! —gimió, y luego gritó lo más fuerte que pudo cuando tuvo la siguiente contracción—. ¡En el piso de arriba!

Entonces, oyó los pasos, vio las manos, sintió el aroma que reconocería entre miles de aromas.

—¿De dónde vienes? ¿Qué haces aquí?

—No respondías el teléfono.

GG la ayudó a ponerse de pie y la sostuvo para bajar las escaleras. Eira estaba colgada de sus brazos.

—Algo me ocurre en la pierna.

—Creo que se te ha pinzado un nervio —dijo él.

—¿Qué? ¿Ahora eres médico? —Su presencia la hizo romper en llanto, ¿cómo demonios había llegado? Gracias a Dios que estaba allí.

—No olvides que ya he hecho esto antes —dijo GG, y la sentó en una silla del pasillo—. ¿Tienes preparado el bolso?

—¡No! —gritó Eira cuando llegó la siguiente contracción—. No lo he hecho. Se supone que aún no es el momento.

—Qué manera de comenzar el trabajo de parto… —Sonrió y al mismo

tiempo consiguió que alguien atendiera el teléfono, tal vez el servicio de emergencias. GG le preguntó a la persona que había atendido por la ambulancia que debería estar de guardia en Kramfors, a diez minutos de allí. Le dijeron que no estaba disponible porque alguien había tenido un accidente en la carretera, camino a Nyland. GG maldijo y cortó la llamada.

—Yo te llevo. Me dijeron que te atenderán en Örnsköldsvik.

Eira no tenía tiempo de hacer la maleta. ¿Qué debía llevarse a la maternidad? ¿Cepillo de dientes, ropa de bebé? ¿Acaso era tan importante? Se recostó en el asiento trasero del coche mientras GG aceleraba más de lo permitido y trataba de calmarla diciéndole que todo iría bien y toda clase de mentiras piadosas. Justo cuando tuvo que disminuir la velocidad por un camino en construcción en Herrskog, ella rompió aguas sobre el asiento flamante del Audi, vaya mierda.

GG le dijo que antes había notado en su voz que algo andaba mal, pero había dudado si volver a llamarla porque era muy tarde. Cuando de todas maneras lo hizo, respondiendo a su presentimiento —pues, como le había dicho, él ya había estado antes en esa situación— y no obtuvo respuesta después de al menos cinco intentos, se subió al coche y condujo los noventa kilómetros desde Sundsvall. Al fin y al cabo, ese mismo día ella había estado en medio de un incendio y era posible que estuviera en estado de shock. Había llamado a la puerta varias veces hasta que se decidió a abrir; no estaba cerrada con llave.

Eira no iba a dar a luz a su hijo al borde de la carretera. Durante los últimos kilómetros, GG llamó a la maternidad para avisar que iban en camino y cada treinta segundos le preguntaba si estaba bien.

—¡Sí! —le gritó Eira—. ¡Deja ya de dar la lata!

Cuando entró en el aparcamiento del hospital, el personal la esperaba con una silla de ruedas y la ayudaron a salir del coche. Eira oía muchas voces a su alrededor, cálidas y eficientes. GG se apartó para dejar sitio al montón de personas que la examinaban y le introducían los dedos para controlar la dilatación y colocar electrodos en la cabeza del bebé. Después, regresó; le acarició el pelo, le dijo que todo iría bien. Y entonces, llegó el momento. En cuanto cruzó la entrada de la sala de partos, sintió una necesidad urgente de pujar; todo lo anterior había sido un juego de niños en comparación con aquello. “No grites”, le dijo la partera que estaba a su lado; “reserva tus fuerzas”. Eira pidió agua y luego alejó de un golpe la mano que se la acercó. “No pujes, espera que lleguen las contracciones”, le decían las voces, pero a ella

le parecían insensateces en medio del dolor que le daba solo unos pocos segundos de descanso antes de que el siguiente golpe de excavadora volviera a extraerle lo más profundo de su ser.

—¡Ya siento la cabeza, falta poco! —gritó alguien entre sus piernas.

Otra persona le cogió la mano y, de pronto, sintió que algo la atravesaba, como un huracán que derriba todos los árboles a su paso.

Luego, la calma. Un gimoteo, un grito desgarrador, un cuerpecito pálido y azul apoyado en su pecho.

—¡Es un niño!

"Es tan pequeño", pensó Eira mientras le corrían lágrimas de agotamiento y las parteras limpiaban la sangre y le colocaban una sábana limpia encima. "Si hago algo mal, se romperá".

—¿Pueden cogerlo, por favor? Creo que debo ir al baño.

CAPÍTULO 64

El bebé tenía puesta ropa de hospital y estaba durmiendo en un moisés de plástico cuando entró August. Sacó prendas de bebé de una bolsa: unos pijamas muy tiernos con ositos de peluche estampados.

¿Eso que veía en sus ojos eran lágrimas?

—No entiendo cómo pude dejarte sola, habían pasado solo unas horas desde que fui a verte.

—No sentía nada en ese momento —dijo Eira—. Y tú estabas de servicio.

—Aun así.

—Todo salió bien.

¿Además de todo tenía que cargar con su sentimiento de culpa? Sí, la había dejado sola, pero ella misma se lo había pedido, porque todo iba bien. ¿Por qué le decía eso, si no iba todo bien? ¿Por qué no era capaz siquiera de aceptar la ayuda de una sola persona?

GG había ido a abrazarla cuando todo hubo terminado, y Eira le dio las gracias de una manera que le sonó insignificante e incómoda. Se rieron juntos porque alguien del personal tuvo la ridícula idea de que él era el padre. Teóricamente, no era imposible. Nunca había pensado en ello. Eira le había dicho que fuera a un hotel para dormir, pero no sabía si le había hecho caso o si había regresado a Sundsvall inmediatamente. "No pienses en el incendio ni en el asesinato, yo me encargo de eso", le había dicho, y no hubo nada que ella pudiera decir para evitar que se fuera.

—No puedo dejar de pensar que cuando todo comenzó estabas sola —continuó August. Estaba enfadado porque ella no lo había llamado en ese momento, generaba un clima tenso en la habitación, donde debía reinar la calma—. Tan lejos del hospital, fue muy arriesgado.

Eira creyó percibir una crítica velada en lo que estaba diciendo: "Deberías vivir la vida como la vivo yo, ¿no sería mucho más simple así?".

¿O se lo estaba imaginando?

August se inclinó otra vez sobre la pequeña cuna.

—¿Cuándo crees que lo podremos saber?

Él ya había ido a dejar su muestra de ADN. La enviarían al mismo laboratorio que analizaba las pruebas de la policía; ambos sabían que podía llevar todo el tiempo del mundo. Mientras tanto, la pequeña criatura flotaría en el limbo de su cuna transparente. Eira volvió a quedar presa por la preocupación de que fuera demasiado frágil para este mundo, y de que ella no era la persona adecuada para protegerlo. No experimentaba aún ese sentimiento fantástico que todos le decían que sentiría. ¿Qué clase de madre entraba en una casa en llamas, arriesgando la vida de su hijo por nacer, y necesitaba la ayuda de la medicina forense para averiguar quién era el padre?

August acariciaba la pequeña cabecita, delicada como el cristal.

—No lo despiertes —dijo Eira.

—¿No se parece a mí en algo?

Eira se rio.

—Debo pedirte un favor —dijo.

—Sí, por supuesto, lo que quieras. Ya he avisado en el trabajo que tal vez me coja unos días. Me pregunto si se pueden tener días por paternidad si has tenido un hijo que tal vez sea tuyo, ¿qué crees?

August parecía demasiado optimista, quería reír y cogerla de la mano. También la miraba de una manera diferente, tal vez por la admiración que sentía por que hubiese podido lidiar con la situación y, al mismo tiempo, por lo contrario: como si pensara que ya era hora de que él se hiciera cargo de todo. El bebé gimió y se movió. August estiró los brazos.

—¿Te parece bien si…?

—Por supuesto. ¿Sabes que debes sostenerle la cabeza?

—Claro que lo sé.

Era conmovedor ver con qué cuidado y, a la vez, con cuánta seguridad alzó al niño.

Se sentó en el borde de la cama mientras lo mecía y le hacía cosquillas en la mejilla, intentando captar la mirada del recién nacido.

—Quiero que pases un momento por la casa de Ricken cuando te vayas —dijo Eira.

—¿Estás bromeando? —Le pareció que August se aferraba al bebé y se alejaba de ella a pesar de que estaba sentado inmóvil—. ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Él aún no lo sabe —le respondió—. Debo avisarle que tal vez ya es padre.

—¿Por qué no lo llamas tú, entonces?

—No conoces a Ricken. No tiene móvil, cree que lo espían y que almacenan

todos nuestros datos…

—Suena como un padre responsable.

—Tiene una línea fija, pero no estoy segura de que la use —continuó ella—. De todas maneras, nunca responde.

—¿Y quieres que yo se lo diga? —August se rio. A Eira le sentó muy mal.

—¿No puedes simplemente pasar un minuto? —Claro que podía pedírselo a otra persona, pero quería que August lo hiciera; le daba la posibilidad de probar que estaba preparado, que podía tolerar situaciones incómodas.

—Sí. Sí, supongo que puedo hacerlo. —Puso al niño sobre ella y sonrió cuando vio cómo buscaba el pezón con la boca y le temblaban los deditos.

—Tal vez compre un puro para cada uno.

Eira se despertó con el sonido del teléfono y descubrió que se había quedado dormida con el niño sobre el pecho. Si se hubiera girado dormida, habría quedado debajo de ella o podía haberlo dejado caer… Con cuidado, lo colocó en la cuna de plástico.

Habían pasado menos de dos horas desde que August se había ido.

—¿En serio? —le dijo por el teléfono en voz alta—. ¿Crees que es una buena idea dejar que tu hijo crezca allí? ¿Cómo se gana la vida realmente ese Ricken? Lo busqué en los registros…

—¿Qué te dijo? —Eira aún se sentía mareada cuando estaba de pie, porque había perdido mucha sangre, pero de todas maneras caminó hacia la ventana. El mundo seguía allí—. Sobre el niño, quiero decir. ¿Estaba contento?

Eira conocía los antecedentes de Ricken: robo, agresión y plantación de cannabis de hacía varios años. No necesitaba que August le informara de nada.

—Oh, sí, se puso contento; bailó una especie de danza de la guerra en el patio. "¡Soy padre, joder!", gritó para que oyera todo el pueblo, como si se hubiese confirmado que es de él.

Eira no pudo evitar reírse. Estaba contenta de que Ricken se lo tomara de esa manera, él, que nunca había querido traer hijos al mundo. Estaba segura de que nunca lo había visto bailar. ¿Tal vez cuando corrían cantando alrededor de los viejos depósitos de petróleo de Svanö? ¿Habían bailado entonces, antes de que ella perdiera su virginidad con él?

—Dijo que iría a visitarte —contó August.

—Gracias por ir a verlo —dijo Eira.

—Pero no piensa dejar ninguna muestra de ADN.

—¿Qué?

—Ni la más remota posibilidad. —August intentó imitar el dialecto suave y melodioso de Ricken—. Después empezó a preguntarme si yo sabía lo que hacen con el ADN que almacenan y la información personal que guardan: "Por supuesto, tú eres policía, todo bien, y hay una policía a la que quiero, pero tanto ella como tú sois parte de esa estructura".

—¿Eso dijo?

—Quiero decir, si ni siquiera puede responsabilizarse por su paternidad, ¿cómo podrá entonces cuidar del niño? Mi hijo no crecerá entre chatarra, y punto.

Ella tampoco quería eso, aunque en realidad quería preguntarle si realmente Ricken había dicho que la quería. Por eso, no se preocupó en señalar la falta de lógica de su razonamiento. Por supuesto que, si August era el padre, su hijo no crecería en Strinne. Y si Ricken lo era, tampoco, en todo caso.

—Supongo que en realidad no importa —dijo ella—. La prueba demostrará si es tuyo y si no lo es, es suyo.

—Aun así, por principios… —dijo August.

—Debo colgar —dijo Eira, y se sostuvo fuerte del alféizar de la ventana; la ciudad daba vueltas, las fachadas relucientes de los hoteles y los restaurantes se multiplicaban reflejadas en el mar allí fuera—. Necesito volver a la cama.

CAPÍTULO 65

Después de tres días, ya no sentía ni recordaba el dolor.

—La idea es que lo olvidemos —dijo Stina, que había llegado para llevarlos a casa—. De lo contrario no nos atreveríamos a hacerlo otra vez. ¿No se te fue el dolor en cuanto te dieron ganas de defecar? Así me pasó a mí. Es muy extraño, pero en cierta forma es lógico.

Con gran destreza le puso al bebé la pequeña chaqueta, pantalones y gorro. Luego lo colocó en el portabebés acolchado.

—No puedes llamarlo "el niño" para siempre.

—No será para siempre —dijo Eira.

Había llamado a su amiga de la infancia para tener un regreso tranquilo, sin discusiones con August, por ejemplo. Además, sentía que se lo debía a Stina, después de todos los accesorios y bolsas de ropa que le había dado. Incluso le había prestado una silla de bebé para el coche, que ya le había dejado colocada.

—Te puedes quedar con todo hasta que me convierta en abuela —dijo Stina.

Eira se sentó en el asiento trasero y dejó que el niño le cogiera los dedos. Estaba tranquilo, tal vez entretenido con las cosas nuevas que estaban ocurriendo.

—¿Siempre te has sentido madre? —preguntó—. Quiero decir, desde que diste a luz.

Stina la miró por el espejo retrovisor. Había disminuido la velocidad por la fila de coches que se había formado para llegar a Docksta: los miles de turistas que iban de paseo a Skuleberget y los camiones que entraban y salían de la gasolinera.

—La primera vez, te sientes rara —dijo—. Pero cuando son tan pequeños no te juzgan, allí, desde su cochecito. No te dicen: "Qué madre horrible eres, ¿no puedo cambiar de modelo?".

Eira se rio, lo cual no era una buena idea por los puntos de sutura que tenía allí abajo; además, aún no controlaba bien su vejiga.

—Vamos, por favor, ¿no encuentras ningún parecido? ¿Cuál de los dos crees que es el padre? —Stina estaba al tanto del dilema, se había reído mucho y

también enfadado con Eira, pero ahora parecía contenerse un poco delante del niño, como si él pudiera comprender lo que ocurría.

—Probablemente dé igual. —Por momentos, Eira inspeccionaba si el color azul de sus ojos era el mismo que el de August, ¿o tenían el color verde de Ricken? El hoyuelo en la mejilla, ¿de quién era?—. Cualquiera de los dos va a quererlo más allá de todo, ¿no crees? —agregó.

Stina salió de la carretera después de Ullånger y pasaron al tráfico más tranquilo de la E4, entre los valles y el campo. Cuando llegaron a la pequeña playa de Butjärn, Eira vio que el quiosco de la cooperativa del pueblo aún estaba abierto; varios niños comían helados y otros se deslizaban por el tobogán de agua.

—¿Te quedarás aquí, entonces?

Su mirada parecía indagarla a través del espejo retrovisor, con inseguridad, en una lucha de poderes.

Eira percibió un atisbo inquisitivo, de incertidumbre, en su mirada desde el espejo. Pero también parecía haberse producido un cambio en el equilibrio de poderes. Cuando Eira abandonó Ådalen para ir a estudiar, su amiga se había convertido en "la chica que se quedó en el pueblo". Stina se había convertido en madre ya durante el bachillerato, y había hecho justo lo contrario de lo que las mujeres de generaciones anteriores solían aconsejar: "Usa protección, vive tu vida, estudia, ten cuidado de no quedar atrapada con un hombre demasiado pronto".

Cuatro hijos más tarde, Stina tenía conocimientos que Eira estaba segura de que no podría tener jamás.

—¿Te parece si nos desviamos por Kramfors? —le preguntó.

Los empleados la esperaban en la puerta cuando Eira se bajó con el niño en brazos. Había conseguido una mochila para bebé, pero aún era muy pronto para usarla y, además, tenía demasiadas correas y hebillas que parecían peligrosas, porque aún no había aprendido a manipularlas.

—Oooh, es tan guapo.

—¡Así que es un niño!

—Veo que tiene todos los dedos en su lugar, ¡y vaya que sabe pellizcar! Es un muchachito fuerte.

—Qué contenta se pondrá tu madre cuando lo conozca.

Eira había llamado para pedirles que ayudaran a Kerstin a ponerse una blusa

bonita. Había perdido sus gafas de lectura tiempo atrás, pero tenía un libro cerrado delante de ella.

—Hola, mamá.

—¡Oh! ¿Quién es?

Eira acercó una silla para sentarse a su lado y poner al niño entre ambas. La inundó un sentimiento nuevo que era difícil de poner en palabras: un sentido de pertenencia, un foco de atención más allá de ellas mismas.

—Aquí está ella —dijo Kerstin.

—Él —dijo Eira y se rio—. Es niño. Tienes otro nieto.

No era tan extraño que Kerstin se hubiera confundido: la ropa que August había comprado era de género neutro, ni azul ni rosa, para que la gente no lo tratara de antemano de acuerdo con uno u otro sexo.

Estiró los brazos para mostrarle que quería sostenerlo.

—Oh, es tan bella… Ven conmigo, amiguita.

Eira dudaba de dárselo. Si Kerstin ni siquiera comprendía que era un niño y no una niña, ¿estaba lo suficientemente consciente como para sostenerle la cabeza? ¿Y si lo dejaba caer? Se sintió culpable cuando vio a su madre con los brazos abiertos, expectante. No era correcto negárselo a ella, que había dado a luz a dos hijos. ¿No era un recuerdo que quedaba grabado en el cuerpo? Eira puso al niño en brazos de Kerstin y se acercó más a ella, atenta para reaccionar si era necesario.

Lo vio en la manera en que ella colocó inmediatamente la mano debajo de la nuca. Aún lo recordaba. No había ningún peligro, solo la alegría de estar juntos un momento. Kerstin canturreaba y le acariciaba una mejilla.

—Niña hermosa, pequeña Nora, mi amor, mi amorcito.

—No, mamá. Es mi hijo, tu nieto. Acabo de salir de la maternidad de Örnsköldsvik. Vine aquí en cuanto pude, para que lo conozcas. —Eira oía la decepción en su propia voz que luchaba contra la pena que la abrumaba.

Kerstin no estaba lúcida, no lograba devolverla al presente, ni siquiera presentándole a su nieto. Incluso lo confundía con otro bebé, uno cualquiera. ¿O tal vez había oído mal y había dicho "Eira"? ¿Estaba tan confundida Kerstin que creía que ella misma acababa de dar a luz?

De todas maneras, abrazar al bebé parecía alegrarla. Alguna vez había querido abrazar al bebé al que había puesto el nombre de Eira.

—Pesó tres kilos doscientos —dijo, para traerla de regreso al presente—. Es bastante, considerando que nació varias semanas antes de tiempo. Aún no sé

cómo se va a llamar, solo tiene tres días. He pensado en Albin o Jonathan, o tal vez Tore, pero no lo decidiré yo sola.

Kerstin acunaba al niño, dejándose cautivar por su mirada. Al menos él estaba en silencio y calmado. Con la ayuda de Stina, había podido darle un poco de leche en el coche, de modo que mintió cuando le dijo que tenían que irse porque el bebé tenía hambre.

—Será mejor que ya me lo lleve a casa.

—No, no creo que sea necesario. —Kerstin lo rodeó aún más fuerte con sus brazos y se lo acercó al pecho.

—Mamá, volveré con él mañana o pasado, lo prometo; es solo que acabamos de salir de la maternidad y estamos cansados.

Eira le quitó al niño de los brazos y Kerstin ya no se resistió. Se quedó con las manos levantadas sosteniendo el vacío y luego las dejó caer, pesadas, sobre las piernas.

—Seguramente conoces algunos nombres de niño muy bellos de nuestra familia —dijo Eira—. Podemos hablar de eso cuando venga la próxima vez.

CAPÍTULO 66

Una vez en casa, significó una victoria lograr darle de mamar; la búsqueda del pezón fue una incógnita que intentó solucionar sujetándolo y apretando para dirigirlo al lugar correcto. Cuando terminaron, tenía el suéter cubierto de manchas sobre el otro pecho, aunque se había colocado protectores mamarios en el sujetador para contener la leche.

Llevó el cochecito a la cocina y lo meció para dormir al bebé. Según le habían dicho, el movimiento lo hacía sentirse seguro. ¡Y la música! El tocadiscos le parecía una opción más tranquila que las voces tóxicas de la radio, así que eligió algunos discos.

Era la vieja colección de Kerstin: Bob Dylan y Joni Mitchell, su música de juventud, perfecta para dormir. También encontró a Hep Stars, la banda de Kramfors que tocaba en las noches de Babelsberg.

Con una mano continuó meciendo el cochecito mientras que con la otra abrió la investigación de homicidio de John Aiello.

GG se había hecho cargo y había agregado la transcripción del interrogatorio a Allan Westin.

AW: No tenía trabajo. Podría decirse que fue así como comenzó todo.
GG: ¿Qué fue lo que comenzó?
AW: Aquel verano de mierda. Sí, con Maarit…, no ayudó demasiado mi afición al alcohol.
GG: ¿De qué manera se relaciona eso con John Aiello?
AW: Alguien había hecho correr el rumor de que yo era un acérrimo comunista. Por eso no conseguía trabajo. Tenían miedo de las personas como nosotros.
GG: ¿Y usted creyó que John Aiello era el informante?
AW: Sí, eso pensé en aquel momento, al menos. Y si no hubiera sido por él, no habríamos tenido ese tipo de gente aquí en Lunde.
GG: ¿A quién llamó cuando se enteró de que John tal vez trabajaba para la CIA?
AW: A un número de teléfono.
GG: ¿Del Partido Comunista?
AW: No, a ellos no, porque estaban Hermansson y su pandilla a cargo.
GG: ¿Hermansson?
AW: C. H. Hermansson era el jefe del partido, pero traicionó la revolución. Comenzó a

colaborar con los socialdemócratas y se manifestó contra la Unión Soviética cuando ocupó Checoslovaquia. Así comprendimos de qué lado estaba.
GG: ¿Entonces, a quién llamó?
AW: La revolución no se gana lamiéndoles el culo a los socialdemócratas. Esa era la manera en que pensábamos en aquel momento.
GG: ¿Y ahora?
AW: ¿Ahora qué?
GG: ¿Aún cree en la revolución?
(Silencio).
AW: Los trabajadores eran ignorantes, solo iban a casa y veían la tele en lugar de informarse. Así fue como terminó todo.
GG: ¿A quién llamó?
(Se aclara la garganta. Pausa).
AW: No puedo nombrar a nadie en particular. Fue un grupo de gente, los revolucionarios del Comité de Bienestar. Los camaradas del este nos prometieron su apoyo si recuperábamos el poder del partido. Pero en lugar de eso, provocaron una nueva fragmentación: lo habían hecho para silenciarnos.
GG: ¿El Comité de Bienestar?
AW: Sí, ni siquiera el Servicio de Seguridad Sueco sabía a qué se dedicaban. (Risas).

Y continuaba igual, con GG yendo y viniendo en un intento de sacarle más detalles a Allan en medio de digresiones confusas sobre un paisaje político que parecía demasiado lejano. Algunas de las preguntas las había escrito ella misma y se las había enviado a GG junto con las declaraciones que Allan le había hecho después del incendio.

Aún no estaba listo el resumen, pero ya se distinguía una línea de los acontecimientos, fragmentarios y contradictorios.

A Allan le habían impedido trabajar porque era un comunista de la más dura estirpe que deseaba forjar lazos más estrechos con la Unión Soviética y consideraba que la revolución armada era el único camino.

Al parecer, alguien había tomado nota de los nombres de personas como él y los había difundido para que los empleadores supieran identificarlo cuando buscara trabajo, incluso a cientos de kilómetros de allí.

Algo le resonó a Eira, un dato que había leído o escuchado. Recordó el nombre Jan Guillou, un reconocido autor y periodista que había estado en prisión durante los años setenta por revelar algo similar.

Un momento, ¿tal vez era Ricken quien se lo había dicho? Tal vez en una de sus explicaciones sobre la sociedad vigilada, sobre cómo nos escuchan y nos

observan. Eira casi nunca se preocupaba por esos temas, ni siquiera antes, cuando estaba loca de amor por él.

Cerró el interrogatorio y buscó en Google "Caso IB". Así se llamó la operación de 1973. Dos periodistas habían revelado el Partido Socialdemócrata, que estaba en el poder, con la complicidad de los sindicatos, realizaba una operación de espionaje ilegal contra los comunistas y utilizaba a los representantes gremiales como informantes. Eira se quedó boquiabierta cuando abrió otro artículo: la situación había sido especialmente intensa en la región de Norrbotten, pues allí el comunismo era importante. Si hubieran conseguido más poder, habría sido el primer paso hacia la revolución.

Antes de las revelaciones de 1973, todo ocurría en las sombras. De modo que podía haber algo de verdad en lo que parecía un invento de Allan; tal vez era cierto que alguien había puesto los ojos en él. Eira recordó a su vez a Steve Larsson, que veía a la CIA en todas partes. Era un tiempo de paranoia, pero, al mismo tiempo, también podría haber sido verdad.

Volvió a abrir el interrogatorio.

GG: Regresemos al momento en que oyó por primera vez el rumor de que John Aiello trabajaba para la CIA…
AW: Sí.
GG: ¿Quién se lo contó a usted?
(Silencio).
AW: Eso fue hace mucho tiempo.
GG: Creo que usted tiene buena memoria, Allan.
AW: Así es.
GG: Tengo información de que una de las pocas personas que lo sabían era alguien que usted conocía bien, Kerstin Sjödin. ¿Fue ella quien se lo dijo?
AW: No, joder. ¿Kerstin? Aún no la conocía en ese momento, era una jovencita. No puedo ni imaginarlo.
GG: Estaba comprometida en el movimiento contra la guerra de Vietnam, tuvo una relación con uno de los desertores.
AW: Eso no lo sabía. ¿Es verdad?
GG: Entonces, ¿recuerda con seguridad que no fue Kerstin Sjödin quien se lo dijo?
AW: Es lo que le estoy diciendo.
GG: Entonces recuerda quién fue. ¿Quién se lo dijo, Allan?
(Silencio).
AW: Había mucha gente en aquel momento.
GG: ¿Dónde?
AW: En la Casa del Pueblo, eran muchos. Después de la jornada laboral. Solíamos beber mucho y nos encabronábamos.

GG: ¿Quiénes estaban?
AW: Los socialdemócratas, los del movimiento sindical. Les grité en la cara que tal vez alguno de ellos había sido el culpable de difundir esas sandeces sobre mí por todo el país.
GG: ¿Usted sospechaba que esas personas habían creado un registro de los comunistas?
AW: Yo solo estaba furioso, y muy borracho, como dije. Los insulté un poco; se lo merecían, alguien tenía que hacerles oír un par de verdades. Entonces, uno de ellos me dijo que debía fijarme más bien en las dársenas, entre los yanquis que habían huido de la guerra.
GG: ¿Que uno de los desertores trabajaba para la CIA?
AW: Sí. Nunca se me hubiera ocurrido. Era verdad que los Estados Unidos buscaban dominar el mundo, pero no era creíble que estuvieran en nuestro propio territorio.
GG: ¿Quién fue el que se lo contó?
(Silencio).
GG: Como dije, el crimen ha prescrito. No va a haber juicio, nadie lo va a juzgar, pero necesitamos saber qué ocurrió para informar a la familia del fallecido. ¿Comprende, Allan?
(Silencio).
AW: ¿Puedo ir a hacer pis?

Eira siguió leyendo, pero no vio ningún nombre.

Ni uno.

Cuando se puso de pie, Canalla dio un salto para demostrar su felicidad de que estuviera en casa. Su vecina Mette lo había sacado a pasear y lo había alimentado durante los días que estuvo en la maternidad. Eira le había indicado que había una llave de repuesto oculta bajo una piedra, junto a la pata derecha de la mecedora.

El bebé estaba despierto. Eira le dio de mamar mientras comía un emparedado, y funcionó bastante bien. Pensó en lo que había dicho GG sobre lo que era importante ahora para el niño: comida y cuidado. Canalla salió a correr y regresó enseguida. Las gaviotas revoloteaban y chillaban sobre el río.

Eira limpió el trasero del bebé y le cambió el pañal. Una vez que finalmente se acostó y se atrevió a cerrar los ojos, después de haber controlado varias veces que su hijo respirara, trató de imaginar a los hombres que estaban sentados en la escalera de la Casa del Pueblo, tal como los veía de niña cuando corría hasta allí para avisar a su padre de que estaba lista la cena.

CAPÍTULO 67

El niño pasó bien la primera noche. Eira tuvo que levantarse más o menos cada hora para darle de mamar e, incluso, una de esas veces se quedó dormida con él a un lado de la cama. Dejó la puerta cerrada para mantener fuera a Canalla; alguna regla tenía que establecer con él. Al principio, dio algunos gemidos patéticos, pero luego lo aceptó.

Puso al niño sobre una manta junto a ella en el baño para poder darse una ducha, que le llevó una eternidad, y luego tomó un desayuno como para alimentar a dos personas. Por suerte había pan en el congelador y Mette le había dejado un poco de mantequilla, zumo de naranja, leche y tomates recién cosechados. "Recuerdo cómo es estar en esa situación", había dicho.

Cuando los dos estuvieron satisfechos y vestidos, salieron juntos de casa. Se oyeron los saludos alegres de los vecinos desde los jardines cuando vieron el cochecito; varios se acercaron a mirarlo dormir.

Kalle Molin vivía detrás de la antigua Näslunds, en lo que antes había sido una tienda. Lo encontró recostado en una tumbona, tomando sol con los ojos cerrados y la radio encendida en el programa *Buenos días, mundo*; el locutor hablaba sobre un interrogatorio que estaba teniendo lugar en ese momento en relación con la irrupción al Capitolio de los Estados Unidos.

—Hola, Kalle.

Subió la mano como en un saludo militar, para cubrirse del sol.

—¿Sjödin? Pero ¿qué has hecho? ¿Ahora tienes un hijo?

—¿Me puedo sentar?

—No voy a discutir con una policía. —Se rio e hizo un intento de levantarse.

No le fue muy bien: la tumbona era baja y él tenía casi ochenta años y era alto y robusto; le resultó imposible. Eira lo recordaba como a un tipo ruidoso, de esos cuya presencia se nota enseguida en un lugar porque elevan la voz sobre las de los demás. Siempre contaba chistes que ella no entendía cuando era niña, y que ahora no le hacían ninguna gracia.

Kalle Molin se dio por vencido y no se incorporó; tal vez no quería mostrar su fragilidad.

—Si quieres algo para beber, puedes ir a buscarlo a la cocina.

—Gracias, he traído agua. —Eira señaló el cochecito—. Solo quiero hacerte algunas preguntas sobre mi padre, ¿erais buenos amigos?

—Sí, podría decirse que sí.

—Erais compañeros en el sindicato, ¿verdad? —Eira vio que el niño había abierto los ojos y meció el cochecito para mantenerlo tranquilo.

—Sí, sí, y en la asociación socialdemócrata.

—Sé que te he preguntado esto antes, pero ¿tuviste algún contacto con los desertores que estuvieron aquí en 1968?

—¿Se trata del asesinato del estadounidense? —Kalle Molin se incorporó para no estar tan recostado, miró hacia donde ella estaba de pie y se cubrió los ojos del sol—. ¿Ya no dan baja por maternidad en la policía? ¿También han eliminado eso?

—Intento unir algunos cabos sueltos —dijo ella y giró el cochecito para que él viera en su interior—. Ya sabes, la mayor parte del día se lo pasan durmiendo cuando son tan pequeños.

—¿Niño o niña?

—Niño.

—El padre debe de estar orgulloso.

La oración quedó flotando en el aire en espera de una respuesta. Era difícil diferenciar el verdadero interés del gusto por comprobar las habladurías, una cosa tan típica del lugar; incluso, en el fondo, eran lo mismo. Al fin y al cabo, se preocupaban, para bien o para mal.

—Sí, muy orgulloso —dijo ella.

—Y Veine estaba muy orgulloso de ti, debes saberlo.

—Hay tantas cosas que no sé de él… —Eira se sentó para que no le diera el sol en los ojos y poder mirarlo a la cara—. Ya sabes, cuando eres joven, no haces muchas preguntas, y de pronto es demasiado tarde.

—Puto cáncer —dijo Kalle Molin, y se estiró para coger una botella de agua que tenía a su lado—. Es triste que no haya podido conocer a su nieto.

—Quiero hablar contigo sobre un hecho en especial de aquel verano de 1968.

—¿Me está hablando la policía ahora o la hija de Veine Sjödin? —La cabeza no le funcionaba nada mal, aunque el cuerpo no cooperara demasiado.

—Ambas —dijo Eira, y sonrió.

—Adelante. —El antiguo sindicalista hizo un gesto para que comenzara a

hablar; su curiosidad se concentraba ahora en otra cosa, además de quién era el padre del niño—. ¿Sabes que Veine me preguntó si quería ser padrino de tu hermano? Pero le dije que no. No quería entrar en una iglesia y mentir hipócritamente sobre eso de ser un guía espiritual, ¿qué coño sabía yo sobre eso?

Se rieron juntos.

—Y pensar que finalmente conquistó a tu madre después de mucho esfuerzo. Recuerdo que ni siquiera se dio por vencido cuando ella se fue a Estocolmo. No creo que tuviera ojos para nadie más, no antes de que se divorciaran.

Kalle Molin se acarició la barbilla, pasándose la mano sobre la barba incipiente que no había logrado afeitarse por completo. En general, se veía bien arreglado, atractivo para su edad.

—Me pregunto si recuerdas una vez en la que estuvierais sentados frente a la Casa del Pueblo tú, mi padre y otras personas, quizás en alguna reunión o una fiesta.

—Bueno, sí, había muchas fiestas y bailes todos los fines de semana.

—Y en ese momento llegó Allan Westin, bastante borracho, y comenzó a gritaros. Seguramente sabes que era comunista.

—Sí, por supuesto, uno de la vieja guardia. Hemos tenido nuestros buenos enfrentamientos. A propósito, ¿cómo está?

—Mejorando.

—Me alegra saberlo.

Eira le contó que según Allan Westin, alguien había informado en Luleå de que él era comunista, y que aquella noche en la que estaban reunidos frente a la Casa del Pueblo se enteró de que había un infiltrado de la CIA entre los desertores de Lunde. Entre la furia y la borrachera, había relacionado ese dato con su propia situación.

Mientras hablaba, Eira observó que el rostro del hombre se ponía serio y reflexivo; comprobó que comenzaban a aflorar los recuerdos. El devaneo lo hizo permanecer un momento en silencio.

Se aclaró la voz y se estiró otra vez para buscar agua.

—Eran otros tiempos, por supuesto —dijo finalmente.

—Entonces, ¿lo recuerdas?

—Es posible, pero ¿estás segura de que quieres saberlo?

Eira tuvo que levantar al niño en brazos porque había comenzado a gemir e intentó colocarle el chupete. No quería amamantarlo en medio de un

interrogatorio, aunque estuviera disfrazado de charla casual sobre su difunto padre en un jardín soleado.

—Si pudiera preguntárselo a él, lo haría —dijo.

Él la observó un momento.

—Y Veine hubiera respondido, de eso estoy seguro. No teníamos nada de qué avergonzarnos. Tampoco necesitábamos que viniera algún tonto de la CIA para que pudiéramos erradicar a los comunistas de este país. —Pronunció las siglas en sueco y se irguió en el lugar—. No, lo hicimos sin ayuda.

Agregó que era comprensible que los estadounidenses quisieran vigilar a esos chicos que se habían escapado del ejército. Era la época de Guerra Fría y el esplendor del comunismo en Ådalen, pero de todas formas se sorprendió cuando Veine Sjödin le reveló ese asunto de la CIA. Pensó que, en cierta forma, era bastante lógico.

—No era que apoyáramos los bombardeos de Vietnam, naturalmente que no. Hasta Olof Palme se había declarado en contra de los Estados Unidos, pero un país necesita orden.

—Dijiste que os habíais encargado vosotros solos —dijo Eira en voz baja acunando al niño sobre su hombro—. ¿Qué quisiste decir con eso?

—Bueno, tú eres muy joven, pero ya no es ningún secreto, aunque sí lo era entonces —dijo Kalle Molin—. Nos enteramos de la amenaza que habían hecho de tomar los sindicatos; esa era su forma de proceder, recuerda que en aquellos tiempos aún estaba el telón de acero por allí. —Señaló a lo lejos hacia el mar, al este, hacia Rusia.

—¿Mi padre trabajaba entonces para el Servicio de Información? —Debía formular la pregunta explícita, aunque él ya se lo había dado a entender.

—Ambos lo hacíamos.

—Entonces, ¿informabais de quiénes eran comunistas y les impedían que consiguieran trabajo? ¿Allan Westin, por ejemplo?

—Creo que deberías estar orgullosa de lo que hacía tu padre. —Kalle Molin ahuyentó un insecto que volaba frente a él e intentó atraparlo con el puño—. ¿O habrías querido crecer en una sociedad como esa?

CAPÍTULO 68

Había tomado el camino más corto de regreso desde la casa de Kalle Molin. Dio de mamar al niño, que parecía contento de no saber nada de la vida, de cómo en un instante todo podía volverse en contra de uno.

Eira adoraba a su padre, lo recordaba como la persona que la consolaba en sus brazos cuando era niña. En la adolescencia había comenzado a considerarlo un tonto, en especial cuando repetía una y otra vez las mismas historias del pasado sobre cómo fueron necesarios su esfuerzo y su lucha para que ella pudiera crecer en circunstancias favorables.

Nunca le había dicho ni una palabra sobre el Servicio de Información, por supuesto.

Mientras colocaba una rebanada de pan en la tostadora, se dio cuenta de que debía ir hasta Kramfors a comprar comida.

Pero ¿qué significado tenía lo que le había contado Kalle?

¿Su propio padre había sido una de las personas que habían estropeado las posibilidades de Allan Westin de conseguir trabajo?

¿Él y Kerstin ya eran pareja en aquel entonces y ella, por algún motivo, le había contado lo que había oído?

¿Por qué se lo contaría su padre a Allan Westin, que estaba enfadado y borracho? ¿Para desviar la culpa? ¿O por celos, para desacreditar a los desertores porque Kerstin se había enamorado de uno de ellos?

Eira decidió volver a inspeccionar los papeles y las cartas del ático, los únicos testimonios que aún quedaban. Hojeó las cartas de amor de su padre, "Esa noche nos sentamos tan cerca que ni la lluvia podía pasar entre nosotros". "Mi amor es más fuerte que las montañas y el cielo y el río". "Mi deseo pide tu piel cálida y tu mirada…".

Realmente no había sido un gran poeta.

Habían descolgado la foto de la boda de la pared después del divorcio, pero la encontró. Sí, Kerstin estaba hermosa y él orgulloso, se lo veía de pie detrás de ella, inclinado, con las manos en actitud protectora sobre los hombros de la novia, pero ¿ella estaba feliz?

Eira buscó en su memoria el recuerdo de ambos, intentando dejar a un lado el silencio de los últimos años que habían vivido juntos, de cuando tenían discusiones políticas: "No sabes de qué estás hablando", solía decir Veine; era una frase que se le había quedado grabada en la memoria porque, de pronto, el clima se volvía insoportable. "De haber conseguido lo que querían, ahora estaríamos del otro lado del telón de acero".

De niña, Eira creía que se trataba de un telón de verdad, hecho de hierro, y le venía a la mente la aterradora sensación de estar atrapada allí dentro.

Pero antes de que todo eso ocurriera, Veine estaba enamorado y Kerstin amaba a otro, en tiempos en los que la política estaba en su momento más álgido.

¿Habría actuado por celos? ¿Habría hablado pestes del FNL y de los desertores? ¿Le habría advertido sobre ese estadounidense? ¿Y qué pensaba Kerstin? Tal vez en aquel momento había sido más firme y le había dicho que era él quien no sabía de qué estaba hablando. ¿Cuáles habrían sido sus palabras? Tal vez, que la amenaza no era Steve, y que los socialdemócratas que tanto respetaba Veine jugaban a dos bandas: criticaban la guerra al mismo tiempo que colaboraban con los Estados Unidos y se ponían de acuerdo con la OTAN tras bambalinas, y que incluso ella había oído que la CIA se había infiltrado en el mismísimo Lunde. No era algo imposible.

Y aun así, después de todo, se había casado con él.

En la boda, Kerstin tenía el cabello corto con un flequillo rizado y llevaba un vestido ajustado pero discreto. Era 1974, seis años después de su historia de amor con Steve. Solo tenía veintitrés años, pero parecía mucho más adulta que en las fotos de finales de los años sesenta que Eira había observado tanto durante los últimos días.

Cinco años después, había nacido Magnus. Eira recordaba la foto en blanco y negro que había visto antes, en la que Kerstin sostenía a su hijo, y la sorprendió ver lo joven que parecía cuando fue madre. Estaba debajo de las cartas. Kerstin, con el cabello largo y un mechón de pelo que caía sobre el bebé que tenía en brazos; con ese aire rebelde, aún parecía una niña. El bebé estaba vestido de blanco, tal vez le había llamado la atención algo que no parecía encajar: un gorro de ganchillo. ¿Solían vestir así a los niños a finales de los años setenta?

Le dio la vuelta a la foto; no había ningún nombre, solo una fecha: 2 de junio de 1969.

Por lo tanto, ese bebé no podía ser Magnus. Era lógico que Kerstin pareciera

tan joven, solo tenía dieciocho años. Fue cuando se graduó y se tomó un año sabático en Estocolmo. Junio de 1969.

La conclusión que siguió fue abrumadora. Habían pasado nueve meses desde que Steve desapareciera de Lunde. Ella había recorrido la costa desesperada buscándolo, hasta que se dio por vencida, dejó el bachillerato en el último año y viajó a Estocolmo.

¿Era posible mantener algo así en secreto? Sin duda, eso hacía más comprensible su silencio sobre Steve.

Oyó que el bebé gritaba desde el piso de abajo; se había vuelto a despertar. En la prisa por bajar, Eira casi resbaló por las escaleras. Lo cogió y le dio de mamar. Cuando se sentó en la silla, recordó la confusión de su madre cuando fue a presentarle a su hijo al hogar.

¿Nora?

Kerstin había llamado Nora al bebé.

Era difícil conectarse a la base de datos de la policía al mismo tiempo que sostenía un pecho en la dirección exacta donde estaba la boca del niño; la leche bajó por su torso hasta el estómago.

Nunca había tenido motivo para buscar a su propia madre en los registros cerrados al público donde figuraban los datos personales. Kerstin Sjödin, nacida Backlund. Casada en 1974 y divorciada en 1990. Figuraban los nombres de sus padres y sus hijos; Magnus, nacido en 1979, y Eira, nacida en 1987.

Había muchos años de diferencia entre ellos. Eira nunca se había detenido a pensar por qué. ¿Kerstin no había deseado otro hijo? ¿No tenía sexo con su padre? ¿Quería escapar de un matrimonio infeliz ya desde entonces?

Y de pronto, los encontró, allí en blanco y negro, datos que le gritaban la verdad en la cara. El año de 1969, una niña nacida el 3 de junio en el hospital de Sabbatsberg, de Estocolmo. Padre desconocido. Nacida viva. En un momento se le había ocurrido pensar que Kerstin tal vez había perdido al bebé poco tiempo después del nacimiento. Tendría sentido, pero evidentemente no había sido así.

Adoptada al día siguiente.

El nombre de la niña no estaba registrado, así que tal vez nunca se llamó oficialmente Nora.

Eira cerró los ojos, sentía la persistente succión del bebé.

Tenía una hermana. Una hermana mayor en algún lugar, eso con lo que

fantaseaba cuando era niña, alguien más que la ayudara y la comprendiera, una hermana que Kerstin había mantenido en secreto hasta que la demencia destruyó los límites de la realidad y la niña volvió a aparecer, perdida en los recuerdos, donde el tiempo fluía libremente.

Nora.

El nombre que nunca fue.

Eira acomodó al bebé, pues las instrucciones eran claras: debía amamantarlo con ambos pechos, de lo contrario, podía atascarse la leche y habría problemas.

Kerstin no se había tomado un año sabático porque estaba cansada de los estudios, sino para ocultar el embarazo a quinientos kilómetros y dar a luz a su bebé. ¿Veine lo sabía? ¿Y los abuelos? ¿O se había escapado a Estocolmo antes de que se notara, sin contárselo a nadie? Luego había regresado a Ådalen y se había casado con otro hombre.

Al nacer sus hijos unos años después, los había amado desmedidamente, pero le costó forjar el vínculo con la niña a la que había bautizado con un nombre tan parecido al otro.

Nora.

Eira.

El bebé se había quedado dormido sobre su pecho y Eira lo llevó al cochecito. Tenía que eructar, pero no quería despertarlo. Sintió un incipiente dolor de cabeza cuando miró el número y llamó. No podía procesar tantas emociones; estaba exhausta por la falta de sueño.

El silencio al teléfono era elocuente.

Unni lo sabía. Era la amiga más cercana de Kerstin, siempre lo había sabido.

Pasaron varios segundos, medio minuto, una eternidad.

—¿Cómo te enteraste? —preguntó finalmente.

—Mamá se delató —dijo Eira—. Confundió a mi hijo con su niña, creyó que se llamaba Nora. ¿Fue así como la llamó?

—¿Ya has tenido al niño? ¿Cómo fue todo?

Eira hizo un breve resumen mientras Unni la interrumpía a cada segundo para felicitarla.

—Cuando te pregunté sobre aquellas épocas, me hablaste de Steve. ¿Fue él el padre? ¿Por qué no me dijiste nada entonces?

—Se lo prometí a Kerstin, debes comprenderlo. Lo tuve todo el tiempo en la cabeza desde que llegaste con esa vieja fotografía a hacerme preguntas, pero

¿qué podía hacer? Kerstin me odiaría si se enterara de que lo he contado. La amistad es así.

—Ocurrió hace más de cincuenta años —dijo Eira—. Vosotras ya sois unas ancianas. Kerstin ni siquiera sabe en qué año está viviendo. ¿Debo abrir una investigación policial para poder saber que tengo una hermana?

—Lo cierto es que no somos tan mayores.

Eira oía caminar a Unni por el apartamento mientras hablaba con ella; tal vez hasta se había servido una copa de vino. Como siempre, tenía que estar atenta a su tono de voz para determinar cuándo decía la verdad y cuándo no.

Unni le contó que corría el mes de octubre, era otoño y a Kerstin no le había bajado la menstruación; en aquella época no existían esas pruebas de embarazo que se compran en la farmacia. Cuando Kerstin les dijo que quería dejar los estudios para ir a Estocolmo, sus padres se enfadaron mucho con ella. La sermonearon sobre cuánto se habían esforzado para que ella tuviera mejores posibilidades en la vida, pero Kerstin les respondió que nunca lo entenderían, pues los tiempos habían cambiado. Se escapó antes de que se le empezara a notar el embarazo. Consiguió trabajo en un hospital con vivienda para el personal y permaneció allí hasta el último minuto.

—¿Por qué no quiso quedarse con la niña?

—Supongo que tenía otros objetivos en su vida.

—¿Como cuáles?

—Ya sabes, quería estudiar, conocer el mundo y tal vez convertirse en escritora. Soñaba con sentarse un día en los cafés de París.

—Aun así, regresó y se casó con papá. No tiene sentido.

—Como te dije, nunca lo entendí. Pero ¿hasta dónde puedes conocer a una persona? Veine le escribía cartas en las que le expresaba su amor mientras ella estaba en Estocolmo sola, con los pechos llenos de leche, porque el padre de su bebé la había abandonado. No era tan fuerte como hubiese deseado; necesitaba un poco de amor, después de todo lo que le había pasado. No es tan fácil resistirte a alguien que realmente te ama.

Eira observó al niño que dormía y tuvo un sentimiento de adoración.

—Pero tu madre siguió siendo así, no te engañes —continuó Unni—. Tenía ese impulso interior, ya sabes a qué me refiero. El sueño de conocer el mundo, al menos a través de los libros. Cuando tú naciste me dijo: “Esta niña tiene que ver otros horizontes; si alguien la quiere retener, le resultará difícil. No será ninguna tonta”.

—¿Por eso…?

—¿Qué?

Eira no pudo formular el resto de la pregunta; ni siquiera podía pensar con claridad en medio de una maraña de sentimientos y fragmentos de recuerdos que la distanciaban de su madre: "Haz algo de tu vida, vete de aquí, no llores, levanta la cabeza".

—Una vez le pregunté cómo se sentía, si sabía qué había ocurrido con la niña —continuó Unni—. Simplemente me respondió que no y cambió de tema. No era algo que le interesara o en lo que pensara mucho, ya la había olvidado.

—¿La llamó Nora? —dijo Eira.

—Sí.

—Entonces no la olvidó.

—Probablemente no, tienes razón.

CAPÍTULO 69

Eira dejó salir a Canalla para que diera su paseo de la mañana y, mientras colocaba al niño dormido y satisfecho en el cochecito, vio de pronto un vehículo junto a la casa incendiada. Un extraño Toyota rojo con pegatinas que parecía de alquiler. Lo primero que se le ocurrió pensar fue que había llegado la compañía aseguradora, pero luego vio que salía de él una mujer mayor de cabello canoso vestida con un traje elegante de pantalones acampanados.

—¿Maarit?

La mujer no la oyó. Estaba de pie observando los restos de lo que había sido su casa. Eira colocó el cochecito bajo el alero del techo, protegido del sol, y fue hacia el jardín.

—Hola, Maarit —dijo. Trataba de comprender los sentimientos abrumadores que aquejan a una persona cuando ve tal destrucción. Le colocó una mano en el hombro.

Maarit Westin sollozó, se dio vuelta y miró a Eira durante algunos segundos. Después, la rodeó con los brazos.

—Qué hubiera ocurrido si… tú, niña, no hubieras llegado.

—Ya no soy una niña —dijo Eira y también comenzó a llorar. Entonces, la mujer sacó un pañuelo de papel y se lo dio.

—No tendría que haberme ido. Los hombres que se quedan solos terminan perdidos.

—Hiciste lo que era necesario —respondió Eira. Su madre le había contado la angustia de Maarit antes de tomar la decisión de marcharse porque no soportaba estar tan lejos de sus nietos y envejecer sin saber quiénes eran.

—Él dijo que vendría después, pero fue pasando el tiempo. Parece que está atado a este lugar de alguna manera y tal vez se relacione… con eso.

—¿Con el asesinato?

Maarit no respondió. Caminó alrededor de la casa, observándola, y Eira la siguió en silencio. Las ventanas estaban rotas y parte de la fachada había sido consumida por el fuego.

—¿Allan te lo contó? —preguntó con cautela.

Maarit se detuvo frente a los muebles del jardín de la parte trasera; increíblemente, estaban intactos.

—¡Así es! —dijo—. Acostado en el hospital con el goteo y las sondas, pretendía fingir que no había ocurrido nada. Ya sabes cómo son los hombres. ¿Cómo se puede callar algo así durante toda una vida? ¿Cómo es posible?

—¿Entonces, has hablado con la policía? ¿Sabes lo que ocurrió en los años sesenta?

Entonces oyó un gruñido, o posiblemente un murmullo, un ruido que le dijo a Eira que, independientemente de lo que hubiera pasado entonces, Maarit ya no quería volver a hablar de ello por ahora.

—En fin, vendrá conmigo a Estocolmo cuando le den el alta. No va a regresar a este lugar para quedarse solo otra vez, no puede salir nada bueno de eso.

Esa firmeza a la que Eira le tenía tanto miedo cuando era pequeña había regresado. Quería preguntarle cómo podía vivir con alguien sabiendo que había cometido un asesinato del que nunca informó, un hombre que de pronto se había transformado en una persona diferente de la que siempre había conocido, aunque en realidad, no tenía por qué hacerlo. Teóricamente, estaba de baja por maternidad, así que no debía comportarse como policía.

—Sería bueno que pudieras echarle un ojo a la casa. Solo hasta que la compañía de seguros se comunique con nosotros. No quisiéramos que se convirtiera en un escondite de vagabundos ahora que se ha quedado vacía.

La noche estaba luminosa, un atardecer típico de agosto con su suave oscuridad y la luz clara de la luna. El niño podía quedarse fuera un poco más, pensó Eira cuando entró en la casa. No toda la noche, por supuesto, pero sí un poco más; dormir al aire libre les hacía muy bien, según había dicho Stina. Sería bueno aprovechar ese momento para hacer algún arreglo en el jardín, sin el cortacésped, porque el ruido lo despertaría, pero tal vez recortar con unas tijeras los bordes del césped que rodeaba la casa, podar la rosa mosqueta, que estaba ocupando mucho espacio, y eliminar los altramuces de los que tanto se quejaban los vecinos.

No se oía ningún ruido del niño dentro del cochecito. Eira salió para ver si aún estaba durmiendo igual de tranquilo y, cuando en el primero atisbo no lo vio allí, el terror se apoderó de ella. ¿Estaría debajo de la manta? ¿Pudo haberse asfixiado?

Quitó la manta.

El niño no estaba. El grito que quiso dar se le quedó atascado en la garganta. Miró alrededor, pero no vio a nadie. Corrió hacia la calle y tampoco vio a nadie.

Debía usar la lógica y no ser presa del pánico. Debió de haber sido del otro lado de la casa, tal vez había llegado alguien conocido que oyó gemir al niño y vio que ella estaba hablando con la pobre Maarit. La casa vecina estaba solo a unos veinte metros de distancia, pero ¿cómo pudo haber dejado a su hijo solo, tan lejos?

Eira corrió hacia el otro lado de la casa, pero tampoco vio a nadie.

Debió de haber entrado. Quizás Magnus, pensó; cuando hablaron por teléfono, había dicho que solicitaría un permiso de salida para conocer a su sobrino; estaba entusiasmado, se sentía el tío más orgulloso del mundo.

Abrió la puerta y enseguida se dio cuenta de que algo iba mal. El perro no había ido a recibirla.

—¡Hola! ¿Canalla? ¿Hay alguien aquí?

Oyó que gruñía y ladraba en alguna parte, pero no salió.

Eira se detuvo un momento a escuchar y entró lentamente en su propia casa, como policía, con la mirada atenta en varios sitios al mismo tiempo, avanzando con pasos silenciosos. Primero pudo ver al perro con el pelo erizado, en el espacio entre la cocina y la sala.

Luego, a una mujer desconocida, rubia, aunque le resultaba vagamente familiar, sentada en el sillón. El niño estaba acostado a sus pies, directamente sobre el suelo de madera.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

—¿No me reconoces?

Eira dio algunos pasos para acercarse. Se inclinó sin apartar la mirada de la mujer y se acercó a Canalla, que gemía sin cesar y estaba listo para atacar. "Está bien, ya estoy aquí", le dijo. Lo que estaba haciendo el perro era proteger al niño; se había convertido en un guardián desde que habían regresado los dos a casa, deambulando y vigilando con todos los sentidos alerta. Mientras estaba allí de pie, pasaban por la mente de Eira cada una de las investigaciones en las que había trabajado. Todos los policías estaban expuestos a amenazas; una oficial de libertad condicional a la que ella conocía había sido apuñalada en su propia casa por uno de sus clientes.

—Solo voy a coger al niño —dijo Eira con calma. Podía lograrlo, había

estado en situaciones similares; debía pensar como policía para no comenzar a gritar.

La mujer no dejaba de sonreír. Dio un paso más.

—Quédate donde estás.

Esa sonrisa. Eira se dio cuenta de que la había visto antes, pero ¿dónde? ¿Hacía mucho tiempo?

—Quiero preguntarte algunas cosas —dijo la mujer.

—Por supuesto, podemos hablar —respondió Eira—. Solo quiero ver si tiene hambre, si te parece bien, porque es un recién nacido de solo cuatro días de vida; no querrás que empiece a llorar a gritos.

¿Fue el sonido lo primero que oyó, o vislumbró el arma junto a la pierna de la mujer, parcialmente oculta tras el apoyabrazos? Un rifle de caza. Lo sostenía con ambas manos, pero no lo dirigía hacia Eira, sino que lo estaba apuntando hacia el suelo, donde estaba el niño acostado boca arriba.

—No hagas nada estúpido —dijo Eira—; aparta eso para que podamos hablar. Puedes preguntarme lo que quieras y prometo responder, solo si bajas el arma.

Nunca hay que creer que un arma está descargada. Durante los años en la academia de policía, escuchó muchas historias de colegas que habían cometido ese error.

—No puedo creer que aún vivas aquí —dijo la mujer observando la habitación con mucha calma, como una vieja amiga que estaba de visita—. ¿Nunca pensaste en dejar este agujero?

Era alguien que había estado allí hacía mucho, mucho tiempo.

La sonrisa, igual de dulce y falsa como en aquel entonces.

—¿Lina? ¿Eres tú? ¿Lina Stavred?

Ella se rio.

—Estaba segura de que me recordarías.

Sus facciones eran más pronunciadas, sus dientes ya no eran tan blancos como antes y no se distinguía el color de sus ojos en la oscuridad. Hacía tres años, cuando se encontró con la versión adulta de Lina Stavred en el café de Estocolmo, le pareció que estaba más rolliza.

El tatuaje. Lina tenía un tatuaje de un corazón y unas aves en el brazo, pero debajo de la manga enrollada de la camisa vio un diseño diferente, exagerado y violento.

Cuando se dio cuenta de que Eira la estaba mirando, Lina se rascó el brazo.

Los tatuajes podían eliminarse o cubrirse con otros nuevos. El hecho de que el de ahora fuese diferente no significaba nada.

Aunque en su caso, el hecho revelaba la urgencia que tenía por ocultarse, por no ser reconocida y volver a escapar.

O quizá simplemente ya no le gustaba.

—Perdón, debería preguntar cómo estás —dijo Eira, y midió la distancia hasta el sillón. Unos seis metros; el niño estaba un poco más cerca, a los pies de la mujer—. Ha pasado mucho tiempo.

Mantuvo un tono de voz tranquilo, como si no hubiera ningún peligro. No debía dejar que los sentimientos hacia su hijo la dominaran de manera irracional. No debía pensar que esa mujer que estaba delante de ella había matado dos veces, o tal vez más.

—No fue hace tanto tiempo —dijo Lina—. Fuiste al café donde yo trabajaba. Sé que eres policía y la hermana de Magnus, leí sobre ti en el periódico cuando sacaron a ese muerto del río. Me pareció divertido que pensaran que era yo.

—¿Por qué has venido? —preguntó Eira— ¿Necesitas ayuda con algo?

No debía provocarla, sino brindarle tranquilidad.

—Quiero saber qué han investigado acerca de mí. Quiero saber qué sabe la policía.

Eira trataba de recurrir a su profesionalismo para calmar su miedo. Analizar la situación, pensar estratégicamente. "No sabes lo que ella sabe", pensó. "Así que no mientas, cíñete a la verdad".

—Se encontraron huellas digitales en el lugar del crimen en Täby que coincidían con las tuyas, así que la policía sabe que Lina Stavred está viva —dijo Eira.

—¿Soy sospechosa?

—No en sentido estrictamente jurídico. No saben lo que ocurrió, solo que tú estuviste en la casa. El hombre tenía un historial de abuso de alcohol y maltrato; si estás implicada, podrías quedar en libertad por homicidio involuntario, tal vez en segundo grado.

—Era un maldito perdedor —dijo Lina.

Eira se atrevió a mirar de reojo al niño. El bebé hizo un sonido como si quisiera hablar; quería ser parte de lo que estaba ocurriendo, comprender cómo funcionaba el mundo.

Lo único que importaba era protegerlo.

—Debió de haber sido terrible vivir con ese hombre, te entiendo —continuó —. No quiero que te ocurra nada malo. Puedes llevarte mi coche y escapar de aquí; no voy a denunciarte.

La risa de Lina era peor que su frialdad. Tan sincera y repentina, como si considerara verdaderamente divertido lo que estaba pasando.

—Me acuerdo de ti, eras una mocosa de mierda. Espiabas a Magnus cuando estaba conmigo y lo perseguías por todas partes. Debes disculparme, Eira Sjödin, pero no te creo capaz de guardar un secreto.

—Magnus me contó lo que realmente ocurrió esa noche en la sala de calderas de Lockne, cuando Kenneth Isaksson murió. Dijo que fuiste tú, pero igual se inculpó a sí mismo. Está en la cárcel por eso, y yo no he dicho nada.

—Sí, por Dios —dijo Lina y se golpeó la frente con la palma de la mano para matar un mosquito. Eira se dio cuenta de que no había cerrado la puerta; los insectos podían entrar y picar también al niño. ¿Era por eso que estaba gimoteando?

"Shh, shh, mi pequeño, por favor, no hagas ruido".

—Qué policía más hipócrita eres. ¿Y tú le creíste? ¿Crees que no puede mentirte porque es tu hermano? ¿Magnus no te dijo que golpeó a mi nuevo novio en la cabeza con una barra de hierro? ¿Que yo lo ayudé a enterrarlo para que los dos no termináramos encerrados?

Por un instante, todo se tambaleó.

—Deja de hacer lo que sea que estés haciendo con ese móvil —dijo Lina cuando Eira metió disimuladamente una mano en el bolsillo al sentir que vibraba. La había visto, joder—. Dámelo.

—Por supuesto, toma —dijo Eira.

Le tiró el teléfono y, en una reacción instantánea e inconsciente, estiró una mano como la jugadora estrella de voleibol que había sido en la escuela de Kramfors. En el preciso instante en el que Lina desvió la atención, Eira se lanzó sobre el bebé y lo cogió, aunque no llegó a sujetarle la cabeza. Era lo de menos, pues si alguno de los dos moría, debía tenerlo en brazos cuando eso ocurriera. Cuando se sentó con él en el suelo, se dio cuenta de que en realidad tendría que haber cogido el arma. Lina se había levantado y les estaba apuntando directamente a los dos. De inmediato, oyó un gruñido y vio la sombra de Canalla, que saltó ladrando como loco detrás de ellos, creando un alboroto de forcejeos y tirones entre las piernas de Lina mientras ella lo pateaba. Y después, se oyó el disparo. Nunca hay que creer que un arma está descargada. Eira se

inclinó sobre el cuerpo del niño. De pronto su mente se silenció; no oyó ni vio nada. El niño estaba en sus brazos, protegido; nunca más lo soltaría, nunca más.

—Arriba, los dos —dijo Lina, y la golpeó en la espalda con el pie ¿o fue con el arma? Sintió algo pegajoso cuando apoyó la mano para levantarse; entonces abrió los ojos y vio que había sangre. El niño estaba tibio, respiraba, ella tampoco sentía dolor.

Después vio el cuerpo negro, la lengua fuera, los ojos que la miraban. Aún no estaba muerto, pero había mucha sangre.

—¿Qué cojones has hecho?

Eira oyó que Lina recargaba el arma por encima de su cabeza; se dio la vuelta y la miró fijamente.

—El maldito perro no me soltaba, ¿qué podía hacer? Es un salvaje. Deberían haberlo sacrificado hace tiempo.

—¿Lo puedo acariciar? —dijo Eira, y estiró la mano; le acarició el cuello mientras temblaba y su mirada se iba apagando.

—No vuelvas a intentar nada.

—No lo haré, solo quería darte mi móvil.

—Necesito dinero —dijo Lina.

—No tengo nada en casa. Toma las joyas de mi madre; aún están aquí, arriba, en su antigua habitación.

—¿Aún vive?

—Tiene demencia, está en una residencia de ancianos en Kramfors.

—Qué bonito, poder olvidarse de toda esta mierda —dijo Lina—. Deseo tanto olvidar este lugar, esa maldita casa, a mis padres, a todos los chicos estúpidos que creían que debían defenderme. Como tu hermano: fue el peor de todos, me siguió como una sombra hasta la maldita caldera, creía que yo necesitaba a un hombre como él para protegerme. Debió haber muerto él y no Kenny, así todo habría sido diferente.

—¿Cómo? —dijo Eira con cautela. Aún acariciaba el pelaje suave de Canalla —. ¿Cómo hubieras querido que fuera?

—No lo sé. Esa es la puta cuestión: dejar de prever lo que va a ocurrir, lo que va a ser de tu vida, estudiar, planear y toda esa mierda, cuando de todas formas sabes que vas a morir.

"Debo seguir hablando", pensó Eira, para que no se dé cuenta de que hay alguien fuera. Oyó el ruido de un coche que se había detenido muy cerca. A su

lado, los jadeos se hacían más débiles. Al menos, Canalla no estaría solo cuando diera su último suspiro.

—Entiendo lo que dices —dijo, y sintió inmediatamente que decir eso no había sido una buena idea; Lina Stavred no quería su comprensión—. Quiero decir que estoy impresionada. Te has mantenido oculta e hiciste precisamente lo que querías, les diste por culo a los demás. Desearía ser un poco más como tú.

Eira oyó los pasos en la grava. "Entra", pensó. "Por favor, que sea alguien que vea la puerta abierta y entre para preguntar si todo está bien, o para ver al niño, no importa quién sea, pero que sepa manejar un arma".

—Puedes coger las llaves del coche —dijo Eira—. Están en el cesto del vestíbulo.

—¿Y el dinero?

—Las joyas de mamá están en el piso de arriba.

—¿Qué coño voy a hacer con joyas? ¡Necesito dinero!

—Ya te he dicho que no tengo. Mis tarjetas están en el bolso, fuera; te daré las claves.

—Muchas gracias —dijo Lina—. Eres muy amable. Y también necesito que entres en la base de datos de la policía y me elimines.

—No puedo hacer eso. Pero podría agregar información que diga que se halló el cuerpo de Lina Stavred. Que creemos que eres tú. Eso te daría algo de tiempo. Lleva una eternidad identificar un cuerpo si lo encuentran en el agua, por ejemplo. Puedo agregar un testigo, alguien que te haya visto en Finlandia o donde sea. También puedes llevarte mi pasaporte, teñirte el pelo.

De pronto vio que Lina se inclinaba para esquivar algo que cruzó el aire. ¿Qué había sido? ¿Una cacerola? ¿Un casco de ciclista? Y después, otra cosa que golpeó a Lina en el brazo y le hizo soltar el arma. Casi no tuvo tiempo de reaccionar antes de que él estuviera sobre ella, rugiendo.

Eira retrocedió hacia un rincón con el niño en brazos. ¿Había empezado a llorar, o solo fue un gemido?

Vio los cuerpos de ambos luchando en la luz tenue, hasta que se levantó para llegar al interruptor y encender la luz.

Era Ricken.

La estaba dominando. Lina mordía, escupía, golpeaba, pero él estaba sentado sobre ella con las rodillas sobre sus brazos. Querido Ricken, ojalá hubiera llegado antes.

Eira buscó el móvil donde creía que había caído para llamar de inmediato a la policía.

¿Y si, mejor, protegía al niño y huía?

Vio que Ricken se inclinaba hacia la derecha para coger el arma sin soltar a Lina. Luego, se levantó y apuntó hacia ella, que ahora yacía indefensa sobre el suelo de madera desgastado.

"Dispara", quería decirle Eira. "De todas maneras, ya está muerta; todos lo creen, podemos deshacernos del cuerpo y nadie la echaría de menos".

—No dispares —dijo en cambio.

Ricken aferró el arma. Eira sabía que no era un buen cazador porque le gustaban demasiado los animales. Su padre había hecho lo que hacen todos los padres de la región: lo había llevado al bosque para que regresara a casa con una liebre muerta.

—No vale la pena —dijo Eira. Intentó moverse sin soltar al niño; se deslizó hacia el sofá y miró debajo para ver si el móvil había caído allí.

—Vamos, soy yo —dijo Lina—. Rickard Strindlund, hola, mírame. Creo que me reconoces después de tanto tiempo. Tú estás igual. Solo espera un momento y deja que me levante. No quería hacerle daño a nadie, ¿de acuerdo?

—¿Qué cojones…? —Ricken se volvió hacia Eira y luego hacia la mujer—. ¿Quién es?

—Lina Stavred —respondió ella misma—. Ya sé, fue hace mucho tiempo.

—Pero…

—Sí, está viva —dijo Eira—. Pero ten cuidado: fue ella la que le destrozó el cráneo con una barra de hierro a ese chico en Lockne. Magnus la ayudó a huir.

—¡Yo le salvé la vida a Magnus! —dijo Lina—. No lo olvides. No tenía idea de que había ido a prisión por eso. Me enteré hace poco tiempo, lo siento.

—¿Es verdad? —susurró Ricken, que dio un paso atrás y perdió la concentración. Entonces, Lina se apresuró a sentarse con la espalda apoyada contra la estantería y la mirada fija en él, y luego se arregló el cabello.

—La policía la investiga —continuó Eira—. Está implicada en el posible asesinato del hombre con el que vivía en Täby. Ha usado miles de nombres diferentes durante todos estos años.

Le preocupaba lo incómodo que se veía Ricken sosteniendo el arma. ¿Alguna vez había usado una? Sus antecedentes por violencia implicaban puñetazos y la otra persona había sido quien lo había agredido primero. Eira podía sentir su

vacilación; conocía muy bien esa manera de mecerse de un pie al otro, sin tomar una decisión definitiva.

—Necesito el móvil para llamar a emergencias. Se lo lancé, pero no lo veo. Debo encontrarlo.

—Os lo contaré todo si me dejáis irme. No puedo estar encerrada, ¿lo entendéis?

Sus ojos azules estaban muy abiertos, con toda la concentración puesta en Ricken. Eira vio cómo de pronto se transformaba ante la presencia de un hombre en la habitación.

—Espera, mira, grabaré la conversación. —El móvil lo tenía Lina, se había sentado encima—. Solo dame la contraseña. Diré que fui yo quien mató a Kenny Isaksson, sin querer. Me iré y tiraré el teléfono para que lo puedan encontrar, nos pondremos de acuerdo dónde. Magnus saldrá de prisión y podréis continuar felices con vuestras insignificantes vidas.

—No le creas, Ricken —dijo Eira.

—¡Pero qué hostias…!

—O llamad a la policía —continuó Lina, jugueteando con el móvil en la mano—. Hacedlo. Entonces, confirmaré la historia de Magnus. La leí en el periódico, sé exactamente lo que dijo. Sintió celos y comenzó a golpear a Kenny; yo ni siquiera estaba allí, me escapé porque tenía miedo de Magnus. Me acuerdo de ti, Ricken; vosotros dos erais amigos, siempre estabais juntos. Y tú, Eira. Comprendo que no confíes en mí, pero creo que quieres que tu hermano salga en libertad.

Eira guardó silencio. Tenía que tranquilizarse para calmar al niño; no podía pensar con sus gritos junto al oído mientras veía transcurrir todo como en una película.

Lina Stavred se levantó del suelo. Ricken retrocedió; seguía apuntando el arma cuando ella salió por la puerta.

Tal vez cogió las llaves del coche del cesto.

Se oyó el golpe de la puerta principal al cerrarse.

—No —dijo Eira, recuperando la noción de tiempo y espacio—. No podemos dejarla ir.

Entonces Ricken la abrazó; olía a grasa y a sudor.

—Tranquilízate, Eira. Ya está bien, se terminó.

—Pero ¿no te das cuenta? Es una asesina y volverá a matar.

—Pero Magnus…

—Qué idiota que eres. —Eira se liberó y lo empujó—. ¿No te das cuenta de que escapará? Debemos detenerla.

Iba de camino a la puerta principal cuando se dio cuenta de que tenía al niño en sus brazos. Mientras oía el motor del coche fuera, el pequeño no dejaba de gritar y Eira se sentó entonces en una silla de la cocina. Se subió el suéter y se desabrochó el sujetador mientras cogía el ordenador para llamar al servicio de emergencias por internet. Cuando respondieron en Umeå, les dio su nombre y dirección. Tenía los pechos repletos de leche y le dolían, pero la boquita del bebé no se aferraba y, mientras insistía para que lo hiciera, salpicó su rostro y la pantalla. Finalmente lo consiguió y comenzaron rítmicamente la succión acompasada, el dolor del pezón lastimado, la vida. Eira les describió su coche, un Volkswagen Passat 2019 negro, modelo combi. Repitió el número de la matrícula y contó los antecedentes por los que era sospechosa Lina Stavred, añadiendo privación ilegítima de la libertad, tenencia de armas y asesinato de un perro.

—Ella le disparó.

—¿Quién disparó a quién? ¿Hay alguna persona fallecida?

—No, Canalla, el perro. En realidad, no era mío, lo cuidaba cuando… —Se interrumpió y empezó a sollozar.

Solo entonces pareció salir de la conmoción, al mismo tiempo que la leche comenzaba a fluir libre dentro de ese cuerpecito que estaba vivo, y era un sentimiento tan violento que comenzó a temblar de gratitud, de alivio y de algo aún más grande que eso. Entonces, se dio cuenta de que había recibido un email.

Era del laboratorio de medicina forense de Linköping, el especialista en genética que conocía y al que le había preguntado si se podía adelantar el resultado. Por supuesto que no era correcto saltarse el reglamento y utilizar sus contactos, pero no quería tener que esperar la respuesta durante semanas.

Cuando terminó la conversación y el vehículo de emergencias estuvo en camino, fue a buscar a Ricken, que estaba sentado en el sofá de la sala y había echado una manta sobre el cuerpo del perro.

—Perdón por no haber ido a la maternidad —le dijo—. Iba a hacerlo, pero sentí miedo. —Hablaba como si no hubiera participado de un evento traumático y no hubiera un perro muerto en el suelo.

Estaba en shock, por supuesto. El niño se había quedado dormido en brazos de Eira, tan increíblemente hermoso y tranquilo. No podía soltarlo en medio

de ese caos. La silla caída, la sangre. Debía limpiar y enterrar al pobre Canalla después de que llegaran los técnicos; antes no debía mover nada.

—No sé si podré ser padre —continuó Ricken—. Pero anoche pensé que debía venir, para que no creas que soy un puto inútil. Y también quería conocer al pequeño. Es muy guapo, como tú. Además, quería decirte que espero que el padre sea el otro. Ese August será mejor que yo. Es un buen chico. Un poco esnob, pero está bien. No tengo nada en su contra, a pesar de que es policía. Solo quería decirte que todo está bien.

Eira aún sostenía el ordenador.

—Es negativo —dijo.

—Sí, pero no digas eso, Eira. Ya me conoces. Quiero decir una cosa y me sale otra. Joder, tal vez tengas razón. Tal vez no debería haberla dejado escapar.

Eira volvió la pantalla para que él pudiera verla.

—La prueba de paternidad —explicó—. August no es el padre.

Vio cómo se transformaba su rostro, una confusión entre alegría y miedo, una sorpresa seguida de otra.

—¿Soy yo? ¿De verdad?

—Eres tú —dijo Eira.

CAPÍTULO 70

Eira vio al hombre desde lejos. Estaba oscureciendo y las luces de los coches que pasaban iluminaban su silueta a medida que avanzaba hacia la parte central del puente.

—Ha sido muy amable en venir —dijo Frank Aiello.

—No es nada —dijo Eira, y echó el freno del cochecito mientras lo sostenía con fuerza. No tenía por qué acompañarlo, le había dicho que podía hacerlo solo, pues no quería molestarla con algo que no era del todo legal. Se requería pedir un permiso para lo que estaba a punto de hacer, pero no tenía tiempo de quedarse en Suecia a esperar que se lo otorgaran. Tenía una vida en su país, un trabajo al que regresar.

—No tengo ganas de discutir con mis hermanos por un espacio en la tumba familiar —le dijo—. Pensé enterrarlo en El Segundo, la ciudad donde vivo, pero John no tenía ninguna relación con ese lugar y yo tampoco soy miembro de ninguna iglesia; no me he atrevido a crear ese tipo de vínculo. Además, no puedo saber si John habría deseado volver. En cambio, vino hasta aquí por voluntad propia.

El estadounidense dejó su bolso de mano en la acera junto a la barandilla y sacó con cuidado una bolsa de plástico. Allí dentro estaba la urna. Eira nunca había visto algo así; estaba hecha de un material blanco parecido al cartón, como el envoltorio de un regalo.

—Es biodegradable —dijo Frank—. Después de algunos minutos en el agua, comienza a disolverse.

—Qué bien —dijo Eira imaginando un escenario peor, en el que las cenizas del difunto salieran volando por el aire, los golpearan en la cara, siguieran camino a lo largo de la carretera y terminaran sobre las ventanillas de los coches y dentro de los ojos de las personas que pasaban por allí en bicicleta.

Frank Aiello rodeaba la pequeña caja con los brazos.

—De alguna manera, es como si hubiera recuperado a mi hermano, por muy extraño que suene. Como si pudiera sentir su presencia, o al menos un vistazo de lo que fue él.

—Lo entiendo.

Murmuró algo que Eira no oyó, tal vez una plegaria. Esperó a que disminuyera el ruido de un camión cargado de madera que pasaba y colocó la urna blanca sobre la barandilla. Esperó un minuto y luego la dejó caer. Eira se inclinó hacia delante y la vio descender los cincuenta metros debajo de ellos hasta el agua y perforar la superficie en completo silencio. Se meció un poco en la corriente y desapareció de la vista. Tal vez se había hundido o ya había comenzado a deshacerse, de tal manera que las cenizas de John Aiello se dispersaran en la corriente y fueran arrastradas hacia el mar.

Eira se quedó callada, respetando el silencio de Frank.

—Pensé en aquello que usted me contó acerca de la libertad y de que ahora él es libre —comentó él después—. Al menos no está encadenado allí abajo, en las profundidades.

—También tengo un hermano que habla acerca de la libertad —dijo Eira—. Aunque está en prisión en Umeå, la ciudad donde usted fue a recoger los restos de John.

—¿Por qué está detenido?

—Estupidez. Lealtad. Me dijo que ha solicitado un nuevo juicio. Quiere ser tío de mi hijo, pero no lo sé, habla mucho.

Jurídicamente la solución no era sencilla. Magnus la llamó para decirle que estaba listo para retirar su confesión y que quería hacer las cosas bien por una vez en la vida. Ricken también había dejado de lado sus principios de no involucrarse con los organismos oficiales y había dado su declaración testimonial sobre todo lo que había dicho y hecho Lina. Tal vez sirviera de algo.

—No tiene remedio, pero es mi hermano —agregó Eira.

Cuando estaban de regreso, ella sintió la sombra de un perro negro que caminaba a su lado, a pesar de que lo había enterrado junto al rosal, en el jardín.

Frank empujó el cochecito vacío el último tramo para bajar del puente: el niño se había despertado y Eira lo tenía en brazos. Llevaba un pelele con pequeños ositos de peluche que no sabía de quién había sido, qué otro niño lo había usado. Iban por el medio de la acera, no demasiado cerca de los coches, pero tampoco muy cerca de la barandilla, para evitar la sensación de vértigo que siempre le provocaba ese lugar, como un miedo irracional a caer; por eso

sostenía al niño con fuerza y delicadeza al mismo tiempo, mientras sentía su respiración suave contra el cuello.

"No temas, Tore, aquí estoy".

"No temas, Hugo, Edvin, Joel". Aún probaba diferentes nombres.

Tal vez pronto llegaría la certeza de quién era él.

No sería Bernhard, por su abuelo, ni Dylan, por Bob, como las sugerencias que le daba Ricken cada vez que llamaba, pues finalmente había conectado el teléfono fijo.

"Te va a gustar venir aquí", pensó cuando lo llevó por primera vez a Strinne. "Te va a encantar subirte a una de estas chatarras para aprender todo sobre ellas, y sin importar que sea un desastre, vas a querer a tu papá como a ninguna otra persona".

De hecho, Tore no era un mal nombre. Tore Sjödin. Era parecido a Nora, de modo que, si su madre confundía los nombres, no sería muy grave.

Según había averiguado, las adopciones estaban protegidas por secreto profesional durante setenta años. En trece años más, podía consultar oficialmente sobre una niña dada en adopción en junio de 1969. O buscar minuciosamente en los registros de cada una de las personas nacidas ese día, investigar, seleccionar y dar con una mujer que tal vez no supiera que era adoptada. Volvería a abrir heridas y sacudiría los cimientos de su vida. ¿Tenía derecho a eso? ¿Quería hacerlo?

Frank Aiello la abrazó y le dio las gracias antes de continuar camino hacia el autobús; se detuvo una última vez a contemplar la calma del atardecer.

—Es un buen lugar para criar a un niño —le dijo.

—Eso espero —respondió Eira.

Del *Periódico de Ångermanland*

Un coche particular fue hallado ayer en el fondo del río Ångerman, frente al embarcadero del puerto natural de Marieberg. Los buzos de la policía lo encontraron gracias a la información de los vecinos, quienes vieron pasar un vehículo a gran velocidad por la calzada del embarcadero. No hallaron a ninguna persona dentro. Las fotos de los testigos del rescate muestran que la ventanilla del lado del conductor estaba abierta. Se trata de un Volkswagen Passat 2019 negro. La policía confirmó que formaba parte de una investigación en curso.
Los buzos continúan en la búsqueda de un cuerpo.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela es ficción, pero, como es habitual en mí, me baso en la realidad. Cuando me enteré de que dos arqueólogos submarinos habían encontrado alrededor de trescientos barcos hundidos y fotografiado el puente original de Sandö en el fondo del río Ångerman, se me ocurrió una idea. Hice un curso de buceo con la intención de, tal vez —y solo tal vez—, sumergirme y ver "la iglesia" con mis propios ojos, pero nunca llegué tan lejos.

Por eso quiero agradeceros a vosotros, Lennart Högberg y Jens Lindström, el que hayáis compartido vuestros conocimientos sobre buceo, arqueología marina y todo lo que se halla oculto en las profundidades.

Es verdad que hay una embarcación rusa de la época de los zares en el fondo del río Ångerman. Algunos aseguran que es el *Berkut*, mientras que otros creen que se trata de su nave hermana, *Kondor.* De cualquier manera, me he tomado la libertad de mudar su ubicación quince kilómetros, así que os recomiendo que no utilicéis este libro como referencia si pensáis ir a buscarlo.

Los desertores John Aiello, Steve Carrano y Terry Anderson son personajes ficticios, pero los he creado basándome en diferentes personas y relatos reales. Quiero expresar mi más cálido agradecimiento a Vincent Strollo, Gerry Warner, Norman Burns y Herb Rains por haber compartido conmigo sus recuerdos. Con respecto a la bibliografía que utilicé en mi investigación, quiero mencionar *Operation Chaos*, libro en el que el periodista inglés Matthew Sweet intenta llegar al fondo de la infiltración de la CIA entre los desertores; *Waiting Out a War*, de Lucinda Franks; *Vietnam Prodigal Heroes*, de Paul Benedikt Glatz; *Desertörerna,* de Johan Erlandsson, y *Desertören och Vietnamkriget*, de Johan Romin. En realidad, la verdadera comunidad sueca donde se instalaron los desertores estaba en Torsåker, Gästrikland, pero me tomé la licencia de mudarla unos trescientos kilómetros al norte, a un pueblo del mismo nombre en Ångermanland.

Quiero dar las gracias a los habitantes de Ådalen, que respondieron a mis extrañas preguntas, me condujeron en coche a lugares donde no podía ir en bicicleta, compartieron relatos e inspeccionaron detalles conmigo; son muchos, así que espero no olvidarme de nadie. Gracias a Göran Andersson, Kerstin Nylander y Mette Bäverbäck, que compartieron sus recuerdos de Lunde; a

Bengt-Olof Näslund, Bengt Westin y todos los demás que trabajaron en la historia del tráfico fluvial del río Ångerman.

Gracias a Ragnar Forsberg, de Chepp Steppers; a Tom Sahlén, del FNL de Kramfors; a Raimo Laukka e Ingvar Ohlsson, por sus recuerdos sobre la filmación de *Ådalen 31*. Gracias también a Fredrik Högberg, Mats de Vahl, Tony Naima, Nina Andersson, Ylva Aller, Lena Persson y, por último, pero no menos importantes, a Ulla-Karin Hällström-Sahlén y Jan Sahlén, que corrigieron cuidadosamente el uso del idioma y los detalles del dialecto local.

Eira nunca podría haber realizado su trabajo policial sin la ayuda de Veronica Andersson, de la Unidad de Delitos Violentos de Sundsvall; la investigadora forense Zorah Linder Ben-Salah; Johanna Loisel, del Centro de Genética Forense de Umeå, y Cajsa Älgenäs, del Departamento de Genética Forense y Toxicología de Linköping; la agente penitenciaria Eva Linder y los exagentes de la policía Rune Lindström y Per Bucht. Gracias también a Källa Bie y Åsa Rylander por todo lo que me hicieron recordar de cuando estuve embarazada y di a luz.

Todas las digresiones y los posibles errores, desde luego, son míos.

Quiero expresar un profundo agradecimiento a quienes me acompañaron en el proceso de escritura, convirtiéndolo en una tarea mucho menos solitaria: Göran Parkrud, por las respuestas a preguntas tan complicadas y las largas conversaciones; Liza Marklund, Gith Haring, Anna Zettersten, Malin Crépin, Kicki Linna y Claes Josefsson por la lectura y sus agudas observaciones acerca de los personajes y el texto. Sin vosotros, no lo habría logrado.

Kristoffer Lind, Kajsa Willén, Anders Gustafson y todo el personal de Lind & Co, siempre es una alegría trabajar con vosotros. Astri von Arbin Ahlander, Kaisa Palo y todo el equipo de Ahlander Agency, estoy feliz de que hayáis aceptado mis libros.

Astrid, Amelie y Matilde, las más importantes, gracias por cada minuto que estáis presentes en mi vida, por preocuparos por mí y apoyarme, y por ser tan maravillosas.

Tove Alsterdal

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

Estamos seguros de que te gustará *Llamada de emergencia,* de Kate London. Un thriller de departamento de policía al estilo *CSI* que no te puedes perder.

En esta novela tenemos dos crímenes en paralelo para resolver junto a dos detectives mujeres. Una de ellas, Sarah Collins, se centrará en un viejo caso: una adolescente que desapareció hace más de veinte años y nunca encontraron el cuerpo. Mientras que Lizzie Griffiths estará a cargo de una investigación por violencia doméstica haciendo todo lo posible por salvar a una madre y su hija de un hombre violento.

Al igual que en *Hundido en el pasado*, con esta novela estarás pendiente del minuto a minuto que implica la resolución de los crímenes a la vez que las protagonistas resuelven los problemas de su vida cotidiana.

Esperamos que te animes a leer *Llamada de emergencia*.

El equipo editorial



Escanear el código QR para ver información de *Llamada de emergencia*



Foto: Annika Marklund

Tove Alsterdal nació en 1960 en Malmö, Suecia, y se crió en la región del norte. Sus libros han sido traducidos a más de treinta idiomas y han obtenido numerosos premios en varios países, entre ellos el que concede la Academia Sueca de Detectives a la mejor novela policíaca sueca. Actualmente vive en Estocolmo. *Hundido en el pasado* es el cierre de la Serie Costa Alta, protagonizada por la detective Eira Sjödin.

MOTUS

Nos gusta la adrenalina y la tensión que vivimos al leer un thriller. Ese hilito de sangre, ese tictac que hará detonar lo imposible, no saber quién es el culpable y también intentar deducir el final.

Nos intriga saber que la muerte pudo ser solo una coartada, la vuelta de tuerca, el reto que nos ponen al contarnos cada historia.

En el cine, la ansiedad nos lleva al borde de la butaca, y con los libros nos hundimos en el sofá, sudamos en la cama, devoramos cada párrafo a la velocidad de nuestras emociones.

Sentir que falta el aliento cuando la trama nos recuerda que la vida es un suspiro le da sentido a varios de nuestros días.

Nuestro compromiso es poner ante tus ojos solo autores que te provoquen todo eso que los buenos thrillers y novelas negras tienen.

Queremos que te sumes a esta comunidad a la que guía una gran sed de buen entretenimiento. Porque lo tendrás en cada uno de nuestros libros.

¡Te damos la bienvenida!

Únete al grupo escaneando el código QR:





MotusThriller

www.motus-thriller.com